

GILBERT KEITH
CHESTERTON

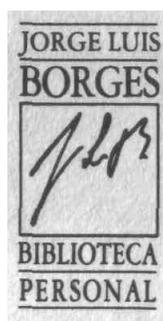
La cruz azul
y otros cuentos

PRÓLOGO DE JORGE LUIS BORGES

JORGE LUIS
BORGES



BIBLIOTECA
PERSONAL



Colección dirigida por Jorge Luis Borges

(con la colaboración de María Kodama)

Biblioteca Personal

Jorge Luis Borges

A lo largo del tiempo, nuestra memoria va formando una biblioteca dispar, hecha de libros, o de páginas, cuya lectura fue una dicha para nosotros y que nos gustaría compartir. Los textos de esa íntima biblioteca no son forzosamente famosos. La razón es clara. Los profesores, que son quienes dispensan la fama, se interesan menos en la belleza que en los vaivenes y en las fechas de la literatura y en el prolijo análisis de libros que se han escrito para ese análisis, no para el goce del lector.

La serie que prologo y que ya entreveo quiere dar ese goce. No elegiré los títulos en función de mis hábitos literarios, de una determinada tradición, de una determinada escuela, de tal país o de tal época. Que otros se jacten de los libros que les ha sido dado escribir; yo me jacto de aquellos que me fue dado leer, dije alguna vez. No sé si soy un buen escritor; creo ser un excelente lector o, en todo caso, un sensible y agradecido lector. Deseo que esta biblioteca sea tan diversa como la no saciada curiosidad que me ha inducido, y sigue induciéndome, a la exploración de tantos lenguajes y de tantas literaturas. Sé que la novela no es menos artificial que la alegoría o la ópera, pero incluiré novelas porque también ellas entraron en mi vida. Esta serie de libros heterogéneos es, lo repito, una biblioteca de preferencias.

María Kodama y yo hemos errado por el globo de la tierra y del agua. Hemos llegado a Texas y al Japón, a Ginebra, a Tebas, y, ahora, para juntar los textos que fueron esenciales

para nosotros, recorreremos las galerías y los palacios de la memoria, como San Agustín escribió.

Un libro es una cosa entre las cosas, un volumen perdido entre los volúmenes que pueblan el indiferente universo, hasta que da con su lector, con el hombre destinado a sus símbolos. Ocurre entonces la emoción singular llamada belleza, ese misterio hermoso que no descifran ni la psicología ni la retórica. La rosa es sin porqué, dijo Angelus Silesius; siglos después, Whistler declarararía El arte sucede.

Ojalá seas el lector que este libro aguardaba.



La cruz azul
y otros cuentos

GILBERT K. CHESTERTON

La cruz azul
y otros cuentos

HYSPAMÉRICA

Edición exclusiva para:
EDICIONES ORBIS, S.A.

Título original: *The Blue Cross, The Secret Garden, The Queer Feet, The Invisible Man, The Honor of Israel Gow, The Hammer of God, The Eye of Apollo, The Duel of Dr. Hirsch, The Bottomless Well, The Dameron with Wings, The Song of the Flying Fish, The House of the Peacock, The Blast of the Book.*

Traducción: Alfonso Reyes, A. Nadal, R. Berenguer, Isabel Abelló de Lamarca, F. González Taujís.

Traducción cedida por Editorial Plaza y Janes, Barcelona

Nota del editor

Los títulos incluidos en este libro proceden de distintas obras de Chesterton:

- De *El candor del Padre Brown* proceden «La cruz azul», «El jardín secreto», «Las pisadas misteriosas», «El hombre invisible», «La honradez de Israel Gow», «El martillo de Dios» y «El ojo de Apolo».
- De *La sabiduría del Padre Brown* procede «El duelo del Doctor Hirsch».
- De *El hombre que sabía demasiado*, «El pozo sin fondo».
- De *La incredulidad del Padre Brown*, «El puñal alado».
- De *El secreto del Padre Brown*, «La canción del pez volador».
- De *El poeta y los lunáticos*, «La casa del pavo real».
- De *El escándalo del Padre Brown*, «La ráfaga del libro».

© Original: Miss D. E. Collins

© Para la presente edición:

Hyspamérica Ediciones Argentina, S.A.

Edición exclusiva para:

Ediciones Orbis, S.A.

Apartado de Correos 35432, 08080 Barcelona

I.S.B.N.: 84-85471-18-0

Depósito legal: B. 4460-1988

SEGUNDA EDICIÓN

Prologo

Es lícito afirmar que Gilbert Keith Chesterton (1874–1936) hubiera podido ser Kafka. El hombre que escribió que la noche es una nube mayor que el mundo y un monstruo hecho de ojos hubiera podido soñar pesadillas no menos admirables y abrumadoras que la de El Proceso o la de El Castillo. De hecho, las soñó y buscó y encontró su salvación en la fe de Roma, de la que afirmó extrañamente que se basa en el sentido común. Íntimamente padeció el fin-de-siècle del siglo diecinueve; en una epístola dirigida a Edward Bentley pudo escribir El mundo era muy viejo, amigo mío, cuando tú y yo éramos jóvenes y declarar su juventud por las grandes voces de Whitman y de Stevenson.

Este volumen consta de una serie de cuentos que simulan ser policiales y que son mucho más. Cada uno de ellos nos propone un enigma que, a primera vista, es indescifrable. Se sugiere después una solución no menos mágica que atroz y se arriba por fin a la verdad, que procura ser razonable. Cada uno de los cuentos es un apólogo y es asimismo una breve pieza teatral. Los personajes son como actores que entran en escena.

Antes del arte de escribir Chesterton ensayó la pintura; todas sus obras son curiosamente visuales.

Cuando el género policial haya caducado, el porvenir seguirá leyendo estas páginas, no en virtud de la clave racional que

el padre Brown descubre, sino en virtud de lo sobrenatural y monstruoso que antes hemos temido.

La obra de Chesterton es vastísima y no encierra una sola página que no ofrezca una felicidad. Recordaré, casi al azar, dos libros; uno de 1912, The Ballad of the White Horse, que noblemente salva la épica, tan olvidada en este siglo. Otro de 1925, Man the Everlasting, extraña historia universal que prescinde de fechas y en la que casi no hay nombres propios y que expresa la trágica hermosura del destino del hombre sobre la tierra.



Índice

La cruz azul	1
El jardín secreto	29
Las pisadas misteriosas	59
El hombre invisible	86
La honradez de Israel Gow	111
El martillo de Dios	132
El ojo de Apolo	157
El duelo del doctor Hirsch	180
El pozo sin fondo	201
El puñal alado	224
La canción del pez volador	255
La casa del pavo real	281

La ráfaga del libro

307

LA CRUZ AZUL

Bajo la cinta de plata de la mañana, y sobre el reflejo azul del mar, el bote llegó a la costa de Harwich y soltó, como enjambre de moscas, un montón de gente, entre la cual ni se distinguía ni deseaba hacerse notable el hombre cuyos pasos vamos a seguir.

No; nada en él era extraordinario, salvo el ligero contraste entre su alegre y festivo traje y la seriedad oficial que había en su rostro. Vestía un chaqué gris pálido, un chaleco, y llevaba sombrero de paja con una cinta casi azul. Su rostro, delgado, resultaba trigueño, y se prolongaba en una barba negra y corta que le daba un aire español y hacía echar de menos la gorguera isabelina. Fumaba un cigarrillo con parsimonia de hombre desocupado. Nada hacía presumir que aquel chaqué claro ocultaba una pistola cargada, que en aquel chaleco blanco iba una tarjeta de policía, que aquel sombrero de paja encubría una de las cabezas más potentes de Europa. Porque aquel hombre era nada menos que Valentin, jefe de la Policía parisiense, y el más famoso investigador del mundo. Venía de Bruselas a Londres para hacer la captura más comentada del siglo.

Flambeau estaba en Inglaterra. La Policía de tres países había seguido la pista al delincuente de Gante a Bruselas, y de

Bruselas al Hoek van Holland. Y se sospechaba que trataría de disimularse en Londres, aprovechando el trastorno que por entonces causaba en aquella ciudad la celebración del Congreso Eucarístico. No sería difícil que adoptara, para viajar, el disfraz de eclesiástico menor, o persona relacionada con el Congreso. Pero Valentin no sabía nada a punto fijo. Sobre Flambeau nadie sabía nada a punto fijo.

Hace muchos años que este coloso del crimen desapareció súbitamente, tras de haber tenido al mundo en zozobra; y a su muerte, como a la muerte de Rolando, puede decirse que hubo una gran quietud en la tierra. Pero en sus mejores días —es decir, en sus peores días—, Flambeau era una figura tan estatuaría e internacional como el Káiser. Casi diariamente los periódicos de la mañana anunciaban que había logrado escapar a las consecuencias de un delito extraordinario, cometiendo otro peor.

Era un gascón de estatura gigantesca y gran acometividad física. Sobre sus rasgos de buen humor atlético se contaban las cosas más estupendas: un día tomó al juez de instrucción y lo puso de cabeza «para despejarle la cabeza». Otro día corrió por la calle de Rivoli con un policía bajo cada brazo. Y hay que hacerle justicia: esta fuerza casi fantástica sólo la empleaba en ocasiones como las descritas: aunque poco decentes, no sanguinarias.

Sus delitos eran siempre hurtos ingeniosos y de alta categoría. Pero cada uno de sus robos merecía historia aparte y podría considerarse como una especie inédita del pecado. Fue él quien lanzó el negocio de la «Gran Compañía Tirolesa» de Londres, sin contar con una sola lechería, una sola vaca, un solo carro, una gota de leche, aunque sí con algunos miles de suscriptores. Y a éstos los servía con el sencillísimo procedimiento de acer-

car a sus puertas los botes que los lecheros dejaban junto a las puertas de los vecinos. Fue él quien mantuvo una estrecha y misteriosa correspondencia con una joven, cuyas cartas eran invariablemente interceptadas, valiéndose del procedimiento extraordinario de sacar fotografías infinitamente pequeñas de las cartas en los portaobjetos del microscopio. Pero la mayor parte de sus hazañas se distinguían por una sencillez abrumadora. Cuentan que una vez repintó, aprovechándose de la soledad de la noche, todos los números de una calle, con el solo fin de hacer caer en una trampa a un forastero.

No cabe duda de que él es el inventor de un buzón portátil, que solía apostar en las bocacalles de los quietos suburbios, por si los transeúntes distraídos depositaban algún giro postal. Últimamente se había revelado como acróbata formidable; a pesar de su gigantesca mole, era capaz de saltar como un saltamontes y de esconderse en la copa de los árboles como un mono. Por todo lo cual el gran Valentin, cuando recibió la orden de buscar a Flambeau, comprendió muy bien que sus aventuras no acabarían en el momento de descubrirlo.

Y ¿cómo arreglárselas para descubrirlo? Sobre este punto las ideas del gran Valentin estaban todavía en embrión.

Algo había que Flambeau no podía ocultar, a despecho de todo su arte para disfrazarse, y este algo era su enorme estatura. Valentin estaba, pues, decidido, en cuanto cayera bajo su mirada vivaz alguna vendedora de frutas de desmedida talla, o un granadero corpulento, o una duquesa medianamente desproporcionada, a arrestarlos al punto. Pero en todo el tren no había topado con nadie que tuviera trazas de ser un Flambeau disimulado, a menos que los gatos pudieran ser jirafas disimuladas.

Respecto a los viajeros que venían en su mismo vagón, estaba completamente tranquilo. Y la gente que había subido al tren en Harwich o en otras estaciones no pasaba de seis pasajeros. Uno era un empleado del ferrocarril —pequeño él—, que se dirigía al punto terminal de la línea. Dos estaciones más allá habían recogido a tres verduleras lindas y pequeñas, a una señora viuda —diminuta— que procedía de una pequeña ciudad de Essex, y a un sacerdote catolicorromano —muy bajo también— que procedía de un pueblecito de Essex.

Al examinar, pues, al último viajero, Valentin renunció a descubrir a su hombre y casi se echó a reír: el curita era la esencia misma de aquellos insulsos habitantes de la zona oriental; tenía una cara redonda y roma, como pudín de Norfolk, unos ojos tan vacíos como el mar del Norte y traía varios paquetitos de papel de estraza que no acertaba a juntar. Sin duda el Congreso Eucarístico había sacado de su estancamiento local a muchas criaturas semejantes, tan ciegas e ineptas como topes desenterrados. Valentin era un escéptico del más severo estilo francés y no sentía amor por el sacerdocio. Pero sí podía sentir compasión y aquel triste cura bien podía provocar lástima en cualquier alma. Llevaba una sombrilla enorme, usada ya, que a cada rato se le caía. Al parecer, no podía distinguir entre los dos extremos de su billete cuál era el de ida y cuál el de vuelta. A todo el mundo le contaba, con una monstruosa candidez, que tenía que andar con mucho cuidado, porque entre sus paquetes de papel traía alguna cosa de legítima plata con unas piedras azules. Esta curiosa mezcla de vulgaridad —condición de Essex— y santa simplicidad divirtieron mucho al francés, hasta la estación de Stratford, donde el cura logró bajarse, quién sabe cómo, con todos sus paquetes a cuestas, aunque todavía tuvo que regresar por su sombrilla. Cuando lo vio volver, Valentin, en un raptó de buena intención, le aconse-

jó que, en adelante, no le anduviera contando a todo el mundo lo del objeto de plata que traía. Pero Valentin, cuando hablaba con cualquiera, parecía estar tratando de descubrir a otro; a todos, ricos y pobres, machos o hembras, los consideraba atentamente, calculando si medirían los seis pies, porque el hombre a quien buscaba tenía seis pies y cuatro pulgadas.

Se apeó en la calle de Liverpool, enteramente seguro de que, hasta allí, el criminal no se le había escapado. Se dirigió a Scotland Yard —la oficina de Policía— para regularizar su situación y prepararse los auxilios necesarios, por si se daba el caso; después encendió otro cigarrillo y se echó a pasear por las calles de Londres. Al pasar la plaza de Victoria se detuvo de pronto. Era una plaza elegante, tranquila, muy típica de Londres, llena de accidental quietud. Las casas, grandes y espaciosas, que la rodeaban tenían aire, a la vez, de riqueza y de soledad; el pradito verde que había en el centro parecía tan desierto como una verde isla del Pacífico. De las cuatro calles que circundaban la plaza, una era mucho más alta que las otras, como para formar un estrado, y esta calle estaba rota por uno de esos admirables disparates de Londres: un restaurante, que parecía extraviado en aquel sitio y venido del barrio de Soho. Era un objeto absurdo y atractivo, lleno de tiestos con plantas enanas y visillos listados de blanco y amarillo limón. Aparecía en lo alto de la calle y, según los modos de construir habituales en Londres, un vuelo de escalones subía de la calle hacia la puerta principal, casi a manera de escalera de salvamento sobre la ventana de un primer piso. Valentin se detuvo, fumando, frente a los visillos listados y se quedó un rato contemplándolos.

Lo más increíble de los milagros está en que acontezcan. A veces se juntan las nubes del cielo para figurar el extraño con-

torno de un ojo humano; a veces, en el fondo de un paisaje equívoco, un árbol asume la elaborada figura de un signo de interrogación. Yo mismo he visto estas cosas hace pocos días. Nelson muere en el instante de la victoria y un hombre llamado Williams da la casualidad de que asesina un día a otro llamado Williamson: ¡una especie de infanticidio! En suma, la vida posee cierto elemento de coincidencia fantástica, que la gente, acostumbrada a contar sólo con lo prosaico, nunca percibe. Como lo expresa muy bien la paradoja de Poe, la prudencia debiera contar siempre con lo imprevisto.

Arístides Valentin era profundamente francés y la inteligencia francesa es, especial y únicamente, inteligencia. Valentin no era «máquina pensante» —insensata frase, hija del fatalismo y el materialismo modernos—. La máquina solamente es máquina, por cuanto no puede pensar. Pero él era un hombre pensante y, al mismo tiempo, un hombre claro. Todos sus éxitos, tan admirables que parecían cosa de magia, se debían a la lógica, a esa ideación francesa clara y llena de buen sentido. Los franceses electrizan al mundo, no lanzando una paradoja, sino realizando una evidencia. Y la realizan al extremo que puede verse con la Revolución francesa. Pero, por lo mismo que Valentin entendía el uso de la razón, palpaba sus limitaciones. Sólo el ignorante en motorismo puede hablar de motores sin petróleo; sólo el ignorante en cosas de la razón puede creer que se razone sin sólidos e indisputables primeros principios. Y en el caso no había sólidos primeros principios. A Flambeau le habían perdido la pista en Harwich y, si estaba en Londres, podría encontrárselo en toda la escala que va desde un gigantesco trampista, que recorre los arrabales de Wimbledon, hasta un gigantesco *toastmaster*¹ en algún banquete del «Hotel Métropole». Cuando sólo contaba con noticias tan vagas, Valentin

¹El que dirige los brindis.

solía tomar un camino y un método que le eran propios.

En casos como éste, Valentin se fiaba de lo imprevisto. En casos como éste, cuando no era posible seguir un proceso racional, seguía, fría y cuidadosamente, el proceso de lo irracional. En vez de ir a los lugares más indicados —Bancos, puestos de Policía, sitios de reunión—, Valentin asistía sistemáticamente a los menos indicados: llamaba a las casas vacías, se metía por las calles cerradas, recorría todas las callejas bloqueadas de escombros, se dejaba ir por todas las transversales que lo alejaran inútilmente de las arterias céntricas. Y defendía muy lógicamente este procedimiento absurdo. Decía que, a tener alguna vislumbre, nada hubiera sido peor que aquello; pero, a falta de toda noticia, aquello era lo mejor, porque había al menos probabilidades de que la misma extravagancia que había llamado la atención del perseguidor hubiera impresionado antes al perseguido. El hombre tiene que empezar sus investigaciones por algún sitio y lo mejor era empezar donde otro hombre pudo detenerse. El aspecto de aquella escalinata, la misma quietud y curiosidad del restaurante, todo aquello conmovió la romántica imaginación del policía y le sugirió la idea de probar fortuna. Subió las gradas y, sentándose en una mesa junto a la ventana, pidió una taza de café solo.

Aún no había almorzado. Sobre la mesa, las ligeras angarillas que habían servido para otro desayuno le recordaron su apetito; pidió, además, un huevo escalfado y procedió, pensativo, a endulzar su café, sin olvidar un punto a Flambeau. Pensaba cómo Flambeau había escapado en una ocasión gracias a un incendio; otra vez, con pretexto de pagar por una carta falta de franqueo y otra, poniendo a unos a ver por el telescopio un cometa que iba a destruir el mundo. Y Valentin se decía —con razón— que su cerebro de detective y el del criminal

eran igualmente poderosos. Pero también se daba cuenta de su propia desventaja: «El criminal —pensaba sonriendo— es sólo el crítico.» Y levantó lentamente su taza de café hasta los labios. . . , pero la separó al instante: le había puesto sal en vez de azúcar.

Examinó el objeto en que le habían servido la sal; era un azucarero, tan inequívocamente destinado al azúcar como lo está la botella de champaña para el champaña. No entendía cómo habían podido servirle sal. Buscó por allí algún azucarero ortodoxo. . . ; sí, allí había dos saleros llenos. Tal vez reservaban alguna sorpresa. Probó el contenido de los saleros, era azúcar. Entonces extendió la vista en derredor con aire de interés, buscando algunas huellas de aquel singular gusto artístico que llevaba a poner el azúcar en los saleros y la sal en los azucareros. Salvo un manchón de líquido oscuro, derramado sobre una de las paredes, empapeladas de blanco, todo lo demás aparecía limpio, agradable, normal. Llamó al timbre. Cuando el camarero acudió presuroso, despeinado y algo torpe todavía a aquella hora de la mañana, el detective —que no carecía de gusto por las bromas sencillas— le pidió que probara el azúcar y dijera si aquello estaba a la altura de la reputación de la casa. El resultado fue que el camarero bostezó y acabó de despertarse.

—¿Y todas las mañanas gastan ustedes a sus clientes estas bromitas? —preguntó Valentin—. ¿No les resulta nunca cansada la bromita de trocar la sal y el azúcar?

El camarero, cuando acabó de entender la ironía, le aseguró tartamudeante que no era tal la intención del establecimiento, que aquello era una equivocación inexplicable. Tomó el azucarero y lo contempló y lo mismo hizo con el salero, manifestando un creciente asombro. Al fin, pidió excusas precipitadamente,

se alejó corriendo y volvió pocos segundos después acompañado del propietario. El propietario examinó también los dos recipientes y también se manifestó muy asombrado.

De pronto, el camarero soltó un chorro inarticulado de palabras.

—Yo creo —dijo tartamudeando— que fueron esos dos sacerdotes.

—¿Qué sacerdotes?

—Esos que arrojaron la sopa a la pared —dijo.

—¿Que arrojaron la sopa a la pared? —preguntó Valentin, figurándose que aquella era alguna singular metáfora italiana.

—Sí, sí —dijo el criado con mucha animación, señalando la mancha oscura que se veía sobre el papel blanco—; la arrojaron allí, a la pared.

Valentin miró con aire de curiosidad al propietario. Este satisfizo su curiosidad con el siguiente relato:

—Sí, caballero, así es la verdad, aunque no creo que tenga ninguna relación con esto de la sal y el azúcar. Dos sacerdotes vinieron muy temprano y pidieron una sopa, en cuanto abrimos la casa. Parecían gente muy tranquila y respetable. Uno de ellos pagó la cuenta y salió. El otro, que era más pausado en sus movimientos, estuvo algunos minutos recogiendo sus cosas y al cabo salió también. Pero antes de hacerlo tomó deliberadamente la taza (no se la había bebido toda), y arrojó la sopa a la pared. El camarero y yo estábamos en el interior; así apenas pudimos llegar a tiempo para ver la mancha en el muro y el salón ya completamente desierto. No es un daño muy grande, pero es una gran desvergüenza. Aunque quise alcanzar

a los dos hombres, ya iban muy lejos. Sólo pude advertir que doblaban la esquina de la calle de Carstairs.

El policía se había levantado, puesto el sombrero y empuñado el bastón. En la completa oscuridad en que se movía, estaba decidido a seguir el único indicio anormal que se le ofrecía; y el caso era, en efecto, bastante anormal. Pagó, cerró de golpe tras de sí la puerta de cristales y pronto había doblado también la esquina de la calle.

Por fortuna, aun en los instantes de mayor fiebre conservaba alerta los ojos. Algo le llamó la atención frente a una tienda, y al punto retrocedió unos pasos para observarlo. La tienda era un almacén popular de comestibles y frutas, y al aire libre estaban expuestos algunos artículos con sus nombres y precios, entre los cuales se destacaban un montón de naranjas y un montón de nueces. Sobre el montón de nueces había un tarjetón que decía, con letras azules: «Naranjas finas de Tánger, dos por un penique.» Y sobre las naranjas, una inscripción semejante e igualmente exacta, decía: «Nueces finas del Brasil, a cuatro la libra.» Valentin, considerando los dos tarjetones, pensó que aquella forma de humorismo no le era desconocida, por su experiencia de hacía poco rato. Llamó la atención del frutero sobre el caso. El frutero, con su carota bermeja y su aire estúpido, miró a uno y otro lado de la calle como preguntándose la causa de aquella confusión. Y, sin decir nada, colocó cada letrero en su sitio. El policía, apoyado con elegancia en su bastón, siguió examinando la tienda. Al fin exclamó:

—Perdone usted, señor mío, mi indiscreción: quisiera hacerle a usted una pregunta referente a la psicología experimental y a la asociación de ideas.

El caribermejo comerciante lo miró de un modo amenazador.

El detective, blandiendo el bastoncillo en el aire, continuó alegremente:

—¿Qué hay de común entre dos anuncios mal colocados en una frutería y el sombrero de teja de alguien que ha venido a pasar en Londres un día de fiesta? O, para ser más claro: ¿qué relación mística existe entre estas nueces, anunciadas como naranjas, y la idea de dos clérigos, uno muy alto y otro muy pequeño?

Los ojos del tendero parecieron salirse de la cabeza, como los de un caracol.

Por un instante se dijera que se iba a arrojar sobre el extranjero. Y, al fin, exclamó, iracundo:

—No sé lo que tendrá usted que ver con ellos, pero, si son amigos de usted, dígalos de mi parte que les voy a estrellar la cabeza, aunque sean párrocos, como vuelvan a tumbarme mis manzanas.

—¿De veras? —preguntó el detective con mucho interés—. ¿Le tumbaron a usted las manzanas?

—Como que uno de ellos —repuso el enfurecido frutero— las echó a rodar por la calle. De buena gana lo hubiera agarrado yo, pero tuve que entretenerme en arreglar otra vez el montón.

—Y ¿hacia dónde se encaminaron los párrocos?

—Por la segunda calle, a mano izquierda, y después cruzaron la plaza.

—Gracias —dijo Valentin, y desapareció como por encanto.

A las dos calles se encontró con un guardia, y le dijo:

—Oiga usted, guardia, un asunto urgente: ¿Ha visto usted pa-

sar a dos clérigos con sombrero de teja?

El guardia trató de recordar.

—Sí, señor, los he visto. Por cierto que uno de ellos me pareció ebrio: estaba en mitad de la calle como atontado. . .

—¿Por qué calle tomaron? —lo interrumpió Valentin.

—Tomaron uno de aquellos ómnibus amarillos que van a Hampstead.

Valentin exhibió su tarjeta oficial y dijo precipitadamente:

—Llame usted a dos de los suyos, que vengan conmigo en persecución de esos hombres.

Y cruzó la calle con una energía tan contagiosa que el pesado guardia se echó a andar también con una obediente agilidad. Antes de dos minutos, un inspector y un hombre en traje de paisano se unieron al detective francés.

—¿Qué se le ofrece, caballero? —comenzó el inspector, con una sonrisa de importancia.

Valentin señaló con el bastón.

—Ya se lo diré a usted cuando estemos en aquel ómnibus —contestó, escurriéndose y abriéndose paso por entre el tráfico de la calle. Cuando los tres, jadeantes, se encontraron en la imperial del amarillo vehículo, el inspector dijo:

—Iríamos cuatro veces más de prisa en un taxi.

—Es verdad —le contestó el jefe plácidamente—, siempre que supiéramos adonde íbamos.

—Pues, ¿adonde quiere usted que vayamos? —le replicó el otro, asombrado.

Valentin, con aire ceñudo, continuó fumando en silencio unos segundos y después, apartando el cigarrillo, dijo:

—Si usted sabe lo que va a hacer un hombre, adelántesele. Pero si usted quiere descubrir lo que hace, vaya detrás de él. Extraviése donde él se extravíe, deténgase cuando él se detenga, y viaje tan lentamente como él. Entonces verá usted lo mismo que ha visto él y podrá usted adivinar sus acciones y obrar en consecuencia. Lo único que podemos hacer es llevar la mirada alerta para descubrir cualquier objeto extravagante.

—¿Qué clase de objeto extravagante?

—Cualquiera —contestó Valentin y se hundió en un obstinado mutismo.

El ómnibus amarillo recorría las carreteras del Norte. El tiempo transcurría, inacabable. El gran detective no podía dar más explicaciones y acaso sus ayudantes empezaban a sentir una creciente y silenciosa desconfianza. Acaso también empezaban a experimentar un apetito creciente y silencioso, porque la hora del almuerzo ya había pasado y las inmensas carreteras de los suburbios parecían alargarse cada vez más, como las piezas de un infernal telescopio. Era aquél uno de esos viajes en que el hombre no puede menos de sentir que se va acercando al término del universo, aunque a poco se da cuenta de que simplemente ha llegado a la entrada del parque de Tuffnell. Londres se deshacía ahora en miserables tabernas y en repelentes andrajos de ciudad, y más allá volvía a renacer en calles altas y deslumbrantes y hoteles opulentos. Parecía aquél un viaje a través de trece ciudades consecutivas. El crepúsculo invernal comenzaba ya a vislumbrarse —amenazador— frente a ellos; pero el detective parisiense seguía sentado sin hablar, mirando a todas partes, no perdiendo un rasgo de las calles

que ante él se desarrollaban. Ya habían dejado atrás el barrio de Camden y los policías iban medio dormidos. De pronto, Valentin se levantó y, poniendo una mano sobre el hombro de cada uno de sus ayudantes, dio orden de parar. Los ayudantes dieron un salto.

Y bajaron por la escalerilla a la calle, sin saber con qué objeto los habían hecho bajar. Miraron en torno, como tratando de averiguar la razón, y Valentin les señaló triunfalmente una ventana que había a la izquierda, en un café suntuoso lleno de adornos dorados. Aquél era el departamento reservado a las comidas de lujo. Había un letrero: Restaurante. La ventana, como todas las de la fachada, tenía una vidriera escarchada y ornamental. Pero en medio de la vidriera había una rotura grande, negra, como una estrella entre los hielos.

—¡Al fin!, hemos dado con un indicio —dijo Valentin, blandiendo el bastón—. Aquella vidriera rota. . .

—¿Qué vidriera? ¿Qué indicio? —preguntó el inspector—. ¿Qué prueba tenemos para suponer que eso sea obra de ellos?

Valentin casi rompió su bambú de rabia.

—¿Pues no pide prueba este hombre, Dios mío? —exclamó—. Claro que hay veinte probabilidades contra una. Pero, ¿qué otra cosa podemos hacer? ¿No ve usted que estamos en el caso de seguir la más nimia sospecha, o de renunciar e irnos a casa a dormir tranquilamente?

Empujó la puerta del café, seguido de sus ayudantes, y pronto se encontraron todos sentados ante un *lunch* tan tardío como helado. De tiempo en tiempo echaban una mirada a la vidriera rota. Pero no por eso veían más claro el asunto.

Al pagar la cuenta, Valentin le dijo al camarero:

—Veo que se ha roto la vidriera, ¿eh?

—Sí, señor —dijo éste, muy preocupado con darle el cambio, y sin hacer mucho caso de Valentin.

Valentin, en silencio, añadió una propina considerable. Ante esto, el camarero se puso comunicativo:

—Sí, señor; una cosa increíble.

—¿De veras? Cuéntenos usted cómo fue —dijo el detective, como sin darle mucha importancia.

—Verá usted: entraron dos curas, dos párrocos forasteros de esos que andan ahora por aquí. Pidieron alguna cosilla de comer, comieron muy quietecitos, uno de ellos pagó y se salió. El otro iba a salir también, cuando yo advertí que me habían pagado el triple de lo debido. «Oiga usted (le dije a mi hombre, que ya iba por la puerta), me han pagado ustedes más de la cuenta.» «¿Ah?», me contestó con mucha indiferencia. «Sí», le dije, y le enseñé la nota. . . Bueno: lo que pasó es inexplicable.

—¿Por qué?

—Porque yo hubiera jurado por la santísima Biblia que había escrito en la nota cuatro chelines, y me encontré ahora con la cifra de catorce chelines.

—¿Y después? —dijo Valentin lentamente, pero con los ojos llameantes.

—Después, el párroco que estaba en la puerta me dijo muy tranquilamente: «Lamento enredarle a usted sus cuentas; pero es que voy a pagar por la vidriera.» «¿Qué vidriera?» «La que ahora mismo voy a romper» ; y descargó allí la sombrilla.

Los tres lanzaron una exclamación de asombro, y el inspector

preguntó en voz baja:

—¿Se trata de locos escapados?

El camarero continuó, complaciéndose manifiestamente en su extravagante relato:

—Me quedé tan espantado, que no supe qué hacer. El párroco se reunió con el compañero y doblaron por aquella esquina. Y después se dirigieron tan de prisa hacia la calle de Bullock, que no pude darles alcance, aunque eché a correr tras ellos.

—¡A la calle de Bullock! —ordenó el detective.

Y salieron disparados hacia allá, tan veloces como sus perseguidos. Ahora se encontraron entre callecitas enladrilladas que tenían aspecto de túneles; callecitas oscuras que parecían formadas por la espalda de todos los edificios. La niebla comenzaba a envolverlos, y aun los policías londinenses se sentían extraviados por aquellos parajes. Pero el inspector tenía la seguridad de que saldrían por cualquier parte al parque de Hampstead. Súbitamente, una vidriera iluminada por luz de gas apareció en la oscuridad de la calle, como una linterna. Valentin se detuvo ante ella: era una confitería. Vaciló un instante y, al fin, entró hundiéndose entre los brillos y los alegres colores de la confitería. Con toda gravedad y mucha parsimonia compró hasta trece cigarrillos de chocolate. Estaba buscando el mejor medio para entablar un diálogo; pero no necesitó él comenzarlo.

Una señora de cara angulosa que le había despachado, sin prestar más que una atención mecánica al aspecto elegante del comprador, al ver destacarse en la puerta el uniforme azul del policía que lo acompañaba, pareció volver en sí, y dijo:

—Si vienen ustedes por el paquete, ya lo remití a su destino.

—¡El paquete! —repitió Valentin con curiosidad.

—El paquete que dejó ese señor, ese señor párroco.

—Por favor, señora —dijo entonces Valentin, dejando ver por primera vez su ansiedad—, por amor de Dios, díganos usted puntualmente de qué se trata.

La mujer, algo inquieta, explicó:

—Pues verá usted: esos señores estuvieron aquí hará una media hora, bebieron un poco de menta, charlaron y después se encaminaron al parque de Hampstead. Pero a poco uno de ellos volvió y me dijo: «¿Me he dejado aquí un paquete?» Yo no encontré ninguno por más que busqué. «Bueno —me dijo él—, si luego aparece por ahí, tenga usted la bondad de enviarlo a estas señas.» Y con la dirección me dejó un chelín por la molestia. Y, en efecto, aunque yo estaba segura de haber buscado bien, poco después me encontré con un paquetito de papel de estraza, y lo envié al sitio indicado. No me acuerdo bien adonde era: era por Westminster. Como parecía ser cosa de importancia, pensé que tal vez la Policía había venido a buscarlo.

—Sí —dijo Valentin—, a eso vine. ¿Está cerca de aquí el parque de Hampstead?

—A unos quince minutos. Y por aquí saldrá usted derecho a la puerta del parque.

Valentin salió de la confitería precipitadamente, y echó a correr en aquella dirección; sus ayudantes le seguían con un trotecillo de mala gana.

La calle que recorrían era tan estrecha y oscura, que cuando salieron al aire libre se asombraron de ver que había todavía

tanta luz. Una hermosa cúpula celeste, color verde pavo, se hundía entre fulgores dorados, donde resaltaban las masas oscuras de los árboles, ahogadas en lejanías violetas. El verde fulgurante era ya lo bastante oscuro para dejar ver, como unos puntitos de cristal, algunas estrellas. Todo lo que aún quedaba de la luz del día caía en reflejos dorados por los términos de Hampstead y aquellas cuestas que el pueblo gusta de frecuentar y reciben el nombre de Valle de la Salud. Los obreros, endomingados, aún no habían desaparecido; quedaban, ya borrosas en la media luz, unas cuantas parejas por los bancos, y aquí y allá, a lo lejos, una muchacha se mecía, gritando, en un columpio. En torno a la sublime vulgaridad del hombre, la gloria del cielo se iba haciendo cada vez más profunda y oscura. Y de arriba de la cuesta, Valentin se detuvo a contemplar el valle.

Entre los grupitos negros que parecían irse deshaciendo a distancia, había uno, negro entre todos, que no parecía deshacerse: un grupito de dos figuras vestidas con hábitos clericales. Aunque estaban tan lejos que parecían insectos, Valentin pudo darse cuenta de que una de las dos figuras era más pequeña que la otra. Y aunque el otro hombre andaba algo inclinado, como hombre de estudio, y cual si tratara de no hacerse notar, a Valentin le pareció que bien medía seis pies de talla. Apretó los dientes y, cimbreando el bambú, se encaminó hacia aquel grupo con impaciencia. Cuando logró disminuir la distancia y agrandar las dos figuras negras cual con ayuda de microscopio, notó algo más, algo que le sorprendió mucho, aunque, en cierto modo, ya lo esperaba. Fuera quien fuera el mayor de los dos, no cabía duda respecto a la identidad del menor: era su compañero del tren de Harwich, aquel cura pequeñín y regordete de Essex, a quien él había aconsejado no andar diciendo lo que traía en sus paquetitos de papel de estraza.

Hasta aquí todo se presentaba muy racionalmente. Valentin había logrado averiguar aquella mañana que un tal padre Brown, que venía de Essex, traía consigo una cruz de plata con zafiros, reliquia de considerable valor, para mostrarla a los sacerdotes extranjeros que venían al Congreso. Aquél era, sin duda, «el objeto de plata con piedras azules», y el padre Brown, sin duda, era el propio y diminuto paleta que venía en el tren. No había nada de extraño en el hecho de que Flambeau tropezara con la misma extrañeza en que Valentin había reparado. Flambeau no perdía nada de cuanto pasaba junto a él. Y nada de extraño tenía el hecho de que, al oír hablar Flambeau de una cruz de zafiros, se le ocurriera robársela: aquello era lo más natural del mundo. Y de seguro que Flambeau se saldría con la suya, teniendo que habérselas con aquel pobre cordero de la sombrilla y los paquetitos, Era el tipo de hombre en quien todo el mundo puede hacer su voluntad, atarlo con una cuerda y llevárselo hasta el Polo Norte. No era de extrañar que un hombre como Flambeau, disfrazado de cura, hubiera logrado arrastrarlo hasta Hampstead Heath. La intención delictuosa era manifiesta. Y el detective compadecía al pobre curita desamparado, y casi desdeñaba a Flambeau por encarnizarse en víctimas tan indefensas. Pero cuando Valentin recorría la serie de hechos que le habían llevado al éxito de sus pesquisas, en vano se atormentaba tratando de descubrir en todo el proceso el menor ritmo de razón. ¿Qué tenía de común el robo de una cruz de plata y piedras azules con el hecho de arrojar la sopa a la pared? ¿Qué relación había entre esto y el llamar nueces a las naranjas, o el pagar de antemano los vidrios que se van a romper? Había llegado al término de la caza, pero no sabía por cuáles caminos. Cuando fracasaba —y pocas veces le sucedía— solía dar siempre con la clave del enigma, aunque perdiera al delincuente. Aquí había cogido al delincuente, pero

la clave del enigma se le escapaba.

Las dos figuras se deslizaban como moscas sobre una colina verde. Aquellos hombres parecían enfrascados en animada charla y no darse cuenta de adónde iban; pero ello es que se encaminaban a lo más agreste y apartado del parque. Sus perseguidores tuvieron que adoptar las poco dignas actitudes de la caza al acecho, ocultarse tras los matojos y aun arrastrarse escondidos entre la hierba. Gracias a este desagradable procedimiento, los cazadores lograron acercarse a la presa lo bastante para oír el murmullo de la discusión; pero no lograban entender más que la palabra «razón», frecuentemente repetida en una voz chillona y casi infantil. Una vez, la presa se les perdió en una profundidad y tras un muro de espesura. Pasaron diez minutos de angustia antes de que lograran verlos de nuevo, y después reaparecieron los dos hombres sobre la cima de una loma que dominaba un anfiteatro, el cual a estas horas era un escenario desolado bajo las últimas claridades del sol. En aquel sitio ostensible, aunque agreste, había, debajo de un árbol, un banco de palo, desvencijado. Allí se sentaron los dos curas, siempre discutiendo con mucha animación. Todavía el suntuoso verde y oro era perceptible hacia el horizonte; pero ya la cúpula celeste había pasado del verde pavo al azul pavo, y las estrellas se destacaban más y más como joyas sólidas. Por señas, Valentin indicó a sus ayudantes que procuraran acercarse por detrás del árbol sin hacer ruido. Allí lograron, por primera vez, oír las palabras de aquellos extraños clérigos.

Tras de haber escuchado unos dos minutos, se apoderó de Valentin una duda atroz: ¿Si habría arrastrado a los dos policías ingleses hasta aquellos nocturnos campos para una empresa tan loca como sería la de buscar higos entre los cardos? Porque aquellos dos sacerdotes hablaban realmente como verdaderos

sacerdotes, piadosamente, con erudición y compostura, de los más abstrusos enigmas teológicos. El curita de Essex hablaba con la mayor sencillez, de cara hacia las nacientes estrellas. El otro inclinaba la cabeza, como si fuera indigno de contemplarlas. Pero no hubiera sido posible encontrar una charla más clerical e ingenua en ningún blanco claustro de Italia o en ninguna negra catedral española.

Lo primero que oyó fue el final de una frase del padre Brown que decía: «... que era lo que en la Edad Media significaban con aquello de: los cielos incorruptibles».

El sacerdote alto movió la cabeza y repuso:

—¡Ah, sí! Los modernos infieles apelan a su razón; Pero, ¿quién puede contemplar estos millones de mundos sin sentir que hay todavía universos maravillosos donde tal vez nuestra razón resulte irracional?

—No —dijo el otro—. La razón siempre es racional, aun en el limbo, aun en el último extremo de las cosas. Ya sé que la gente acusa a la Iglesia de rebajar la razón; pero es al contrario. La Iglesia es la única que, en la tierra, hace de la razón un objeto supremo; la única que afirma que Dios mismo está sujeto por la razón.

El otro levantó la austera cabeza hacia el cielo estrellado, e insistió:

—Sin embargo, ¿quién sabe si en este infinito universo...?

—Infinito sólo físicamente —dijo el curita agitándose en el asiento—; pero no infinito en el sentido de que pueda escapar a las leyes de la verdad.

Valentin, tras del árbol, crispaba los puños con muda deses-

peración. Ya le parecía oír las burlas de los policías ingleses a quienes había arrastrado en tan loca persecución, sólo para hacerles asistir al chismorreo metafísico de los dos viejos y amables párrocos. En su impaciencia, no oyó la elaborada respuesta del cura gigantesco, y cuando pudo oír otra vez el padre Brown estaba diciendo:

—La razón y la justicia imperan hasta en la estrella más solitaria y más remota: mire usted esas estrellas. ¿No es verdad que parecen como diamantes y zafiros? Imagínese usted la geología, la botánica más fantástica que se le ocurra; piense usted que allí hay bosques de diamantes con hojas de brillantes; imagínese usted que la luna es azul, que es un zafiro elefantino. Pero no se imagine usted que esta astronomía frenética pueda afectar a los principios de la razón y de la justicia. En llanuras de ópalo, como en escolleras de perlas, siempre se encontrará usted con la sentencia: «No robarás.»

Valentin estaba para cesar en aquella actitud violenta y alejarse sigilosamente, confesando aquel gran fracaso de su vida; pero el silencio del sacerdote gigantesco le impresionó de un modo que quiso esperar su respuesta. Cuando éste se decidió, por fin, a hablar dijo simplemente, inclinando la cabeza y apoyando las manos en las rodillas:

—Bueno; yo creo, con todo, que ha de haber otros mundos superiores a la razón humana. Impenetrable es el misterio del cielo, y ante él humillo mi frente.

Y después, siempre en la misma actitud, y sin cambiar de tono de voz, añadió:

—Vamos, déme usted ahora mismo la cruz de zafiros que trae. Estamos solos y puedo destrozarle a usted como a un muñeco.

Aquella voz y aquella actitud inmutables chocaban violentamente con el cambio de asunto. El guardián de la reliquia apenas volvió la cabeza. Parecía seguir contemplando las estrellas. Tal vez, no entendió. Tal vez entendió, pero el terror le había paralizado.

—Sí —dijo el sacerdote gigantesco sin inmutarse—, sí, yo soy Flambeau.

Y, tras una pausa, añadió:

—Vamos, ¿quiere usted darme la cruz?

—No —dijo el otro; y aquel monosílabo tuvo una extraña sonoridad.

Flambeau depuso entonces sus pretensiones pontificales. El gran ladrón se retrepó en el respaldo del banco y soltó la risa.

—No —dijo—, no quiere usted dármela, orgulloso prelado. No quiere usted dármela, célibe borrico. ¿Quiere usted que le diga por qué? Pues porque ya la tengo en el bolsillo del pecho.

El hombrecillo de Essex volvió hacia él, en la penumbra una cara que debió de reflejar el asombro, y con la tímida sinceridad del «Secretario Privado», exclamó:

—Pero, ¿está usted seguro?

Flambeau aulló con deleite:

—Verdaderamente —dijo— es usted tan divertido como una farsa en tres actos. Sí, hombre de Dios, estoy enteramente seguro. He tenido la buena idea de hacer una falsificación del paquete, y ahora, amigo mío, usted se ha quedado con el duplicado y yo con la alhaja. Una estratagema muy antigua, padre Brown, muy antigua. . .

—Sí —dijo el padre Brown alisándose los cabellos con el mismo aire distraído—, ya he oído hablar de ella.

El coloso del crimen se inclinó entonces hacia el rústico sacerdote con un interés repentino.

—¿*Usted* ha oído hablar de ella? ¿Dónde?

—Bueno —dijo el hombrecillo con mucha candidez—. Ya comprenderá usted que no voy decirle el nombre. Se trata de un penitente, un hijo de confesión. ¿Sabe usted? Había logrado vivir durante veinte años con gran comodidad, gracias al sistema de falsificar los paquetes de papel de estraza. Y así, cuando comencé a sospechar de usted, me acordé al punto de los procedimientos de aquel pobre hombre.

—¿Sospechar de mí? —repitió el delincuente con curiosidad cada vez mayor—. ¿Tal vez tuvo usted la perspicacia de sospechar cuando vio usted que yo le conducía a estas soledades?

—No, no —dijo Brown, como quien pide excusas—. No, verá usted: yo comencé a sospechar de usted en el momento en que por primera vez nos encontramos, debido al bulto que hace en su manga el brazalete de la cadena que suelen ustedes llevar.

—Pero, ¿cómo demonios ha oído usted hablar siquiera del brazalete?

—¿Qué quiere usted; nuestro pobre rebaño...! —dijo el padre Brown, arqueando las cejas con aire indiferente—. Cuando yo era cura de Hartlepool había allí tres con el brazalete... De modo que, habiendo desconfiado de usted desde el primer momento, como usted comprende, quise asegurarme de que la cruz quedaba a salvo de cualquier contratiempo. Y hasta creo que me he visto en el caso de vigilarlo, ¿sabe usted? Finalmente, vi que usted cambiaba los paquetes. Y entonces, vea

usted, yo los volví a cambiar. Y después, dejé el verdadero por el camino.

—¿Que lo dejó usted? —repitió Flambeau; y por la primera vez, el tono de su voz no fue ya triunfal.

—Vea usted cómo fue —continuó el curita con el mismo tono de voz—. Regresé a la confitería aquélla y pregunté si me había dejado por ahí un paquete, y di ciertas señas para que lo remitieran si acaso aparecía después. Yo sabía que no me había dejado antes nada, pero cuando regresé a buscar lo dejé realmente. Así, en vez de correr tras de mí con el valioso paquete, lo han enviado a estas horas a casa de un amigo mío que vive en Westminster. —Y luego añadió, amargamente—: También esto lo aprendí de un pobre sujeto que había en Hartlepool. Tenía la costumbre de hacerlo con las maletas que robaba en las estaciones; ahora el pobre está en un monasterio. ¡Oh, tiene uno que aprender muchas cosas, ¿sabe usted? —prosiguió sacudiendo la cabeza con el mismo aire del que pide excusas—. No puede uno menos de portarse como sacerdote. La gente viene a nosotros y nos lo cuenta todo.

Flambeau sacó de su bolsillo un paquete de papel de estraza y lo hizo pedazos. No contenía más que papeles y unas barritas de plomo. Saltó sobre sus pies revelando su gigantesca estatura, y gritó:

—No le creo a usted. No puedo creer que un patán como usted sea capaz de eso. Yo creo que trae usted consigo la pieza, y si usted se resiste a dármela. . . , ya ve usted, estamos solos, la tomaré por fuerza.

—No —dijo con naturalidad el padre Brown; y también se puso de pie—. No la tomará usted por fuerza. Primero, porque realmente no la llevo conmigo. Y segundo, porque no estamos

solos.

Flambeau se quedó suspenso.

—Detrás de este árbol —dijo el padre Brown señalándolo— están dos forzudos policías, y con ellos el detective más notable que hay en la tierra. ¿Me pregunta usted que cómo vinieron? ¡Pues porque yo los atraje, naturalmente! ¿Que cómo lo hice? Pues se lo contaré a usted si se empeña. ¡Por Dios! ¿No comprende de que, trabajando entre la clase criminal, aprendemos muchísimas cosas? Desde luego, yo no estaba seguro de que usted fuera un delincuente, y nunca es conveniente hacer un escándalo contra un miembro de nuestra propia Iglesia. Así, procuré antes probarle a usted, para ver si, a la provocación se descubriría usted de algún modo. Es de suponer que todo hombre hace algún aspaviento si se encuentra con que su café está salado; si no lo hace, es que tiene buenas razones para no llamar sobre sí la atención de la gente. Cambié, pues, la sal y el azúcar, y advertí que usted no protestaba. Todo hombre protesta si le cobran tres veces más de lo que debe. Y si se conforma con la cuenta exagerada, es que le importa pasar inadvertido. Yo alteré la nota, y usted la pagó sin decir palabra.

Parecía que el mundo todo estuviera esperando que Flambeau, de un momento a otro, saltara como un tigre. Pero, por el contrario, se estuvo quieto, como si le hubieran amansado con un conjuro; la curiosidad más aguda le tenía como petrificado.

—Pues bien —continuó el padre Brown con pausada lucidez—, como usted no dejaba rastro a la Policía, era necesario que alguien lo dejara, en su lugar. Y adondequiera que fuimos juntos, procuré hacer algo que diera motivo a que se hablara de nosotros para todo el resto del día. No causé daños muy gra-

ves por lo demás; una pared manchada, unas manzanas por el suelo, una vidriera rota... Pero, en todo caso, salvé la cruz, porque hay que salvar siempre la cruz. A esta hora está en Westminster. Yo hasta me maravillo de que usted no lo haya estorbado con el «silbido del asno».

—¿El qué? preguntó Flambeau.

—Vamos, me alegro de que nunca haya usted oído hablar de eso —dijo el sacerdote con una muequecilla—. Es una atrocidad. Ya estaba yo seguro de que usted era demasiado bueno, en el fondo, para ser un «silbador». Yo no hubiera podido en tal caso contrarrestarlo, ni siquiera con el procedimiento de las «marcas»; no tengo bastante fuerza en las piernas:

—Pero, ¿de qué me está usted hablando? —preguntó el otro.

—Hombre, creí que conocía usted las «marcas» —dijo el padre Brown agradablemente sorprendido—. Ya veo que no está usted tan envilecido.

—Pero, ¿cómo diablos está usted al cabo de tantos horrores? —gritó Flambeau.

La sombra de una sonrisa cruzó por la cara redonda y sencillota del clérigo.

—¡Oh, probablemente a causa de ser un borrico célibe! —repuso—. ¿No se le ha ocurrido a usted pensar que un hombre que casi no hace más que oír los pecados de los demás no puede menos de ser un poco entendido en la materia? Además, debo confesarle a usted que otra condición de mi oficio me convenció de que usted no era un sacerdote.

—¿Y qué fue ello? preguntó el ladrón, alelado.

—Que usted atacó la razón; y eso es de mala teología.

Y como se volviera en este instante para recoger sus paquetes, los tres policías salieron de entre los árboles penumbrosos. Flambeau era un artista, y también un *deportista*. Dio un paso atrás y saludó con una cortés reverencia a Valentin.

—No; a mí no, *mon ami* —dijo éste con nitidez argentina—. Inclinémonos los dos ante nuestro común maestro.

Y ambos se descubrieron con respeto, mientras el curita de Essex hacía como que buscaba su sombrilla.

EL JARDÍN SECRETO

Arístides Valentin, jefe de la Policía de París, llegó tarde a la cena, y algunos de sus huéspedes estaban ya en casa. Pero a todos los tranquilizó su criado de confianza, Iván, un viejo que tenía una cicatriz en la cara, y una cara tan gris como sus bigotes, y que siempre se sentaba tras una mesita que había en el vestíbulo; un vestíbulo tapizado de armas. La casa de Valentin era tal vez tan célebre y singular como el amo. Era una casa vieja, de altos muros y álamos tan altos que casi sobresalían, vistos desde el Sena; pero la singularidad y acaso el valor policíaco de su arquitectura estaba en esto: que no había más salida a la calle que aquella puerta del frente, resguardada por Iván y por la armería. El jardín era amplio y complicado y había varias salidas de la casa al jardín. Pero el jardín no tenía acceso al exterior, y lo circundaba un paredón enorme, liso, inaccesible, con púas en las bardas. No era un mal jardín para los esparcimientos de un hombre a quien cientos de criminales habían jurado matar.

Según Iván explicó a los huéspedes, el amo había anunciado por teléfono que asuntos de última hora le obligaban a retrasarse unos diez minutos. En verdad, estaba dictando algunas órdenes sobre ejecuciones y otras cosas desagradables de este

jaez. Y aunque tales menesteres le eran profundamente repulsivos, siempre los atendía con la necesaria exactitud. Tenaz en la persecución de los criminales, era muy suave a la hora del castigo. Desde que había llegado a ser la suprema autoridad policíaca de Francia y de gran parte de Europa, había empleado honorablemente su influencia en el empeño de mitigar las penas y purificar las prisiones. Era uno de esos librepensadores humanitarios que hay en Francia. Su única falta consiste en que su perdón suele ser más frío que su justicia.

Valentin llegó. Estaba vestido de negro; llevaba en la solapa el botoncito rojo. Era una elegante figura. Su barbilla negra tenía ya algunos toques grises. Atravesó la casa y se dirigió inmediatamente a su estudio, situado en la parte posterior. La puerta que daba al jardín estaba abierta. Muy cuidadosamente guardó con llave su estuche en el lugar acostumbrado, y se quedó unos segundos contemplando la puerta abierta hacia el jardín. La luna —dura— luchaba con los jirones y andrajos de nubes tempestuosas. Y Valentin la consideraba con una emoción anhelosa, poco habitual en naturalezas tan científicas como la suya. Acaso estas naturalezas poseen el don psíquico de prever los más tremendos trances de su existencia. Pero pronto se recobró de aquella vaga inconsciencia, recordando que había llegado con retraso y que sus huéspedes lo estarían esperando. Al entrar en el salón, se dio cuenta al instante de que, por lo menos, su huésped de honor aún no había llegado. Distinguió a las otras figuras importantes de su pequeña sociedad: a Lord Galloway, el embajador inglés —un viejo colérico con una cara roja como amapola, que llevaba la banda azul de la Jarretera—; a Lady Galloway, sutil como una hebra de hilo, con los cabellos argentados y la expresión sensitiva y superior. Vio también a su hija, Lady Margaret Graham, pálida y preciosa muchacha, con cara de hada y cabellos color de cobre.

Vio a la duquesa de Mont Saint-Michel, de ojos negros, opulenta, con sus dos hijas, también opulentas y ojinegras. Vio al doctor Simon, tipo del científico francés, con sus gafas, su barbilla oscura, la frente partida por aquellas arrugas paralelas que son el castigo de los hombres de ceño altanero, puesto que proceden de mucho levantar las cejas. Vio al padre Brown, de Cobhole, en Essex, a quien había conocido en Inglaterra recientemente. Vio, tal vez con mayor interés que a todos los otros, a un hombre alto, con uniforme, que acababa de inclinarse ante los Galloway, sin que éstos contestaran a su saludo muy calurosamente, y que a la sazón se adelantaba al encuentro de su huésped para presentarle sus cortesías. Era el comandante O'Brien, de la Legión francesa extranjera; tenía un aspecto entre delicado y fanfarrón, iba todo afeitado, el cabello oscuro, los ojos azules; y, como parecía propio en un oficial de aquel famoso regimiento de los victoriosos fracasos y los afortunados suicidios, su aire era a la vez atrevido y melancólico. Era, por nacimiento, un caballero irlandés y, en su infancia, había conocido a los Galloway y especialmente a Margaret Graham. Había abandonado su patria dejando algunas deudas y ahora daba a entender su absoluta emancipación de la etiqueta inglesa presentándose de uniforme, espada al cinto y espuelas calzadas. Cuando saludó a la familia del embajador, Lord y Lady Galloway le contestaron con rigidez y Lady Margaret miró a otra parte.

Pero si las visitas tenían razones para considerarse entre sí con un interés especial, su distinguido huésped no estaba especialmente interesado en ninguna de ellas. A lo menos, ninguna de ellas era a sus ojos el convidado de la noche. Valentin esperaba, por ciertos motivos, la llegada de un hombre de fama mundial, cuya amistad se había ganado durante sus victoriosas campañas policíacas en los Estados Unidos. Esperaba a Julius

K. Brayne, el multimillonario cuyas colosales y aplastantes generosidades para favorecer la propaganda de las religiones no reconocidas habían dado motivo a tantas y tan felices burlas, y a tantas solemnes y todavía más fáciles felicitaciones por parte de la prensa americana y británica. Nadie podía estar seguro de si Mr. Brayne era un ateo, un mormón o un partidario de la ciencia cristiana; pero él siempre estaba dispuesto a llenar de oro todos los vasos intelectuales, siempre que fueran vasos hasta hoy no probados. Una de sus manías era esperar la aparición del Shakespeare americano (cosa de más paciencia que el oficio de pescar). Admiraba a Walt Whitman, pero opinaba que Luke P. Taner, de París (Filadelfia) era mucho más «progresista» que Whitman. Le gustaba todo lo que le parecía «progresista». Y Valentin le parecía «progresista», con lo cual le hacía una grande injusticia.

La deslumbrante aparición de Julius K. Brayne fue como un toque de campana que diera la señal de la cena. Tenía una notable cualidad, de que podemos preciarnos muy pocos: su presencia era tan ostensible como su ausencia. Era enorme, tan gordo como alto; vestía traje de noche, de negro impecable, sin el alivio de una cadena de reloj o de una sortija. Tenía el cabello blanco y lo llevaba peinado hacia atrás, como un alemán; roja la cara, fiera y angelical, con una barbilla oscura en el labio inferior, lo cual transformaba su rostro infantil, dándole un aspecto teatral y mefistofélico. Pero la gente que estaba en el salón no perdió mucho tiempo en contemplar al célebre americano. Su mucha tardanza había llegado a ser ya un problema doméstico y a toda prisa se le invitó a tomar del brazo a Lady Galloway para pasar al comedor.

Los Galloway estaban dispuestos a pasar alegremente por todo, salvo en un punto: siempre que Lady Margaret no tomara el

brazo del aventurero O'Brien, todo estaba bien. Y Lady Margaret no lo hizo así, sino que entró al comedor decorosamente acompañada por el doctor Simon. Con todo, el viejo Lord Galloway comenzó a sentirse inquieto y a ponerse algo áspero. Durante la cena estuvo bastante diplomático; pero cuando a la hora de los cigarros, tres de los más jóvenes —el doctor Simon, el padre Brown y el equívoco O'Brien, el desterrado con uniforme extranjero— empezaron a mezclarse en los grupos de las damas y a fumar en el invernadero, entonces el diplomático inglés perdió la diplomacia. A cada sesenta segundos lo atormentaba la idea de que el bribón de O'Brien tratara por cualquier medio de hacer señas a Margaret, aunque no se imaginaba de qué manera. A la hora del café se quedó acompañado de Brayne, el canoso yanqui que creía en todas las religiones, y de Valentin, el peligrisáceo francés que no creía en ninguna. Ambos podían discutir mutuamente cuanto quisieran; pero era inútil que invocaran el apoyo del diplomático. Esta logomaquia «progresista» acabó por ponerse muy aburrida; entonces, Lord Galloway se levantó también y trató de dirigirse al salón. Durante seis u ocho minutos anduvo perdido por los pasillos; al fin oyó la voz aguda y didáctica del doctor y después la voz opaca del clérigo, seguida por una carcajada general. Y pensó con fastidio que tal vez allí estaban también discutiendo sobre la ciencia y la religión. Al abrir la puerta del salón sólo se dio cuenta de una cosa; de quiénes están ausentes. El comandante O'Brien no estaba allí; tampoco Lady Margaret.

Abandonó entonces el salón con tanta impaciencia como antes abandonara el corredor, y otra vez metióse por los pasillos. La preocupación por proteger a su hija del pícaro argelinoirlandés se había apoderado de él como una locura. Al acercarse al interior de la casa, donde estaba el estudio de Valentin, tuvo la sorpresa de encontrar a su hija, que pasaba rápidamente con

una cara pálida y desdeñosa que era un enigma por sí sola. Si había estado hablando con O'Brien, ¿dónde estaba éste? Si no había estado con él, ¿de dónde venía? Con una sospecha apasionada y senil se internó más en la casa y casualmente dio con una puerta de servicio que comunicaba al jardín. Ya la luna, con su cimitarra, había rasgado y deshecho toda nube de tempestad. Una luz de plata bañaba de lleno el jardín. Por el césped vio pasar una alta figura azul camino del estudio. Al reflejo lunar, sus facciones se revelaron: era el comandante O'Brien.

Desapareció tras la puerta vidriera en los interiores de la casa, dejando a Lord Galloway en un estado de ánimo indescripible, a la vez confuso e iracundo. El jardín de plata y azul, como un escenario de teatro, parecía atraerlo tiránicamente con esa insinuación de dulzura tan opuesta al cargo que él desempeñaba en el mundo. La esbeltez y gracia de los pasos del irlandés le habían encolerizado como si, en vez de un padre, fuese un rival; y ahora la luz de la luna lo enloquecía. Una como magia pretendía atraparlo, arrastrándolo hacia un jardín de trovadores, hacia una tierra maravillosa de Watteau; y, tratando de emanciparse por medio de la palabra de aquellas amorosas insensateces, se dirigió rápidamente en pos de su enemigo. Tropezó con alguna piedra o raíz de árbol y se detuvo instintivamente a escudriñar el suelo, primero con irritación, y después, con curiosidad. Y entonces la luna y los álamos del jardín pudieron ver un espectáculo inusitado: un viejo diplomático inglés que echaba a correr, gritando y aullando como loco.

A sus gritos, un rostro pálido se asomó por la puerta del estudio y se vieron brillar los lentes y aparecer el ceño preocupado del doctor Simon, que fue el primero en oír las primeras palabras

que al fin pudo articular claramente el noble caballero. Lord Galloway gritaba:

—¡Un cadáver sobre la hierba! ¡Un cadáver ensangrentado!

Y ya no pensó más en O'Brien.

—Debemos decirlo al instante a Valentin —observó el doctor, cuando el otro le hubo descrito entre tartamudeos lo que apenas se había atrevido a mirar—. Es una fortuna tenerlo tan a mano.

En este instante, atraído por las voces, el gran detective entraba en el estudio. La típica transformación que se operó en él fue algo casi cómico: había acudido al sitio con el cuidado de un huésped y de un caballero que se figura que alguna visita o algún criado se ha puesto malo; Pero cuando le dijeron que se trataba de un hecho sangriento, al instante se tornó grave, importante, y tomó el aire de hombre de negocios; porque, después de todo, aquello, por abominable e insólito que fuera, era su negocio.

—Amigos míos —dijo, mientras se encaminaba hacia el jardín—, es muy extraño que, tras de haber andado por toda la tierra a caza de enigmas, se me ofrezca uno en mi propio jardín. ¿Dónde está?

No sin cierta dificultad cruzaron el césped, porque había comenzado a levantarse del río una niebla ligera. Guiados por el espantado Galloway, encontraron al fin el cuerpo, hundido entre la espesa hierba. Era el cuerpo de un hombre muy alto y de robustas espaldas. Estaba boca abajo, vestido de negro y era calvo, con un escaso vello negro aquí y allá que tenía un aspecto de alga húmeda. De su cara manaba una serpiente roja de sangre.

—Por lo menos —dijo Simon con una voz profunda y extraña—, por lo menos no es ninguno de los nuestros.

—Examínelo usted, doctor —ordenó con cierta brusquedad Valentin—. Bien pudiera no estar muerto.

El doctor se inclinó.

—No está enteramente frío, pero me temo que sí completamente muerto —dijo—. Ayúdenme ustedes a levantarlo.

Lo levantaron cuidadosamente hasta una pulgada del suelo, y al instante se disiparon, con espantosa certidumbre, todas sus dudas. La cabeza se desprendió del tronco. Había sido completamente cortada. El que había cortado aquella garganta había quebrado también las vértebras del cuello. El mismo Valentin se sintió algo sorprendido.

—El que ha hecho esto es tan fuerte como un gorila —murmuró.

Aunque acostumbrado a los horrores anatómicos, el doctor Simon se estremeció al levantar aquella cabeza. Tenía algún arañazo por la barba y la mandíbula, pero la cara estaba sustancialmente intacta. Era una cara amarilla, pesada, a la vez hundida e hinchada, nariz de halcón, párpados inflados: la cara de un emperador romano prostituido, con ciertos toques de emperador chino. Todos los presentes parecían considerarlo con la fría mirada del que mira a un desconocido. Nada más había de notable en aquel cuerpo, salvo que, cuando lo levantaron, vieron claramente el brillo de una pechera blanca manchada de sangre. Como había dicho el doctor Simon, aquel hombre no era de los suyos, no estaba en la partida, pero bien podía haber tenido el propósito de venir a hacerles compañía, porque vestía el traje de noche propio del caso.

Valentin se puso de rodillas, se echó sobre las manos, y en esa

actitud anduvo examinando con la mayor atención profesional la hierba y el suelo, dentro de un contorno de veinte yardas, tarea en que fue asistido menos concienzudamente por el doctor y sólo convencionalmente por el Lord inglés. Pero sus penas no tuvieron más recompensa que el hallazgo de unas cuantas ramitas partidas o quebradas en trozos muy pequeños, que Valentin recogió para examinar un instante y después arrojó.

—Unas ramas —dijo gravemente—; unas ramas y un desconocido decapitado; es todo lo que hay sobre el césped.

Hubo un silencio casi humillante y de pronto el agitado Galloway gritó:

—¿Qué es aquello? ¿Aquello que se mueve junto al muro?

A la luz de la luna se veía, en efecto, acercarse una figura pequeña con una como enorme cabeza; pero lo que de pronto parecía un duende, resultó ser el inofensivo curita, a quien habían dejado en el salón.

—Advierto —dijo con mesura— que este jardín no tiene puerta exterior. ¿No es verdad?

Valentin frunció el ceño con cierto disgusto, como solía hacerlo por principio ante toda sotana. Pero era hombre demasiado justo para disimular el valor de aquella observación.

—Tiene usted razón —contestó—; antes de preguntarnos cómo ha sido muerto, hay que averiguar cómo ha podido llegar hasta aquí. Escúchenme ustedes, señores. Hay que convenir en que —si ello resulta compatible con mi deber profesional— lo mejor será comenzar por excluir de la investigación pública algunos nombres distinguidos. En casa hay señoras y caballeros y hasta un embajador. Si establecemos que este hecho es un crimen, como tal hemos de investigarlo. Pero mientras no lleguemos

ahí, puedo obrar con entera discreción. Soy la cabeza de la Policía; persona tan pública, que bien puedo atreverme a ser privado. Quiera el cielo que pueda yo solo y por mi cuenta absolver a todos y cada uno de mis huéspedes, antes de que tenga que acudir a mis subordinados para que busquen en otra parte al autor del crimen. Pido a ustedes, por su honor, que no salgan de mi casa hasta mañana a mediodía. Hay alcobas suficientes para todos. Simon, ya sabe usted dónde está Iván, mi hombre de confianza: en el vestíbulo. Dígale usted que deje a otro criado de guardia y venga al instante. Lord Galloway, usted es, sin duda, la persona más indicada para explicar a las señoras lo que sucede y evitar el pánico. También ellas deben quedarse. El padre Brown y yo vigilaremos entretanto el cadáver.

Cuando el genio del capitán hablaba en Valentin, siempre era obedecido como un clarín de órdenes. El doctor Simon se dirigió a la armería y dio la voz de alarma a Iván, el detective privado de aquel detective público. Galloway fue al salón y comunicó las terribles nuevas con bastante tacto, de suerte que, cuando todos se reunieron allí, las damas habían pasado ya del espanto al apaciguamiento. Entretanto, el buen sacerdote y el buen ateo permanecían uno a la cabeza y otro a los pies del cadáver, inmóviles, bajo la luna, estatuas simbólicas de dos filosofías de la muerte.

Iván, el hombre de confianza, de la gran cicatriz y los bigotazos, salió de la casa disparado como una bala de cañón y vino corriendo sobre el césped hacia Valentin, como perro que acude a su amo. Su cara lívida parecía vitalizada con aquel suceso policíaco-doméstico y, con una solicitud casi repugnante, pidió permiso a su amo para examinar los restos.

—Sí, Iván, haz lo que gastes, pero no tardes, debemos llevar

dentro el cadáver.

Iván levantó aquella cabeza y casi la dejó caer.

—¡Cómo! —exclamó—; esto... esto no puede ser. ¿Conoce usted a este hombre, señor?

—No —repuso Valentin, indiferente—; más vale que entremos.

Entre los tres depositaron el cadáver sobre un sofá del estudio y después se dirigieron al salón.

El detective, sin vacilar, se sentó tranquilamente junto a un escritorio; su mirada era la mirada fría del juez. Trazó algunas notas rápidas en un papel y preguntó después concisamente:

—¿Están presentes todos?

—Falta Mr. Brayne —dijo la duquesa de Mont Saint-Michel, mirando en derredor.

—Sí —dijo Lord Galloway, con áspera voz— y creo que también falta Mr. Neil O'Brien. Yo lo vi pasar por el jardín cuando el cadáver estaba todavía caliente.

—Iván —dijo el detective—, ve a buscar al comandante O'Brien y a Mr. Brayne. A éste lo dejé en el comedor acabando su cigarro. El comandante O'Brien creo que anda paseando por el invernadero, pero no estoy seguro.

El leal servidor salió corriendo y, antes de que nadie pudiera moverse o hablar, Valentin continuó con la misma militar presteza:

—Todos ustedes saben ya que en el jardín ha aparecido un hombre muerto, decapitado. Doctor Simon: usted lo ha examinado. ¿Cree usted que supone una fuerza extraordinaria el

cortar de esta suerte la cabeza de un hombre, o que basta con emplear un cuchillo muy afilado?

El doctor, pálido, contestó:

—Me atrevo a decir que no puede hacerse con un simple cuchillo.

Y Valentin continuó

—¿Tiene usted alguna idea sobre el utensilio o arma que hubo que emplear para tal operación?

—Realmente —dijo el doctor arqueando las preocupadas cejas—, en la actualidad no creo que se emplee arma alguna que pueda producir este efecto. No es fácil practicar tal corte, aun con torpeza; mucho menos con la perfección del que nos ocupa. Sólo se podría hacer con un hacha de combate, o con una antigua hacha de verdugo, o con un viejo montante de los que se esgrimían dos manos.

—¡Santos cielos! —exclamó la duquesa con voz histérica—; ¿y no hay aquí, acaso, en la armería, hachas de combate y viejos montantes?

Valentin, siempre dedicado a su papel de notas, dijo, mientras apuntaba algo rápidamente:

—Y dígame usted: ¿podría cortarse la cabeza con un sable francés de caballería?

En la puerta se oyó un golpecito que, quién sabe por qué, produjo en todos un sobresalto, como el golpecito que se oye en *Lady Macbeth*. En medio del silencio glacial, el doctor Simon logró, al fin, decir:

—¿Con un sable? Sí, creo que se podría.

—Gracias —dijo Valentin—. Entra, Iván.

E Iván, el confidente, abrió la puerta para dejar pasar al comandante O'Brien, a quien se había encontrado paseando otra vez por el jardín.;

El oficial irlandés se detuvo desconcertado y receloso en el umbral.

—¿Para qué hago falta? —exclamó.

—Tenga usted la bondad de sentarse —dijo Valentin, procurando ser agradable—. Pero que, ¿no lleva usted su sable? ¿Dónde lo ha dejado?

—Sobre la mesa de la biblioteca —dijo O'Brien; y su acento irlandés se dejó sentir, con la turbación, más que nunca—. Me incomodaba, comenzaba a...

—Iván —interrumpió Valentin—. Haz el favor de ir a la biblioteca por el sable del comandante. —Y cuando el criado desapareció—: Lord Galloway afirma que le vio a usted saliendo del jardín poco antes de tropezar él con el cadáver. ¿Qué hacía usted en el jardín?

El comandante se dejó caer en un sillón, con cierto desfallecimiento.

—¡Ah! —dijo, ahora con el más completo acento irlandés—. Admiraba la luna, comulgaba un poco con la naturaleza, amigo mío.

Se produjo un profundo, largo silencio. Y de nuevo se oyó aquel golpecito a la vez insignificante y terrible. E Iván reapareció trayendo una funda de sable.

—He aquí todo lo que pude encontrar —dijo.

—Ponlo sobre la mesa —ordenó Valentin, sin verlo.

En el salón había una expectación silenciosa e inhumana, como ese mar de inhumano silencio que se forma junto al banquillo de un homicida condenado. Las exclamaciones de la duquesa habían cesado desde hacía rato. El odio profundo de Lord Galloway se sentía satisfecho y amortiguado. La voz que entonces se dejó oír fue la más inesperada.

—Yo puedo decirlo... —soltó Lady Margaret, con aquella voz clara, temblorosa, de las mujeres valerosas que hablan en público—. Yo puedo decirlo lo que Mr. O'Brien hacía en el jardín, puesto que él está obligado a callar. Estaba sencillamente pidiendo mi mano. Yo se la negué y le dije que mis circunstancias familiares me impedían concederle nada más que mi estimación. Él no pareció muy contento: mi estimación no le importaba gran cosa. Pero ahora —añadió con débil sonrisa—, ahora no sé si mi estimación le importará tan poco como antes: vuelvo a ofrecérsela. Puedo jurar en todas partes que este hombre no cometió el crimen.

Lord Galloway se adelantó hacia su hija, trató de intimidarla hablándole en voz baja:

—Cállate, Margaret —dijo con un cuchicheo perceptible a todos—. ¿Cómo puedes escudar a ese hombre? ¿Dónde está su sable? ¿Dónde, su condenado sable de caballería...?

Y se detuvo ante la mirada singular de su hija, mirada que atrajo la de todos a manera de un fantástico imán.

—¡Viejo insensato! —exclamó ella con voz sofocada y sin disimular su impiedad—. ¿Acaso te das cuenta de lo que quieres probar? Yo he dicho que este hombre ha sido inocente mientras estaba a mi lado. Si no fuera inocente, no por eso dejaría

de haber estado a mi lado. Y si mató a un hombre en el jardín, ¿quién más pudo verlo? ¿Quién más pudo, al menos, saberlo? ¿Odias tanto a Neil, que no vacilas en comprometer a tu propia hija...?

Lady Galloway se echó a llorar. Y todos sintieron el escalofrío de las tragedias satánicas a que arrastra la pasión amorosa. Les pareció ver aquella cara orgullosa y lívida de la aristócrata escocesa y junto a ella la del aventurero irlandés, como viejos retratos en la oscura galería de una casa. El silencio pareció llenarse de vagos recuerdos, de historias de maridos asesinados y de amantes envenenadores.

Y en medio de aquel silencio enfermizo se oyó una voz cándida:

—¿Era muy grande el cigarro?

El cambio de ideas fue tan súbito, que todos se volvieron a ver quién había hablado.

—Me refiero —dijo el diminuto padre Brown—, me refiero al cigarro que Mr. Brayne estaba acabando de fumar. Porque ya me va pareciendo más largo que un bastón.

A pesar de la impertinencia, Valentin levantó la cabeza y no pudo menos que demostrar, en su cara, la irritación mezclada con la aprobación.

—Bien dicho —dijo con sequedad—. Iván, ve a buscar de nuevo a Mr. Brayne y tráenoslo aquí al punto.

En cuanto desapareció el factótum, Valentin se dirigió a la joven con la mayor gravedad:

—Lady Margaret —comenzó—; estoy seguro de que todos sentimos aquí gratitud y admiración a la vez por su acto: ha crecido usted más en su ya muy alta dignidad al explicar la

conducta del comandante. Pero todavía queda una laguna. Si no me engaño, Lord Galloway la encontró a usted entre el estudio y el salón y sólo unos minutos después se encontró al comandante, el cual estaba todavía en el jardín.

—Debe usted recordar —repuso Margaret con fingida ironía— que yo acababa de rechazarle; no era, pues, fácil que volviéramos del brazo. Él es, como quiera, un caballero. Y procuró quedarse atrás, ¡y ahora le achacan el crimen!

—En esos minutos de intervalo —dijo Valentin gravemente— muy bien pudo. . .

De nuevo se oyó el golpecito, e Iván asomó su cara señalada:

—Perdón, señor —dijo—, Mr. Brayne ha salido de casa.

—¿Que ha salido? —gritó Valentin, poniéndose en pie por primera vez.

—Que se ha ido, ha tomado las de Villadiego o se ha evaporado —continuó Iván en lenguaje humorístico—. Tampoco aparecen su sombrero ni su gabán y diré algo más para completar: que he recorrido los alrededores de la casa para encontrar su rastro y he dado con uno, y por cierto muy importante.

—¿Qué quieres decir?

—Ahora se verá —dijo el criado; y ausentándose, reapareció a poco con un sable de caballería deslumbrante, manchado de sangre por el filo y la punta.

Todos creyeron ver un rayo. Y el experto Iván continuó tranquilamente:

—Lo encontré entre unos matojos, a unas cincuenta yardas de aquí, camino de París. En otras palabras, lo encontré precisa-

mente en el sitio en que lo arrojó el respetable Mr. Brayne en su fuga.

Hubo un silencio, pero de otra especie. Valentin tomó el sable, lo examinó, reflexionó con una concentración no fingida y después, con aire respetuoso, dijo a O'Brien:

—Comandante, confío en que siempre estará usted dispuesto a permitir que la Policía examine esta arma, si hace falta. Y entre tanto —añadió, metiendo el sable en la funda—, permítame usted devolvérsela.

Ante el simbolismo militar de aquel acto, todos tuvieron que dominarse para no aplaudir.

Y, en verdad, para el mismo Neil O'Brien, aquello fue la crisis suprema de su vida. Cuando, al amanecer del día siguiente, andaba otra vez paseando por el jardín, había desaparecido de su semblante la trágica trivialidad que de ordinario le distinguía: tenía muchas razones para considerarse feliz. Lord Galloway, que era todo un caballero, le había presentado la excusa más formal. Lady Margaret era algo más que una verdadera dama: una mujer, y tal vez le había presentado algo mejor que una excusa cuando anduvieron paseando antes del almuerzo por entre los macizos de flores. Todos se sentían más animados y humanos, porque, aunque subsistía el enigma del muerto, el peso de la sospecha no caía ya sobre ninguno de ellos, y había huido hacia París sobre el dorso de aquel millonario extranjero a quien conocían apenas. El diablo había sido desterrado de casa: él mismo se había desterrado.

Con todo, el enigma continuaba, O'Brien y el doctor Simon se sentaron en un banco del jardín, y este interesante personaje científico se puso a resumir los términos del problema. Pero no logró hacer hablar mucho a O'Brien, cuyos pensamientos iban

hacia más felices regiones.

—No puedo decir que me interese mucho el problema —dijo francamente el irlandés—, sobre todo ahora que aparece muy claro. Es de suponer que Brayne odiaba a ese desconocido por alguna razón: lo atrajo al jardín y lo mató con mi sable. Después huyó a la ciudad y por el camino arrojó el arma. Iván me dijo que el muerto tenía en uno de los bolsillos un dólar yanqui: luego era un paisano de Brayne y esto parece explicar mejor las cosas. Yo no veo en todo ello la menor complicación.

—Pues hay cinco complicaciones colosales —dijo el doctor tranquilamente—, metidas la una dentro de la otra como cinco murallas. Entiéndame usted bien: yo no dudo de que Brayne sea el autor del crimen y me parece que su fuga es bastante prueba. Pero, ¿cómo lo hizo? He aquí la primera dificultad: ¿cómo puede un hombre matar a otro con un sable tan pesado como éste, cuando le es mucho más fácil emplear una navaja de bolsillo y volvérsela a guardar después? Segunda dificultad: ¿por qué no se oyó un grito ni el menor ruido? ¿Puede un hombre dejar de hacer alguna demostración cuando ve adelantarse a otro hombre blandiendo su sable? Tercera dificultad: toda la noche ha estado guardando la puerta un criado; ni una rata puede haberse colado de la calle al jardín de Valentin. ¿Cómo pudo entrar este individuo? Cuarta dificultad: ¿cómo pudo Brayne escaparse del jardín?

—¿Y quinta? —dijo Neil fijando los ojos en el sacerdote inglés, que se acercaba a pasos lentos.

—Tal vez sea una bagatela —dijo el doctor—, pero a mí me parece una cosa muy rara: al ver por primera vez aquella cabeza cortada, supuse desde luego que el asesino había descargado más de un golpe. Y al examinarla más de cerca, descubrí mu-

chos golpes en la parte cortada; es decir, golpes que fueron dados cuando ya la cabeza había sido separada del tronco. ¿Odiaba Brayne en tal grado a su enemigo para estar macheteando su cuerpo una y otra vez a la luz de la luna?

—¡Qué horrible! —dijo O'Brien estremeciéndose.

A estas palabras, ya el pequeño padre Brown se les había acercado, y con su habitual timidez esperaba a que acabaran de hablar.

Al fin, dijo con embarazo:

—Siento interrumpirlos. Me mandan a comunicarles las nuevas.

—¿Nuevas? —repitió Simon, mirándole muy extrañado a través de sus gafas.

—Sí; lo siento —dijo con dulzura el padre Brown—. Sabrán ustedes que ha habido otro asesinato.

Los dos se levantaron de un salto, desconcertados.

—Y lo que todavía es más raro —continuó el sacerdote, contemplando con sus torpes ojos los rododendros—; el nuevo asesinato pertenece a la misma desagradable especie del anterior: es otra decapitación. Se encontraron la segunda cabeza sangrando en el río, a pocas yardas del camino que Brayne debió tomar para París. De modo que suponen que éste...

—¡Cielos! —exclamó O'Brien—. ¿Será Brayne un monomaniaco?

—Es que también hay «vendettas» americanas —dijo el sacerdote, impasible. Y añadió—: Se desea que vengan ustedes a la biblioteca a verlo.

El comandante O'Brien siguió a los otros hacia el sitio de la averiguación, sintiéndose decididamente enfermo. Como soldado, odiaba las matanzas secretas. ¿Cuándo iban a acabar aquellas extravagantes amputaciones? Primero una cabeza y luego otra. Y se decía amargamente que en este caso falla la regla aquélla: dos cabezas valen más que una. Al entrar en el estudio, casi se tambaleó entre una horrible coincidencia: sobre la mesa de Valentin estaba un dibujo en colores que representaba otra cabeza sangrienta: la del propio Valentin. Pronto vio que era un periódico nacionalista llamado *La Guillotine*, que acostumbraba todas las semanas a publicar la cabeza de uno de sus enemigos políticos, con los ojos saltados y los rasgos torcidos, como después de la ejecución; porque Valentin era un anticlerical notorio. Pero O'Brien era un irlandés, que aun en sus pecados conservaba cierta castidad; y se sublevaba ante aquella brutalidad intelectual, que sólo en Francia se encuentra. En aquel momento le pareció sentir a todo París, en un solo proceso que, partiendo de las grotescas iglesias góticas, llegaba hasta las groseras caricaturas de los diarios. Recordó las burlas gigantescas de la Revolución. Y vio a toda la ciudad en un solo espasmo de horrible energía, desde aquel boceto sanguinario que yacía sobre la mesa de Valentin, hasta la montaña y bosque de gárgolas por donde asoman, gesticulando, los enormes diablos de Notre Dame.

La biblioteca era larga, baja y penumbrosa; una luz escasa se filtraba por las cortinas corridas y tenía aún el sonrojo de la mañana. Valentin y su criado Iván estaban esperándolos junto a un vasto escritorio inclinado, donde estaban los mortales restos, que resultaban enormes en la penumbra. La carota amarillenta del hombre encontrado en el jardín no se había alterado. La segunda, encontrada entre las cañas del río aquella misma mañana, escurría un poco. La gente de Valentin anda-

ba ocupada en buscar el segundo cadáver, que tal vez flotaría en el río. El padre Brown, que no compartía la sensibilidad de O'Brien; se acercó a la segunda cabeza y la examinó con minucia de cegatón. Apenas era más que un montón de blancos y húmedos cabellos, irisados de plata y rojo en la suave luz de la mañana; la cara —un feo tipo sangriento y acaso criminal— se había estropeado mucho contra los árboles y las piedras, al ser arrastrada por el agua.

—Buenos días, comandante O'Brien —dijo Valentin con apacible cordialidad—. Supongo que ya tiene usted noticia del último experimento en carnicería de Brayne.

El padre Brown continuaba inclinado sobre la cabeza de cabellos blancos y dijo, sin cambiar de actitud:

—Por lo visto, es enteramente seguro que también esta cabeza la cortó Brayne.

—Es cosa de sentido común, al menos —repuso Valentin con las manos en los bolsillos—. Ha sido arrancada en la misma forma, ha sido encontrada a poca distancia de la otra y tal vez cortada con la misma arma, que ya sabemos que se llevó consigo.

—Sí, sí; ya lo sé —contestó sumiso el padre Brown—. Pero usted comprenderá: yo tengo mis dudas sobre el hecho de que Brayne haya podido cortar esta cabeza.

—Y ¿por qué? —preguntó el doctor Simon con sincero asombro.

—Pues, mire usted, doctor —dijo el sacerdote, pestañeando como de costumbre—: ¿es posible que un hombre se corte su propia cabeza? Yo lo dudo.

O'Brien sintió como si un universo de locura estallara en sus orejas; pero el doctor se adelantó a comprobarlo, levantando los húmedos y blancos mechones.

—¡Oh! No hay la menor duda: es Brayne —dijo el sacerdote tranquilamente—. Tiene exactamente la misma verruga en la oreja izquierda.

El detective, que había estado contemplando al sacerdote con ardiente mirada, abrió su apretada mandíbula y dijo:

—Parece que usted hubiera conocido mucho a ese hombre, padre Brown.

—En efecto —dijo el hombrecillo con sencillez—. Lo he tratado algunas semanas. Estaba pensando en convertirse a nuestra Iglesia.

En los ojos de Valentin ardió el fuego del fanatismo; se acercó al sacerdote y, apretando los puños, dijo con candente desdén:

—¿Y tal vez estaba pensando también en dejar a ustedes todo su dinero?

—Tal vez —dijo Brown con imparcialidad—. Es muy posible.

—En tal caso —exclamó Valentin con temible sonrisa—, usted sabía muchas cosas de él, de su vida y de sus...

El comandante O'Brien cogió por el brazo a Valentin.

—Abandone usted ese tono injurioso, Valentin —dijo—, o volverán a lucir los sables.

Pero Valentin, ante la mirada humilde y tranquila del sacerdote, ya se había dominado y dijo simplemente:

—Bueno; para las opiniones privadas siempre hay tiempo. Us-

tedes, caballeros, están todavía ligados por su promesa; manténganse dentro de ella y procuren que los otros también se mantengan. Iván les contará a ustedes lo demás que deseen saber. Yo voy a trabajar y a escribir a las autoridades... No podemos mantener este secreto por más tiempo. Si hay novedad, estoy en el estudio escribiendo.

—¿Hay más noticias que comunicarnos, Iván? —preguntó el doctor Simon cuando el jefe de Policía hubo salido del cuarto.

—Sólo una, me parece, señor —dijo Iván, arrugando su vieja cara color ceniza—; pero no deja de tener interés. Es algo que se refiere a ése que se encontraron ustedes en el jardín —añadió, señalando sin respeto el enorme cuerpo negro. —Ya le hemos identificado.

—¿De veras? —preguntó el asombrado doctor—. ¿Y quién es?

—Su nombre es Arnold Becker —dijo el ayudante—, aunque usaba muchos apodos. Era un pícaro vagabundo y se sabe que ha andado por América: tal es el hombre a quien Brayne decapitó. Nosotros no habíamos tenido mucho que ver con él, porque trabajaba, sobre todo, en Alemania. Nos hemos comunicado con la Policía alemana. Y da la casualidad de que tenía un hermano gemelo, de nombre Louis Becker, con quien mucho hemos tenido que ver: tanto que, ayer apenas, nos vimos en el caso de guillotinarlo. Bueno, caballero, la cosa es de lo más extraño; pero cuando vi anoche a este hombre en el suelo, tuve el mayor susto de mi vida. A no haber visto ayer con mis propios ojos a Louis Becker guillotinado, hubiera jurado que era Louis Becker el que estaba en la hierba. Entonces, naturalmente, me acordé del hermano gemelo que tenía en Alemania, y siguiendo el indicio...

Pero Iván suspendió sus explicaciones, por la excelente razón

de que nadie le hacía caso. El comandante y el doctor consideraban al padre Brown, que había dado un salto y se apretaba las sienes, como presa de un dolor súbito.

—¡Alto, alto, alto! —exclamó al fin—. ¡Pare usted de hablar un instante, que ya veo a medias! ¿Me dará Dios bastante fuerza? ¿Podrá mi cerebro dar el salto y descubrirlo todo? ¡Cielos, ayudadme! En otro tiempo yo solía ser ágil para pensar y podía parafrasear cualquier página del Santo de Aquino. ¿Me estallará la cabeza o lograré, al fin, ver? ¡Ya veo la mitad, sólo la mitad!

Hundió la cabeza entre las manos, y se mantuvo en una rígida actitud de reflexión o plegaria, en tanto que los otros no hacían más que asombrarse ante aquella última maravilla de aquellas maravillosas últimas doce horas.

Cuando las manos del padre Brown cayeron al fin, dejaron ver un rostro serio y fresco cual el de un niño. Lanzó un gran suspiro y dijo:

—Sea dicho y hecho lo más pronto posible. Escúchenme ustedes: ésta será la mejor manera de convencer a todos de la verdad. Usted, doctor Simon, posee un cerebro poderoso: esta mañana le he oído a usted proponer las cinco dificultades mayores dé este enigma. Tenga usted la bondad de proponerlas otra vez y yo trataré de contestarlas.

Al doctor Simon se le cayeron las gafas de la nariz y, dominando sus dudas y su asombro, contestó al instante:

—Bien; ya lo sabe usted, la primera cuestión es ésta: ¿cómo puede un hombre ir a buscar un enorme sable para matar a otro, cuando, en rigor, le basta con una navaja.

—Un hombre —contestó tranquilamente el padre Brown— no

puede decapitar a otro con una navaja, y para ese asesinato especial era necesaria la decapitación.

—¿Por qué? —preguntó O'Brien con mucho interés.

—Venga la segunda cuestión —continuó el padre Brown.

—Allá va: ¿por qué no gritó ni hizo ningún ruido la víctima? —preguntó el doctor—. La aparición de un sable en un jardín no es un espectáculo habitual.

—Ramitas —dijo el sacerdote téticamente, y se volvió hacia la ventana que daba al escenario del suceso—. Nadie ha visto de dónde procedían las ramitas. ¿Cómo pudieron caer sobre el césped (véanlo ustedes) estando tan lejos los árboles? Las ramas no habían caído solas, sino que habían sido tajadas. El asesino estuvo distraído a su víctima jugando con el sable, haciéndole ver cómo podía cortar una rama en el aire, y otras cosas por el estilo. Y cuando la víctima se inclinó para J ver el resultado, un furioso tajo le arrancó la cabeza.

—Bien —dijo lentamente el doctor; eso parece muy posible. Pero las otras dos cuestiones desafían a cualquiera.

El sacerdote seguía contemplando el jardín reflexivamente y esperaba, junto a la ventana, las preguntas del otro.

—Ya sabe usted que el jardín está completamente cerrado, como una cámara hermética —prosiguió el doctor—. ¿Cómo, pues, pudo el desconocido llegar al jardín?

Sin volver la cara, el curita contestó: —Nunca hubo ningún desconocido en ese jardín.

Silencio. Y a poco se oyó el ruido de una risotada casi infantil. Lo absurdo de esta salida del padre Brown movió a Iván a enfrentársele abiertamente.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿De modo que no hemos arrastrado anoche hasta el sofá ese corpachón? ¿De modo que éste no entró al jardín?

—¿Entrar al jardín? —repitió Brown reflexionando—. No; no del todo.

—Pero, ¡señor! —exclamó Simon—: o se entra o no se entra al jardín; imposible el término medio.

—No necesariamente —dijo el clérigo con tímida sonrisa—. ¿Cuál es la cuestión siguiente, doctor?

—Me parece que usted desvaría —dijo el doctor Simon secamente—. Pero, de todos modos, le propondré la cuestión siguiente: ¿cómo logró Brayne salir del jardín?

—Nunca salió del jardín —dijo el sacerdote sin apartar los ojos de la ventana.

—¿Que nunca salió del jardín? —estalló Simon.

—No completamente —dijo el padre Brown. Simon crispó los puños en raptó de lógica francesa.

—¡O sale uno del jardín o no sale! —gritó.

—No siempre —dijo el padre Brown.

El doctor Simon se levantó con impaciencia.

—No quiero perder más tiempo en estas insensateces —dijo indignado—. Si usted no puede entender el hecho de que un hombre tenga necesariamente que estar de un lado u otro de un muro, no discutamos más.

—Doctor —dijo el clérigo muy cortésmente—, siempre nos hemos entendido muy bien. Aunque sea en nombre de nuestra

antigua amistad, espere usted un poco y propóngame la quinta cuestión.

El impaciente doctor se dejó caer sobre una silla que había junto a la puerta y dijo simplemente:

—La cabeza y la espalda han recibido unos golpes muy raros. Parecen dados después de la muerte.

—Sí —dijo el inmóvil sacerdote—, y se hizo así para hacerle suponer a usted el falso supuesto en que ha incurrido: para hacerle a usted dar por establecido que esa cabeza pertenece a ése cuerpo.

Aquella parte del cerebro en que se engendran todos los monstruos se conmovió espantosamente en el gaélico O'Brien. Sintió la presencia caótica de todos los hombres-caballos y mujeres-peces engendrados por la absurda fantasía del hombre. Una voz más antigua que la de sus primeros padres pareció decir a su oído: «Aléjate del monstruoso jardín donde crecen los árboles de doble fruto; huye del perverso jardín donde murió el hombre de las dos cabezas.» Pero mientras estas simbólicas y vergonzosas figuras pasaban por el profundo espejo de su alma irlandesa, su intelecto afrancesado se mantenía alerta y contemplaba al extravagante sacerdote tan atenta y tan incrédulamente como los demás.

El padre Brown había vuelto la cara, al fin; pero, contra la ventana, sólo se veía su silueta. Sin embargo, creyeron adivinar que estaba pálido como la ceniza. Con todo, fue capaz de hablar muy claramente, como si no hubiera en el mundo almas gaélicas.

—Caballeros —dijo—: el cuerpo que encontraron ustedes en el jardín no es el de Becker. En el jardín no había ningún

cuerpo desconocido. Y a despecho del racionalismo del doctor Simon, afirmo todavía que Becker sólo estaba parcialmente presente. Veán ustedes —señalando el bulto negro del misterioso cadáver—: no han visto ustedes a este hombre en su vida. ¿Acaso han visto a éste?

Y rápidamente separó la cabeza calva y amarilla del desconocido, y puso en su lugar, junto al cuerpo, la cabeza canosa. Y apareció, completo, unificado, inconfundible, el cadáver de Julius K. Brayne.

—El matador —continuó Brown tranquilamente— cortó la cabeza a su enemigo, y arrojó el sable por encima del muro. Pero era demasiado ladino para sólo arrojar el sable. También arrojó la cabeza por sobre el muro. Y después no tuvo más trabajo que el de ajustarle otra cabeza al tronco, y (según procuró sugerirlo insistentemente en una investigación privada) todos ustedes se imaginaron que el cadáver era el de un hombre totalmente nuevo.

—¡Ajustarle otra cabeza! —dijo O'Brien espantado—. ¿Qué otra cabeza? Las cabezas no se dan en los arbustos del jardín, supongo.

—No —dijo el padre Brown secamente, mirando sus botas—. Sólo se dan en un sitio. Se dan junto a la guillotina, donde Arístides Valentin, el jefe de la Policía, estaba apenas una hora antes del asesinato. ¡Oh, amigos míos! Escuchadme un instante antes de que me destrocéis. Valentin es un hombre honrado, si esto es compatible con estar loco por una causa disputable. Pero ¿no habéis visto nunca en aquellos sus ojos fríos y grises que está loco? Lo hará todo, «todo» con tal de destruir lo que él llama la superstición de la Cruz. Por eso ha combatido y ha sufrido, y por eso ha matado ahora. Los muchos millones de

Brayne se habían dispersado hasta ahora entre tantas sectas, que no podían alterar la balanza. Pero hasta Valentin llegó el rumor de que Brayne, como tantos escépticos, se iban acercando hacia nosotros y eso ya era cosa muy diferente. Brayne podía derramar abundantes provisiones para robustecer a la empobrecida y combatida Iglesia de Francia; podía mantener seis periódicos nacionalistas como *La Guillotine*. La balanza iba ya a oscilar y el riesgo encendió la llama del fanático. Se decidió, pues, a acabar con el millonario y lo hizo como podía esperarse del más grande de los detectives, resuelto a cometer su único crimen. Sustrajo la cabeza de Becker con algún pretexto criminológico y se la trajo a casa en su estuche oficial. Se puso á discutir con Brayne, y Lord Galloway no quiso esperar al fin de la discusión. Y cuando éste se alejó, condujo a Brayne al jardín cerrado, habló de la maestría en el manejo de las armas, usó de unas ramitas y un sable para poner algunos ejemplos, y...

Iván de la Cicatriz se levantó:

—¡Loco! —aulló—. Ahora mismo le llevo a usted con mi amo; le voy a agarrar por...

—No; si allá voy yo —dijo Brown con aplomo—. Tengo el deber de pedirle que se confiese.

Llevando consigo al desdichado Brown como víctima al sacrificio, todos se apresuraron hacia el silencioso estudio de Valentin.

El gran detective estaba sentado junto a su escritorio, muy ocupado al parecer para percatarse de su ruidosa entrada. Se detuvieron un instante, y, de pronto, el doctor advirtió algo extraño en el aspecto de aquel torso elegante y rígido, y corrió hacia él. Un toque y una mirada le bastaron para permitirle

descubrir que, junto al codo de Valentin, había una cajita de píldoras, y que éste estaba muerto en su silla; y en la cara lívida del suicida había un orgullo mayor que el de Catón.

LAS PISADAS MISTERIOSAS

Si alguna vez, lector, te encuentras con un individuo de aquel selectísimo club de «Los Doce Pescadores Legítimos», cuando se dirigen al *Vernon Hotel* a la comida anual reglamentaria, advertirás, en cuanto se despoje del gabán, que su traje de noche es verde y no negro. Si —suponiendo que tengas la inmensa audacia de dirigirte a él— le preguntas el porqué, contestará probablemente que lo hace para que no lo confundan con un camarero, y tú te retirarás desconcertado. Pero te habrás dejado atrás un misterio todavía no resuelto y una historia digna de contarse.

Si —para seguir en esta vena de conjeturas improbables— te encuentras con un curita muy suave y muy activo, llamado el padre Brown, y le interrogas sobre lo que él considera como la mayor suerte que ha tenido en su vida, tal vez te conteste que su mejor aventura fue la del *Vernon Hotel*, donde logró evitar un crimen y acaso salvar un alma, gracias al sencillo hecho de haber escuchado unos pasos por un pasillo. Está un poco orgulloso de la perspicacia que entonces demostró, y no dejará de referirte el caso. Pero como es de todo punto inverosímil

que logres levantarte tanto en la escala social para encontrarte con algún individuo de «Los Doce Pescadores legítimos», o que te rebajes lo bastante entre los pillos y criminales para que el padre Brown dé contigo, me temo que nunca conozcas la historia, a menos que la oigas de mis labios.

El *Vernon Hotel*, donde celebraban sus banquetes anuales «Los Doce Pescadores Legítimos», era una de esas instituciones que sólo existen en el seno de una sociedad oligárquica, casi enloquecida de buenas maneras. Era algo de todo punto monstruoso; una empresa comercial «exclusiva». Quiere decir que no pagaba por atraer a la gente, sino por alejarla. En el corazón de una plutocracia los comerciantes acaban por ser bastante sutiles para sentirse más escrupulosos todavía que sus clientes. Crean positivas dificultades, a fin de que su clientela rica y aburrida gaste dinero y diplomacia en triunfar de ellos. Si hubiera en Londres un hotel elegante, donde no fueran admitidos los hombres menores de seis pies, la Sociedad organizaría dócilmente partidas de hombres de seis pies para ir a cenar al hotel. Si hubiera un restaurante caro que, por capricho de su propietario, sólo se abriera los jueves por la tarde, lleno de gente se vería los jueves por la tarde. El *Vernon Hotel* estaba en un ángulo de la plaza de Belgrado. Era un hotel pequeño y muy inconveniente. Pero sus mismas inconveniencias servían de muros protectores para una clase particular. Uno de sus inconvenientes, sobre todo, era considerado como cosa de vital importancia: el hecho de que sólo podían comer simultáneamente en aquel sitio veinticuatro personas. La única mesa grande era la célebre mesa de la terraza al aire libre, en una galería que daba sobre uno de los más exquisitos jardines del antiguo Londres. De modo que los veinticuatro asientos de aquella mesa sólo podían disfrutarse en tiempo de verano; y esto, dificultando aquel placer, le hacía más deseable. El due-

ño actual del hotel era un judío llamado Lever, y le sacaba al hotel casi un millón, mediante el procedimiento de hacer difícil su acceso. Cierta que esta limitación de la empresa estaba compensada con el servicio más cuidadoso. Los vinos y la cocina eran de lo mejor de Europa, y la conducta de los criados correspondía exactamente a las maneras estereotipadas de las altas clases inglesas. El amo conocía a sus criados como a los dedos de sus manos; no había más que quince en total. Era más fácil llegar a miembro del Parlamento que a camarero de aquel hotel. Todos estaban educados en el más terrible silencio y la mayor suavidad, como criados de caballeros. Y, realmente, por lo general, había un criado para cada caballero de los que allí comían.

Y sólo allí podían consentir en comer juntos «Los Doce Pescadores Legítimos», porque eran muy exigentes en materia de comodidades privadas; y la sola idea de que los miembros de otro club comieran en la misma casa los hubiera molestado mucho. Con ocasión de sus banquetes anuales, los «Pescadores» tenían la costumbre de exponer sus tesoros como si estuvieran en su casa, especialmente el famoso juego de cuchillos y tenedores de pescado, que era, por decirlo así, la insignia de la Sociedad, y en el cual cada pieza había sido labrada en plata bajo la forma de pez, y tenía en el puño una gran perla. Este juego se reservaba siempre para el plato de pescado, y éste era siempre el más magnífico plato de aquellos magníficos banquetes. La Sociedad observaba muchas reglas y ceremonias, pero no tenía ni historia ni objeto; por eso era tan aristocrática. No había que hacer nada para pertenecer a «Los Doce Pescadores»; pero si no se era ya persona de cierta categoría, ni esperanza de oír hablar de ellos. Hacía doce años que la Sociedad existía. Presidente, Mr. Audley; vicepresidente, el duque de Chester.

Si he logrado describir el ambiente de este extraordinario hotel, el lector experimentará un legítimo asombro al verme tan bien enterado de cosa tan inaccesible, y mucho más se preguntará cómo una persona tan ordinaria cual lo es mi amigo el padre Brown pudo tener acceso a aquel dorado paraíso. Pero en lo que a estos puntos se refiere, mi historia resulta sencilla y hasta vulgar. Hay en el mundo un agitador y demagogo, ya muy viejo, que se desliza hasta los más refinados interiores, contándoles a todos los hombres que son hermanos; y dondequiera que va este nivelador montado en su pálido bridón, el padre Brown tiene por oficio seguirlo. Uno de los criados, un italiano, sufrió una tarde un ataque de parálisis, y el amo, judío, aunque maravillado de tales supersticiones, consintió en mandar traer a un sacerdote católico. Lo que el camarero confesó al padre Brown no nos concierne, por el sencillísimo hecho de que el sacerdote se lo ha callado; pero, según parece, aquello le obligó a escribir cierta declaración para comunicar cierto mensaje o enderezar algún entuerto. El padre Brown, en consecuencia, con un impudor humilde, como el que hubiera mostrado en el palacio de Buckingham, pidió que se le proporcionara un cuarto y recado de escribir. Mr. Lever sintió como si le partieran en dos. Era hombre amable, y tenía también esa falsificación de la amabilidad: el temor de provocar dificultades o «escenas». Por otra parte, la presencia de un extranjero en el hotel aquella noche era como un manchón sobre un objeto recién limpiado. Nunca había habido antesala o sitio de espera en el *Vernon Hotel*; nunca había tenido que aguardar nadie en el vestíbulo, puesto que los parroquianos no eran hijos de la casualidad. Había quince camareros; había doce huéspedes. Recibir aquella noche a un huésped nuevo sería tan extraordinario como encontrarse a la hora del almuerzo o del té con un nuevo hermano en la propia casa. Sin contar con que la apariencia del

cura era muy de segundo orden, y su traje tenía manchas de lodo, sólo el contemplarlo pudiera provocar una crisis en el club. Mr. Lever, no pudiendo borrar el mal, inventó un plan para disimularlo. Según entráis (y nunca entraréis) al *Vernon Hotel*, se atraviesa un pequeño pasillo decorado con algunos cuadros deslucidos, pero importantes, y se llega al vestíbulo principal, que se abre a mano derecha en unos pasillos por donde se va a los salones, y a mano izquierda en otros pasillos que llevan a las cocinas y servicios del hotel. Inmediatamente a mano izquierda se ve el ángulo de una oficina con cancela de cristal que viene a dar hasta el vestíbulo: una casa dentro de otra, por decirlo así; donde tal vez estuvo en otro tiempo el bar del hotel precedente.

En esta oficina está instalado el representante del propietario (allí hasta donde es posible, todos se hacen representar por otros) y, algo más allá, camino de la servidumbre, está el vestuario, último término del dominio de los señores. Pero entre la oficina y el vestuario hay un cuartito privado, que el propietario solía usar para asuntos importantes y delicados, como el prestarle a un duque mil libras o excusarse por no poderle facilitar medio chelín. La mejor prueba de la magnífica tolerancia de Mr. Lever consiste en haber permitido que este sagrado lugar fuera profanado durante media hora por un simple sacerdote que necesitaba garrapatear unas cosas en un papel. Sin duda, la historia que el padre Brown estaba trazando en aquel papel era mucho mejor que la nuestra; pero nunca podrá ser conocida. Me limitaré a decir que era casi tan larga como la nuestra, y que los dos o tres últimos párrafos eran los menos importantes y complicados.

Porque fue en el instante en que llegaba a estas últimas páginas cuando el sacerdote comenzó a consentir cierta errabundez

a sus pensamientos, y permitió a sus sentidos animales, muy agudos por lo general, que despertaran. Oscurecía; llegaba la hora de la cena; aquel olvidado cuartito se iba quedando sin luz, y tal vez la oscuridad creciente, como a menudo sucede, afinó los oídos del sacerdote. Cuando el padre Brown redactaba la última y menos importante parte de su documento, se dio cuenta de que estaba escribiendo al compás de un ruido rítmico que venía del exterior, así como a veces piensa uno a tono con el ruido de un tren. Al darse cuenta de esto, comprendió también de qué se trataba: no era más que el ruido ordinario de los pasos, cosa nada extraña en un hotel. Sin embargo, conforme crecía la oscuridad se aplicaba con mayor ahínco a escuchar el ruido. Tras de haberlo oído algunos segundos como en sueños, se puso de pie y comenzó a oírlo de intento, inclinando un poco la cabeza. Después se sentó otra vez y hundió la cara entre las manos, no sólo para escuchar, sino para escuchar y pensar.

El ruido de las pasos era el ruido propio de un hotel; con todo, en el conjunto del fenómeno había algo extraño. Más pasos que aquellos no se oían. La casa era de ordinario muy silenciosa, porque los pocos huéspedes habituales se recogían a la misma hora, y los bien educados servidores tenían orden de ser imperceptibles mientras no se les necesitase. No había sitio en que fuera más difícil sorprender la menor irregularidad. Pero aquellos pasos eran tan extraños, que no sabía uno si llamarlos regulares o irregulares. El padre Brown se puso a seguirlos con sus dedos sobre la mesa, como el que trata de aprender una melodía en el piano.

Primero se oyó un ruido de pasitos apresurados: diríase un hombre de peso ligero en un concurso de paso rápido. De pronto, los pasos se detuvieron, y recomenzaron lentos y vacilantes;

este nuevo paso duró casi tanto como el anterior, aunque era cuatro veces más lento. Cuando éste cesó, volvió aquella ola ligera y presurosa, y luego otra vez el golpe del andar pesado. Era indudable que se trataba de un solo par de botas, tanto porque —como ya hemos dicho— no se oía otro andar, como por cierto rechinado inconfundible que lo acompañaba. El padre Brown tenía un espíritu que no podía menos de proponerse interrogaciones; y ante aquel problema aparentemente trivial, se puso inquietísimo. Había visto hombres que corrieran para dar un salto, y hombres que corrieran para deslizarse. Pero ¿era posible que un hombre corriera para andar, o bien que anduviera para correr? Sin embargo, aquel invisible par de piernas no parecía hacer otra cosa. Aquel hombre, o corría medio pasillo para andar después el otro medio, o andaba medio pasillo para darse después el gusto de correr el otro medio. En uno u otro caso, aquello era absurdo. Y el espíritu del padre Brown se oscurecía más y más, como su cuarto.

Poco a poco la oscuridad de la celda pareció aclarar sus pensamientos. Y le pareció ver aquellos fantásticos pies haciendo cabriolas por el pasillo en actitudes simbólicas y no naturales. ¿Se trataba acaso de una danza religiosopagana? ¿O era alguna nueva especie de ejercicio científico? El padre Brown se preguntaba a qué ideas podían exactamente corresponder aquellos pasos. Consideró primero el compás lento: aquello no correspondía al andar del propietario. Los hombres de su especie, o andan con rápida decisión o no se mueven. Tampoco podía ser el andar de un criado o mensajero que esperara órdenes; no sonaba a eso. En una oligarquía, las personas subordinadas suelen bambolearse cuando están algo ebrias, pero generalmente, y sobre todo en sitios tan imponentes como aquel, o se están quietas o adoptan una marcha forzada. Aquel andar pesado y, sin embargo, elástico, que parecía lleno de descuido

y de énfasis no muy ruidoso, pero tampoco cuidadoso de no hacer ruido, sólo podía pertenecer a un animal en la tierra. Era el andar de un caballero de la Europa occidental, y tal vez de un caballero que nunca había tenido que trabajar.

Al llegar el padre Brown a esta certidumbre, el paso menudito volvió, y corrió frente a la puerta con la rapidez de una rata. Y el padre Brown advirtió que este andar, mucho más ligero que el otro, era también menos ruidoso, como si ahora el hombre anduviera de puntillas. Sin embargo, no sugería la idea del secreto, sino de otra cosa —de otra cosa que Brown no acertaba a recordar—. Y luchaba en uno de esos estados de semirrecuerdo que le hacen a uno sentirse semiperspicaz. En alguna otra parte había él oído ese andar menudo. Y de pronto volvió a levantarse poseído de una nueva idea, y se aproximó a la puerta. Su cuarto no daba directamente al pasillo, sino, por un lado, a la oficina de las vidrieras, y por otro al vestuario. Intentó abrir la puerta de la oficina; estaba cerrada con llave. Se volvió a la ventana, que no era a aquella hora más que un cuadro de vidrio lleno de niebla rojiza al último destello solar; y por un instante le pareció oler la posibilidad de un delito, como el perro huele las ratas.

Su parte racional. —fuere o no la mejor— acabó por imponerse en él. Recordó que el propietario le había dicho que cerraría la puerta con llave y después volvería a sacarlo de allí. Y se dijo que aquellos excéntricos ruidos bien pudieran tener mil explicaciones que a él no se le habían ocurrido; y se dijo, además, que apenas le quedaba luz para acabar su tarea. Se acercó a la ventana para aprovechar las últimas claridades de la tarde, y se entregó por entero a la redacción de su Memoria. Al cabo de unos veinte minutos, durante los cuales fue teniendo que acercarse cada vez más el papel para poder distinguir las le-

tras, suspendió de nuevo la escritura; otra vez se oían aquellos inexplicables pies.

Ahora había en los pasos una tercera singularidad. Antes parecía que el desconocido andaba, a veces despacio y a veces muy de prisa, pero *andaba*. Ahora era indudable que *corría*. Ahora se oían claramente los saltos de la carrera a lo largo del pasillo, como los de una veloz pantera. El que pasaba parecía ser un hombre agitado y presuroso. Pero cuando desapareció como una ráfaga hacia la región en que estaba la oficina, volvió otra vez el andar lento y vacilante.

El padre Brown arrojó los papeles, y, sabiendo ya que la puerta de la oficina estaba cerrada, se dirigió a la del vestuario. El criado estaba ausente por casualidad, tal vez porque los únicos huéspedes de la casa estaban cenando, y su oficio era una sinecura. Tras de andar a tientas por entre un bosque de gabanes, se encontró con que el pequeño vestuario paraba, sobre el iluminado pasillo, en un mostrador de ésos que hay en los sitios donde suele uno dejar sus paraguas o sombrillas a cambio de fichas numeradas. Sobre el arco semicircular de esta salida venía a quedar uno de los focos del pasillo. Pero apenas podía alumbrar la cara del padre Brown, que sólo se distinguía como un bulto oscuro contra la nebulosa ventana de Poniente, a sus espaldas. En cambio, el foco iluminaba teatralmente al hombre que andaba por el pasillo.

Era un hombre elegante vestido de frac; aunque alto, no parecía ocupar mucho espacio. Se diría que podía escurrirse como una sombra por donde muchos hombres más pequeños no hubieran podido pasar. Su cara, iluminada a plena luz, era morena y viva. Parecía extranjero. De buena presencia, era atractivo e inspiraba confianza. El crítico sólo hubiera dicho de él que aquel traje negro era una sombra que oscurecía su cara y su

aspecto, y que le hacía unos bultos y bolsas desagradables. Al ver la silueta negra de Brown, sacó un billete con un número, y dijo con amable autoridad:

—Déme mi sombrero y mi gabán; tengo que salir al instante.

El padre Brown, sin chistar, tomó el billete y fue a buscar el gabán; no era la primera vez que hacía de criado. Trajo lo que le pedían, y lo puso sobre el mostrador. El caballero, que había estado buscando en el bolsillo del chaleco, dijo riendo:

—No encuentro nada de plata; tome usted esto.

Y le dio media libra esterlina, y tomó su sombrero y su gabán.

La cara del padre Brown permaneció impávida, pero él perdió la cabeza. Siempre el padre Brown valía más cuando perdía la cabeza. En tales momentos sumaba dos y dos, y sacaba un total de cuatro millones. Esto, la Iglesia católica, que está prendada del sentido común, no siempre lo aprueba. Tampoco lo aprobaba siempre el padre Brown. Pero era cosa de inspiración, muy importante en las horas críticas, horas en que sólo salvará su cabeza el que la haya perdido.

—Me parece, señor —dijo con mucha cortesía—, que ha de llevar usted plata en los bolsillos.

—¡Hombre! —exclamó el caballero—. Si yo prefiero darle a usted oro, ¿de qué se queja?

—Porque la plata es, a veces, más valiosa que el oro —dijo el sacerdote—. Quiero decir, en grandes cantidades.

El desconocido lo miró con curiosidad; después miró todavía con más curiosidad hacia la entrada del pasillo. Después contempló otra vez a Brown, y muy atentamente consideró la ventana que estaba a espaldas de éste, todavía coloreada en el

crepúsculo de la tarde lluviosa. Y luego, con súbita resolución, puso una mano en el mostrador, saltó sobre él con la agilidad de un acróbata, y se irguió ante el sacerdote, poniéndole en el cuello la poderosa garra.

—¡Quieto! —le dijo con un resoplido—. No quiero amenazarle a usted, pero. . .

—Pero yo sí quiero amenazarlo a usted —dijo el padre Brown con voz que parecía un redoble de tambor—. Yo quiero amenazarlo con los calores eternos y con el fuego que no se extingue.

—Es usted —dijo el caballero— un extraño bicho de vestuario.

—Soy un sacerdote, Mr. Flambeau —dijo Brown—, y estoy dispuesto a escuchar su confesión.

El otro se quedó un instante desconcertado, y luego se dejó caer en una silla.

Los dos primeros servicios habían transcurrido en medio de un éxito placentero. No poseo copia del menú de «Los Doce Pescadores Legítimos», pero si la poseyera, no aprovecharía a nadie; porque el menú estaba escrito en una especie de superfrancés de cocinero, completamente ininteligible para los franceses. Una de las tradiciones del club era la abundancia y variedad abrumadora de los *hors d'oeuvres*. Se los tomaba muy en serio, por lo mismo que son números *extras* inútiles, como aquellos mismos banquetes y como el mismo club. También era tradicional que la sopa fuera ligera y de pocas pretensiones: algo como una vigilia austera y sencilla, en previsión del festín de pescado que venía después. La conversación era esa conversación extraña, trivial, que gobierna al Imperio británico —que lo gobierna en secreto—, y que, sin embargo, resultaría poco

ilustrativa para cualquier inglés ordinario, suponiendo que tuviera el privilegio de oírla. A los ministros del Gabinete se les aludía por su nombre de pila, con cierto aire de benignidad y aburrimiento. Al canciller real del Tesoro, a quien todo el partido *Tory* maldecía a la sazón por sus exacciones continuas, lo elogiaban por los versitos que solía escribir o por la montura que usaba en las cacerías. Al jefe de los *Tories*, odiado como tirano por todos los liberales, lo discutían y, finalmente, lo elogiaban por su espíritu liberal. Parecía, pues, que concedieran mucha importancia a los políticos, y que todo en ellos fuera importante menos su política. Mr. Audley, el presidente, era un anciano afable que todavía gastaba cuellos a lo Gladstone: parecía un símbolo de aquella sociedad, a la vez fantasmagórica y estereotipada. Nunca había hecho nada, ni siquiera un disparate. No era derrochador, ni tampoco singularmente rico. Simplemente, estaba en el cotarro y eso bastaba. Nadie, en sociedad, lo ignoraba; y si hubiera querido figurar en el Gabinete, lo habría logrado. El duque de Chester, vicepresidente, era un joven político en marea creciente. Quiero decir que era un joven muy agradable, con una cara llena y pecosa, de inteligencia moderada, y dueño de vastas posesiones. En público, siempre tenía éxito, mediante un principio muy sencillo: cuando se le ocurría un chiste, lo soltaba, y todos opinaban que era muy brillante; cuando no se le ocurría ningún chiste, decía que no era tiempo de bromear, y todos opinaban que era muy juicioso. En lo privado, en el seno de un club de su propia clase, se conformaba con ser lo más francote y bobo, como un buen chico de escuela. Mr. Audley, que nunca se había metido en política, trataba de estas cosas con una seriedad relativa. A veces, hasta ponía en embarazos a la compañía, dando a entender, por algunas frases, que entre liberales y conservadores existía cierta diferencia. En cuanto a él, era conservador hasta

en la vida privada. Le caía sobre la nuca una ola de cabellos grises, como a ciertos estadistas a la antigua; y visto de espaldas, parecía exactamente el hombre que necesitaba la patria. Visto de frente, parecía un solterón suave, tolerante consigo mismo, y con aposento en el *Albany*, como era la verdad.

Como ya se ha dicho, la mesa de la terraza tenía veinticuatro asientos, y el club sólo constaba de doce miembros. De modo que éstos podían instalarse muy a sus anchas, del lado interior de la mesa, sin tener enfrente a nadie que les estorbaba la vista del jardín, cuyos colores eran todavía perceptibles, aunque ya la noche se anunciaba, y algo tétrica, por cierto, para lo que hubiera sido propio de la estación. En el centro de la línea estaba el presidente, y el vicepresidente en el extremo derecho. Cuando los doce individuos se dirigían a sus asientos, era costumbre (quién sabe por cuáles razones) que los quince camareros se alinearan en la pared como tropa que presenta armas al rey, mientras que el obeso propietario se inclinaba ante los huéspedes, fingiéndose muy sorprendido por su llegada, como si nunca hubiera oído hablar de ellos. Pero, antes de que se oyera el primer tintineo de los cubiertos, el ejército de criados desaparecía, y sólo quedaban uno o dos, los indispensables para distribuir los platos con toda rapidez, y en medio de un silencio mortal. Mr. Lever, el propietario, desaparecía también entre zalemas y convulsiones de cortesía. Sería exagerado, y hasta irreverente, decir que volvía a dejarse ver de sus huéspedes. Pero a la hora del plato de solemnidad, del plato de pescado, se sentía algo —¿cómo decirlo?—, se sentía en el ambiente una vívida sombra, una proyección de su personalidad, que anunciaba que el propietario andaba rondando por allí cerca. A los ojos del vulgo aquel sagrado plato no era más que una especie de monstruoso pudín, de aspecto y proporciones de un pastel de boda, donde considerable número

de interesantísimos peces habían venido a perder la forma que Dios les dio. «Los Doce Pescadores Legítimos» empuñaban sus famosos cuchillos y tenedores, y atacaban el manjar tan cuidadosamente cual si cada partícula del pudín costara tanto como los mismos cubiertos con que se comía. Y, en efecto, creo que costaba tanto. Y el servicio de honor transcurría en el más profundo silencio de la devoración. Sólo cuando su plato estaba ya casi vacío, el joven duque hizo la observación de ritual:

—Sólo aquí saben hacer esto, no en todas partes.

—En ninguna parte —contestó Mr. Audley en voz de bajo profundo, volviéndose hacia el duque y agitando con convicción su venerable cabeza—. En ninguna parte; sólo aquí. Me habían dicho que en el café *Anglais*...

Aquí fue interrumpido un instante por el criado que le cambiaba el plato, pero resumió el hilo preciso de su pensamiento:

—... Me habían dicho que en el café *Anglais* lo hacían lo mismo. Y nada, señor mío —añadió, sacudiendo la cabeza como un pelele—. Es cosa muy diferente.

—Sitio elogiado más de lo justo —observó un tal coronel Pound, a quien por primera vez oía hablar su interlocutor desde hacía varios meses.

—No sé, no sé —dijo el duque de Chester, que era un optimista—. Yo creo que es una cocina buena para algunas cosas. No es posible superarla, por ejemplo, en...

Un criado llegó en este instante, escurriéndose presuroso junto a la pared, y después se quedó inmóvil. Y todo con el mayor silencio. Pero aquellos caballeros vagos y amables estaban tan hechos a que la invisible maquinaria que rodeaba y sostenía sus vidas funcionara con absoluta suavidad, que aquel acto ines-

perado los sobresaltó como un chirrido. Y sintieron lo que tú y yo, lector, sentiríamos, si nos desobedeciera el mundo inanimado: si, por ejemplo, se echara a correr una silla. El camarero se quedó inmóvil unos segundos, y en todas las caras apareció una expresión inexplicable de rubor, que es producto característico de nuestro tiempo: un sentimiento en que se combinan las nociones del humanismo moderno con la idea del enorme abismo que separa al rico del pobre. Un aristócrata genuino le hubiera tirado algo a la cabeza al triste camarero, comenzando por las botellas vacías y acabando probablemente por algunas monedas. Un demócrata genuino le hubiera preguntado al instante, con una claridad llena de crudo compañerismo, qué diablos se le había perdido por allí. Pero estos plutócratas modernos no sabían tratar al pobre, ni como se trata al esclavo, ni como se trata al amigo. De modo que una equivocación de la servidumbre los sumergía en un profundo y bochornoso embarazo. No querían ser brutales, y temían verse en el caso de ser benévolos. Y todos, interiormente, desearon que «aquello» desapareciera. Y «aquello» desapareció. El camarero, tras de quedarse unos instantes más rígido que un cataléptico, dio media vuelta y salió escapado.

Cuando reapareció en la galería, o más bien en la puerta, venía acompañado de otro, con quien secreteaba algo, gesticulando con animación meridional. Después, el primer camarero se fue, dejando en la puerta al segundo, y a poco reapareció acompañado de un tercero. Y cuando, un instante después, un cuarto camarero se aproximó al sínodo, Mr. Audley creyó conveniente, en interés del Tacto, romper el silencio. A guisa de mazo presidencial usó de una tos estrepitosa, y dijo:

—Es espléndido lo que hace en Birmania el joven Moocher. No hay otra nación en el mundo que pueda. . .

Un quinto camarero vino hacia él como una saeta, y le susurró al oído:

—¡Un asunto muy urgente! ¡Muy importante! ¿Puede el propietario hablar con el señor?

El presidente se volvió muy desconcertado, y con ojos de pánico vio que venía hacia él Mr. Lever con aquella su difícil presteza. Aunque éste era su paso habitual, su cara estaba muy alterada: generalmente su cara era de cobre oscuro, y ahora parecía de un amarillo enfermizo.

—Dispéñseme usted, Mr. Audley —dijo con fatiga de asmático—. Estoy muy asustado. En los platos de pescado de los señores, ¿se fueron también los cubiertos?

—Sí, naturalmente —contestó el presidente con cierto calor.

—¿Y lo vieron ustedes? —jadeó el amo, espantado—. ¿Vieron ustedes al criado que se los llevó? ¿Lo conocen ustedes?

—¿Conocer al camarero? —contestó indignado Mr. Audley—. No por cierto.

Mr. Lever abrió los brazos con ademán agónico:

—No lo mandé yo —exclamó—. No sé de dónde ni cómo vino. Cuando yo mandé a mi camarero a recoger el servicio, se encontró con que ya lo había recogido alguien antes.

Mr. Audley tenía un aire demasiado azorado para ser el hombre que le estaba haciendo falta a la patria. Nadie pudo articular una palabra, excepto el hombre de palo, el coronel Pound, que parecía galvanizado en una actitud artificial. Se levantó rígido, mientras los demás permanecían sentados, se afianzó el monóculo, y habló así, en un tono enronquecido como si se le hubiera olvidado hablar:

—¿Quiere usted decir que alguien ha robado nuestro servicio de plata?

El propietario repitió el ademán de los brazos, todavía con más desesperación, y de un salto todos se pusieron en pie.

—¿Están presentes todos sus criados? —preguntó el coronel con su voz dura y fuerte.

—Sí, aquí están todos. Yo lo he advertido —dijo el joven duque adelantando la cara hacia el interior del coro—. Yo los cuento siempre al llegar, cuando están ahí formados a la pared.

—Con todo, no es fácil que uno se acuerde exactamente... —comenzó Mr. Audley.

—Sí, me acuerdo exactamente —gritó el duque—. Nunca ha habido aquí más de quince camareros, y los quince estaban hoy aquí, puedo jurarlo: ni uno más, ni uno menos.

El propietario se volvió a él con un espasmo de sorpresa, y tartamudeó:

—¿Dice usted... , dice usted que vio usted a mis quince camareros?

—Como de costumbre —asintió el duque—. ¿Qué tiene eso de extraño?

—Nada —dijo Lever con un profundo acento—, sino que es imposible: porque uno de ellos ha muerto hoy mismo en el piso alto.

¡Espantoso silencio! Es tan sobrenatural la palabra «muerte», que muy fácil es que todos aquellos ociosos caballeros consideraran su alma por un instante, y su alma les apareciera más miserable que un guisante marchito. Uno de ellos (tal vez el

duque) hasta dijo, con la estúpida amabilidad de la riqueza:

—¿Podemos hacer algo por él?

Y el judío, a quien estas palabras conmovieron, contestó:

—Le ha auxiliado un sacerdote.

Y entonces, como al tañido de la trompeta del Juicio, se dieron todos cuenta de su verdadera situación. Por algunos segundos no habían podido menos de sentir que el camarero número quince era el espectro del muerto, que había venido a sustituirle. Y aquel sentimiento los ahogaba, porque los espectros eran para ellos tan incómodos como los mendigos. Pero el recuerdo de la plata rompió el sortilegio brutalmente, volviendo a todos a la realidad. El coronel arrojó su silla y se encaminó hacia la puerta.

—Amigos míos —dijo—, si hay un camarero número quince, ése es el ladrón. Todo el mundo a las puertas para impedir la salida, y después se hará otra cosa. Las veinticuatro perlas del club valen la pena de molestarse un poco.

Mr. Audley vaciló, pensando si sería propio de caballeros el darse prisa, aun en semejante circunstancia; pero al ver que el duque se lanzaba a la escalera con juvenil ardor, le siguió, aunque con ímpetu más arreglado a sus años.

En este instante, un sexto camarero entró a decir que acababa de encontrar la pila de platos en un aparador, pero sin la menor huella de los cubiertos.

La multitud de huéspedes y criados, desbordada sin concierto por los pasillos, se dividió en dos grupos. Los más de los Pescadores siguieron al propietario a la puerta del frente, para averiguar si alguien había salido. El coronel Pound, con el

presidente y vicepresidente y uno o dos más, se dirigieron al corredor, rumbo a los cuartos del servicio; por parecerles un camino más probable para la fuga. Y al pasar junto a la salita o caverna que servía de vestuario, vieron una figura de hombre pequeño, vestido de negro —un criado al parecer—, que estaba perdida en la sombra.

—¡Hola! ¡Aquí! —llamó el duque—. ¿Ha visto usted pasar a alguien?

El hombrecito no contestó directamente, pero dijo:

—Caballeros: tal vez he encontrado ya lo que ustedes buscan.

Se detuvieron todos, asombrados y dudosos, y el hombrecito se dirigió tranquilamente al interior del vestuario, y volvió de allí con las manos llenas de reluciente argentería, que depositó sobre el mostrador con la calma de un comerciante en plata. Y entonces se vio que aquella plata era una docena de pares de cubiertos de elegantísima forma.

—Usted... , usted... —balbuceó el coronel, perdido por primera vez el aplomo. Y se asomó al cuartito para observar mejor, y pudo descubrir dos cosas: la primera, que el hombrecillo vestido de negro llevaba un traje clerical; y la segunda, que la vidriera del fondo estaba rota, como si alguien hubiera escapado por ella.

—Cosas de mucho valor para depositarlas en un vestuario, ¿no es verdad? —observó el sacerdote con plácido comedimiento.

—¿Usted... , usted robó esto? —tartamudeó Mr. Audley con ojos relampagueantes.

—Si así fuera —dijo el clérigo en tono burlón—, por lo menos ya lo he devuelto.

—Pero no fue usted. . . —dijo el coronel Pound, sin quitar los ojos de la vidriera rota.

—Para hablar claro de una vez —contestó el cura, humorísticamente— no he sido yo. —Y, con afectada gravedad, se sentó en un taburete que tenía al lado.

—En todo caso, usted sabe quién fue —advirtió el coronel.

—Su verdadero nombre lo ignoro —continuó el otro plácidamente—; pero algo conozco de su fuerza para el combate y de sus problemas espirituales. Me formé idea de la primera cuando trató de estrangularme, y de los segundos, cuando se arrepintió.

—¡Hombre! ¿Conque se arrepintió? —gritó el joven Chester con un alarde de risa.

El padre Brown se puso de pie:

—Muy extraño, ¿verdad? —dijo—. ¿Es muy raro que un vagabundo aventurero se arrepienta, cuando tantos que viven entre la seguridad y las riquezas continúan su vida frívola, estéril para Dios y para los hombres? Pero aquí, si me permite, le advertiré que invade mi provincia. Si duda usted de la verdad de la penitencia, no tiene usted más que ver esos cuchillos y tenedores. Ustedes son «Los Doce Pescadores Legítimos», y ahí tienen ya su servicio para el pescado. En cuanto a mí, a mí, Él me hizo pescador de hombres.

—¿Ha ocultado usted a ese hombre? —preguntó el coronel arrugando el ceño.

El padre Brown le miró a la cara abiertamente:

—Sí —contestó—. Yo le he pescado con anzuelo invisible y con hilo que nadie ve, y que es lo bastante largo para permitirle

errar por los términos del mundo, sin que por eso se liberte.

Hubo un largo silencio. Los presentes se alejaron para llevar a sus camaradas la plata recobrada, o consultar el caso con el propietario. Pero el coronel de la cara gesticulante se sentó en el mostrador, dejando colgar sus largas piernas y mordiéndose los bigotes.

Y, al fin, dijo con mucha calma:

—Ese hombre ha de ser muy inteligente, pero yo creo conocer a otro que lo es más todavía.

—Sí; ese hombre, es muy inteligente —contestó el cura—, pero, ¿el otro a quien usted se refiere...?

—Es usted —dijo el coronel sonriendo—. Yo no tengo especial empeño en ver al ladrón encarcelado: haga usted con él lo que guste. Pero de buena gana daría yo muchos tenedores de plata por saber cómo logró hacer esto, y cómo logró usted sacarle la prenda. Me está usted resultando más listo que el mismo demonio.

El padre Brown supo saborear el candor algo saturnino del soldado.

—Bueno le contestó sonriendo—. Yo no puedo decirle a usted todo lo que sé, por la confesión, sobre la persona y hechos de ese sujeto, pero no tengo razones para ocultarle lo que de él he descubierto por mi propia cuenta.

Y diciendo esto, saltó con agilidad sobre el mostrador, y se sentó junto al coronel Pound, moviendo sus piernecitas como un niño. Y comenzó su historia con tanta naturalidad como si contara cuentos a un viejo amigo junto a la hoguera de Navidad.

—Verá usted, coronel. Estaba yo encerrado en ese gabinetito, escribiendo, cuando oí unas pisadas por el corredor, tan misteriosas que parecían la danza de la muerte. Primero, unos pasitos rápidos y graciosos, como de hombre que anda de puntillas; después, unos pasos lentos, descuidados, crujientes, como de hombre que pasea fumando un cigarro. Pero ambos provenían de los mismos pies, yo lo hubiera jurado, y se alternaban: primero la carrerita, y después el paseo, y otra vez la carrerita. . . Me llamó la atención, y, al fin, me llenó de inquietud el hecho de que un mismo hombre diera las dos especies de pasos, El paseo no me era desconocido; era el paseo de un hombre como usted, coronel, el paseo de un caballero bien nacido que está haciendo tiempo en espera de alguna cosa, y que anda de aquí para allá, más que por impaciencia, por exuberancia física. La carrerita tampoco me era desconocida, pero no podía yo precisar qué ideas evocaba en mi espíritu. ¿A quién, a qué extraña criatura había yo encontrado en mis andanzas que corriera así, de puntillas, de aquella manera extraordinaria? Después me pareció oír un ruido de platos, y la respuesta a mis interrogaciones me resultó tan clara como la de san Pedro: aquél era el andar presuroso de un criado, el andar con el cuerpo echado hacia delante y la mirada baja, de puntillas, la cola del frac y la servilleta flotando al aire. Medité un poco. Y creí descubrir y representarme el delito tan claramente como si yo mismo lo fuera a cometer.

El coronel Pound le miró con desconfianza, pero los mansos ojos grises del cura contemplaban el cielo raso con la mayor inocencia.

—Un delito —continuó lentamente— es como cualquier obra de arte. No se extrañe usted de lo que digo: los crímenes y delitos no son las únicas obras de arte que salen de los ta-

lles infernales. Pero toda obra de arte, divina o diabólica, tiene un elemento indispensable, que es la simplicidad esencial, aun cuando el procedimiento pueda ser complicado. Así, en el *Hamlet*, por ejemplo, los elementos grotescos: el sepulturero, las flores de la doncella loca, la fantástica elegancia de Osric, la lividez del espectro, el cráneo verdoso, todo ello es como un remolino de extravagancias en torno a la sencilla figura de un hombre vestido de negro. Bien; pues aquí también —añadió dejándose resbalar suavemente del asiento y con una sonrisa—, aquí también se trata de la sencilla tragedia de un hombre vestido de negro. Sí —prosiguió ante el asombro del coronel—, sí; todo este enredo gira en torno a un frac negro. También aquí, como en el *Hamlet*, hay sus excrecencias ridículas: que, en el caso, lo son usted y sus amigos. Hay un camarero muerto, que, a pesar de muerto, se presenta a servir la cena. Hay una mano invisible que limpia la argentería de la mesa y después se evapora. Pero todo delito inteligente está fundado en algún hecho simplísimo, en algún hecho no misterioso por sí mismo. Y la mixtificación ulterior no tiene más fin que encubrirlo, desviando de él los pensamientos de los hombres. Este delito sutil, generoso, y que en otras circunstancias hubiera resultado muy provechoso, estaba fundado en el hecho sencillísimo de que el frac de un caballero es igual al frac de un camarero. Y todo lo demás fue ejecución y representación, —eso sí— de la más fina.

—Alto —dijo el coronel, poniéndose en pie y contemplando, siempre con el ceño fruncido, sus relucientes botas—; no sé si he entendido bien.

—Coronel —dijo el padre Brown—, le aseguro a usted que ese arcángel de impudor que le robó los cubiertos anduvo de aquí para allá por este corredor, y a plena luz, lo menos unas veinte

veces y a la vista de todo el que quiso verlo. No se ocultó en los rincones donde la sospecha pudo ir a buscarlo, sino que anduvo paseando en los pasillos iluminados, y dondequiera que se le sorprendiera, parecía estar por su propio derecho. No me pregunte usted cómo era. Seis o siete veces le habrá usted visto, sin duda. Usted y sus amigos estaban en el salón del vestíbulo que se encuentra entre este corredor y la terraza, ¿no es eso? Pues bien; cuando nuestro hombre se acercaba a ustedes, a los caballeros, iba con la ligereza de un criado, la cabeza baja, columpiando la servilleta y con pies presurosos. Entraba a la terraza, hacía algo sobre el mantel, y volvía otra vez hacia la oficina y a las regiones de la servidumbre. Y cuando caía bajo la mirada del empleado de la oficina y de los criados, ya era otro: se había transformado en todas y cada una de las pulgadas que su cuerpo mide, y hasta en sus ademanes y gestos instintivos. Y pasaba por entre los criados con la misma insolencia divagadora que los criados están acostumbrados a ver en los amos. Para la servidumbre no es cosa nueva el que los elegantes de los banquetes se pongan a pasear por toda la casa como un animal del jardín zoológico; nada es de mejor gusto y más distinción que el pasear donde a uno le da la gana. Cuando se sentía, pues, magníficamente aburrido de pasear por aquel lado, se volvía a la otra región, y cruzaba otra vez frente a la oficina. Y al rebasar la sombra de este arco, se metamorfoseaba como por toque de magia y otra vez llegaba con su trotecito menudo adonde estaban los Pescadores, convertido en criado solícito. Naturalmente, los señores no reparaban en un criado. ¿Y qué podían sospechar los criados de aquel distinguido señor que paseaba de aquí para allá? Una o dos veces se dio el lujo de extremar su juego con la mayor serenidad: en los cuartos del propietario, por ejemplo, se asomó a pedir muy garbosamente un sifón de agua de soda, diciendo que tenía sed. Declaró,

humorísticamente, que él mismo se lo llevaría, y así lo hizo en efecto: porque lo llevó al grupo de ustedes con la mayor corrección y rapidez, convertido así en verdadero criado que cumple la orden de un huésped. Claro que esto no podía durar mucho, pero no era necesario que durara más allá del servicio de pescado.

»Su peor momento —agregó— fue cuando tuvo que alinearse junto a los demás criados al entrar los caballeros a la terraza. Pero aun entonces se las arregló para venir a quedar en el ángulo del muro, donde los criados pudieran figurarse que era uno de los caballeros, y los caballeros que era uno de los criados. Y lo demás se hizo sin la menor dificultad. Todo camarero que se encontró con él lejos de la mesa lo tomó por un perezoso aristócrata. Y no tuvo más trabajo que acercarse a la mesa dos minutos antes de que acabaran de comer el pescado, transformarse en un activo camarero y levantar los platos. Arrinconó los platos en cualquier aparador, se atiborró los bolsillos con los cubiertos, de modo que el traje le hacía unos bultos, y corrió como una liebre (yo le oí cuando se acercaba) en dirección hacia este vestuario. Aquí se transformó nuevamente en un plutócrata, en un plutócrata a quien acaban de llamar para algún asunto urgente. Y con dar su ficha al empleado del vestuario, pudo haberse escapado tan elegantemente como se había escurrido hasta aquí. Sólo que. . . , sólo que dio la pícara casualidad de que, en ese instante, el empleado del vestuario fuera yo.

—¿Y qué hizo usted? —preguntó el coronel con sobreexcitado interés—, ¿qué le dijo usted?

—Pido a usted mil perdones —dijo, imperturbable, el sacerdote—, pero en este punto acaba mi historia.

—Y es donde empieza la historia interesante —murmuró Pound—. Porque creo haber entendido los manejos profesionales de ese sujeto; pero los de usted, francamente, no los alcanzo.

—Tengo que marcharme —dijo el padre Brown.

Y juntos se dirigieron, por el pasillo, al salón vestíbulo, donde se encontraron con la cara fresca y pecosa del duque de Chester, que ruidosamente venía hacia ellos.

—Venga usted acá, Pound —gritó jadeante—. Le he buscado a usted por todas partes. La cena se ha reanudado ya a toda prisa, y el viejo Audley ha dicho un discurso en honor de la recuperación de los cubiertos. Hay que inventar alguna nueva ceremonia para conmemorar el caso; ¿no le parece a usted? ¿Qué se le ocurre a usted?

—¡Cómo! —dijo el coronel, contemplándole con cierta sardónica aprobación—. Pues se me ocurre que, en adelante, nos presentemos siempre aquí de frac verde, en lugar de frac negro. Porque nunca sabe uno a lo que se expone por parecerse tanto a los camareros.

—¡Calle usted! Un caballero no se parece nunca a un criado.

—Ni un criado a un caballero, ¿no es eso? —dijo el coronel Pound con una creciente ola de risa—. ¿Sabe su paternidad que su amigote ha de ser todo un elegante para haber podido pasar por caballero?

El padre Brown se abrochó el humilde gabán hasta el cuello, porque la noche era tormentosa, Y, tomó su humilde paraguas.

—Si —dijo—. Representar de caballero ha de ser tarea muy ardua; pero, vea usted, yo he creído a veces que es igualmente difícil hacer de criado.

Y diciendo «buenas noches», empujó las pesadas puertas del palacio de los placeres. Las puertas de oro se cerraron tras él, y él se echó a andar a toda prisa por esas calles húmedas y oscuras, en busca del ómnibus de a penique.

EL HOMBRE INVISIBLE

En la fresca penumbra azul, una confitería de Camden Town, en la esquina de dos empinadas calles, brillaba como brilla la punta del cigarro encendido. Como la punta de un castillo de fuegos artificiales, mejor dicho, porque la iluminación era de muchos colores y de cierta complejidad, quebrada por variedad de espejos y reflejada en multitud de pastelillos y confituras doradas y de vivos tonos. Los chicos de la calle pegaban la nariz al escaparate de fuego, donde había unos bombones de chocolate. Y la gigantesca tarta de boda que aparecía en el centro era blanca, remota, edificante, como un Polo Norte digno de ser engullido. Era natural que este arco iris de tentaciones atrajera a toda la gente menuda de la vecindad que andaba entre los diez y los doce años. Pero aquel ángulo de la calle ejercía también una atracción especial sobre gente algo más crecida; en efecto: un joven de hasta veinticuatro años al parecer estaba también extasiado ante el escaparate. También para él la confitería ejercía un singular encanto; pero encanto que no provenía precisamente del chocolate, aunque nuestro joven estaba lejos de mirar con indiferencia esta golosina.

Era un hombre alto, corpulento, de cabellos rojizos, de cara audaz y de modales un tanto descuidados. Llevaba bajo el brazo

una abultada cartera gris, y en ella dibujos en blanco y negro, que venía vendiendo con éxito vario a los editores desde el día en que su señor tío —un almirante— lo había desheredado por razón de sus ideas socialistas, tras una conferencia pública que dio el joven contra las teorías económicas recibidas. Se llamaba John Turnbull Angus.

Se decidió a entrar, atravesó la confitería y se dirigió al cuarto interior —especie de fonda y pastelería— y al pasar saludó, descubriéndose un poco, a la damita que atendía al público. Era ésta una muchacha elegante, vivaz, vestida de negro, morena, de lindos colores y de ojos negros. Tras el intervalo habitual, la muchacha siguió al joven al cuarto interior para ver qué deseaba.

Él deseaba algo muy común y corriente:

—Haga el favor de darme —dijo con precisión— un bollo de a medio penique y una tacita de café solo.

Y antes de que la muchacha se volviera a otra parte, añadió:

—Y también quiero que se case usted conmigo.

La damita contestó, muy altiva:

—Ése es un género de burlas que yo no consiento.

El rubio joven levantó con inesperada gravedad sus ojos grises, y dijo:

—Real y verdaderamente es en serio, tan en serio como el bollo de a medio penique; y tan costoso como el bollo: se paga por ello. Y tan indigesto como el bollo: hace daño.

La joven morena, que no había apartado de él los ojos, parecía estarlo estudiando con trágica minuciosidad. Al acabar su

examen, había en su rostro como una sombra de sonrisa; se sentó en una silla.

—¿No cree usted —observó Angus con aire distraído— que es una crueldad comerse estos bollos de a medio penique? ¡Todavía pueden llegar a bollos de a penique! Yo abandonaré estos brutales deportes en cuanto nos casemos.

La damita morena se levantó y se dirigió a la ventana, con evidentes señales de preocupación, pero no disgustada. Cuando al fin volvió la cara con aire resuelto, se quedó desconcertada al ver que el joven estaba poniendo sobre su mesa multitud de objetos y golosinas que había en el escaparate: toda una pirámide de bombones de todos colores, varios platos de bocadillos y los dos frascos de ese misterioso oporto y ese misterioso jerez que sólo sirven en las pastelerías. Y en medio de todo ello había colocado el enorme bulto de aquella tarta espolvoreada de azúcar, que era el principal ornamento del escaparate.

—Pero, ¿qué hace usted?

—Mi deber, querida Laure —comenzó él.

—¡Oh, por Dios! Pare, pare: no me hable así. ¿Qué significa todo esto?

—Un banquete ceremonial, Miss Hope.

—¿Y eso? —dijo ella, impaciente, señalando la montaña de azúcar.

—Eso es la tarta de bodas, señorita Angus —contestó el joven.

La muchacha le arrebató la tarta y la devolvió a su sitio de honor; después volvió adonde estaba el joven, y, poniendo sobre la mesita sus elegantes codos, se quedó mirándolo cara a cara, aunque no con aire desfavorable, sí con evidente inquietud.

—Y ¿no me da usted tiempo de pensarlo? —preguntó.

—No soy tan tonto —contestó él—. ¡Tanta es mi humildad cristiana!

Ella seguía contemplándolo; pero ahora, tras la máscara de su sonrisa, había una creciente gravedad.

—Mr. Angus —dijo con firmeza—; basta de niñerías: que no pase un minuto más sin que usted me oiga. Tengo que decirle algo de mí misma.

—¡Encantado! —replicó Angus gravemente— y ya que está en eso, también debería usted decirme algo sobre mí mismo.

—Ea, calle usted un poco y escuche. No es nada de que tenga yo que avergonzarme ni entristecerme siquiera. Pero, ¿qué diría usted si supiera que es algo que, sin ser cosa mía, es mi pesadilla constante?

—En tal caso —dijo seriamente el joven—, yo le aconsejo que traiga otra vez la tarta de boda.

—Bueno, ante todo, escuche usted mi historia —insistió Laure—. Y, para empezar, le diré que mi padre era propietario de la posada «El Pez Rojo», en Ludbury, y era yo quien servía en el bar a la parroquia.

—Ya decía yo —interrumpió él— que había no sé qué aire cristiano en esta confitería.

—Ludbury es un triste agujero soñoliento de los condados del Este, y la única gente que aparecía por «El Pez Rojo» era, amén de uno que otro viajante, de lo más abominable que usted haya visto, aunque usted no ha visto eso jamás. Quiero decir que eran unos haraganes, bastante acomodados para no tener que ganarse la vida, y sin más quehacer que pasarse el

día en las tabernas y en apuestas de caballos, mal vestidos, aunque harto bien para lo que eran. Pero aun estos jóvenes pervertidos aparecían poco por casa, salvo un par de ellos que eran habituales, en todos los sentidos de la palabra. Vivían de su dinero y eran ociosos hasta decir basta, y excesivos en el vestir. Con todo, me inspiraban alguna lástima, porque se me figuraba que sólo frecuentaban nuestro desierto establecimiento a causa de cierta deformidad que cada uno de ellos padecía; esas leves deformidades que hacen reír precisamente a los burlones. Más que verdadera deformidad, se trataba de una rareza. Uno de ellos era de muy baja estatura, casi enano, o por lo menos parecía *jockey*, aunque no en la cara y lo de más; tenía una cabezota negra y una barba negra muy cuidada, ojos brillantes, de pájaro; siempre andaba haciendo sonar las monedas en el bolsillo; usaba una gran cadena de oro, y siempre se presentaba tan ataviado a lo *gentleman*, que claro se veía que no lo era. Aunque ocioso, no era un tonto; hasta tenía un talento singular para todas las cosas inútiles; improvisaba juegos de manos, hacía arder quince cerillas a un tiempo como un castillo de artificio, cortaba un plátano o una cosa así en forma de bailarina. . . Se llamaba Isidore Smythe. Todavía me parece verlo, con su carita trigüeña, acercarse al mostrador y formar con cinco cigarrillos la figura de un canguro.

»El otro era más callado y menos notable, pero me alarmaba más que el pequeño Smythe. Era muy alto y ligero, de cabellos claros, nariz aguileña, y tenía cierta belleza, aunque una belleza espectral, y un bizqueo de lo más espantoso que pueda darse. Cuando miraba de frente, no sabía uno dónde estaba uno mismo o qué era lo que él miraba. Yo creo que este defecto le amargaba un poco la vida al pobre hombre; porque, en tanto que Smythe siempre andaba luciendo sus habilidades de mono, James Welkin (que así se llamaba el bizco) nunca hacía

más que empinar el codo en el bar y pasear a grandes trancos por los cenicientos llanos del contorno. Pero creo que también a Smythe le dolía sentirse tan pequeñín, aunque lo llevaba con mayor gracia. Así fue que me quedé verdaderamente perpleja y del todo desconcertada y tristísima cuando ambos; en la misma semana, me propusieron casarse conmigo.

»El caso es que cometí tal vez una torpeza; al menos, eso me ha parecido a veces. Después de todo, aquellos monstruos eran mis amigos, y yo no quería por nada del mundo que se figurasen que los rehusaba por la verdadera razón del caso: su imposible fealdad. De modo que inventé un pretexto, y dije que me había prometido no casarme sino con un hombre que se hubiera abierto por sí mismo su camino en la vida, que para mí era cuestión de principios el no desposarme con un hombre cuyo dinero procediera, como el de ellos, del beneficio de la herencia. Y a los dos días de haber expuesto yo mis bien intencionadas razones comenzó el conflicto. Lo primero que supe fue que ambos se habían ido a buscar fortuna, como en el más cándido cuento de hadas.

»Desde entonces no he vuelto a ver a ninguno de ellos. Pero he recibido dos cartas del hombrecillo llamado Smythe, y realmente son inquietantes.

—Y del otro, ¿no ha sabido usted más? —preguntó Angus.

—No; nunca me ha escrito —dijo la muchacha después de dudar un instante—. La primera carta de Smythe decía simplemente que había salido en compañía de Welkin con rumbo a Londres; pero, como Welkin es tan buen andarín, el hombrecillo se quedó atrás y tuvo que detenerse a descansar al lado del camino. Lo recogió una compañía de saltimbanquis que casualmente pasaba por allí; y en parte porque el pobre hombre

era casi un enano, y en parte por sus muchas habilidades, se arregló con ellos para trabajar en la próxima feria, y le destinaron para hacer no sé qué suertes en el Acuario. Esto decía en su primera carta. En la segunda había ya más motivo de alarma. La recibí hace apenas una semana.

El llamado Angus apuró su taza de café y dirigió a su amiga una mirada cariñosa y paciente. Ella, al continuar, torció un poco la boca, como esbozando una sonrisa:

—Supongo que en los anuncios habrá usted leído lo del «Servicio silencioso de Smythe», o será usted la única persona que no lo haya leído. Por mi parte, no estoy muy enterada; sólo sé que se trata de la invención de algún mecanismo de relojería para hacer mecánicamente todo el trabajo de la casa. Ya conoce usted el estilo de esos reclamos: «Oprime usted un botón, y ya tiene a sus órdenes un mayordomo que nunca se emborracha». «Da usted vuelta a una manivela, y eso equivale a una docena de criadas que nunca pierden el tiempo en coqueteos, etc.». Ya habrá usted visto los anuncios. Bueno: las dichas máquinas, sean lo que fueren, están produciendo montones de dinero, y lo están produciendo para los purísimos bolsillos del mismísimo duende con quien trabé conocimiento en Ludbury. No puedo menos de celebrar que el triste sujeto tenga éxito; pero el caso es que me aterra la idea de que, en todo momento, puede presentármese aquí y decirme que ya ha logrado abrirse un camino, como es la verdad.

—¿Y el otro? —preguntó Angus con cierta obstinada inquietud.

Laure Hope se puso en pie de un salto.

—Amigo mío —dijo—, usted es un brujo. Sí, tiene usted toda la razón. Del otro no he llegado a recibir una sola línea. Y no

tengo la menor idea de lo que será de él, o dónde habrá ido a parar. Pero es de él de quien tengo más miedo; es él quien se atraviesa en mi camino; él quien me ha vuelto ya medio loca. No, lo cierto es que ya me tiene loca del todo; porque figúrese usted que me parece encontrármelo donde estoy segura de que no puede estar, y creo oírle hablar donde es de todo punto imposible que él esté hablando

—Bueno, querida amiga —dijo alegremente el joven—, aun cuando sea el mismo Satanás, desde el momento en que usted le ha contado a alguien el caso, su poder se disipa. Lo que más enloquece, criatura, es estarse devanando los sesos a solas. Pero, dígame ¿dónde y cuándo le ha parecido a usted ver u oír a su famoso bizco?

—Sepa usted que he oído reírse a James Welkin tan claramente como lo oigo hablar a usted—dijo la muchacha con firmeza—. ¡Y no había un alma! Porque yo estaba allí, afuera, en la esquina, y podía ver a la vez las dos calles. Además, y aunque su risa era tan extraña como su bizqueo, ya se me había olvidado su risa. Y hacía como un año que ni siquiera pensaba en él. Y lo curioso es que la primera carta de su rival (verdad absoluta) me llegó un instante después.

—Y ¿alguna vez ha hablado el espectro, o chillado o hecho alguna cosa? —preguntó Angus con interés.

Laure se estremeció, y después dijo tranquilamente:

—Sí. Precisamente cuando acabé de leer la segunda carta de Isidore Smythe, en que me anunciaba su éxito, en ese mismo instante oí a Welkin decir: «Con todo, no será él quien se la gane a usted». Tan claro como si hubiera hablado aquí dentro de la habitación. Es horrible: yo debo de estar loca.

—Si usted estuviera loca realmente —contestó el joven—, creería estar cuerda. Pero, en todo caso, la historia de este caballero invisible me resulta un tanto extravagante. Dos cabezas valen más que una (y ahorrémonos alusiones a los demás órganos) y así, si usted me permite que, en categoría de hombre robusto y práctico, vuelva a traer la tarta de boda que está en el escaparate. . .

Pero al decir esto se oyó en la calle un chirrido metálico, y un motorcito, que traía una velocidad diabólica, llegó disparado hasta la puerta de la pastelería, y paró. Casi al mismo tiempo, un hombrecito con un deslumbrante sombrero de copa saltó del motor y entró con ruidosa impaciencia.

Angus, que hasta aquí había conservado una fácil hilaridad, por razón de higiene interior, desahogó la inquietud de su alma saliendo a grandes pasos hacia la otra sala, al encuentro del recién venido. La sospecha del enamorado joven quedó confirmada a primera vista. Aquel sujeto elegante, pero diminuto, con la barbilla negra, insolentemente erguida, los ojos vivaces y penetrantes, los dedos finos y nerviosos, no podía ser otro que el hombre a quien acababan de describirle: Isidore Smythe, en suma, el hombre que hacía muñecos con cáscara de plátano y cajas de fósforos; Isidore Smythe, el hombre que hacía millones con mayordomos metálicos que no se embriagan y criadas metálicas que no coquetean. Por un instante, los dos hombres, comprendiendo instintivamente el aire de posesión con que cada uno de ellos estaba en aquel sitio, permanecieron contemplándose con esa generosidad fría y extraña que es la esencia de la rivalidad.

Pero Mr. Smythe, sin hacer la menor alusión a los motivos de antagonismo que podía haber entre ambos, dijo sencillamente, en una explosión:

—¿Ha visto Miss Hope lo que hay en el escaparate?

—¿En el escaparate? —preguntó Angus asombrado.

—No hay tiempo de entrar en explicaciones —dijo con presteza el pequeño millonario—. Aquí sucede algo extraño, y hay que proceder a averiguarlo.

Señaló con su pulida caña al escaparate recientemente saqueado por los preparativos nupciales de Mr. Angus, y éste pudo ver con asombro una larga tira de papel de sellos postales pegada en la vidriera, que con toda certeza no estaba allí cuando él estuvo asomado al escaparate, minutos antes. Siguiendo al enérgico Smythe a la calle, vio que una tira de papel engomado, como de un metro, había sido cuidadosamente pegada a la vidriera, y que en el papel se leía, con caracteres irregulares: *Si se casa usted con Smythe, Smythe morirá.*

—Laure —dijo Angus, asomando al interior de la tienda su carota roja—. No está usted loca, no.

—Es la letra de ese tal Welkin —dijo Smythe con aspereza—. Hace años que no le veo, pero no por eso ha dejado de molestarme. En sólo estos quince días cinco veces me ha estado echando cartas amenazadoras, sin que sepa yo quién las trae, como no sea Welkin en persona. El portero jura que no ha visto a ninguna persona sospechosa; y aquí ha estado pegando esa tira de papel en un escaparate público, mientras que la gente de la confitería...

—Exactamente —concluyó Angus con modestia—, mientras que la gente de la confitería se entretiene en tomar el té. Pues bien, señor mío, permítame declararle que admiro su buen sentido en atacar tan directamente lo único que por ahora importaba. De lo demás, ya tendremos tiempo de hablar. Nuestro

hombre no puede estar muy lejos, porque le aseguro a usted que no había papel alguno hace unos diez o quince minutos, cuando me acerqué por última vez al escaparate. Por otra parte, tampoco es fácil darle caza, puesto que ignoramos el rumbo que habrá tomado. Si usted, Mr. Smythe, quisiera seguir mi consejo, pondría ahora mismo el asunto en manos de un investigador experto, y mejor de un investigador privado, que no de persona perteneciente a la policía pública. Yo conozco a un hombre inteligentísimo, que está establecido a cinco minutos de aquí, yendo en su auto. Su nombre es Flambeau, y aunque su juventud fue algo tormentosa, ahora es un hombre honrado a carta cabal, y tiene un cerebro que vale oro. Vive en la casa Lucknow, que está por Hampstead.

—¡Qué coincidencia! —dijo el hombrecillo frunciendo el ceño—. Yo vivo en la casa Himalaya, al volver la esquina. Supongo que usted no tendrá inconveniente en venir conmigo. Así, mientras yo subo a mi cuarto por los extravagantes documentos de Welkin, puede ir a llamar a su amigo el detective.

—Es usted muy amable —dijo Angus cortésmente—. Bueno; cuanto antes, mejor.

Y ambos, con improvisada buena fe, se despidieron de la dama con la misma circunspección formal, y subieron al ruidoso y pequeño auto. Mientras Smythe movía palancas y hacía doblar la esquina al vehículo, Angus se divertía en ver un gigantesco cartelón del «Servicio Silencioso de Smythe», donde estaba pintado un enorme muñeco de hierro sin cabeza, llevando una cacerola, con un letrero que decía: *Un cocinero que nunca re-funfuña.*

—Yo mismo los empleo en mi piso —dijo el hombrín de la barba negra, riendo—. En parte por anuncio, y en parte por

comodidad. Y, hablando en plata, crea usted que esos muñecos de relojería le traen a uno el carbón o le sirven el vino con más presteza que cualquier criado, simplemente con saber bien cuál es el botón que hay que oprimir en cada caso. Pero aquí *inter nos*, no le negaré a usted que también tienen sus desventajas.

—¿De veras? —preguntó Angus—. ¿Hay alguna cosa que no pueden hacer?

—Sí —replicó fríamente Smythe—. No pueden decirme quién me echa esas cartas amenazadoras en casa.

El auto era tan pequeño y ágil como su dueño. Y es que, lo mismo que su servicio doméstico, era un artículo inventado por él. Si aquel hombre era un charlatán de los anuncios, era un charlatán que creía en sus mercancías. Y el sentimiento de que el auto era algo frágil y volador se acentuó aún más cuando entraron por unas carreteras blancas y sinuosas, a la muerta pero difusa claridad de la tarde. Las curvas blancas del camino se fueron volviendo cada vez más bruscas y vertiginosas: formaban ya unas verdaderas «espirales ascendentes», como dicen las religiones modernas. Trepaban ahora por un rincón de Londres, casi tan escarpado como Edimburgo, cuando no sea tan pintoresco. Las terrazas aparecían como encaramadas unas sobre otras, y la torre de pisos a que ellos se dirigían se levantaba sobre todas a una altura egipcia, dorada por el último sol. Al volver la esquina y entrar en la placita de casas conocida por el nombre de Himalaya, el cambio fue tan súbito como el abrir una ventana de pronto: la torre de pisos se alzaba sobre Londres como sobre un verde mar de pizarra. Frente a las casas, al otro lado de la placeta de guijas, había una hermosa tapia que más parecía un vallado de zapas o un dique que no un jardín, y abajo corría un arroyo artificial, como un

canal, foso de aquella hirsuta fortaleza. Cuando el auto cruzó la plaza, pasó junto al puesto de un vendedor de castañas, y al otro extremo de la curva, Angus pudo ver el bulto azul oscuro de un policía que paseaba tranquilamente. En la soledad de aquel apartado barrio no se veía más alma viviente. A Angus le pareció que expresaban toda la inexplicable poesía de Londres: le pareció que eran las estampas de un cuento.

El auto llegó, lanzado como una bala, a la casa en cuestión, y allí echó de sí a su dueño como una bomba que estalla. Smythe preguntó inmediatamente a un alto conserje lleno de deslumbrantes galones y a un criado diminuto en mangas de camisa si alguien había venido a buscarle. Le aseguraron que nadie ni nada había pasado desde la salida del señor. Entonces, en compañía de Angus, que estaba un poco desconcertado, entró en el ascensor, que los transportó de un salto, como un cohete, hasta el último piso.

—Entre usted un instante —dijo Smythe casi sin resuello—. Voy a mostrarle a usted las cartas de Welkin. Después irá usted, en una carrera, a traer a su amigo.

Oprimió un botón disimulado en el muro, y la puerta se abrió sola.

Se abrió sobre una antesala larga y cómoda, cuyos únicos rasgos salientes, ordinariamente hablando, eran las filas de enormes muñecos mecánicos semihumanos que se veían a ambos lados como maniqués de sastre. Como los maniqués, no tenían cabeza, y al igual que ellos, tenían en la espalda una gibosidad tan hermosa como innecesaria, y en el pecho una hinchazón de buche de paloma. Fuera de esto, no tenía nada más de humano que esas máquinas automáticas de la altura de un hombre que suele haber en las estaciones. Dos ganchos les servían de bra-

zos, adecuados para llevar una bandeja. Estaban pintados de verde claro, bermellón o negro, a fin de distinguirlos unos de otros. En lo demás eran como todas las máquinas, y no había para qué mirarlos dos veces. Al menos, nadie lo hizo entonces. Porque entre las dos filas de maniqués domésticos, había algo más interesante que la mayor parte de los mecanismos que hay en el mundo: había un papel garrapateado con tinta roja, y el ágil inventor lo había percibido al instante. Lo recogió y se lo mostró a Angus sin decir palabra. La tinta todavía estaba fresca. El mensaje decía así: «Si has ido hoy a verla, te mataré».

Tras un instante de silencio, Isidore Smythe dijo tranquilamente:

—¿Quiere usted un poco de whisky? Yo tengo antojo de tomar una copita.

—Gracias. Prefiero un poco de Flambeau —dijo Angus poniéndose tétrico—. Me parece que esto se pone grave. Ahora mismo voy por mi hombre.

—Tiene usted razón —dijo el otro con admirable animación—. Tráigalo lo más pronto posible.

Al tiempo de cerrar la puerta tras de sí, Angus vio que Smythe oprimía un botón, y uno de los muñecos se destacaba de la fila y, deslizándose por una ranura del piso, volvía con una bandeja en que se veían un sifón y un frasco. Esto de abandonar a aquel hombrecillo solo en medio de aquellos criados muertos, que habían de comenzar a animarse en cuanto Angus cerrara la puerta, no dejaba de ser algo funambulesco.

Unas seis gradas más abajo del piso de Smythe, el hombre en mangas de camisa estaba haciendo algo con un cubo. Angus se

detuvo un instante para pedirle —fortificando la petición con la perspectiva de una buena propina— que permaneciera allí hasta que él regresara acompañado del detective, y cuidara de no dejar pasar a ningún desconocido. Al pasar por el vestíbulo de la casa hizo el mismo encargo al conserje, y supo de labios de éste que la casa no tenía puerta posterior, lo cual simplificaba mucho las cosas. No contento con semejantes precauciones, dio alcance al errabundo policía, y le encargó que se apostara frente a la casa, en la otra acera, y vigilara desde allí la entrada. Y, finalmente, se detuvo un instante a comprar castañas, y le preguntó al vendedor hasta qué hora pensaba quedarse en aquella esquina.

El castañoero, alzándose el cuello del gabán, le dijo que no tardaría mucho en marcharse, porque parecía que iba a nevar. Y, en efecto, la tarde se iba poniendo cada vez más oscura y triste. Pero Angus, apelando a toda su elocuencia, trató de clavar al vendedor en aquel sitio.

—Caliéntese usted con sus propias castañas —le dijo con la mayor convicción—. Cómaselas todas, yo se lo pagaré. Le daré a usted una libra esterlina si no se mueve de aquí hasta que yo vuelva, y si me dice si ha entrado en aquella casa donde está aquel conserje de librea algún hombre, mujer o niño.

Y echó un último vistazo a la torre sitiada.

«Como quiera, le he puesto un cerco al piso de ese hombre —pensó—. No es posible que los cuatro sean cómplices de Welkin».

La casa Lucknow estaba en un plano más bajo que aquella colina de casas en que la Himalaya representaba la cumbre.

El domicilio semioficial de Flambeau estaba en un bajo, y, en

todos sentidos, ofrecía el mayor contraste con aquella maquinaria americana y lujo frío de hotel del «Servicio Silencioso». Flambeau, que era amigo de Angus, recibió a éste en un rincillo artístico y abigarrado que estaba junto a su estudio, cuyo adorno eran multitud de espadas, arcabuces, curiosidades orientales, botellas de vino italiano, cacharros de cocina salvaje, un peludo gato persa y un pequeño sacerdote católico romano de modesto aspecto, que parecía singularmente inadecuado para aquel sitio.

—Mi amigo el padre Brown —dijo Flambeau—. Tenía muchos deseos de presentárselo a usted. Un tiempo excelente, ¿eh? Algo fresco para los meridionales, como yo.

—Sí, creo que va a aclarar —dijo Angus, sentándose en una otomana a rayas violetas.

—No —dijo el sacerdote—. Ha comenzado a nevar.

Y en efecto, como lo había previsto el castaño, a través de la nublada vidriera se podían ver ya los primeros copos.

—Bueno —dijo Angus con aplomo—. El caso es que yo he venido a despachar negocios, y negocios de suma urgencia. El hecho es, Flambeau, que a una pedrada de esta casa hay en este instante un individuo que necesita absolutamente los auxilios de usted. Un invisible enemigo le amenaza y persigue constantemente, un bribón a quien nadie ha logrado sorprender.

Y Angus procedió a contar todo el asunto de Smythe y Welkin, comenzando con la historia de Laure y continuando con la suya propia, sin omitir lo de la carcajada sobrenatural que se oyó en la esquina de las dos calles solitarias, y las extrañas y distintas palabras que se oyeron en el cuarto desierto. Flambeau

se fue poniendo más y más preocupado, y el curita pareció irse quedando fuera de la conversación, como un mueble. Al llegar al punto de la banda de papel pegada en la vidriera del escaparate, Flambeau se puso de pie y pareció llenar la salita con su corpulencia.

—Si le da a usted lo mismo —dijo—, prefiero que me lo acabe de contar por el camino. Creo que no debemos perder un instante.

—Perfectamente —dijo Angus, también levantándose—. Aunque, por ahora, mi amigo está completamente seguro, porque tengo a cuatro hombres vigilando el único agujero de su madriguera.

Salieron a la calle seguidos del curita, que trotaba en pos de ellos con la docilidad de un perro faldero. Como quien trata de provocar la charla, el curita decía:

—Parece mentira cómo va subiendo la capa de nieve, ¿eh?

Al entrar en la pendiente calle vecina, ya toda espolvoreada de plata, Angus dio al fin término a su relato. Al llegar a la placita donde se alzaba la torre de habitaciones, Angus examinó atentamente a sus centinelas. El castaño, antes y después de recibir la libra esterlina, aseguró que había vigilado atentamente la puerta y no había visto entrar a nadie. El policía fue todavía más elocuente: dijo que tenía mucha experiencia en toda clase de trampistas y pícaros, ya disfrazados con sombrero de copa o ya disimulados entre harapos, y que no era tan bisoño como para figurarse que la gente sospechosa se presenta con apariencias sospechosas; que había vigilado atentamente, y no había visto entrar un alma. Esta declaración quedó rotundamente confirmada cuando los tres llegaron adonde estaba el conserje de los galones.

—Yo —dijo aquel gigante de los deslumbradores lazos— tengo derecho a preguntar a todo el mundo, sea duque o barrendero, qué busca en esta casa, y aseguro que nadie ha aparecido por aquí durante la ausencia de este señor.

El insignificante padre Brown, que estaba vuelto de espaldas y contemplando el pavimento modestamente, se atrevió a decir con timidez:

—¿De modo que nadie ha subido y bajado la escalera desde que empezó a nevar? La nieve comenzó cuando estábamos los tres en casa de Flambeau.

—Nadie ha entrado aquí, señor, puede usted confiar —dijo el conserje, con una cara radiante de autoridad.

—Entonces, ¿qué puede ser esto? —preguntó el sacerdote, mirando con absorta mirada el suelo.

Los otros hicieron lo mismo, y Flambeau lanzó un juramento e hizo un ademán francés. Era incuestionable que, por mitad de la entrada que custodiaba el de los lazos de oro, y pasando precisamente por entre las arrogantes piernas de este coloso, corría la huella gris de unos pies estampados sobre la nieve.

—¡Dios mío! —gritó Angus sin poder contenerse—. ¡El Hombre Invisible!

Y, sin decir más, se lanzó hacia la escalera, seguido de Flambeau. Pero el padre Brown, como si hubiera perdido todo interés en aquella investigación, se quedó mirando la calle cubierta de nieve.

Flambeau se disponía ya a derribar la puerta con los hombros; pero el escocés, con mayor razón, si bien con menos intuición, buscó por el marco de la puerta el botón escondido. Y la puerta

se abrió lentamente.

Y apareció el mismo interior atestado de muñecos. El vestíbulo estaba algo más oscuro, aunque aquí y allá brillaban las últimas flechas del crepúsculo, y una o dos de las máquinas acéfalas habían cambiado de sitio, para realizar algún servicio, y estaban por ahí, dispersas en la penumbra. Apenas se distinguía el verde y rojo de sus casacas y, por lo mismo que los muñecos eran menos visibles, era mayor su aspecto humano. Pero en medio de todas, justamente en el sitio donde antes había aparecido el papel escrito con tinta roja, había algo como una mancha de tinta roja caída del tintero. Pero no era tinta roja.

Con una mezcla, muy francesa, de reflexión y violencia, Flambeau dijo simplemente:

—¡Asesinato!

Y entrando decididamente en las habitaciones, en menos de cinco minutos exploró todo rincón y armario. Pero, si esperaba dar con el cadáver, su esperanza salió fallida. Lo único evidente era que allí no estaba Isidore Smythe, ni muerto ni vivo. Tras laboriosas pesquisas, los dos se encontraron otra vez en el vestíbulo con caras llameantes.

—Amigo mío —dijo Flambeau sin darse cuenta de que, en su excitación, se había puesto a hablar en francés—. El asesino no sólo es invisible, sino que hace invisibles a los hombres que mata.

Angus paseó la mirada por el penumbroso vestíbulo, lleno de muñecos, y en algún repliegue céltico de su alma escocesa hubo un estremecimiento de pánico. Uno de aquellos aparatos de «tamaño natural» estaba cerca de la mancha de sangre, como

si el hombre atacado le hubiera hecho venir en su auxilio un instante antes de caer. Uno de los ganchos que le servían de brazos estaba algo levantado, y por la cabeza de Angus pasó la fantástica y espeluznante idea de que el pobre Smythe había muerto a manos de su hijo de hierro. La materia se había sublevado, y las máquinas habían matado a su dueño. Pero aun en este absurdo supuesto, ¿qué habían hecho del cadáver?

—¿Se lo habrán comido? —murmuró a su oído la pesadilla.

Y Angus se sintió desfallecer ante la imagen de aquellos despojos humanos desgarrados, triturados y absorbidos por aquellas relojerías sin cabeza.

Con gran esfuerzo logró recobrar su equilibrio, y dijo a Flambeau:

—Bueno; esto es hecho. El pobre hombre se ha evaporado como una nube, dejando en el suelo una raya roja. Esto es cosa del otro mundo.

—Sea de éste o del otro —dijo Flambeau—, sólo una cosa puedo hacer, bajemos a llamar a mi amigo.

Bajaron, y el hombre del cubo les aseguró, al pasar, que no había dejado subir a nadie, y lo mismo volvieron a asegurar el conserje y el errabundo castaño. Pero cuando Angus buscó la confirmación del cuarto vigilante, no pudo encontrarlo, y preguntó con inquietud:

—¿Dónde está el policía?

—Mil perdones; es culpa mía —dijo el padre Brown—. Acabo de enviarle a la carretera para averiguar una cosa... una cosa que me parece que vale la pena averiguar.

—Pues necesitamos que regrese pronto —dijo Angus con rude-

za—, porque aquel desdichado no sólo ha sido asesinado, sino que su cadáver ha desaparecido.

—¿Cómo? —preguntó el sacerdote.

—Padre —dijo Flambeau tras una pausa—. Creo realmente que eso le corresponde a usted más que a mí. Aquí no ha entrado ni amigo ni enemigo, pero Smythe se ha eclipsado, lo han robado los fantasmas. Si no es esto cosa sobrenatural, yo. . .

Pero aquí llamó la atención de todos un hecho extraño: el robusto policía azul acababa de aparecer en la esquina y venía corriendo. Se dirigió a Brown y le dijo jadeando:

—Tenía usted razón, señor. Acaban de encontrar el cuerpo del pobre Mr. Smythe en el canal.

Angus se llevó las manos a la cabeza.

—¿Bajó él mismo? ¿Se echó al agua? —preguntó.

—No, señor; no ha bajado, se lo juro a usted —dijo el policía—. Tampoco ha sido ahogado, sino que murió de una enorme herida en el corazón.

—¿Y nadie ha entrado aquí? —preguntó Flambeau con voz grave.

—Vamos a la carretera —dijo el cura.

Y al llegar al extremo de la plaza, exclamó de pronto:

—¡Necio de mí! Me he olvidado de preguntarle una cosa al policía: si encontraron también un saco gris.

—¿Por qué un saco gris? —preguntó sorprendido Angus.

—Porque si era un saco de otro color, hay que comenzar otra

vez —dijo el padre Brown—. Pero si era un saco gris, entonces le hemos dado ya.

—¡Hombre, me alegro de saberlo! —dijo Angus con acerba ironía—. Yo creí que ni siquiera habíamos comenzado, por lo que a mí toca al menos.

—Cuéntenos usted todo —dijo Flambeau con toda la candidez de un niño.

Inconscientemente, habían apresurado el paso al bajar a la carretera, y seguían al padre Brown, que los conducía rápidamente y sin decir palabra. Al fin abrió los labios, y dijo con una vaguedad casi conmovedora:

—Me temo que les resulte a ustedes muy prosaico. Siempre comienza uno por lo más abstracto, y aquí, como en todo, hay que comenzar por abstracciones.

»Habrán ustedes notado que la gente nunca contesta a lo que se le dice. Contesta siempre a lo que uno piensa al hacer la pregunta, o a lo que se figura que está uno pensando. Supongan ustedes que una dama le dice a otra, en una casa de campo: «¿Hay alguien contigo?» La otra no contesta: «Sí, el mayordomo, los tres criados, la doncella, etc.», aun cuando la camarera esté en el otro cuarto y el mayordomo detrás de la silla de la señora, sino que contesta: «No; no hay nadie conmigo», con lo cual quiere decir: «no hay nadie de la clase social a que tú te refieres». Pero si es el doctor el que hace la pregunta, en un caso de epidemia «¿Quién más hay aquí?», entonces la señora recordará sin duda al mayordomo, a la camarera, etc. Y así se habla siempre. Nunca son literales las respuestas, sin que dejen por eso de ser verídicas. Cuando estos cuatro hombres honrados aseguraron que nadie había entrado en la casa, no quisieron decir que ningún ser de la especie humana, sino que

ninguno de quien se pudiera sospechar que era el hombre en quien pensábamos. Porque lo cierto es que un hombre entró y salió, aunque ellos no repararon en él.

—¿Un hombre invisible? —preguntó Angus, arqueando las cejas rojas.

—Mentalmente invisible —dijo, precisando, el padre Brown.

Y uno o dos minutos después continuó en el mismo tono, como quien medita en voz alta:

—Es un hombre en quien no se piensa, como no sea premeditadamente. En esto está su talento. A mí se me ocurrió pensar en él por dos o tres circunstancias del relato de Mr. Angus. La primera, que Welkin era un andarín. La segunda, la tira de papel pegada al escaparate. Después (y es lo principal), las dos cosas que contó la joven, y que pudieran no ser absolutamente exactas. . . No se incomode usted —añadió, advirtiendo un movimiento de disgusto del escocés—. Ella creyó que eran verdad, pero no era posible que fueran verdad. Un instante después de haber recibido una carta en la calle no se está completamente solo. Ella no estaba completamente sola en la calle al detenerse a leer una carta recién recibida. Alguien estaba a su lado, aunque ese alguien fuese mentalmente invisible.

—Y ¿por qué había de estar alguien junto a ella? —preguntó Angus.

—Porque —dijo el padre Brown—, excepto las palomas mensajeras, alguien tiene que haberle llevado la carta.

—¿Quiere usted decir preguntó Flambeau precisando— que Welkin le llevaba a la joven las cartas de su rival?

—Sí —dijo el sacerdote—. Welkin le llevaba a su dama las

cartas de su rival. No puede haber sido de otro modo.

—No lo entiendo —estalló Flambeau—. ¿Quién es ese sujeto? ¿Cómo es? ¿Cuál es el disfraz o apariencia habitual de un hombre mentalmente invisible?

—Su disfraz es muy bonito. Rojo, azul y oro —dijo al instante el sacerdote—. Y con este disfraz notable y hasta llamativo, nuestro hombre invisible logró penetrar en la casa Himalaya, burlando la vigilancia de ocho ojos humanos; mató a Smythe con toda tranquilidad, y salió otra vez llevando a cuestas el cadáver...

—Reverendo padre —exclamó Angus, deteniéndose—. ¿Se ha vuelto usted loco, o soy yo el loco?

—No, no está usted loco —explicó Brown—. Simplemente, no es usted muy observador. Usted nunca se ha fijado en hombres como éste, por ejemplo.

Y diciendo esto, dio tres largos pasos y puso la mano sobre el hombro de un cartero que, a la sombra de los árboles, había pasado junto a ellos sin ser notado.

—Sí —continuó el sacerdote reflexionando—, nadie se fija en los carteros y, sin embargo, tienen pasiones como los demás hombres, y a veces llevan a cuestas unos sacos enormes donde cabe muy bien el cadáver de un hombre de pequeña estatura.

El cartero, en lugar de volverse, como hubiera sido lo natural, se había metido, chapuzando y dando traspiés, en la zanja que corría junto al jardín. Era un hombre flaco, rubio, de apariencia ordinaria; pero al volver a ellos el azorado rostro, los tres vieron que era más bizco que un demonio.

Flambeau volvió a sus espadas, a sus tapices rojos y a su gato

persa, porque tenía muchos negocios pendientes. John Turnbull Angus volvió al lado de la confitera, con quien el imprudente joven logró arreglárselas muy bien. Pero el padre Brown siguió recorriendo durante varias horas aquellas colinas llenas de nieve, a la luz de las estrellas y en compañía de un asesino. Y lo que aquellos dos hombres hablaron nunca se sabrá.

LA HONRADEZ DE ISRAEL GOW

Caía la tarde —una tempestuosa tarde color de aceituna y de plata— cuando el padre Brown, envuelto en una manta escocesa, llegó al término de cierto valle escocés y pudo contemplar el singular castillo de Glengyle. El castillo cerraba el paso de un barranco o cañada, y parecía el límite del mundo. Aquella cascada de techos inclinados y cúspides de pizarra verde mar, al estilo de los viejos *chateaux* francoescoceses, hacía pensar a un inglés en los sombreros en forma de campanarios que usan las brujas de los cuentos de hadas. Y el bosque de pinos que se balanceaba en torno a sus verdes torreones parecía, por comparación, tan oscuro como una bandada de innumerables cuervos. Esta nota de diabolismo soñador y casi soñoliento no era una simple casualidad del paisaje. Porque en aquel paraje flotaba, en efecto, una de esas nubes de orgullo y locura y misteriosa aflicción que caen con mayor pesadumbre sobre las casas escocesas que sobre ninguna otra morada de los hijos del hombre. Porque Escocia padece una dosis doble del veneno llamado «herencia»: la tradición aristocrática de la sangre, y la tradición calvinista del destino.

El sacerdote había robado un día a sus trabajos en Glasgow, para ir a ver a su amigo Flambeau, el detective aficionado, que estaba a la sazón en el castillo de Glengyle, acompañado de un empleado oficial, haciendo averiguaciones sobre la vida y muerte del difundo conde de Glengyle. Este misterioso personaje era el último representante de una raza cuyo valor, locura y cruel astucia la habían hecho terrible aun entre la más siniestra nobleza de la nación allá por el siglo XVI. Ninguna familia estuvo más en aquel laberinto de ambiciones, en los secretos de los secretos de aquel palacio de mentiras que se edificó en torno a María, reina de los escoceses.

Una tonadilla local daba testimonio de las causas y resultados de sus maquinaciones, en estas cándidas palabras:

*Como savia nueva para los árboles pujantes,
tal es el oro rubio para los Ogilvie.*

Durante muchos siglos, el castillo de Glengyle no había tenido un amo digno, y era de creer que ya para la época de la reina Victoria, agotadas las excentricidades, sería de otro modo. Sin embargo, el último Glengyle cumplió la tradición de su tribu, haciendo la única cosa original que le quedaba por hacer: desapareció. No quiero decir que se fue a otro país; al contrario: si aún estaba en alguna parte, todos los indicios hacían creer que permanecía en el castillo. Pero, aunque su nombre constaba en el registro de la iglesia, así como en el voluminoso libro de los Pares, nadie lo había visto bajo el sol.

A menos que le hubiera visto cierto servidor solitario que era para él algo entre lacayo y hortelano. Era este sujeto tan sordo que la gente apresurada lo tomaba por mudo, aunque los más penetrantes lo tenían por medio imbécil. Era un labriego flaco, pelirrojo, de fuerte mandíbula y barba, y de ojos azules

casi lelos; respondía al nombre de Israel Gow, y era el único servidor de aquella desierta propiedad. Pero la diligencia con que cultivaba las patatas y la regularidad con que desaparecía en la cocina hacía pensar a la gente que estaba preparando la comida a su superior, y que el extravagante conde seguía escondido en su castillo. Con todo, si alguien deseaba averiguarlo a ciencia cierta, el criado afirmaba con la mayor persistencia que el amo estaba ausente.

Una mañana, el director de la escuela y el ministro (los Glengyle eran presbiterianos) fueron citados en el castillo. Y allí se encontraron con que el jardinero, cocinero y lacayo había añadido a sus muchos oficios el de empresario de pompas fúnebres, y había metido en un ataúd a su noble y difunto señor. Si se aclaró o dejó de aclararse el caso, es asunto que todavía aparece algo confuso, porque nunca se procedió a hacer la menor averiguación legal, hasta que Flambeau apareció por aquella zona del Norte. De esto, a la sazón, hacía unos dos o tres días. Y hasta entonces el cadáver de lord Glengyle (si es que era su cadáver) había quedado depositado en la iglesita de la colina.

Al pasar el padre Brown por el oscuro y pequeño jardín y entrar en la sombra del castillo, había unas nubes opacas y el aire era húmedo y tempestuoso. Sobre el jirón de oro del último reflejo solar, vio una negra silueta humana: era un hombre con sombrero alto y una enorme azada al hombro. Aquella ridícula combinación hacía pensar en un sepulturero; pero el padre Brown la encontró muy natural al recordar al criado sordo que cultivaba las patatas. No le eran desconocidas las costumbres de los labriegos de Escocia, y sabía que eran lo bastante solemnes para creerse obligados a llevar traje negro durante una investigación oficial, y lo bastante económicos para no desperdiciar por eso una hora de laboreo. Y la mirada

entre sorprendida y desconfiada con que vio pasar al sacerdote era también algo que convenía muy bien a su tipo de celoso guardián.

Flambeau en persona acudió a abrir la puerta, acompañado de un hombre de aspecto frágil, con cabellos color gris metálico y un rollo de papeles en la mano: era el inspector Craven, de Scotland Yard. El vestíbulo estaba completamente abandonado y casi vacío, y sólo, desde sus pelucas negras y oscuros lienzos, las caras pálidas y burlonas de los Ogilvie parecían contemplar a sus huéspedes.

Siguiendo a los otros hacia una sala interior, el padre Brown vio que se habían instalado en una larga mesa de roble, llena de papeles garrapateados, de whisky y de tabaco en un extremo. Y el resto de la mesa lo ocupaban varios objetos, formando montones separados; objetos tan inexplicables como indiferentes. Un montoncito parecía contener los trozos de un espejo roto. Otro, era un montón de polvo moreno. El tercer objeto era un bastón.

—Esto parece un museo geológico —dijo el padre Brown, señalándose y señalando con la cabeza los montones de cristal y de polvo.

—No un museo geológico —aclaró Flambeau—, sino un museo psicológico.

—¡Por amor de Dios! —dijo el policía oficial riendo—. No empecemos con palabrotas.

—¿No sabe usted lo que quiere decir psicología? —preguntó Flambeau con amable sorpresa—. Psicología quiere decir que no está uno en sus cabales.

—No lo entiendo bien —insistió el oficial.

—Bueno —dijo Flambeau con decisión—. Lo que yo quiero decir es que sólo una cosa hemos puesto en claro respecto a lord Glengyle, y es que era un maniático.

La negra silueta de Gow con su sombrero de copa y su azada al hombro pasó ante la ventana destacada confusamente sobre el cielo nublado. El padre Brown la contempló mecánicamente, y dijo:

—Ya me doy cuenta de que algo extraño le sucedía, cuando de tal modo permaneció enterrado en vida y tanta prisa dio a enterrarse al morir. Pero, ¿qué razones especiales hay para suponerle loco?

—Pues mire usted —contestó Flambeau—: vea usted la lista de objetos que Mr. Craven se ha encontrado en la casa.

—Habrà que encender una vela —dijo Craven—. Va a caer una tormenta, y ya está muy oscuro para leer.

—¿Ha encontrado usted alguna vela entre sus muchas curiosidades? —preguntó Brown, sonriendo.

Flambeau levantó el grave rostro y miró a su amigo con sus ojazos negros:

—También esto es curioso —dijo—. Veinticinco velas, y ni rastro de candelero.

En la oscuridad creciente de la sala, en medio del creciente rumor del viento tempestuoso, Brown buscó en la mesa entre los demás despojos el montón de velas de cera. Al hacerlo, se inclinó casualmente sobre el montón de polvo rojizo, y no pudo contener un estornudo.

—¡Achís! ¡Ajá! ¡Rapé!

Cogió una vela, la encendió con mucho cuidado, y después la metió en una botella de whisky vacía. El aire inquieto de la noche, colándose por la ventana desvencijada, agitaba la llama como una banderola. Y en torno al castillo podían oírse las millas y millas de pino negro, hirviendo como un negro mar en torno a una roca.

—Voy a leer el inventario —anunció Craven gravemente, tomando un papel—. El inventario de todas las cosas inconexas e inexplicables que hemos encontrado en el castillo. Antes conviene que sepa usted que esto está desmantelado y abandonado, pero que uno o dos cuartos han sido habitados por alguien evidentemente, por alguien que no es el criado Gow, y que llevaba, sin duda, una vida muy simple, aunque no miserable. He aquí la lista:

»Primero. Un verdadero tesoro en piedras preciosas, casi todas diamantes, y todas sueltas, sin ninguna montura. Desde luego, es muy natural que los Ogilvie poseyeran joyas de familia, pero en las joyas de familia las piedras siempre aparecen montadas en artículos de adorno, y los Ogilvie parece que hubieran llevado sus piedras sueltas en los bolsillos, como moneda de cobre.

»Segundo. Montones y montones de rapé, pero no guardado en cuerno, tabaquera ni bolsa, sino por ahí sobre las repisas de las chimeneas, en los aparadores, sobre el piano, en cualquier parte, como si el caballero no quisiera darse el trabajo de abrir una bolsa o abrir una tapa.

»Tercero. Aquí y allá, por toda la casa, montoncitos de metal, unos como resortes y otros como ruedas microscópicas, como si hubieran destripado algún juguete mecánico.

»Cuarto. Las velas, que hay que ensartar en botellas por no haber un solo candelabro. Y ahora fíjese usted en que esto

es mucho más extravagante de lo que uno se imagina. Porque ya el enigma esencial lo teníamos descontado: a primera vista hemos comprendido que algo extraño había pasado con el difunto conde. Hemos venido aquí para averiguar si realmente vivió aquí, si realmente murió aquí, si este espantajo pelirrojo que lo inhumó tuvo algo que ver en su muerte. Ahora bien: supóngase usted lo peor, imagine usted la explicación más extraña y melodramática. Suponga usted que el criado mató a su amo, o que éste no ha muerto verdaderamente, o que el amo se ha disfrazado de criado, o que el criado ha sido enterrado en lugar del amo. Invente usted la tragedia que más le guste, al estilo de Wilkie Collins, y todavía así le será a usted imposible explicarse esta ausencia de candeleros, o el hecho de que un anciano caballero de buena familia derramase el rapé sobre el piano. El corazón, el centro del enigma, está claro; pero no así los contornos y orillas. Porque no hay hilo de imaginación que pueda conectar el rapé, los diamantes, las velas y los mecanismos de relojería triturados.

—Yo creo ver la conexión —dijo el sacerdote—. Este Glengyle tenía la manía de odiar la Revolución francesa. Era un entusiasta del *ancien régime*, y trataba de reproducir al pie de la letra la vida familiar de los últimos Borbones. Tenía rapé, porque era un lujo del siglo XVIII; velas de cera, porque eran el procedimiento del alumbrado del siglo XVIII; los trocitos metálicos representaban la chifladura de cerrajero de Luis XVI; y los diamantes, el collar de diamantes de María Antonieta.

Los dos amigos le miraron con ojos sorprendidos.

—¡Qué suposición más extraordinaria y perfecta! —dijo Flambeau—. ¿Y cree usted realmente que es verdadera?

—Estoy enteramente seguro de que no lo es —contestó el pa-

dre Brown—. Sólo que ustedes aseguran que no hay medio de relacionar el rapé, los diamantes, las relojerías y las velas, y yo les propongo la primera relación que se me ocurre, para demostrarles lo contrario. Pero estoy seguro de que la verdad es más profunda, está más allá.

Calló un instante, y escuchó el aullar del viento en las torres. Y después soltó estas palabras:

—El difunto conde de Glengyle era un ladrón. Vivía una segunda vida oscura, era un condenado violador de cerraduras y puertas. No tenían ningún candelero, porque estas velas sólo las usaba, cortándolas en cabos, en la linternita que llevaba consigo. El rapé lo usaba como han usado la pimienta algunos feroces criminales franceses: para arrojarlo a los ojos de sus perseguidores. Pero la prueba más concluyente es la curiosa coincidencia de los diamantes y las ruedecitas de acero. Supongo que ustedes también lo verán claro: sólo con diamantes o con ruedecitas de acero se pueden cortar las vidrieras.

La rama rota de un pino azotó pesadamente sobre la vidriera que tenían a la espalda, como parodiando al ladrón nocturno, pero ninguno volvió la cara. Los policías estaban pendientes del padre Brown.

—Diamantes y ruedecitas de acero —rumió Craven—. ¿Y sólo en eso se funda usted para considerar verdadera su explicación?

—Yo no la juzgo verdadera —replicó el sacerdote plácidamente—. Pero ustedes aseguraban que era imposible establecer la menor relación entre esos cuatro objetos... La verdad tiene que ser mucho más prosaica. Glengyle había descubierto, o lo creía, un tesoro de piedras preciosas en sus propiedades. Alguien se había burlado de él, trayéndole esos diamantes y asegurándole que habían sido hallados en las cavernas del cas-

tillo. Las ruedecitas de acero eran algo concierne a la talla de los diamantes. La talla tenía que hacerse muy en pequeño y modestamente, con ayuda de unos cuantos pastores o gente ruda de estos valles. El rapé es el mayor lujo de los pastores escoceses: lo único con que se les puede sobornar. Esta gente no usaba candelabros, porque no los necesitaba: cuando iban a explorar los sótanos, llevaban las velas en la mano.

—¿Y eso es todo? —preguntó Flambeau, tras larga pausa—. ¿Al fin ha llegado usted a la verdad?

—¡Oh, no! —dijo el padre Brown.

El viento murió en los términos del pinar como un murmullo de burla, y el padre Brown, con cara impasible, continuó:

—Yo sólo he lanzado esa suposición porque ustedes afirmaban que no había medio de relacionar el tabaco, los pequeños mecanismos, las velas y las piedras brillantes. Fácil es construir diez falsas filosofías sobre los datos del Universo, o diez falsas teorías sobre los datos del castillo de Glengyle. Pero lo que necesitamos es la explicación verdadera del misterio del castillo y del Universo. Vamos a ver, ¿no hay más documentos?

Craven rió de buena gana, y Flambeau, sonriendo, se levantó, y recorriendo la longitud de la mesa, fue señalando:

—Documentos número cinco, seis, siete; y todos más variados que instructivos, seguramente. He aquí una curiosa colección, no de lápices, sino de trozos de plumbagina sacados de los lápices; más allá una insignificante caña de bambú, con el puño astillado: bien pudo ser el instrumento del crimen. Sólo que no sabemos si hay crimen. Y el resto, algunos viejos misales y cuadritos de asunto católico que los Ogilvie conservaban tal vez desde la Edad Media, porque su orgullo familiar era mayor

que su puritanismo. Sólo los hemos incluido en nuestro museo porque parece que han sido cortados y mutilados de un modo singular.

Afuera, la terca tempestad arrastraba una nidada de nubes sobre Glengyle, y de pronto la amplia sala quedó sumergida en la oscuridad, al tiempo que el padre Brown examinaba las páginas miniadas de los misales. Antes de que aquella onda de curiosidad se disipara, el padre Brown volvió a hablar; pero ahora su voz estaba notablemente alterada:

—Mr. Craven —dijo, como hombre a quien le quitan de encima diez años—, usted tiene autorización para examinar la sepultura, ¿verdad? Cuanto antes, mejor: así entramos de lleno en este horrible misterio. Yo, en lugar de usted, procedería a ello ahora mismo.

—¿Ahora mismo? —preguntó, asombrado, el policía—. ¿Y por qué ahora?

—Porque esto es ya muy serio —contestó Brown—. Aquí no se trata ya de rapé derramado o piedras desmontadas por cualquier causa. Para esto sólo puede haber una razón, y la razón va a dar en las raíces del mundo. Estas estampas religiosas no están simplemente sucias ni han sido rasguñadas o rayadas por ocio infantil o por celo protestante, sino que han sido estropeadas muy cuidadosamente y de un modo muy sospechoso. Dondequiera que aparecía en las antiguas miniaturas el gran nombre ornamental de Dios, ha sido raspado laboriosamente. Y sólo otra cosa más ha sido raspada: el halo en torno a la cabeza del Niño Jesús. De modo que venga el permiso, venga la azada o el hacha, y vamos ahora mismo a abrir ese ataúd.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el oficial londinense.

—Quiero decir —contestó el curita, y su voz pareció dominar el ruido de la tempestad—, quiero decir que el Diablo puede estar sentado en el torreón de este castillo en este mismo instante, el gran Diablo del Universo, más grande que cien elefantes, y aullando como un Apocalipsis. Hay en todo esto algo de magia negra.

—Magia negra —repitió Flambeau en voz baja, porque era hombre bastante ilustrado para no pretender de eso—. ¿Qué significan, pues, esos últimos documentos?

—Algo horrible, me parece —dijo el padre Brown con impaciencia—. ¿Cómo he de saberlo a ciencia cierta? ¿Cómo voy a adivinar todo lo que hay en este laberinto? Tal vez el rapé y el bambú son instrumentos de tortura. Tal vez el rapé y las limaduras de acero representan aquí la manía de un loco. Tal vez con la plombagina de los lápices se hace una bebida enloquecedora. Sólo hay un medio para irrumpir de una vez en el seno de estos enigmas, y es ir al cementerio de la colina.

Sus compañeros apenas se dieron cuenta de que le habían obedecido y seguido, cuando, en el jardín, un golpe de viento les azotó la cara. Ello es que le habían obedecido de un modo automático, porque Craven se encontró con un hacha en la mano y la autorización para abrir la tumba en el bolsillo. Flambeau llevaba la azada del jardinero, y el mismo padre Brown llevaba el librito dorado de donde había desaparecido el nombre de Dios.

El camino que, sobre la colina, conducía al cementerio de la parroquia, era tortuoso, pero breve, aunque con la furia del viento resultaba largo y difícil. Hasta donde la vista alcanzaba, y cada vez más lejos conforme subían la colina, se extendía el mar inacabable de pinos, doblados por el viento. Y todo aquel orbe

parecía tan vano como inmenso; tan vano como si el viento silbara sobre un planeta deshabitado e inútil. Y en aquel infinito de bosques azulados y cenizos cantaba, estridente, el antiguo dolor que brota del corazón de las cosas paganas. Parecía que en las voces íntimas de aquel follaje impenetrable gritaran los perdidos y errabundos dioses gentiles, extraviados por aquella selva, e incapaces de hallar otra vez la senda de los cielos.

—Ya ven ustedes —dijo el padre Brown en voz baja, pero no sofocada—. El pueblo escocés, antes de que existiera Escocia, era lo más curioso del mundo. Todavía lo es, por lo demás. Pero en tiempos prehistóricos yo creo que adoraban a los demonios. Y por eso —añadió con buen humor—, por eso después cayeron en la teología puritana.

—Pero, amigo mío —dijo Flambeau amoscado—, ¿qué significa todo ese rapé?

—Pues, amigo mío —replicó Brown con igual seriedad y siguiendo su tema—, una de las pruebas de toda religión verdadera es el materialismo. Ahora bien; la adoración de los demonios es una religión verdadera.

Habían llegado al calvero de la colina, uno de los pocos sitios que dejaba libre el rumoroso pinar. Una pequeña cerca de palos y alambres vibraba en el viento, indicando el límite del cementerio. El inspector Craven llegó al sitio de la sepultura, y Flambeau hincó la azada y se apoyó en ella para hacer saltar la losa; ambos se sentían sacudidos por la tempestad como los palos y alambres de la cerca. Crecían junto a la tumba unos cardos enormes, ya mustios, grises y plateados. Una o dos veces, el viento arrancó unos cardos, lanzándolos como flechas frente a Craven, que se echaba atrás asustado.

Flambeau arrancaba la hierba y abría la tierra húmeda. De

pronto se detuvo, apoyándose en la azada como en un báculo.

—Adelante —dijo cortésmente el sacerdote—. Estamos en el camino de la verdad. ¿Qué teme usted?

—Temo a la verdad —dijo Flambeau.

El detective londinense se soltó hablando ruidosamente, tratando de parecer muy animado:

—¿Por qué diablos se escondería este hombre? ¿Sería repugnante tal vez? ¿Sería leproso?

—O algo peor —contestó Flambeau.

—¿Qué, por ejemplo? —continuó, el otro—. ¿Qué peor que un leproso?

—No sé —dijo Flambeau.

Siguió cavando en silencio y, después de algunos minutos, dijo con voz sorprendida:

—Me temo que fuera deforme.

—Como aquel trozo de papel que usted recordará —dijo tranquilamente el padre Brown—. Y, con todo, logramos triunfar en aquel papel¹.

Flambeau siguió cavando con obstinación. Entretanto, la tempestad había arrastrado poco a poco las nubes prendidas como humareda a los picos de las montañas, y comenzaron a revelarse los nebulosos campos de estrellas. Al fin, Flambeau descubrió un gran ataúd de roble y lo levantó un poco sobre los bordes de la fosa. Craven se adelantó con su hacha. El viento le arrojó un cardo al rostro y le hizo retroceder; después dio un

¹Parece una alusión a la *La forma equivocada*, otro cuento del mismo autor

paso decidido, y con una energía igual a la de Flambeau, rajó y abrió hasta quitar del todo la tapa. Y todo aquello apareció a la luz difusa de las estrellas.

—Huesos —dijo Craven. Y luego añadió como sorprendido—: ¡Y son de hombre!

Y Flambeau, con voz desigual:

—Y, ¿no tienen nada extraordinario?

—Parece que no —contestó el oficial con voz ronca, inclinándose sobre el esqueleto apenas visible—. Pero espere usted un poco.

Sobre la enorme cara de Flambeau pasó como una ola pesada:

—Y ahora que lo pienso. ¿Por qué había de ser deforme? El hombre que vive en estas malditas montañas ¿cómo va a librarse de esta obsesión enloquecedora, de esta incesante sucesión de cosas negras, bosques y bosques, y sobre todo, este horror profundo e inconsciente? ¡Si esto parece la pesadilla de un ateo! ¡Pinos y pinos y más pinos, y millones de...!

—¡Oh, Dios! —gritó el que estaba examinando, el ataúd—; ¡no tenía cabeza!

Y mientras los otros se quedaban estupefactos, el sacerdote, dejando ver por primera vez su asombro:

—¿Conque no hay cabeza? —preguntó—. ¿Falta la cabeza?
—Como si de antemano hubiera contado con que faltara otro miembro.

Y por la mente de aquellos hombres cruzaron, inconscientemente, las imágenes de un niño acéfalo nacido en la casa de los Glengyle, de un joven acéfalo que se ocultara en los rin-

cones del castillo, de un hombre acéfalo paseando por aquel antiguo vestíbulo o aquel frondoso jardín. . . Pero, a pesar del enervamiento que los dominaba, aquellas funestas imágenes se disiparon en un instante sin echar raíces en su alma. Y los tres se quedaron escuchando los ululatos del bosque y los gritos del cielo, como unas bestias fatigadas. El pensamiento parecía haberse escapado de sus garras, cual enorme y robusta presa.

—En torno a esta sepultura —dijo el padre Brown— sí que hay tres hombres sin cabeza.

El pálido detective londinense abrió la boca para decir algo, y se quedó con la boca abierta. Un largo silbido de viento rasgó el cielo. El policía contempló el hacha que tenía en la mano, como si aquella mano no le perteneciera, y dejó caer el hacha.

—Padre —dijo Flambeau, con aquella voz grave e infantil que tan raras veces se le oía—. ¿Qué hacemos?

La respuesta de su amigo fue tan rápida como un disparo:

—Dormir —dijo el padre Brown—. Dormir. Hemos llegado al término del camino. ¿Sabe usted lo que es el sueño? ¿Sabe usted que todo el que duerme cree en Dios? El sueño es un sacramento, porque es un acto de fe y es un acto de nutrición. Y necesitamos un sacramento, aunque sea de orden natural. Ha caído sobre nosotros algo que muy pocas veces cae sobre los hombres, y que es acaso lo peor que les puede caer encima.

Los abiertos labios de Craven se juntaron para preguntar:

—¿Qué quiere usted decir?

El sacerdote había vuelto ya la cara hacia el castillo cuando contestó:

—Hemos descubierto la verdad, y la verdad no hace sentido.

Y echó a andar con un paso inquieto y precipitado, muy raro en él. Y cuando todos llegaron al castillo, se acostó al instante y se durmió con tanta naturalidad como un perro.

A pesar de su místico elogio del buen sueño, el padre Brown se levantó más temprano que los demás, con excepción del callado jardinero. Y los otros le encontraron fumando su pipa y observando la muda labor del experto jardinero en el jardincillo de junto a la cocina. Hacia el amanecer la tormenta se había deshecho en lluvias torrenciales, y el día resultó muy fresco. Parece que el jardinero había estado charlando con Brown un rato, pero al ver a los detectives clavó con murria la azada en un surco. Dijo quién sabe qué de su almuerzo, se alejó por entre las filas de berzas y se encerró en la cocina.

—Ese hombre vale mucho —dijo el padre Brown—. Logra admirablemente las patatas. Pero —añadió con ecuánime compasión— tiene sus faltas. ¿Quién no las tiene? Por ejemplo, esta raya no la ha trazado derecha —y dio con el pie en el sitio—. Tengo mis dudas sobre el éxito de esta patata.

—Y ¿por qué? —preguntó Craven, divertido con la chifladura que le había entrado al hombrecito.

—Tengo mis dudas —continuó éste—, porque también las tiene el viejo Gow. Ha andado metiendo sistemáticamente la azada por todas partes, menos aquí. Ha de haber aquí una patata colosal.

Flambeau arrancó la azada y la hincó impetuosamente en aquel sitio. Al revolver la tierra, sacó algo que no parecía patata, sino una seta monstruosa e hipertrofiada. Al dar sobre ella la azada, hubo un chirrido, y el extraño objeto rodó como una pelota, dejando ver la mueca de un cráneo.

—El conde de Glengyle —dijo melancólicamente el padre Brown.

Y después le arrebató la azada a Flambeau.

—Conviene ocultarlo otra vez —dijo. Y volvió a enterrar el cráneo.

Y reclinándose en la azada, dejó ver una mirada vacía y una frente llena de arrugas.

—¿Qué puede significar este horror?

Y, siempre apoyado en la azada como un reclinatorio, hundió la cara en las manos.

El cielo brillaba, azul y plata; los pájaros charlaban, y parecía que eran los mismos árboles los que estaban charlando. Y los tres hombres callaban.

—Bueno, yo renuncio —exclamó Flambeau—. Esto no me entra en la cabeza, y esto se ha acabado. Rapé, devocionarios estropeados, interiores de cajas de música y qué sé yo qué más. . .

Pero Brown, descubriéndose la cara y arrojando la azada con impaciencia, lo interrumpió:

—¡Calle, calle! Todo eso está más claro que el día. Esta mañana, al abrir los ojos, entendí todo eso del rapé y las rodajas de acero. Y después me he puesto a probar un poco al viejo Gow, que no es tan sordo ni tan estúpido como aparenta. No hay nada de malo en todos esos objetos encontrados. También me había equivocado en lo de los misales estropeados; no hay ningún mal en ello. Pero esto último me inquieta. Profanar sepulcros y robarse las cabezas de los muertos ¿puede no ser malo? ¿No estará en esto la magia negra? Y esto no tiene nada que ver con el sencillísimo hecho del rapé y la colección de

velas. —Y se puso a pasear, fumando filosóficamente.

—Amigo mío —dijo Flambeau con un gesto de buen humor—. Tenga usted cuidado conmigo, recuerde usted que yo he sido en otro tiempo un bribón. La inmensa ventaja de ese estado consiste en que yo mismo forzaba la intriga y la desarrollaba al instante. Pero esta función policíaca de esperar y esperar sin fin es demasiado para mi impaciencia francesa. Toda mi vida, para bien o para mal, lo he hecho todo en un instante. Todo duelo que se me ofrecía había de ser para la mañana del día siguiente; toda cuenta, al contado, ni siquiera aplazaba yo una visita al dentista.

El padre Brown dejó caer la pipa, que se rompió en tres pedazos sobre el suelo, y abrió unos ojazos de idiota.

—¡Dios mío, qué estúpido soy!; ¡pero qué estúpido! Y soltó una risa descompuesta.

—¡El dentista! —repitió—. ¡Seis horas en el más completo abismo espiritual, y todo por no haber pensado en el dentista! ¡Una idea tan sencilla, tan hermosa, tan pacífica! ¡Amigos míos: nos hemos pasado una noche en el infierno; pero ahora se ha levantado el sol, los pájaros cantan, y la radiante evocación del dentista restituye al mundo su tranquilidad!

—Declaro que ni con los tormentos de la Inquisición podría yo sacar el sentido de semejante logogrifo —dijo Flambeau, encaminándose al castillo.

El padre Brown tuvo que contener su impulso de ponerse a bailar en mitad de la vereda, ya iluminada por el sol, y gritó después de un modo casi lastimoso y como un chiquillo:

—¡Por favor, déjenme ser loco un instante! ¡He padecido tanto con este misterio! Ahora comprendo que todo esto es de lo

más inocente. —Apenas un poco extravagante. Y eso, ¿qué más da?

Dio una vuelta en un pie como un chiquillo, y después se enfrentó con sus amigos y dijo gravemente:

—Aquí no hay crimen ninguno. Al contrario: se trata de un caso de honradez tan extraño que es alambicado. Precisamente se trata quizá del único hombre de la tierra que no ha hecho más que su deber. Es un caso extremo de esa lógica vital y terrible que constituye la religión de esta raza.

»La vieja tonadilla local sobre la casa de Glengyle:

*Como savia nueva para los árboles pujantes,
tal es el oro rubio para los Ogilvie.*

es al mismo tiempo metafórica y literal. No sólo significa el anhelo de bienestar de los Glengyle; también significa, literalmente, que coleccionaban oro, que tenían una gran cantidad de ornamentos y utensilios de este metal. Que eran, en suma, avaros con la manía del oro. Y a la luz de esta suposición recorramos ahora todos los objetos encontrados en el castillo; diamantes sin sortija de oro; velas sin sus candelabros de oro; rapé sin tabaquera de oro; minas de lápiz sin el lapicero de oro; un bastón sin su puño de oro; piezas de relojería sin las cajas de oro de los relojes, o, mejor dicho, sin relojes. Y, aunque parezca locura, el halo del Niño Jesús y el nombre de Dios de los viejos misales sólo han sido raspados porque eran de oro legítimo.

El jardín pareció llenarse de luz. El sol era ya más vivo, y la hierba resplandecía. La verdad se había hecho. Flambeau encendió un cigarrillo mientras su amigo continuaba:

—Todo ese oro ha sido sustraído, pero no robado. Un ladrón

no hubiera dejado rastro semejante: se habría llevado las taba-
queras con rapé y todo, los lapiceros con mina y todo, etcétera.
Tenemos que habérmolas con un hombre que tiene una con-
ciencia muy singular, pero que tiene conciencia. Este extraño
moralista ha estado charlando conmigo esta mañana en el jar-
dincito de la cocina, y de sus labios oí una historia que me
permite reconstruirlo todo:

»El difunto Archivald Ogilvie era el hombre más cercano al ti-
po de hombre bueno que jamás haya nacido en Glengyle. Pero
su virtud, amargada, se convirtió en misantropía. Las faltas
de sus antecesores le abrumaban, y de ellas inducía la maldad
general de la raza humana. Sobre todo tenía desconfianza de la
filantropía o liberalidad. Y se prometió a sí mismo que, si en-
contraba un hombre capaz de tomar sólo lo que estrictamente
le correspondía, ése sería el dueño de todo el oro de Glengyle.
Tras este reto a la Humanidad, se encerró en su castillo sin
la menor esperanza de que el reto fuera nunca contestado. Sin
embargo, una noche, un muchacho sordo y al parecer idiota
vino de una aldea distante a traerle un telegrama, y Glengyle,
con un humorismo amargo, le dio un cuarto de penique nue-
vo que llevaba en el bolsillo entre las otras monedas. Mejor
dicho, eso creyó haber hecho, porque cuando, un instante des-
pués, examinó las monedas, vio que aún conservaba el cuarto
de penique, y echó de menos en cambio una libra esterlina.
Este accidente fue para él un tema de amargas meditaciones.
El muchacho había demostrado la codicia que era de esperar
en la especie humana. Porque, si desaparecía, era un ratero
vulgar que se embolsa una moneda. Y si volvía, haciéndose el
virtuoso, era por la esperanza de la recompensa. Pero a la me-
dianoche, Lord Glengyle tuvo que levantarse a abrir la puerta
—porque vivía solo— y se encontró con el sordo idiota. Y el
sordo idiota venía a devolverle no la libra esterlina, sino la su-

ma exacta de diecinueve chelines, once peniques y tres cuartos de penique. Es decir, que el muchacho había tomado para sí un cuarto de penique.

»La exactitud extravagante de este acto impresionó vivamente al desequilibrado caballero. Se dijo que, nuevo Diógenes afortunado, había descubierto al hombre honrado que deseaba. Hizo entonces un nuevo testamento, que yo he visto esta mañana. Trajo a su enorme y abandonado caserón al muchacho, le educó, hizo de él su criado solitario y, a su manera, lo instituyó heredero de sus bienes. Esta criatura mutilada, aunque entendía poco entendió muy bien las dos ideas fijas de su señor: primera, que en este mundo lo esencial es el derecho, y segunda, que él había de ser, por derecho, el dueño de todo el oro de Glengyle. Y esto es todo, y es muy sencillo. El hombre ha sacado de la casa todo el oro que había, y ni una partícula que no fuera de oro: ni siquiera un minúsculo grano de rapé. Y así levantó todo el oro de las viejas miniaturas, convencido de que dejaba el resto intacto. Todo eso me era ya comprensible, pero no podía yo entender lo del cráneo, y me desesperaba el hecho de haberlo encontrado escondido entre las patatas. . . Me desesperaba. . . hasta que a Flambeau se le ocurrió decir la palabra dichosa.

»Todo está ya muy claro, y todo irá bien. Este hombre volverá el cráneo a la sepultura, en cuanto le haya extraído las muelas de oro.

Y, en efecto, al pasar aquella mañana por la colina donde estaba el cementerio, Flambeau vio a aquel extraño ser, a aquel justo avaro, cavando en la sepultura profanada, con la bufanda escocesa al cuello, agitada por el viento de la montaña, y el tétrico sombrero de copa en la cabeza.

EL MARTILLO DE DIOS

El pueblecito de Bohum Beacon estaba tendido sobre una colina tan pendiente, que la alta aguja de su iglesia parecía la cima de una montaña diminuta. Al pie de la iglesia había una fragua, casi siempre enrojecida por el fuego, y siempre llena de martillos y fragmentos de hierro. Frente a ésta, en la cruz de dos calles empedradas, se veía «El Jabalí Azul», la única posada del pueblo. En esa bocacalle, pues, al romper el alba —un alba plateada y plumiza—, dos hermanos acababan de encontrarse y estaban charlando. Uno de ellos comenzaba la jornada; el otro, la acababa. El reverendo y honorable Wilfrid Bohun era hombre muy piadoso y se dirigía, con la aurora, a algún austero ejercicio de oración o contemplación. El honorable coronel Norman Bohun, su hermano mayor, no era piadoso en manera alguna, y, vestido de frac, se hallaba sentado en el banco que está junto a la puerta de «El Jabalí Azul», apurando lo que un observador filosófico podría indiferentemente considerar como su última copa del jueves o su primera copa del viernes. El coronel era hombre sin escrúpulos.

Los Bohun eran una de las contadas familias aristocráticas que realmente datan de la Edad Media, y su pendón había flotado en Palestina. Pero es un gran error suponer que estas familias

mantienen la tradición; salvo los pobres, muy pocos conservan las tradiciones. Los aristócratas no viven de tradiciones, sino de modas. Los Bohun habían sido pícaros bajo la reina Ana y petimetres bajo la reina Victoria. Pero, al igual de muchas antiguas casas, durante estos últimos tiempos habían degenerado en simples borrachos y gomosos perversos, y, al fin, se produjeron en la familia ciertos vagos síntomas de locura. Realmente había algo de inhumano en la feroz sed de placeres del coronel, y aquella su resolución crónica de no volver a casa hasta la madrugada tenía mucho de la horrible lucidez del insomnio. Era un animal esbelto y hermoso y, aunque entrado en años, su cabello era de un rubio admirable. Era blando y leonado, pero sus ojos azules, a fuerza de hundidos, resultaban negros. Además, los tenía muy juntos. Tenía unos bigotazos amarillos, y, junto a las guías, desde las fosas nasales hasta las quijadas, unos pliegues o surcos; de suerte que su cara parecía cortada por una risa burlona. Sobre el frac llevaba un gabán amarillo pálido, tan ligero, que casi parecía una bata y, echado hacia la nuca, un sombrero de alas anchas color verde claro, sin duda una curiosidad oriental comprada por ahí casualmente. Estaba muy orgulloso de su elegancia incongruente, porque se jactaba de hacerla parecer congruente.

Su hermano el cura tenía también los cabellos rubios y el tipo elegante, pero iba vestido de negro, abrochados todos los botones, completamente afeitado; era muy pulcro y algo nervioso. Parecía vivir sólo para la religión; pero algunos aseguraban (particularmente el herrero, que era presbiteriano) que aquello, más que amor a Dios era amor a la arquitectura gótica y que, si andaba siempre como una sombra rondando por la iglesia, esto no era más que un nuevo aspecto, superior sin duda, de la misma enloquecedora sed de belleza que arrojaba al otro hermano a la vorágine de las mujeres y el vino. El cargo

no parecía justo: la piedad práctica del sacerdote era innegable. En verdad, esta acusación provenía de la ininteligencia por el amor a la soledad y al secreto de la oración, y se fundaba sólo en que solían encontrar al sacerdote arrodillado, no ante el altar, sino en sitios como criptas o galerías, y hasta en el campanario.

El sacerdote se dirigía a la iglesia, pasando por el patio de la fragua, cuando se detuvo, arrugando el ceño, al ver a su hermano, que, con sus cavernosos ojos, estaba mirando en la misma dirección. Ni por un momento se le ocurrió que el coronel se interesara por la iglesia. Sólo quedaba, pues, la fragua; y aunque el herrero, como presbiteriano, no pertenecía a su rebaño, Wilfrid Bohun había oído hablar de ciertos escándalos y de cierta mujer del herrero, célebre por su belleza. Miró al soportal de la fragua con desconfianza y el coronel se levantó, riendo, a hablar con él.

—Buenos días, Wilfrid —dijo—. Aquí me tienes, como buen señor, desvelado por cuidar a mi gente. Vengo a buscar al herrero.

Wilfrid, mirando al suelo, contestó:

—El herrero está ausente. Ha ido a Greenford.

—Lo sé —dijo el otro, sonriendo—. Por eso, precisamente, vengo a buscarlo.

—Norman —dijo el clérigo, siempre mirando al suelo—, ¿no has temido nunca que te mate un rayo?

—¿Qué quieres decir? ¿Te ha dado ahora por la meteorología?

—Quiero decir —contestó Wilfrid sin alzar los ojos— que si no has temido nunca que te castigue Dios en mitad de una calle.

—¡Ah, perdona! Ahora caigo: te ha dado por el folklore.

—Y a ti por la blasfemia —dijo el religioso, herido en lo más vivo de su ser—. Pero si no temes a Dios, no te faltarán razones para temer a los hombres.

El mayor arqueó las cejas cortésmente.

—¿Temer a los hombres?

—Barnes, el herrero —dijo el clérigo, precisando—, es el hombre más robusto y fuerte en cuarenta millas a la redonda. Y sé que tú no eres cobarde ni endeble, pero él podría arrojarte por encima de esa pared.

Como esto era verdad, hizo efecto. Y, en la cara de su hermano, la línea de las fosas nasales a la mandíbula se hizo más profunda y negra. La mueca burlona duró un instante, pero pronto el coronel Bohun recobró su cruel buen humor, y rió, dejando ver bajo sus bigotes amarillos dos hileras de dientes de perro.

—En tal caso, mi querido Wilfrid —dijo con indiferencia—, será prudente que el último de los Bohun ande revestido de armaduras, aunque sea en parte.

Y quitándose el extravagante sombrero verde, hizo ver que estaba forrado de acero. Wilfrid reconoció en el forro de acero un ligero casco japonés o chino arrancado de un trofeo que adornaba los muros del salón familiar.

—Es el primer sombrero que encontré a mano —explicó Norman alegremente—. Yo estoy siempre por el primer sombrero y por la primera mujer que encuentro a mano.

—El herrero salió para Greenford —dijo Wilfrid gravemente—. No se sabe cuándo volverá.

Y siguió su camino hacia la iglesia con la cabeza inclinada, santiguándose como quien desea liberarse de un mal espíritu. Estaba ansioso de olvidar las groserías de su hermano en la fresca penumbra de aquellos altísimos claustros góticos. Pero estaba de Dios que aquella mañana el ciclo de sus ejercicios religiosos había de ser interrumpido constantemente por pequeños accidentes. Al entrar en la iglesia, que siempre estaba desierta a estas horas, vio que una figura arrodillada se levantaba precipitadamente y corría hacia la puerta, por donde entraba ya la luz del día. El cura, al verla, se quedó rígido de sorpresa: aquel feligrés madrugador era nada menos que el idiota del pueblo, un sobrino del herrero, un infortunado incapaz de preocuparse de la iglesia ni de ninguna cosa. Le llamaban Juan Loco, y parece que no tenía otro nombre. Era un muchacho moreno, fuerte, cargado de hombros, con una carota pálida, cabellos negros e hispídos, y siempre boquiabierto. Al pasar junto al sacerdote, su monstruosa cara no dejó adivinar lo que podía haber estado haciendo allí. Hasta entonces nadie le había visto rezar. ¿Qué extraños rezos podían esperarse de aquel hombre?

Wilfrid Bohun se quedó como clavado en el suelo largo rato, contemplando al idiota, que salió a la calle, bañada ya por el sol, y a su hermano, que lo llamó, al verlo venir con una familiaridad alegre de tío que se dirige a un sobrino. Finalmente vio que su hermano lanzaba piezas de a penique a la boca abierta de Juan Loco como quien tira al blanco.

Aquel horrible cuadro de la estupidez y la crueldad de la tierra hizo que el asceta se apresurara a consagrarse a sus plegarias, para purificarse y cambiar de ideas. Se dirigió a un banco de la galería, bajo una vidriera de colores que tenía el don de tranquilizar su ánimo: era una vidriera azul donde había un ángel

con un ramo de lirios. Aquí el sacerdote comenzó a olvidarse del idiota de la cara lívida y la boca de pez. Fue pensando cada vez menos en su perverso hermano, león hambriento que anda en busca de presa. Cada vez se entregó más a los halagadores y frescos tonos del cielo de zafiro y flores de plata de la vidriera.

Una media hora más tarde le encontró allí Gibbs, el zapatero del pueblo, que venía a buscarlo muy apresurado. El sacerdote se levantó al instante, comprendiendo que sólo algo grave podía obligar a Gibbs a buscarle en aquel sitio. El remendón, en efecto, como en muchos pueblos acontece, era un ateo, y su aparición en la iglesia todavía más extraña que la de Juan el Loco. Aquella era, decididamente, una mañana de enigmas teológicos.

—¿Qué pasa? —preguntó Wilfrid Bohun, aparentando serenidad, pero cogiendo el sombrero con mano temblorosa.

El ateo contestó con una voz que, para ser suya, era extraordinariamente respetuosa y hasta denotaba cierta simpatía:

—Perdóneme usted, señor —dijo—; pero nos pareció indebido que no lo supiera usted de una vez. El caso es que ha pasado algo horrible. El caso es que su hermano...

Wilfrid juntó sus flacas manos, y, sin poderse reprimir, exclamó:

—¿Qué nueva atrocidad está haciendo?

—No, señor —dijo el zapatero, tosiendo—. Ya no le es dable hacer nada, ni desear nada, porque ya rindió cuentas. Lo mejor es que venga usted y lo vea.

El cura siguió al zapatero. Bajaron una escalerilla de caracol y llegaron a una puerta que estaba a nivel más alto que la

calle. Desde allí, Bohun pudo apreciar al primer vistazo toda la tragedia, como en un panorama. En el patio de la fragua había unos cinco o seis hombres vestidos de negro, y entre ellos un inspector de policía. Allí estaban el doctor, el ministro presbiteriano, el sacerdote católico, en cuya feligresía contaba la mujer del herrero. El sacerdote católico hablaba aparte con ésta, en voz baja. Ella —una magnífica mujer de cabellos de oro— sollozaba sentada en un banco. Entre los dos grupos, y junto a un montón de martillos y mazos, yacía un hombre vestido de frac, abierto de brazos y piernas, y vuelto boca abajo. Wilfrid, desde su altura, reconoció todos los detalles de su traje y apariencia, y vio en su mano los anillos de la familia Bohun. Pero el cráneo no era más que una horrible masa aplastada, como una estrella negra y sangrienta.

Wilfrid Bohun no hizo más que mirar aquello y bajar corriendo al patio de la fragua. El doctor, el médico de la familia, vino a saludarlo, pero Wilfrid no se dio cuenta. Sólo pudo balbucear:

—¡Mi hermano muerto! ¿Qué ha pasado? Qué horrible misterio es éste?

Nadie contestó una palabra. Al fin, el remendón, el más atrevido de los presentes, dijo así:

—Sí, señor; muy horrible; pero misterio, no.

—¿Por qué? —preguntó el lívido Wilfrid.

—La cosa es muy clara —contestó Gibbs—. En cuarenta millas a la redonda sólo hay un hombre capaz de asestar un golpe como éste, y precisamente es el único hombre que tenía razón para hacerlo.

—No hay que prejuizar más —dijo nerviosamente el doctor, que era un hombre alto, de barba negra—. Pero me corres-

ponde corroborar lo que dice Mr. Gibbs sobre la naturaleza del golpe: es realmente un golpe increíble. Mr. Gibbs dice que, en el distrito, sólo hay un hombre capaz de haberlo dado. Yo me atrevo a afirmar que no hay ninguno.

Por el cuerpo frágil del cura pasó un estremecimiento supersticioso.

—Apenas entiendo —dijo.

—Mr. Bohun —continuó el doctor en voz baja—, me faltan imágenes para explicarlo; decir que el cráneo ha sido destrozado como un cascarón de huevo, todavía es poco. Dentro del cuerpo mismo han entrado algunos fragmentos óseos, y también han entrado en el suelo, como entrarían las balas en una pared blanda. Esto parece obra de un gigante.

Calló un instante. Tras las gafas relumbraban sus ojos. Después prosiguió:

—Esto tiene una ventaja: que, por lo menos, deja libre de toda sospecha a mucha gente. Si usted, o yo, o cualquier persona normal del pueblo fuera acusada de este crimen, se nos pondría libres al instante, como se pondría libre a un niño acusado de robar la columna de Nelson.

—Eso es lo que yo digo —repitió el obstinado zapatero—. Sólo hay un hombre capaz de haberlo hecho, y es también el que pudo verse en el caso de hacerlo. ¿Dónde está Simon Barnes, el maestro?

—Está en Greenford —tartamudeó el cura.

—Más fácil es que esté en Francia —gruñó el zapatero.

—No; ni en uno ni en otro sitio —dijo una vocecita descolorida, la voz del pequeño sacerdote católico, que acababa de reunirse

al grupo—. Evidentemente, ahora mismo viene por el camino.

El sacerdote no era hombre de aspecto interesante. Tenía unos cabellos opacos y una cara redonda y vulgar. Pero, así hubiera sido tan bello como Apolo, nadie habría vuelto la cabeza para mirarle. Todos la volvieron hacia el camino que atravesaba el llano. En efecto: por allá se veía venir, con sus grandes trancos y su martillo al hombro, a Simon el herrero. Era hombre huesudo y gigantesco; tenía unos ojos profundos, negros, siniestros, y una barba negra. Venía acompañado de dos hombres, con quienes charlaba tranquilamente, y aunque no era de suyo alegre, parecía contento.

—¡Dios mío! —gritó el ateo remendón—. ¡Y trae al hombro el martillo asesino!

—No —dijo el inspector, hombre de aspecto sensible, que usaba un bigote pardo y hablaba ahora por vez primera—. El martillo que sirvió para el crimen está allí, junto al muro de la iglesia. Lo mismo que el cadáver, lo hemos dejado en el sitio en que lo encontramos.

Todos buscaron el martillo con la mirada. El sacerdote pequeño dio unos pasos y fue a examinar el instrumento de cerca. Era uno de los martillos más ligeros, más pequeños que hay en las fraguas, y sólo por eso llamaba la atención. Pero en el hierro podía verse una mancha de sangre y un mechón de cabellos amarillos.

Tras una pausa, el pequeño sacerdote, sin alzar los ojos, comenzó a hablar, por cierto con voz algo alterada:

—No tenía razón Mr. Gibbs —dijo— en asegurar que aquí no hay misterio. Porque, cuando menos, queda el misterio de cómo ese hombre tan fuerte pudo emplear para semejante golpe un

martillo tan pequeño.

—Eso no importa —dijo Gibbs, febril—. ¿Qué hacemos con Simon Barnes?

—Dejarle —dijo el sacerdote tranquilamente—. El viene aquí por su propio pie. Conozco a sus dos acompañantes. Son buenos vecinos de Greenford. Ahora estarán ya a la altura de la capilla presbiteriana.

Y en este momento el fornido herrero dobló la esquina de la iglesia y entró en su patio. Se detuvo, se quedó inmóvil: cayó de su mano el martillo. El inspector, que había conservado una corrección impenetrable, fue hacia él al instante.

—Yo no le pregunto a usted, Mr. Barnes —dijo— si sabe lo que ha sucedido aquí. No está usted obligado a declararlo. Espero y deseo que lo ignore y que pueda usted probar su ignorancia. Pero tengo la obligación de arrestarle a usted en nombre del rey por la muerte del coronel Norman Bohun.

—No está usted obligado a confesar nada —dijo el zapatero con oficiosa diligencia—. A otros toca probar. Todavía no está probado que ese cuerpo con la cabeza aplastada sea el del coronel Bohun.

—Eso no tiene duda —dijo el doctor aparte al sacerdote—. Este asunto no da lugar a historietas detectivescas. Yo he sido el médico del coronel y conozco el cuerpo de este hombre mejor que lo conocía él mismo. Tenía unas manos hermosas, pero con una singularidad: que los dedos segundo y tercero, el índice y el medio, eran de igual tamaño. No hay duda de que éste es el coronel.

Y echó una mirada al cadáver. Los ojos de hierro del inmóvil maestro de fragua siguieron su mirada y fueron a dar también

en el cadáver.

—¿Que ha muerto el coronel Bohun? —dijo el maestro tranquilamente—. Quiere decir que a estas horas está ya condenado.

—¡No diga usted nada! ¡No diga usted nada! —gritó el zapatero ateo, bailando casi en un éxtasis de admiración por el sistema legal inglés—, porque no hay legalistas como los descreídos.

El herrero volvió hacia él una cara augusta de fanático.

—A vosotros, los infieles, os está bien escurriros como ardillas donde las leyes del mundo lo consienten —dijo—. Pero a los suyos Dios los guarda. Ahora mismo lo vas a ver.

Y después, señalando el cadáver del coronel, preguntó:

—¿Cuándo murió este perro pecador?

—Modere usted su lenguaje —dijo el médico.

—Que modere su lenguaje la Biblia y yo moderaré el mío. ¿Cuándo murió?

—A las seis de la mañana todavía estaba vivo —balbuceó Wilfrid Bohun.

—Dios es bueno —dijo el herrero—. Señor inspector: no tengo el menor inconveniente en dejarme arrestar. Usted es quien debe tener inconvenientes para arrestarme. A mí no me aflige salir del juicio limpio de mancha. A usted sí le affigirá, sin duda, salir del juicio con un contratiempo en su carrera.

Por primera vez el robusto inspector miró al herrero con ojos terribles. Lo mismo hicieron los demás, menos el singular pequeño sacerdote, que seguía contemplando el martillo que había servido para asestar aquel golpe tan tremendo.

—A la puerta de la fragua hay dos hombres —continuó el herrero con grave lucidez—. Son buenos comerciantes de Greenford, a quienes conocen todos ustedes. Ellos jurarán que me han visto desde antes de la medianoche hasta el amanecer, y aun mucho después, en la sala de sesiones de nuestra Misión Religiosa, que ha trabajado toda la noche en salvar almas. En Greenford hay otros veinte que jurarán lo mismo. Si yo fuera un gentil, señor inspector, le dejaría a usted precipitarse a su ruina. Pero, como cristiano, estoy obligado a ofrecerle la salvación, y preguntarle si quiere usted recibir la prueba de mi coartada antes de llevarme a juicio.

El inspector, algo desconcertado, repuso:

—Naturalmente que preferiría yo absolverle a usted de una vez.

El herrero, con aire desembarazado, salió del patio y se reunió con sus dos amigos de Greenford, que, en efecto, eran amigos de todos los presentes. Y ambos, en efecto, dijeron unas cuantas palabras que nadie pensó siquiera en poner en duda. Cuando los testigos hubieron declarado, la inocencia de Simon quedó establecida tan sólidamente como la misma iglesia que servía de fondo al cuadro.

Y entonces sobrevino uno de esos silencios más angustiosos que todas las palabras. El cura, sólo por hablar algo, dijo al sacerdote católico:

—Padre Brown: parece que a usted le intriga mucho el martillo.

—Es verdad —contestó éste—. ¿Cómo es posible que sea tan pequeño el instrumento del crimen?

El doctor volvió la cabeza.

—¡Cierto, por san Jorge! —exclamó—. ¿Quién pudo servirse de un martillo tan ligero, habiendo a la mano tantos martillos más pesados y fuertes?

Después, bajando la voz, dijo al oído del cura:

—Sólo una persona incapaz de manejar uno más pesado. La diferencia entre los sexos no es cuestión de valor o fuerza, sino de robustez para levantar pesos en los músculos de los hombres. Una mujer atrevida puede cometer cien asesinatos con un martillo ligero, y ser incapaz de matar un escarabajo con un martillo pesado.

Wilfrid Bohun se le quedó mirando como hipnotizado de horror; mientras que el padre Brown escuchaba muy atentamente, con la cabeza inclinada a un lado. El doctor continuó explicándose con más énfasis:

—¿Por qué suponen estos imbéciles que la única persona que odia al amante de una mujer es el marido de ésta? Nueve veces, de cada diez, quien más odia al amante es la mujer misma. ¿Quién sabe qué insolencias o traiciones habrá descubierto el amante a los ojos de ella...? Miren ustedes eso.

Y, con un ademán, señaló a la rubia, que seguía sentada en el banco. Al fin había levantado la cabeza, y las lágrimas comenzaban a secarse en sus hermosas mejillas. Pero los ojos parecían prendidos con un hilo eléctrico al cadáver del coronel, con una fijeza que tenía algo de idiotismo.

El reverendo Wilfrid Bohun hizo un ademán, como dando a entender que renunciaba a averiguar nada. Pero el padre Brown, sacudiéndose algunas cenizas de la fragua que acababan de caerle en la manga, dijo con su característico tono indiferente:

—A usted le pasa lo que a muchos otros médicos. Su ciencia

del espíritu es arrebatadora; pero su ciencia física es completamente imposible. Yo convengo con usted en que la mujer suele tener más deseos de matar al cómplice que los que pudiera tener el mismo injuriado. Y también acepto que una mujer prefiera siempre un martillo ligero a uno pesado. Pero aquí el problema está en una imposibilidad física absoluta. No hay mujer en el mundo capaz de aplastar un cráneo de un golpe en esta forma.

Y, tras una pausa reflexiva, continuó:

—Esta gente no se ha dado cuenta del caso. Note usted que este hombre llevaba un casco de hierro debajo del sombrero, y que el golpe lo ha destrozado como se rompe un vidrio. Observe usted a esa mujer: vea usted sus brazos.

Hubo un nuevo silencio, y después dijo el doctor, amoscado:

—Bueno, puede ser que yo me engañe. En este mundo todo tiene su pro y su contra. Pero vamos a lo esencial: sólo un idiota, teniendo a la mano estos martillos, —pudo escoger el más ligero.

Al oír esto, Wilfrid Bohun se llevó a la cabeza las flacas y temblorosas manos, como si quisiera arrancarse los ralos cabellos amarillos. Después, dejándolas caer de nuevo, exclamó:

—Ésa era la palabra que me estaba haciendo falta. Usted lo ha dicho.

Y, dominándose, continuó:

—Usted ha dicho: «Sólo un idiota».

—Sí. ¿Y qué?

—Pues, que, en efecto, esto sólo un idiota lo ha hecho —

concluyó el cura.

Los otros se miraron desconcertados, mientras él proseguía con una agitación femenina y febril:

—Yo soy sacerdote; un sacerdote no puede derramar sangre. Quiero decir que no puede llevar a nadie a la horca. Y doy gracias a Dios porque ahora veo bien quién es el delincuente, y es un delincuente que no puede ser llevado a la horca.

—¿Se propone usted no denunciarlo? —preguntó el doctor.

—No le podrán colgar aun cuando yo lo denuncie —contestó Wilfrid con una sonrisa llena de extraña alegría—. Esta mañana, al venir a la iglesia, me encontré allí a un loco rezando, a ese desdichado Juan, el idiota. Dios sabe lo que habrá rezado; pero no es inverosímil suponer en un loco que las plegarias fueran al revés de lo debido. Es muy posible que un loco reze antes de matar a un hombre. Cuando vi por última vez al pobre Juan, éste estaba con mi hermano. Mi hermano estaba burlándose de él.

—*By Jove!* —gritó el doctor—. ¡Al fin! ¡Esto es hablar claro! Pero, ¿cómo explicarse entonces...?

El reverendo Wilfrid temblaba casi, al sentirse cerca de la verdad:

—¿No ve usted, no ve usted —dijo— que es lo único que puede explicar estos dos enigmas? Uno, es el martillo ligero; el otro, el golpe formidable. El herrero pudo asestar el golpe, pero no hubiera empleado ese martillo. Su mujer pudo emplear ese martillo, pero nunca asestar semejante golpe. Pero un loco pudo hacer las dos cosas. ¿Que el martillo era pequeño? El es un loco: como asió ese martillo pudo asir cualquier otro objeto. Y en cuanto al golpe, ¿no sabe usted, acaso, doctor, que un

loco, en un paroxismo tiene la fuerza de diez hombres?

El doctor, lanzando un profundo suspiro, contestó:

—¡Diantre! Creo que ha dado usted en el clavo.

El padre Brown había estado contemplando a Bohun con tanta atención como si quisiera demostrarle que sus grandes ojos grises, ojos de buey, no eran tan insignificantes como el resto de su persona. Cuando los otros callaron, dijo con el mayor respeto:

—Mr. Bohun, la teoría que usted propone es la única que resiste un examen atento, y como hipótesis, lo explica todo. Merece usted, pues, que le diga, fundado en mi conocimiento de los hechos, que es completamente falsa.

Y, dicho esto, el hombrecillo se alejó un poco, para dedicarse otra vez al famoso martillo.

—Este sujeto parece saber más de lo que le convendría saber —murmuró el malhumorado el doctor al oído de Bohun—. Estos sacerdotes papistas son unos socarrones probados.

—No, no —dijo Bohun con expresión de fatiga—. Fue el loco, fue el loco.

El grupo formado por el doctor y los dos clérigos se había quedado aparte del grupo oficial, en que figuraban el inspector y el herrero. Pero, al disolverse a su vez, el primer grupo se puso en contacto con el segundo. El sacerdote alzó y bajó los ojos tranquilamente al oír al maestro herrero que decía en voz alta:

—Creo que le he convencido a usted, señor inspector. Soy, como usted dice, hombre bastante fuerte, pero no tanto que

pueda lanzar mi martillo desde Greenford hasta aquí. Mi martillo no tiene alas para venir volando sobre valles y montañas.

El inspector rió amistosamente, y dijo:

—No; usted puede considerarse libre de toda sospecha, aunque, verdaderamente, es una de las coincidencias más singulares que he visto en mi vida. Sólo le ruego a usted que nos ayude con todo empeño a buscar otro hombre tan fuerte y talludo como usted. ¡Por san Jorge!; usted podrá sernos muy útil, aunque sea para coger al criminal. ¿Usted no tiene sospecha de ningún hombre?

—Sí, tengo una sospecha; pero no de un hombre —dijo, pálido, el herrero.

Y viendo que todos los ojos, asustados, se dirigían hacia el banco en que estaba su mujer, puso sobre el hombro de ésta su robusta mano, y añadió:

—Tampoco de una mujer.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el inspector, muy risueño—. Supongo que no creerá usted que las vacas son capaces de manejar un martillo, ¿no es cierto?

—Yo creo que ningún ser de carne y hueso ha movido ese martillo —continuó el maestro con voz abogada—. Hablando en términos humanos, yo creo que ese hombre ha muerto solo.

Wilfrid hizo un movimiento hacia delante, y miró al herrero con ojos ardientes.

—¿Quiere usted decir, entonces, Barnes —dijo con voz áspera el zapatero—, que el martillo saltó solo y le aplastó la cabeza?

—¡Oh, caballeros! —exclamó Simon—. Bien pueden ustedes

extrañarse y burlarse; ustedes, sacerdotes, que nos cuentan todos los domingos cuán misteriosamente castigó el Señor a Senaquerib. Yo creo que Aquel que ronda invisiblemente todas las casas, quiso defender la honra de la mía, e hizo perecer al corruptor frente a mi puerta. Yo creo que la fuerza de este martillazo no es más que la fuerza de los terremotos.

Wilfrid, con indescriptible voz, dijo entonces:

—Yo mismo le había dicho a Norman que temiera el rayo de Dios.

A lo cual el inspector contestó, con leve sonrisa:

—Sólo que ese agente queda fuera de mi jurisdicción.

—Pero usted no queda fuera de la suya —contestó el herrero—. Recuérdelo usted.

Y volviendo la robusta espalda, entró en su casa.

El padre Brown, con aquella su amable facilidad de maneras, alejó de allí al conmovido Bohun:

—Vámonos de éste horrible sitio, Mr. Bohun —le dijo—. ¿Puedo asomarme un poco a su iglesia? Me han dicho que es una de las más antiguas de Inglaterra. Y, ya comprende usted... —añadió con un gesto cómico—, nosotros nos interesamos mucho por las iglesias antiguas de Inglaterra.

Wilfrid Bohun no pudo sonreír, porque el humorismo no era su fuerte; pero asintió con la cabeza, sintiéndose más que dispuesto a mostrar los esplendores del gótico a quien podría apreciarlos mejor que el herrero presbiteriano o el zapatero anticlerical.

—Naturalmente —dijo—. Entremos por aquí.

Y lo condujo a la entrada lateral, donde se abría la puerta con escalones al patio. Iba en la primera grada el padre Brown, cuando sintió una mano sobre su hombro y, volviéndose, vio la figura negra y esbelta del doctor, cuyo rostro estaba también negro de sospechas.

—Señor —dijo el médico con brusquedad—, usted parece conocer algunos secretos de este feo negocio. ¿Puedo preguntar a usted si se propone guardárselos para sí?

—¡Cómo, doctor! —contestó el sacerdote sonriendo plácidamente—. Hay una razón decisiva para que un hombre de mi profesión se calle las cosas cuando no está seguro de ellas, y es lo acostumbrado que está a callárselas cuando está cierto de ellas. Pero si le parece a usted que he sido reticente hasta la descortesía con usted o con cualquiera, violentaré mi costumbre todo lo que me sea posible. Le voy a dar a usted dos indicios.

—¿Y son? —preguntó el doctor, muy solemne.

—Primero —contestó el padre Brown—, algo que le compete a usted: es un punto de ciencia física. El herrero se equivoca, no quizás en asegurar que se trate de un acto divino, sino en figurarse que es un milagro. Aquí no hay milagro, doctor, sino hasta donde el hombre mismo dotado como está de un corazón extraño, perverso y, con todo, semiheroico, es un milagro. La fuerza que destruyó ese cráneo es una fuerza bien conocida de los hombres de ciencia: una de las leyes de la Naturaleza más frecuentemente discutidas.

El doctor, que le contemplaba con sañuda atención, preguntó simplemente:

—¿Y luego?

—El otro indicio es éste —contestó el sacerdote—. ¿Recuerda usted que el herrero, aunque cree en el milagro, hablaba con burla de la posibilidad de que su martillo tuviera alas y hubiera venido volando por el campo desde una distancia de media milla?

—Sí —dijo el doctor—; lo recuerdo.

—Bueno —añadió el padre Brown con una sonrisa llena de sencillez—. Pues esa suposición fantástica es la más cercana a la verdad de cuantas hoy se han propuesto.

Y dicho esto, subió las gradas para reunirse con el cura.

El reverendo Wilfrid le había estado esperando, pálido e impaciente, como si esta pequeña tardanza agotara la resistencia de sus nervios. Lo condujo derechamente a su rincón favorito, a aquella parte de la galería que estaba más cerca del techo labrado, iluminada por la admirable ventana del ángel. Todo lo vio y admiró con el mayor cuidado el sacerdote latino, hablando incesantemente, aunque en voz baja. Cuando, en el curso de sus exploraciones, dio con la salida lateral y la escalera de caracol por donde Wilfrid bajó para ver a su hermano muerto, el padre Brown, en lugar de bajar, trepó con la agilidad de un mono, y desde arriba se dejó oír su clara voz:

—Suba usted, Mr. Bohun. Este aire le hará a usted bien.

Bohun subió, y se encontró en una especie de galería o balcón de piedra, desde el cual se dominaba la ilimitada llanura donde se alzaba la colinilla del pueblo, llena de vegetación hasta el término rojizo del horizonte, y salpicada aquí y allá de aldeas y granjas. Bajo ellos, como un cuadro blanco y pequeño, se veía el patio de la fragua, donde el inspector seguía tomando notas, y el cadáver yacía aún a modo de una mosca aplastada.

—Esto parece un mapamundi, ¿no es verdad? —observó el padre Brown.

—Sí —dijo Bohun gravemente, y movió la cabeza. Debajo y alrededor de ellos las líneas del edificio gótico se hundían en el vacío con una agilidad vertiginosa y suicida. En la arquitectura de la Edad Media hay una energía titánica que, bajo cualquier aspecto que se la vea, siempre parece precipitarse como un caballo furioso. Aquella iglesia había sido labrada en roca antigua y silenciosa, barbada de musgo y manchada con los nidos de los pájaros. Pero cuando se la contemplaba desde abajo, parecía saltar hasta las estrellas como una fuente; y cuando, como ahora, se la contemplaba desde arriba, caía como una catarata en un abismo sin ecos. Aquellos dos hombres se encontraban, así, solos frente al aspecto más terrible del gótico: la contradicción y desproporción monstruosas, las perspectivas vertiginosas, el vislumbre de la grandeza de las cosas pequeñas y la pequeñez de las grandes: un torbellino de piedra en mitad del aire. Detalles de la piedra, enormes por su proximidad, se destacaban sobre campos y granjas que, a la distancia, aparecían diminutos. Un pájaro o fiera labrado en un ángulo resultaba un enorme dragón capaz de devorar todos los pastos y las aldeas del contorno. La atmósfera misma era embriagadora y peligrosa, y los hombres se sentían como suspendidos en el aire sobre las alas vibradoras de un genio colosal. La iglesia toda, enorme y rica como una catedral, parecía caer cual un aguacero sobre aquellos campos asoleados.

—Creo que andar por estas alturas, aun para rezar, es arriesgado —observó el padre Brown—. Las alturas fueron hechas para ser admiradas desde abajo, no desde arriba.

—¿Quiere usted decir que puede uno caer? —preguntó Wilfrid.

—Quiero decir que, aunque el cuerpo no caiga, se le cae a uno el alma —contestó el otro.

—No le entiendo a usted —dijo Bohun.

—Pues considere usted, por ejemplo, al herrero —continuó el padre Brown—. Es un buen hombre, pero no un cristiano: es duro, imperioso, incapaz de perdonar. Su religión escocesa es la obra de hombres que oraban en lo alto de las montañas y los precipicios, y se acostumbraron más bien a considerar el mundo desde arriba que no a ver el cielo desde abajo. La humildad es madre de los gigantes. Desde el valle se aprecian muy bien las eminencias y las cosas grandes. Desde la cumbre sólo se ven las cosas minúsculas.

—Pero, en todo caso, él no lo hizo —dijo Bohun con tremenda inquietud.

—No —dijo el otro con un acento singular—. Bien sabemos que no fue él.

Y, después de un instante, contemplando tranquilamente la llanura con sus pálidos ojos grises, continuó:

—Conocí a un hombre que comenzó por arrodillarse ante el altar como los demás, pero que se fue enamorando de los sitios altos y solitarios para entregarse a sus oraciones, como, por ejemplo, los rincones y nichos de los campanarios y chapiteles. Una vez allí, donde el mundo todo le parecía girar a sus pies como una rueda, su mente también se trastornaba, y se figuraba ser Dios. Y así, aunque era un hombre bueno, cometió un gran crimen.

Wilfrid tenía vuelto el rostro a otra parte, pero sus huesudas manos, cogidas al parapeto de piedra, se pusieron blancas y azules.

—Ese hombre creyó que a él le tocaba juzgar al mundo y castigar al pecador. Nunca se le hubiera ocurrido eso si hubiera tenido la costumbre de arrodillarse en el suelo, como los demás hombres. Pero, desde arriba, los hombres le parecían insectos. Un día distinguió, a sus pies, justamente debajo de él, uno que se pavoneaba muy orgulloso, y que era muy visible porque llevaba un sombrero verde: ¡casi un insecto ponzoñoso!

Las cornejas graznaban por los rincones del campanario, pero no se oyó ningún otro ruido.

El padre Brown continuó:

—Había algo más para tentarle: tenía en su mano uno de los instrumentos más terribles de la Naturaleza; quiero decir, la ley de la gravedad, esa energía loca y feroz en virtud de la cual todas las criaturas de la tierra vuelan hacia el corazón de la tierra en cuanto pueden hacerlo. Mire usted: el inspector pasea ahora precisamente allá abajo, en el patio de la fragua. Si yo le tiro una piedrecita desde este parapeto, cuando llegue a él llevará la fuerza de una bala. Si le dejo caer un martillo, aunque sea un martillo pequeño. . .

Wilfrid Bohun pasó una pierna por encima del parapeto, y el padre Brown le saltó ágilmente al cuello para retenerle.

—No por esa puerta —le dijo con mucha dulzura—. Esa puerta lleva al infierno.

Bohun, tambaleándose, se recostó en el muro y miró al padre Brown con ojos de espanto.

—¿Cómo sabe usted todo eso? —gritó—. ¿Es usted el diablo?

—Soy un hombre —contestó gravemente el padre Brown—. Por consecuencia, todos los diablos residen en mi corazón.

Escúcheme usted.

Y, tras una pausa, prosiguió:

—Sé lo que usted ha hecho, o, al menos, adivino lo esencial. Cuando se separó usted de su hermano estaba poseído de ira, una ira no injustificada, al extremo que cogió usted al paso un martillo, sintiendo un deseo sordo de matarle en el sitio mismo del pecado. Pero, dominándose, se lo guardó usted en su levita abotonada y se metió usted en la iglesia. Estuvo rezando aquí y allá sin saber lo que hacía: bajo la vidriera del ángel en la plataforma de arriba, en otra de más arriba, desde donde podía usted ver el sombrero oriental del coronel como el verde dorso de un escarabajo rampante. Algo estalló entonces dentro de su alma, y obedeciendo a un impulso súbito de procedencia indefinible, dejó usted caer el rayo de Dios.

Wilfrid se llevó una mano a la cabeza una mano temblorosa— y preguntó con voz sofocada:

—¿Cómo sabe usted que su sombrero parecía un escarabajo verde?

—¡Oh, eso es cosa de sentido común! —dijo el otro con una sombra de sonrisa—. Pero, escúcheme usted un poco más. He dicho que sé todo esto, pero nadie más lo sabrá. El próximo paso es usted quien tiene que darlo; yo no doy más pasos: yo sello esto con el sello de la confesión. Si me pregunta usted por qué, me sobran razones, y sólo una le importa a usted. Dejo a usted en libertad de obrar, porque no está usted aún muy corrompido, como suelen estarlo los asesinos. Usted no quiso contribuir a la acusación del herrero, cuando era la cosa más fácil, ni a la de su mujer, que tampoco era difícil. Usted trató de echar la culpa al idiota, sabiendo que no se le podía castigar. Y ese solo hecho es un vislumbre de salvación, y el encontrar

tales vislumbres en los asesinos lo tengo yo por oficio propio. Y ahora, baje usted al pueblo, y haga usted lo que quiera, que está usted tan libre como el viento. Porque yo ya he dicho mi última palabra.

Bajaron la escalera de caracol en el mayor silencio, y salieron frente a la fragua, a la luz del sol. Wilfrid Bohun levantó cuidadosamente la aldaba, abrió la puerta de la cerca de palo y, dirigiéndose al inspector, dijo:

—Me entrego a la justicia: he matado a mi hermano.

EL OJO DE APOLO

Esa extraña bruma centelleante, confusa y transparente a la vez, que es el secreto del Támesis, iba pasando del tono gris al luminoso, a medida que el sol ascendía hacia el cenit, cuando dos hombres cruzaron el puente de Westminster. Uno muy alto, otro muy bajo, podía comparárselos caprichosamente al arrogante campanario del Parlamento junto a las humildes corcovas de la Abadía; tanto más cuanto que el hombre pequeño llevaba hábito sacerdotal. La papeleta oficial del hombre alto era ésta: Monsieur Hercule Flambeau, detective privado, quien se dirigía a su nuevo despacho, que estaba en un rintero de pisos recién construidos, frente a la entrada de la Abadía. Las generales del hombre pequeño eran éstas: el reverendo J. Brown, de la iglesia de San Francisco Javier, en Camberwell, quien acababa de venir derechamente de un lecho mortuorio de Camberwell para conocer la nueva oficina de su amigo.

El edificio era de aspecto americano por su altura de rasca-cielos, y también por la pulida elaboración de su maquinaria de teléfonos y ascensores. Pero estaba recién acabado y todavía con andamios. Sólo había tres inquilinos: la oficina de arriba de Flambeau estaba ocupada, y lo mismo la de abajo; los dos pisos de más arriba y los tres de más abajo estaban

vacíos. A primera vista, algo llamaba la atención de aquella torre de pisos, amén de los restos de andamios: era un objeto deslumbrador que se veía en las ventanas del piso superior al de Flambeau: una imagen, dorada, enorme, del ojo humano, circuida de rayos de oro, que ocupaba el sitio de dos o tres ventanas.

—¿Qué puede ser eso? —preguntó, asombrado, el padre Brown.

—¡Ah! —dijo Flambeau, riendo—. Es una nueva religión: una de esas religiones nuevas que le perdonan a uno los pecados asegurando que nunca los ha cometido. Creo que es algo como la llamada Ciencia Cristiana. El caso es que un tipo llamado Kalon (no sé lo que significa este nombre, aunque claro se ve es postizo) ha alquilado el piso que está encima del mío. Debajo tengo dos mecanógrafas y arriba ese viejo charlatán. Se llama a sí mismo el Nuevo Sacerdote de Apolo, y adora al Sol.

—Pues que tenga cuidado —dijo el padre Brown—; porque el Sol fue siempre el más cruel de todos los dioses. Pero, ¿qué significa ese ojo gigantesco?

—Tengo entendido —explicó Flambeau— que, según la teoría de esta gente, el hombre puede soportarlo todo, siempre que su espíritu sea firme. Sus dos símbolos principales son el Sol y el ojo alerta, porque dicen que el hombre enteramente sano puede mirar al Sol de frente.

—Un hombre enteramente sano —observó el padre Brown— no se molestaría en eso.

—Bueno; eso es todo lo que yo sé de la nueva religión —prosiguió Flambeau—. Naturalmente, se jactan también de curar todos los males del cuerpo.

—¿Y curarán el único mal del alma? —preguntó con curiosi-

dad el padre Brown.

—¿Cuál es? —dijo el otro, sonriendo.

—¡Oh! Pensar que está uno enteramente sano y perfecto —dijo su amigo.

A Flambeau le interesaba más el silencioso despachito de abajo que el templo llameante de arriba. Era un meridional muy claro, incapaz de sentirse más que católico o ateo; y las nuevas religiones, así fueran más o menos brillantes, no eran su género. Pero la Humanidad sí lo era, sobre todo cuando tenía buena cara. Además, las damas del piso inferior eran en su clase de lo más interesante. Dos hermanas manejaban la oficina, ambas tenues y morenas, una de ellas esbelta y atractiva. Tenía un perfil aguileño y anheloso, y era uno de esos tipos que recuerda uno siempre de perfil, como recortados en el filo de un arma. Parecía capaz de abrirse paso en la vida. Tenía unos ojos brillantes, pero más con brillo de acero que de diamantes; y su figura rígida y delgada convenía poco a la gracia de sus ojos. La hermana menor era como una contracción de la otra, algo más borrada, más pálida y más insignificante. Ambas usaban un traje negro adecuado al trabajo, con unos cuellecitos y puños masculinos. Por este estilo hay cientos y cientos de mujeres enérgicas en oficinas de Londres; pero el interés de éstas estaba, más que en su situación aparente, en su situación real.

Porque Pauline Stacey, la mayor, era heredera de un blasón y medio condado, y una verdadera riqueza; había sido educada en castillos y entre jardines antes de que una frígida fiereza —característica de la mujer moderna— la arrastrara a lo que ella consideraba como una vida más intensa y más alta. No había renunciado a su dinero, no: eso hubiera sido un abandono romántico o monástico, ajeno por completo a su utilitarismo

imperioso. Conservaba su dinero, como diría ella, para usarlo en objetos prácticos y sociales. Parte había invertido en el negocio, núcleo de un emporio mecanográfico modelo; parte estaba distribuido en varias Ligas y Asociaciones para el adelanto del trabajo femenino. Hasta dónde Joan, su hermana y asociada, compartía este idealismo, algo prosaico, nadie lo sabía a punto fijo. Pero seguía a su mayor con un afecto de perro fiel que, en cierto modo, era más atractivo, por tener un toque patético, que el ánimo altivo y rígido de la otra. Porque Pauline Stacey no entendía de cosas patéticas, tal vez negaba su existencia.

Su rígida presteza, su impaciencia fría, habían divertido mucho a Flambeau cuando vino por primera vez a ver los pisos. Él se había quedado en el vestíbulo esperando al chico del ascensor que acompañaba a los visitantes de piso en piso. Pero la falcónida muchacha de ojos brillantes se había negado abiertamente a soportar aquel plazo oficial. Había dicho con mucha rudeza que ella sabía bien manejar un ascensor, y no necesitaba de chicos... ni de hombres. Y aunque su habitación sólo estaba en el tercer piso, en los pocos segundos de la ascensión se las arregló para enterar a Flambeau de sus opiniones fundamentales del modo más intempestivo; opiniones que tendían todas a producir el efecto general de que ella era una mujer moderna y trabajadora, y le gustaba el maquinismo moderno. Y sus ojos negros ardían de ira contra los que rechazan la ciencia mecánica y anhelan el retorno de la era romántica. Todo el mundo debiera ser capaz de manejar una máquina, tal como ella el ascensor. Y hasta parece que no le agradó que Flambeau abriera la puerta para cederle el paso. Y el caballero continuó la ascensión hacia su departamento, sonriendo con un sentimiento complejo al recuerdo de tanta independencia y fogosidad.

Sin duda, era una mujer de temperamento, un temperamento inquieto y práctico; los ademanes de aquellas manos frágiles y elegantes eran súbitos y hasta destructores. Flambeau entró una vez en la oficina de la muchacha para encargar alguna copia, y se encontró con que la muchacha acababa de arrojar en mitad de la estancia unas gafas de su hermana y estaba pateándolas con furia. Se despeñaba por los rápidos de una tirada ética contra las «enfermizas nociones medicinales» y la morbosa aceptación de la debilidad que el uso de tales aparatos supone; conminaba a su hermana a no volver a presentarse por allí con aquel chisme artificial y dañino; le preguntaba si acaso le hacían falta piernas de palo, cabellos postizos u ojos de cristal, y, mientras decía todo aquello, sus ojos fulguraban más que el cristal.

Flambeau, desconcertado ante semejante fanatismo, no pudo menos de preguntar a Miss Pauline, con derecha lógica francesa, por qué un par de gafas había de ser un signo de debilidad más morboso que un ascensor, y por qué la ciencia, que nos ayuda para un esfuerzo, no ha de ayudarnos para el otro.

—Eso es *muy* distinto —dijo Pauline Stacey pomposamente—. Las baterías, los motores y cosas por el estilo son signos de la fuerza del hombre. . . ¡Sí, Mr. Flambeau!, y también de la fuerza de la mujer. Ya tomaremos nuestro turno en esas grandes máquinas que devoran la distancia y desafían al tiempo. Eso es superior y espléndido. . . Eso es verdadera ciencia. Pero estos miserables parches y auxilios que venden los doctores. . . Bueno, son insignias de cobardía. Los doctores andan prendiéndole a uno los brazos y las piernas como si fuéramos unos mutilados o cojos de nacimiento, unos esclavos de nacimiento. ¡Pero yo he nacido libre, Mr. Flambeau! La gente se figura que necesita todo eso porque ha sido educada en el miedo, en vez

de ser educada en el poder y el valor; así también las estúpidas niñeras dicen a los niños que no miren el sol, de suerte que los niños no pueden ya mirarlo sin pestañear. Pero, ¿cuál es, entre todas las estrellas, la estrella que yo no puedo mirar de frente? El sol no es mi señor, y yo abro los ojos y lo miro siempre que me da la gana.

—Los ojos de usted —dijo Flambeau haciendo una reverencia completamente extranjera— bien pueden deslumbrar al sol.

Flambeau se complació en dirigir un piropo a esta belleza extraña y arisca, en mucho porque estaba seguro de que esto la haría perder su aplomo. Pero cuando subía la escalera para regresar a su oficina dio un resoplido y dijo para sí:

—De modo que ésta ha caído en las manos del brujo de arriba y se ha dejado embaucar por su teoría del ojo de oro.

Porque aunque poco sabía y poco se cuidaba de la nueva religión de Kalon, ya había oído hablar de la teoría aquella de contemplar de frente al sol.

Pronto se dio cuenta de que la liga espiritual entre el piso de arriba y el de abajo era cada vez más estrecha. El llamado Kalon era un tipo magnífico y muy digno, en el sentido físico, de ser el pontífice de Apolo. Era casi de la estatura de Flambeau y de mejor presencia, con unas barbas de oro, bellos ojos azules y una melena de león. Era, por la estructura, la bestia blonda de Nietzsche; pero toda su belleza animal resultaba aumentada, iluminada y suavizada por una inteligencia y una espiritualidad genuinas. Parecía, es verdad, uno de aquellos grandes reyes sajones, pero de aquellos que fueron santos. Y esto, a pesar de la incongruencia más que popular y londinense del ambiente en que vivía: el tener una oficina en un edificio de Victoria Street; el tener un empleado, un muchacho

común y corriente vestido como hijo de vecino, sentado en la primera habitación entre el corredor y la que él ocupaba; el que su nombre estuviera grabado en una placa de bronce, y el dorado emblema de su credo colgaba sobre la calle como un anuncio de oculista. . . Toda esta vulgaridad no podía evitar que el llamado Kalon ejerciera, con su cuerpo y su alma, una emoción opresora, inspiradora. Para decirlo todo: cualquiera, en presencia de este charlatán, se sentía en presencia de un gran hombre. Hasta con aquel traje de lino ligero que usaba como traje de taller, era una figura fascinadora y formidable. Y cuando se envolvía en sus vestiduras blancas y se coronaba con una rueda de oro para hacer sus diarias salutations al sol, se veía realmente tan espléndido que muchas veces la gente de la calle no se atrevía a reír. Porque, tres veces al día, este nuevo adorador del sol salía al balcón, frente a la fachada de Westminster, y recitaba una letanía a su radiante señor: una al amanecer, otra al ponerse el sol y otra al toque de mediodía. Precisamente daban las doce en las torres del Parlamento y la parroquia cuando el padre Brown, el amigo de Flambeau, alzó los ojos y vio al blanco sacerdote de Apolo en el balcón.

Flambeau, cansado de admirar estas salutations diarias a Febo, entró en la casa sin cuidarse siquiera de ver si su amigo le seguía. Pero el padre Brown, sea en virtud de su interés profesional por los ritos, o de su interés personal por las extravagancias, se detuvo a ver el balcón del idólatra, como se hubiera detenido a ver una representación guiñolesca del *Punch and Judy*. Kalon el Profeta, erguido, lleno de adornos de plata, alzadas las manos, dejaba oír su voz penetrante recitando las letanías solares por encima del trajín de la calle. Estaba en mitad de su letanía; sus ojos estaban fijos en el disco llameante. No es fácil saber si veía a alguien o algo de este mundo, pero es seguro que no vio a un sacerdote pequeñín, carirredon-

do, que entre la multitud de la calle le miraba pestañeando. Tal vez nunca se vio mayor diferencia entre dos hombres ya de suyo tan diferentes: el padre Brown no podía ver nada sin pestañear, y el sacerdote de Apolo contemplaba el astro del mediodía sin un temblor en los párpados.

—¡Oh, sol! —gritaba el profeta—. ¡Oh, estrella demasiado grande para convivir con las demás! ¡Oh, fuente que fluyes mansamente en los secretos del espacio! ¡Padre blanco de toda blancura: de las llamas blancas, las blancas flores y las cumbres albeantes...! ¡Padre más inocente que la más inocente de tus criaturas! ¡Oh, pureza primitiva, en cuya serenidad perenne...!

En este momento hubo como una fuga y un estallido de cohete, entre estridencias y alaridos. Cinco hombres entraban precipitadamente en la casa al tiempo que otros tres salían de ella a toda prisa. Y por un instante todos se estorbaron el paso. Un sentimiento de horror pareció llenar de pronto la mitad de la calle con un aleteo de alarma, alarma todavía mayor por el hecho de que nadie sabía bien lo que había pasado. Y tras esta súbita conmoción, dos hombres permanecieron impávidos: en el balcón de arriba, el hermoso sacerdote de Apolo; abajo, el triste sacerdote de Cristo.

Por fin apareció en la puerta, dominando el tumulto, la enorme y titánica figura de Flambeau. A voz en cuello, como una sirena, gritó pidiendo que llamaran inmediatamente a un cirujano. Y como volviera a desaparecer en el interior de la casa, abriéndose paso por entre la gente, su amigo el padre Brown se escurrió tras él, aprovechándose de su insignificancia. Mientras chapuzaba y se zambullía en la muchedumbre, todavía pudo oír la salmodia magnífica y monótona del sacerdote solar, que seguía invocando al dios venturoso, amigo de las fuentes y flo-

res.

El padre Brown se encontró a Flambeau y a otros seis individuos en torno al espacio cercado del ascensor. El ascensor no había bajado, pero en su lugar había bajado otra cosa que debió bajar en el ascensor.

Flambeau había examinado aquello; había identificado la cara sanguinolenta de la linda muchacha que negaba la existencia de todo elemento trágico en la vida. Nunca dudó de que fuera Pauline Stacey, y aunque había pedido los auxilios de un médico, tampoco tenía la menor duda de que la muchacha estaba muerta.

Flambeau no se acordaba exactamente de si la muchacha le había agradado o desagradado. ¡Abundaban razones para lo uno y lo otro! Pero, en todo caso, su existencia no le había sido indiferente, y el sentimiento indomable de la costumbre le hacía padecer ahora las mil pequeñas dolencias de una pérdida irreparable. Recordaba su linda cara y sus jactanciosos discursos con esa viveza secreta en que está toda la amargura de la muerte. En un instante, como con una flecha del cielo, como con un rayo caído quién sabe de dónde, aquel cuerpo hermoso y audaz se había derrumbado por el hueco del ascensor para encontrar abajo la muerte. ¿Sería un suicidio? ¡Imposible, dado el optimismo insolente de la muchacha! ¿Un asesinato? ¡Pero si en aquellos pisos casi no había nadie todavía! Con un chorro de palabras roncadas, que él quiso formular con la mayor energía y resultaron singularmente débiles, preguntó dónde estaba Kalon. Una voz habitualmente pesada, tranquila, plena, le aseguró que durante el último cuarto de hora Kalon había estado adorando a su divinidad en el balcón. Cuando Flambeau oyó la voz y sintió la mano del padre Brown, volvió la atezada cara y dijo sin rodeos:

—Entonces, ¿quién puede haber sido?

—Deberíamos subir para averiguarlo —dijo el otro—. Antes de que la policía aparezca por ahí, podemos disponer de media hora, cuando menos.

Dejando el cadáver de la rica heredera en manos del facultativo, Flambeau trepó a saltos la escalera, y se encontró con que en la oficina de la mecanógrafa no había un alma. Entonces subió a su despacho. Entró, y volvió a salir con cara lívida:

—La hermana —dijo a su amigo con una seriedad de mal agüero—, la hermana parece que ha salido a dar un paseíto.

—O bien —dijo el padre Brown moviendo la cabeza— puede haber subido al piso del hombre solar. Yo, en el caso de usted, comenzaría por averiguar esto. Después podremos hablar de eso aquí en su despacho.

»¡No! —exclamó—. ¿Cómo se me pudo ocurrir esta estupidez? No: hablaremos de ello abajo, en la oficina de las muchachas.

Flambeau no entendió, pero siguió al sacerdote al piso desierto de las Stacey, y allí el impenetrable pastor de gentes se sentó en un sillón de cuero rojo, junto a la puerta, desde donde podía ver la escalera, y descansó y esperó. No tuvo que esperar mucho tiempo. Antes de tres minutos, tres personas bajaban la escalera, sólo semejantes en su aspecto de solemnidad. La primera, Joan Stacey, la hermana de la muerta: evidentemente, Joan estaba en el templo de Apolo cuando la catástrofe; la segunda era el mismo sacerdote de Apolo, que, concluida su letanía, bajaba barriando la escalera envuelto en su magnificencia: su túnica blanca, su barba y cabello partido hacían pensar en el Cristo de Doré saliendo del Pretorio; la tercera persona era Flambeau, con sus cejas negras y su cara descon-

certada.

Miss Joan Stacey, vestida de negro, el ceño contraído, con algunos toques grises prematuros en los cabellos, se dirigió a su escritorio y arregló los papeles con un golpe seco y práctico. Este solo acto volvió a todos al sentimiento de la realidad. Si Miss Joan Stacey era un criminal, era un criminal sereno. El padre Brown la contempló con una sonrisa extraña, y sin dejar de mirarla habló así, dirigiéndose a otro:

—Profeta —probablemente se dirigía a Kalon—. Quisiera que me contestase usted algunas preguntas sobre su religión.

—Muy honrado —dijo Kalon inclinando la cabeza, todavía coronada—. Pero no sé si he entendido bien.

—Mire usted, se trata de esto —dijo el padre Brown con su manera francamente recelosa—. Dicen que si un hombre tiene malos principios, es por su culpa en mucha parte. Pero conviene distinguir al que decididamente ofende a su buena conciencia de aquel cuya conciencia está nublada por el sofisma. Ahora bien: ¿usted cree realmente que el asesinato es un acto malo?

—¿Es esto una acusación? —preguntó Kalon tranquilamente.

—No —repuso el padre Brown—. Es el alegato de la defensa.

En la vasta y misteriosa quietud del salón, el profeta de Apolo se levantó lentamente, y se diría que aquello era el levantarse del sol. Llenó el salón con su luz y vida de tal modo, que lo mismo hubiera podido llenar con la fuerza de su presencia toda la llanura de Salisbury. Su forma, envuelta en ropajes, pareció adornar toda la habitación con tapices clásicos; su ademán épico pareció alargarla en perspectivas indefinidas, de suerte que la figurita negra del clérigo moderno resultó allí como una

falta, como una intrusión, como una mancha negra y redonda sobre la esplendorosa túnica de la Hélade.

—Al fin nos hemos encontrado, Caifás —dijo el profeta—. Tu Iglesia y la mía son las únicas realidades en esta tierra. Yo adoro al Sol, y tú la puesta del Sol. Tú eres el sacerdote del Dios moribundo, y yo del Dios en plena vida. Tu calumniosa sospecha es digna de tu sotana y de tu credo. Tu Iglesia no es más que una policía negra. No sois más que espías y detectives que tratan de arrancar a los hombres la confesión de sus pecados, ya por la traición, ya por la tortura. Vosotros haréis que los hombres confiesen su crimen; yo los sacaré convictos de inocencia. Vosotros los convenceréis de su pecado; yo, de su virtud.

»¡Oh lector de los libros nefandos! Una palabra más antes de que para siempre disipe tus pesadillas miserables: no eres capaz de entender hasta qué punto me es indiferente el que tú intentes o no convencerme. Lo que tú llamas desgracia y horror, es para mí lo que para el adulto es el ogro pintado en los libros para los niños. Dices que me ofreces el alegato de mi defensa. Y yo me cuido tan poco de las tinieblas de esta vida, que voy a ofrecerte el discurso de mi acusación. Sólo una cosa se puede decir en contra mía, y yo mismo la revelaré. La mujer que acaba de morir era mi amor, mi desposada, no según las frases legales de vuestras mezquinas capillas, sino en virtud de una ley más pura y más fiera de lo que vosotros sois capaces de concebir. Ella y yo recorríamos órbita muy extraña a la vuestra, y andábamos por palacios de cristal, mientras vosotros movíais tráfago por entre túneles y pasadizos de tosco ladrillo. Harto sé yo que la policía, teológica o no, supone que dondequiera que ha habido amor puede haber odio, y aquí está la primera base para la acusación. Pero el segundo punto

es todavía más importante, y yo lo ofrezco por eso de buena gana: no sólo es verdad que Páuline me amaba, sino que es cierto también que esta misma mañana, antes de que ella muriera, escribió en esa mesa su testamento haciendo para mí y mi nueva iglesia un legado de medio millón. ¡Ea, pues! ¿Dónde están las esposas? ¿Os figuráis que me afligen las miserias a que pudierais someterme? Toda servidumbre penal será para mí como el esperar a mi amada en la estación del camino. Y la horca misma será para mí como un viaje hacia el país donde está ella, un viaje en un carro despeñado.

Todo esto lo dijo con gran autoridad oratoria, agitando la cabeza, mientras Flambeau y Joan Stacey lo escuchaban llenos de asombro. La cara del padre Brown sólo expresaba el más profundo dolor, y miraba al suelo con una angustiosa arruga pintada en la frente. El profeta se recostó gallardamente en la chimenea y continuó:

—En pocas palabras le he dado a usted los elementos de mi acusación, de la única acusación posible contra mí. En menos palabras voy a destrozarla hasta no dejar una sola huella. En cuanto al hecho concreto del crimen, la verdad queda encerrada en una simple frase: yo no he cometido este crimen. Pauline Stacey cayó desde este piso a las doce y cinco minutos. Un centenar de personas podrá acudir a la prueba testimonial y declarar que yo estuve en el balcón de mi piso desde poco antes de las doce hasta las doce y cuarto, que es la hora habitual de mis oraciones. Mi empleado (un honrado joven de Clapham que nada tiene que ver conmigo) jurará que él estuvo sentado en el vestíbulo toda la mañana y que no vio salir a nadie. Él jurará asimismo que me ha visto entrar diez minutos antes de la hora indicada, quince minutos antes del accidente, y que durante ese tiempo yo no he salido de la oficina ni me he movido

del balcón. Jamás pudo haber coartada más perfecta. Puedo citar a declaración a medio barrio de Westminster. Quítenme otra vez las esposas; será lo mejor. Esto se ha acabado.

»Pero todavía, para que no quede ni el menor asomo de tan estúpida sospecha, le diré a usted todo lo que usted quiere saber de mí. Creo estar al tanto de cómo vino a morir mi infortunada amiga. Si usted quiere, podrá usted echármelo en cara, o acusar por lo menos a mi religión y a mi fe, pero no encerrarme en la cárcel por ello. Es bien sabido de cuantos se consagran a las verdades superiores que algunos adeptos o *illuminati* han alcanzado realmente el poder de la levitación, es decir, la facultad de suspenderse en el aire. Este hecho no es más que una parte de la general conquista de la materia que constituye el elemento principal de esta nuestra sabiduría oculta. La pobre Pauline tenía un temperamento impulsivo y ambicioso. A decir verdad, yo creo que ella se figuraba haber profundizado los misterios mucho más de lo que en efecto había conseguido. A menudo me decía, cuando bajábamos juntos en el ascensor, que teniendo voluntad firme podría uno bajar flotando sin mayor daño que una pluma ligera. Pues bien: yo creo solemnemente que en un éxtasis de noble arrebató ella intentó el milagro. Su voluntad, o su fe, flaquearon seguramente a la hora decisiva, y las bajas leyes de la materia se vengaron horriblemente. Ésta es, señores, la verdadera historia; muy triste y, para vosotros, muy llena de presunción y maldad pero no criminal, en manera alguna: en todo, no se trata de cosa que me pueda ser imputada. En el estilo abreviado de los tribunales de policía vale más llamarla suicidio; en cuanto a mí, yo la llamaré siempre heroico fracaso en la senda del adelanto científico y el escalamiento del cielo.

Aquella fue la primera vez que Flambeau veía al padre Brown

derrotado. Seguía éste mirando el suelo con el penoso ceño arrugado, como si estuviera lleno de vergüenza. Era imposible desvanecer la impresión causada por las aladas palabras del profeta de que allí había un tétrico acusador profesional del género humano, aniquilado por un espíritu lleno de salud y libertad naturales, mucho más puro y eminente. Por fin, el padre Brown logró hablar, pestañeando y con un aire marcado de sufrimiento físico.

—Bueno; puesto que así es, caballero, no tiene usted más que tomar el testamento y marcharse. ¿Dónde lo habrá dejado la pobre señora?

—Debe de estar por ahí, en el escritorio, junto a la puerta —dijo Kalon con esa sólida candidez que, desde luego, parecía absolverle—. Ella me había dicho que hoy lo redactaría, y al pasar en el ascensor a mi departamento la vi escribiendo.

—¿Estaba la puerta abierta? —preguntó el sacerdote mirando distraídamente el ángulo de la estera.

—Sí —dijo Kalon.

—¡Ah! —contestó el otro—. Desde entonces ha estado abierta.

Y continuó estudiando la trama de la estera.

—¡Aquí hay un papel! —dijo la triste Miss Joan.

Se había acercado al escritorio de su hermana, que estaba junto a la puerta, y tenía en la mano una hoja de papel azul. En su rostro había una acre sonrisa, de lo más inoportuno en momentos como aquel. Flambeau no pudo menos de mirarla con extrañeza.

Kalon el profeta no manifestó curiosidad alguna por el papel, manteniendo siempre su regia indiferencia. Pero Flambeau lo

tomó de manos de la muchacha y lo leyó con la más profunda sorpresa. Comenzaba el papel, en efecto, con los términos sacramentales de un testamento, pero después de las palabras: «Hago donación de todo cuanto he poseído», la escritura se interrumpía de pronto con unos trazos y rayas en seco donde ya no era posible leer el nombre del legatario. Flambeau, asombrado, mostró a su amigo el clérigo este testamento trunco; el clérigo le echó mirada y se lo pasó, sin decir palabra, al sacerdote del Sol.

Un instante después, el pontífice, con sus espléndidos ropajes talares, cruzó la estancia en dos brincos, e irguiéndose cuanto largo era frente a Joan Stacey, con unos ojazos azules que parecían salirse de la cara:

—¿Qué trampa endiablada es ésta? —gritó—. Esto no es todo lo que escribió Pauline.

Todos se quedaron sorprendidos al oírle hablar en otro tono de voz, tan diferente del primero. En su habla se notaba ahora un ganguero yanqui no disimulado. Toda su grandeza y su buen inglés se le cayeron de encima como una capa.

—Esto es lo único que hay en el escrito —dijo Joan, y se le quedó mirando con la misma sonrisa perversa.

De pronto aquel hombre se soltó profiriendo blasfemias y echando de sí cataratas de palabras incrédulas. Aquella manera de abandonar la máscara era realmente penosa; era como si a un hombre se le cayera la cara que Dios le dio.

Cuando se cansó de maldecir, gritó en pleno dialecto americano:

—¡Oiga usted! Yo seré un aventurero, pero me está pareciendo que usted es una asesina. Sí, caballeros; aquí tienen ustedes

explicado su enigma, y sin recurrir a la levitación. La pobre muchacha escribe un testamento en mi favor; llega su malvada hermana, lucha por arrancarle la pluma, la arrastra hasta la reja del ascensor, y la precipita antes de que haya podido terminarlo. ¡Voto a tal! ¡Traigan otra vez las esposas!

—Como usted ha dicho muy bien —replicó Joan con horrible calma—, el ayudante de usted es un joven muy honrado que sabe bien lo que vale el juramento, y jurará, sin duda, ante cualquier tribunal, que yo estaba arriba, en el piso de usted, preparando ciertos papeles que había que copiar a máquina desde cinco minutos antes hasta cinco minutos después de que mi hermana cayera. También Mr. Flambeau le dirá a usted que me encontró arriba.

Hubo un silencio.

—¡Cómo! —exclamó Flambeau—. ¿Entonces, Pauline estaba sola cuando cayó, y se trata de un suicidio?

—Estaba sola cuando cayó —dijo el padre Brown—; pero no se trata de un suicidio.

—Entonces, ¿cómo murió? —preguntó Flambeau con impaciencia.

—Asesinada.

—¡Pero si estaba sola! —objetó el detective.

—¡Fue asesinada cuando estaba sola! —contestó el sacerdote.

Todos se le quedaron mirando, pero él conservó su actitud de desaliento, su arruga en la frente y aquella sombra de pena o vergüenza impersonal que parecía invadirle. Su voz era descolorida y triste.

—Lo que yo necesito saber —gritó Kalon, lanzando otro voto— es a qué hora viene la policía por esta hermana sanguinaria y perversa; ha matado a uno de su sangre, y a mí me ha robado medio millón que era tan sagrado y tan mío como. . .

—Pero oiga usted, oiga usted, profeta —interrumpió Flambeau con ironía—. Recuerde usted que todo este mundo es ilusión vana.

El hierofante del áureo sol hizo un esfuerzo para volver a su pedestal y dijo:

—¡Si no se trata sólo del dinero! Aunque esa suma bastaría para propagar la causa en todo el mundo. Se trata de los anhelos de mi amada. Para Pauline todo esto era santo. En los ojos de Pauline. . .

El padre Brown se levantó de un salto, tan bruscamente que derribó el sillón. Estaba mortalmente pálido, pero parecía encenderlo una esperanza: sus ojos llameaban.

—¡Eso es! —gritó con voz clara—. Por ahí hay que comenzar. En los ojos de Pauline. . .

El esbelto profeta retrocedió espantado ante el diminuto clérigo y gritó:

—¿Qué quiere usted decir? ¿Qué pretende hacer?

—En los ojos de Pauline. . . —repitió el sacerdote, con los suyos cada vez más ardientes—. ¡Continúe usted, continúe usted, en nombre de Dios! El más horrible crimen que puedan inventar los demonios es más leve después de la confesión. Confiese usted, se lo imploro. ¡Continúe usted, continúe usted! En los ojos de Pauline. . .

—¡Déjeme usted en paz, demonio! —tronó Kalon, luchando

como un gigante amarrado—. ¿Quién es usted, usted, espía maldito, para envolverme en sus telarañas y atisbar y escudriñarme el alma? ¡Déjeme usted irme en paz!

—¿Debo detenerlo? —preguntó Flambeau saltando hacia la puerta que ya Kalon tenía entreabierta.

—No; déjelo salir —dijo el padre Brown con un suspiro hondo y extraño que parecía salir del fondo del Universo.

Cuando aquel hombre hubo salido, sobrevino un largo silencio, que fue, para la impaciencia de Flambeau, una agonía de interrogaciones. Miss Joan Stacey se puso con la mayor frialdad a arreglar los papeles de su escritorio.

—Padre —dijo al fin Flambeau—, es mi deber, no sólo es cuestión de curiosidad, es mi deber averiguar, si es posible, quién cometió el crimen.

—¿Cuál crimen? —preguntó el padre Brown

—El crimen de que, tratamos, naturalmente —replicó su amigo con impaciencia.

—Es que tratamos de dos crímenes —explicó el padre Brown—, crímenes de muy distinta condición, Y también de dos criminales distintos.

Miss Joan Stacey, habiendo juntado sus papeles, echó la llave al cajón. El padre Brown prosiguió, haciendo de ella tan poco caso como ella parecía hacer de él.

—Los dos crímenes —observó— fueron cometidos aprovechándose de la misma debilidad de la misma persona y luchando por arrebatarle su dinero. El autor del crimen mayor tropezó en su camino con el crimen menor; el autor del crimen menor fue el que se quedó con el dinero.

—¡Oh, no hable usted como un conferenciante! —gritó Flambeau—. Dígalo usted en pocas palabras.

—Puedo decirlo en una sola palabra —contestó su amigo.

Miss Joan Stacey, con una muequecilla de persona ocupada se puso ante el espejo su sombrero negro de trabajo, y mientras la conversación continuaba, tomó su bolsa y su sombrilla y salió de la habitación rápidamente.

—¡La verdad —dijo el padre Brown— está en una sola y breve palabra! Pauline Stacey era ciega.

—¡Ciega! —repitió Flambeau, e irguió lentamente su enorme estatura.

—Estaba condenada a ello por nacimiento —continuó Brown—. Su hermana la hubiera obligado a usar gafas, si ella lo hubiera consentido, pero su filosofía o su capricho era que no debe uno aumentar estos males sometiéndose a ellos. No admitía, pues, la nebulosidad de su vista, o trataba de disiparla a fuerza de voluntad. Su vista, sometida a semejante esfuerzo fue empeorando. Pero todavía faltaba el último y agotador esfuerzo. Y sobrevino con ese precioso profeta, o como se llame, que la enseñó a mirar de frente al sol. A esto llamaban «la aceptación de Apolo». ¡Ay, si estos nuevos paganos fueran siquiera antiguos paganos, serían un poco mejores! Los antiguos paganos sabían que la simple y cruda adoración de la Naturaleza tiene sus lados crueles. Sabían bien que el ojo de Apolo ciega y consume.

Hubo una pausa, y el sacerdote continuó con voz suave y algo quebrada:

—No es seguro que este hombre infernal la haya vuelto ciega de propósito; pero no cabe duda que se aprovechó delibera-

damente de su ceguera para matarla. La sencillez misma del crimen es abrumadora. Ya sabe usted que tanto él como ella subían y bajaban en el ascensor sin ayuda del empleado. También sabe usted que este ascensor se desliza sin el menor ruido. Kalon subió en el ascensor hasta este piso, y pudo ver, por la puerta abierta, a la muchacha que escribía, con toda la lentitud del que ha perdido la vista, el testamento prometido. Él, entonces, le dijo amablemente que allí le dejaba el ascensor a su disposición y que cuando acabara no tenía más que salir. Dicho esto, oprimió el botón y subió sigilosamente hasta su piso, entró en su oficina, salió a su balcón, y estaba orando tranquilamente ante la muchedumbre callejera cuando la pobre muchacha, acabada su obra, corrió alegremente adonde su amante y el ascensor habían de recibirla; dio un paso. . .

—¡No! —gritó Flambeau.

—Con sólo haber oprimido ese botón —continuó el curita con la voz descolorida que usaba para describir las cosas horribles— debió haber ganado medio millón. Pero el negocio se frustró. Se frustró porque dio la pícara casualidad de que otra persona codiciara también ese dinero, persona que también conocía el secreto de la ceguera de Pauline. En ese testamento había algo de que ninguno se ha dado cuenta: aunque incompleto y sin firma de la autora, ya lo habían firmado como testigos alguna empleada y la otra Miss Stacey. Joan había firmado anticipadamente, diciendo, con un desdén de las formas legales, típicamente femenino, que ya lo acabaría Pauline después. Es decir, que Joan quería que su hermana firmara el testamento sin ningún testigo en el momento de la firma. ¿Por qué? Pienso en la ceguera de Pauline y creo seguro que Joan lo que se proponía al desear que Pauline firmara sin testigos era sencillamente que fuera incapaz de firmarlo, según voy a explicar.

»Esta gente acostumbra siempre usar plumas estilográficas. Para Pauline era una verdadera necesidad. Ella, por el hábito y la fuerza de voluntad, era capaz todavía de escribir como si conservara ilesa la vista, pero le era imposible darse cuenta de cuándo había que mojar la pluma en el tintero. De suerte que era su hermana la encargada de llenar las plumas, y todas las llenaba con el mayor cuidado, menos una, que dejó de llenar también con el mayor cuidado. Y sucedió que el resto de la tinta bastó para trazar una línea y luego se agotó. Y el profeta perdió quinientas mil libras esterlinas y cometió, por nada, uno de los asesinatos más brutales y más brillantes que registra la Historia.

Flambeau se dirigió a la puerta y oyó los pasos de la policía que venía por la escalera.

—Para poder en diez minutos reconstruir el crimen de Kalon —dijo, volviendo al lado de su amigo— habrá usted tenido que hacer un esfuerzo endemoniado.

El padre Brown se agitó en su asiento:

—¿El crimen de Kalon? —repuso—. No. Más trabajo me ha costado poner en claro el de Miss Joan y la estilográfica. Yo comprendí que Kalon era el criminal antes de entrar en esta casa.

—No exagere usted —dijo Flambeau.

—No; lo digo en serio —contestó el sacerdote—. Le aseguro a usted que comprendí que era él quien lo había hecho aun antes de saber qué era lo que había hecho.

—¿Cómo así?

—Estos estoicos paganos —dijo el padre Brown, reflexivo—

siempre fracasan por su exceso de energía. Hubo un ruido, hubo una gritería en la calle y, a pesar de todo, el sacerdote de Apolo no se inmutó, ni siquiera miró. Yo no sabía de qué se trataba, pero comprendí que era algo que a él no lo tomaba de sorpresa.

EL DUELO DEL DOCTOR HIRSCH

Los señores Maurice Brun y Armand Armagnac cruzaban los soleados Campos Elíseos con mesurada vivacidad. Los dos eran de corta estatura, animosos y audaces. Los dos llevaban barbas negras que no correspondían a su rostro, porque seguían la moda francesa, empeñada en darle al pelo un aire de artificio. La barba de *Monsieur* Brun parecía pegada bajo el labio inferior y, para variar, la de *Monsieur* Armagnac estaba partida por la mitad y semejava dos manojos de pelo pegados a cada carrillo. Entrambos eran jóvenes, jóvenes y ateos, con una firmeza de miras deprimente, pero gran movimiento de alardes. Los dos eran discípulos del doctor Hirsch, gran hombre de ciencia, publicista y moralista.

Monsieur Brun había alcanzado celebridad por su propuesta de que la expresión común «Adiós» se borrara de todos los clásicos y se impusiera una pequeña multa a cuantos la usasen en la vida privada. «Pronto —decía— dejará de sonar en los oídos del hombre el nombre de Dios que habéis imaginado.» *Monsieur* Armagnac se especializaba en combatir el militarismo, y pretendía que el coro de la *Marsellesa* se modificase de

modo que «A las armas, ciudadano» quedase convertido en «A las tumbas, ciudadano». Pero su antimilitarismo era peculiar y tenía mucho de francés. Un eminente y acaudalado cuáquero inglés, que fue a verlo para hablarle del desarme de todo el mundo, se quedó sorprendido cuando le propuso Armagnac que, para empezar, los soldados habían de disparar contra los oficiales.

En este aspecto diferían principalmente los dos amigos de su director y maestro en filosofía. El doctor Hirsch, aunque nacido en Francia y dotado de todas las virtudes propias de la educación francesa, era, por temperamento, de otro tipo: suave, idealista, piadoso, y a pesar de su sistema escéptico, no exento de trascendentalismo. Se parecía, en fin, más a un alemán que a un francés; y aunque lo admiraban mucho, en la subconsciencia de aquellos franceses había cierto resquemor por la manera pacífica que tenía de propagar el pacifismo. Para sus partidarios del resto de Europa, sin embargo, Paul Hirsch era un santo de la ciencia. Su austera y atrevida teoría del cosmos pregonaba su vida ascética y su moralidad de hombre puro, aunque algo frío. En él se armonizaban la posición de Darwin y la de Tolstoi, pero no era anarquista ni antipatriota. Sus doctrinas sobre el desarme eran moderadas y evolucionistas. El mismo Gobierno de la República ponía gran confianza en él respecto a varios adelantos químicos. Su último descubrimiento fue una pólvora sin ruido o pólvora sorda, cuyo secreto guardaba cuidadosamente el Gobierno.

Estaba su casa en una bonita calle, cerca del Elíseo, calle que en pleno verano parecía tan densa de follaje como el mismo parque. Una hilera de castaños interceptaban el sol en toda la calle, menos en un trecho ocupado por un gran café con terraza al aire libre. Casi frente al establecimiento se alzaba la casa

blanca, con ventanas verdes, del sabio, por cuyo primer piso corría un balcón de hierro pintado también de verde. Debajo estaba la entrada a un estrecho patio que desbordaba jubilosamente de arbustos y de tilos, y que los dos franceses cruzaron en animada conversación.

Les abrió la puerta Simón, el viejo criado del doctor, que bien podía hacerse pasar por el doctor mismo, con su irreprochable traje negro, sus gafas, su cabello gris y sus maneras reservadas. Realmente, estaba más presentable como hombre de ciencia que su amo, el doctor Hirsch, cuyo cuerpo parecía un tenedor clavado a la papa de su cabeza. Con toda la seriedad de un médico que larga una receta, entregó una carta a M. Armagnac. Éste la abrió con la paciencia propia de su raza y leyó apresuradamente lo que sigue:

«No puedo bajar a hablar con ustedes. Hay un hombre en esta casa a quien me he negado a ver. Es un oficial chauvinista, llamado Dubosc. Se ha sentado en la escalera, después de patearme todos los muebles. Me he encerrado en mi despacho, que está frente al café. Si me quieren ustedes, vayan al café y siéntense en una de las mesas de fuera. Procuraré mandarles a ese tipo para que se entiendan con él. Yo no puedo recibirlo. No puedo y no quiero.

»Vamos a tener otro caso Dreyfus.

P. Hirsch.»

Monsieur Armagnac miró a M. Brun. *Monsieur* Brun tomó la carta, la leyó y miró a M. Armagnac. Luego, los dos se apresuraron a instalarse en una de las mesitas, a la sombra

de un castaño, y pidieron dos copas enormes de un terrible ajenjo verde que, por lo visto, entre ambos podían beber en cualquier época del año y a cualquier hora. El café estaba poco menos que vacío. Sólo había un militar tomando café en una mesa, y en otra un hombre corpulento que bebía un jarabe y un sacerdote que nada bebía.

Maurice Brun aclaró su garganta y dijo:

—Claro que hemos de ayudar al maestro en todos los apuros, pero. . .

Se hizo un repentino silencio que rompió Armagnac diciendo:

—Puede que tenga motivos fundados para no entrevistarse personalmente con ese hombre, pero. . .

Antes que pudiera acabar el pensamiento, se hizo patente que el intruso había sido expulsado de la casa de enfrente. Los arbustos que crecían junto a la entrada se agitaron moviéndose a un lado, y el huésped indeseado salió arrojado como una bala de cañón.

Era un tipo robusto, que llevaba un pequeño sombrero tiroles de fieltro y tenía ese aire inconfundible de los tiroleses. Sus hombros eran anchos y macizos pero sus piernas resultaban ligeras con los calzones y las medias de punto. Su cara era morena como una castaña y sus ojos vivarachos, negros y brillantes; sus cabellos negros estaban peinados hacia atrás, dejando ver una frente ancha y poderosa, y llevaba un bigote negro como los cuernos de un bisonte. Una cabeza como aquella descansa generalmente sobre un cuello de toro, pero el cuello se ocultaba en un ancho pañuelo que le llegaba hasta las orejas y se cruzaba bajo la chaqueta, como si fuera un chaleco. Era un pañuelo de colores fuertes, probablemente de

fabricación oriental. En conjunto, presentaba aquel hombre un aspecto algo bárbaro, que le daba más aire de señor húngaro que de oficial francés. Pero su acento era tan puro como el del más castizo y su patriotismo francés rayaba en lo ridículo. Lo primero que hizo al verse en la calle fue gritar con voz de clarín:

—¿No hay por aquí ningún francés? —como si llamase a los cristianos en La Meca.

Armagnac y Brun se levantaron al momento, pero llegaron demasiado tarde. De todas las esquinas acudió corriendo la gente, y en pocos segundos se reunió un grupo, si no muy numeroso, muy apiñado. Con el instinto del francés que conoce el temperamento de los políticos callejeros, el hombre del bigote negro corrió a un lado del café, y en un momento se subió a una mesa desde la cual, asiéndose a la rama de un castaño para mejor guardar el equilibrio, gritó como cuando Camilo Desmoulins desparramó las hojas del roble entre el populacho:

—¡Franceses! ¡No puedo hablar! ¡Dios me protege, y por eso estoy hablando! ¡Los que enseñan a hablar con sus puercos discursos también enseñan a guardar silencio, el silencio que guarda ese espía que se oculta en la casa de enfrente, el silencio con que me ha contestado al golpear la puerta de su dormitorio, el silencio en que se envuelve ahora, aunque oye mi voz a través de la calle y tiembla en su asiento! ¡Ah! ¡Pueden seguir observando un silencio elocuente los políticos! Pero ha llegado la hora en que los que no podemos hablar hemos de hablar. Os está vendiendo a los prusianos. Os está vendiendo ahora mismo. Y el traidor es ese hombre. Yo soy Jules Dubosc, coronel de artillería, en Belfort. Ayer mismo capturamos a un espía alemán en los Vosgos y le encontramos un papel, papel que tengo en mi mano. ¡Ah! Nos lo querían ocultar, pero yo

lo he traído en seguida al mismo que lo escribió, que es el que vive en esa casa. Está escrito de su puño y letra y firmado con sus iniciales. Son las instrucciones para encontrar el secreto de esa nueva pólvora sorda. Hirsch la inventó. Esta nota está en alemán y se encontró en el bolsillo de un alemán: «Dígales que la fórmula para la pólvora está en el sobre gris del primer cajón de la derecha de la mesa del secretario, Ministerio de la Guerra, en tinta roja. Mucho cuidado.—P. H.»

Añadió algunas frases cortas y contundentes como disparos, pero se veía bien claro que aquel hombre o estaba loco o decía la verdad. La mayor parte de los reunidos eran nacionalistas y gritaban ya amenazadores, y la oposición de algunos intelectuales, a cuya cabeza estaban Armagnac y Brun, sólo contribuyó a que la mayoría se mostrase más intransigente.

—Si es un secreto militar —gritó Brun—, ¿por qué lo revela usted a gritos en la calle?

—¡Le diré por qué lo hago! —bramó Dubosc, dominando el vocerío de la multitud—. Fui a ver a ese hombre con carácter particular. Si tenía que darme alguna explicación, podía hacerlo con entera confianza. Se ha negado a explicarse en absoluto y me ha remitido a dos desconocidos que estaban en un café, como a dos lacayos. ¡Me ha arrojado de su casa, pero volveré a entrar en ella con el pueblo de París tras de mí!

Un griterío formidable estremeció la fachada de la casa y dos piedras volaron por el aire, rompiendo una de ellas un cristal del balcón. El indignado coronel desapareció otra vez por el portal y se oyeron sus gritos escandalizando el interior de aquella morada. La multitud aumentaba por momento, rugía y amenazaba, y ya parecía irremediable que tomase por asalto aquel edificio como otra Bastilla, cuando se abrió una de las

puertas del balcón y apareció el mismo doctor Hirsch. Por un momento el furor de la muchedumbre se convirtió en risa al ver aquel tipo ridículo en escena. Su cuello largo y lo abatido de sus hombros le daban la apariencia de una botella de champaña, y no era ésta su única nota cómica. Le colgaba la capa como de una percha, llevaba descuidados sus cabellos color zanahoria, y su cara estaba enmarcada por una de esas barbas antipáticas que pasan muy por debajo de la boca. Estaba muy pálido y escondía sus ojos tras gafas azules.

Aunque parecía alterado, habló con acento de tan serena decisión, que hizo enmudecer al populacho a la tercera frase.

—... Sólo dos cosas que decirles por el momento. La primera es para mis enemigos; la segunda, para mis amigos. A mis enemigos les digo: es verdad que no quiero recibir al señor Dubosc, a pesar del escándalo que en este momento está armando a la puerta de mi despacho. Es verdad que he rogado a dos señores que se las entiendan con él en mi nombre. ¡Y les diré por qué! Porque no quiero ni debo recibirlo, pues sería esto quebrantar los principios de la dignidad y del honor. Antes que pueda justificarme ante los tribunales, apelaré a un recurso que habrá de aceptarme como caballero, y al remitirlo a mis padrinos obro estrictamente...

Armagnac y Brun agitaron los sombreros como dos locos, y hasta los enemigos del doctor aplaudieron como energúmenos al oír el inesperado desafío, ahogando en sus aclamaciones unas cuantas frases del orador, que luego siguió diciendo:

—Y a mis amigos: en cuanto a mí, preferiré luchar con las armas de la inteligencia, que serán las únicas que decidirán las contiendas de la Humanidad verdaderamente avanzada. Pero hoy todavía se funda la preciosa verdad en la fuerza material

y hereditaria. Mis libros han obtenido indiscutible éxito; nadie ha refutado mis doctrinas, pero en política estoy sufriendo los prejuicios tan arraigados en Francia. No puedo hablar como Clemenceau y Déroulède, cuyas palabras suenan como pistoletazos. Los franceses se entusiasman con el duelista como los ingleses con el deportista. Está bien; acepto la prueba; pagaré mi tributo a esta costumbre bárbara y volveré a la razón para el resto de mi vida.

Inmediatamente salieron del gentío dos hombres dispuestos a ofrecer sus servicios al coronel Dubosc. Uno resultó ser el militar que estaba en el café, que dijo sencillamente: «Me pongo a sus órdenes, señor. Soy el duque de Valognes.» El otro era el hombre corpulento a quien su amigo el sacerdote trató al principio de disuadir, aunque luego se marchó solo.

A primeras horas de la tarde se servía una ligera comida en la parte posterior del café de Carlomagno, cuyas mesas se ponían a la sombra de los árboles. A una de las más céntricas se sentaba un sacerdote bajito y rechoncho, que se aplicaba con la más seria satisfacción a un plato de boquerones. Aunque llevaba de ordinario una vida sencilla y austera, de vez en cuando le gustaba regalarse con algún plato exquisito. Era un epicúreo moderado. Comía sin levantar la vista del plato, ante el cual se alineaban ordenadamente otros platos con pimientos, pan moreno y manteca, etcétera, hasta que se proyectó una gran sombra sobre la mesa y su amigo Flambeau se sentó al otro lado. Flambeau estaba sombrío.

—Temo que habré de abandonar este asunto —dijo, como si aquello le preocupase enormemente—. Estoy de parte de los soldados franceses como Dubosc y contra los ateos como Hirsch; pero creo que en esta ocasión nos hemos equivocado. El duque y yo pensamos que sería conveniente investigar el fun-

damento de las acusaciones, y he de decir que me alegro de haberlo hecho.

—¿Entonces, el papel es una falsificación? —preguntó el sacerdote.

—Aquí está precisamente lo extraño —contestó Flambeau—. La letra es exactamente igual a la de Hirsch, y nadie podría engañarse respecto a esto. Pero no ha sido escrito por Hirsch. Si es un patriota francés, no ha escrito él una información destinada a los alemanes. Y si es un espía alemán, tampoco lo ha escrito él, porque no proporciona informe alguno a los alemanes.

—¿Quiere usted decir que el informe es falso? —preguntó el padre Brown.

—Falso —contestó el otro—, y falso precisamente en aquello que el doctor Hirsch podía ser veraz; en lo del lugar donde se guarda su propia fórmula secreta, en su propio departamento oficial. Por especial favor de Hirsch y de las autoridades, se nos ha permitido ver el cajón secreto donde se guarda la fórmula del doctor en el Ministerio de la Guerra. Somos los únicos que lo han visto, aparte del mismo inventor y del ministro de la Guerra; pero el ministro nos lo permitió para evitar que Hirsch se batiese en duelo. Después de esto, no podemos apadrinar a Dubosc, si su revelación no es más que agua de borrajas.

—¿Y lo es? —preguntó el cura.

—Lo es —dijo su amigo con amargura—. Es una burda falsificación de quien nada sabe del verdadero escondite. Dice que el papel se halla en el armario de la derecha de la mesa del secretario. En realidad, el armario con el cajón secreto está un poco a la izquierda de la mesa del secretario. Dice que el sobre

gris contiene un extenso documento escrito en tinta roja. No está escrito en tinta roja, sino en tinta negra. Es ridículo decir que Hirsch se haya podido equivocar respecto a un papel que nadie más que él reconoce, o que haya tratado de ayudar a un ladrón extranjero haciéndole revolver un cajón en el que nada podía encontrar. Creo que debemos dejar esto y presentar nuestras excusas al doctor.

El padre Brown parecía cavilar, y preguntó mientras pinchaba con el tenedor otro boquerón:

—¿Está usted seguro de que el sobre gris se halla en el armario de la izquierda?

—Segurísimo —contestó Flambeau—. El sobre gris... en realidad, era blanco, estaba...

El padre Brown dejó el tenedor y el plateado pescado y se quedó mirando fijamente a su compañero.

—¿Qué? —preguntó con voz alterada.

—¿Cómo, qué? —repitió Flambeau, tragando con apetito.

—Que no *era* gris —dijo el sacerdote—. Flambeau, no me asuste.

—¿Por qué ha de asustarse?

—Me asusta el sobre blanco —explicó el otro, muy serio—. ¡Si al menos hubiera sido gris...!, pero si es blanco, todo este negocio está muy seguro. El doctor se ha metido en un berenjenal, después de todo.

—¡Pero le repito que no puede haber escrito él semejante nota! —gritó Flambeau—. La nota es falsa respecto a los hechos, e, inocente o culpable, el doctor Hirsch los conocía perfectamen-

te.

—El que escribió la nota conoce todos los hechos —dijo secamente el clérigo—. Nadie sería capaz de falsificarlos tanto sin conocerlos. Hay que saber mucho para mentir en todo, como el diablo.

—¿Quiere decir...?

—Quiero decir que el hombre que miente a la ventura dice alguna verdad. Suponga usted que alguien lo mandara en busca de una casa con puerta verde y ventana azul, con jardín delante, pero sin jardín detrás, con un perro, pero sin gato, y en donde se bebe café, pero no té. Dirá usted que si no encuentra esa casa, todo era una mentira. Pero yo digo que no. Yo digo que si encuentra usted una casa cuya puerta sea azul y cuya ventana sea verde; que tenga un jardín detrás y no lo tenga delante; en que abunden los gatos y se ahuyente a los perros a escobazos; donde se beba té a todo pasto y esté prohibido el café... , podrá estar seguro de haber dado con la casa. Quien le dio las señas debía conocer la casa para mostrarse tan cuidadosamente descuidado.

—Pero ¿qué podría significar esto? —preguntó el comensal.

—No lo concibo —contestó Brown—. No llego a comprender este caso de Hirsch. Mientras sólo fuese el cajón de la izquierda en vez del de la derecha y tinta roja en vez de negra, podría pensar que eran errores causales de un falsificador, como usted dice. Pero tres es un número cabalístico: a la tercera va la vencida, como suele decirse. Que la situación del cajón, el color de la tinta, el color del sobre se confundan por accidente, no puede ser una coincidencia. No lo ha sido.

—Pues ¿qué ha sido entonces? ¿Una traición? —preguntó Flam-

beau, continuando su comida.

—Tampoco lo sé —contestó Brown con cara de hombre aturcido—. Lo único que se me ocurre pensar. . . Jamás comprendí el caso Dreyfus. La prueba moral se me hace más comprensible que cualquier otra clase de prueba. Me rijo por la voz y los ojos de un hombre, por sus gustos y sus repugnancias, por el aspecto de felicidad de su familia. En fin, en el caso de Dreyfus me hacía un embrollo. No por los horrores que se imputaban ambas partes; sé (aunque no sea muy modesto decirlo) que la naturaleza humana, en los puestos más elevados, aún es capaz de dar Gengis y Borgias. No; lo que me desconcertaba era la *sinceridad* de ambas partes. No me refiero a los partidos políticos; la tropa siempre es honesta, y a veces incauta. Quiero decir las personas que entraban en juego. Los conspiradores, si los hubo. El traidor, si lo hubo. Los hombres que *debían* haber sabido la verdad. Dreyfus se conducía como un hombre que *sabe* que es hombre calumniado. Pero los estadistas franceses se portaban como si *supiesen* que no era un hombre calumniado, sino un malvado. No digo que se portaran bien, sino que lo hacían como si estuviesen convencidos de ello. No puedo explicar bien esto; pero sé lo que quiero decir.

—Pero ¿qué tiene que ver todo eso con nuestro Hirsch? —preguntó el otro.

—Supongamos que una persona que ocupa un cargo de confianza —siguió diciendo el sacerdote— empieza a dar al enemigo informes porque sabe que son falsos. Supongamos que cree que salva a su país engañando al extranjero. Supongamos que esto lo lleva a centros de espionaje donde se le hacen pequeños préstamos y se encuentra más o menos atado. Supongamos que atolondradamente cambia de postura, no diciendo nunca a los espías extranjeros la verdad, pero permitiéndoles que poco a

poco la adivinen. Siempre podría decir en defensa propia: «Yo no he ayudado al enemigo, dije que era el cajón izquierdo.» Pero sus acusadores podrían decir: «Pero el enemigo podría ser bastante inteligente para comprender que querías decir el derecho.» Creo que esto es admisible psicológicamente en nuestra época de cultura, claro.

—Eso puede ser psicológicamente posible —contestó Flambeau— y explicaría, sin duda, que Dreyfus estuviera convencido de que se le calumniaba mientras sus jueces lo estaban de su culpabilidad. Pero el asunto no pierde por eso nada de su color históricamente, porque el documento de Dreyfus (si era suyo), era, literalmente, correcto.

—Yo no pensaba en Dreyfus —dijo el padre Brown.

Las mesas se habían ido desocupando y había más silencio; ya era tarde, pero aún el sol lo doraba todo, como si hubiese quedado prendido en las copas de los árboles. En el silencio, Flambeau hizo crujir la silla al moverla a un lado y, apoyándose de codos en la mesa, dijo con cierta aspereza:

—Bueno, pues; si Hirsch no es más que un tímido traidor. . .

—No sea usted con ellos demasiado riguroso —dijo el sacerdote con mansedumbre—. No tienen la culpa; pero carecen de instinto. Me refiero a esa virtud que hace que una mujer se niegue a bailar con un hombre o que un hombre acepte una investidura. Les han enseñado que todo es cuestión de grados.

—Sin embargo —exclamó Flambeau, con impaciencia—, no hay mala intención por parte de mi representado, y debo seguir el asunto adelante. Dubosc puede ser un poco loco, pero no deja de ser un patriota.

El padre Brown siguió comiendo boquerones. La parsimonia

con que lo hacía irritó a su amigo, que le dirigió una mirada de fuego y le preguntó:

—¿Qué tiene usted que decir? Dubosc tiene toda la razón, en cierto modo. ¿Dudará usted de él?

—Amigo mío —contestó el sacerdote, dejando el cuchillo y el tenedor con aire de desesperación—, yo dudo de todo. Quiero decir de todo lo que ha pasado hoy. Dudo del hecho mismo, aunque ha ocurrido ante mis propios ojos. Dudo de todo lo que han visto mis ojos desde esta mañana. En este asunto hay algo que se diferencia por completo de los casos ordinarios de policía, en que media un hombre que miente más o menos y otro que dice más o menos la verdad. Aquí los dos hombres. . . ¡Bueno! Ya le he dicho que la opinión que yo puedo exponer sobre el caso a nadie satisfaría. Tampoco a mí me satisface.

—Ni a mí —replicó Flambeau, con cara adusta, mientras el otro seguía comiendo pescado con aire de absoluta resignación—. Si no puede usted sugerir más que la opinión de que se trata de un mensaje transmitido por los contrarios, para mí no hay cosa más clara; pero. . . , ¿cómo llamaría usted a eso?

—Yo lo llamaría flojo —replicó el cura, con viveza—, extraordinariamente flojo. Pero eso es lo más chocante de todo el asunto. La mentira parece la de un muchacho de primeras letras. No hay más que tres versiones: Dubosc, Hirsch y mi idea. Esa nota ha sido escrita o por un funcionario francés para perder a un oficial francés, o por un oficial francés para ayudar a funcionarios alemanes, o por el oficial francés para engañar a funcionarios alemanes. Está bien. Podía esperarse un documento secreto pasando de mano en mano entre esta fuente, oficiales o funcionarios, probablemente cifrado, y desde luego, abreviado, seguramente científico y en términos estrictamente

te técnicos; pero no: se escribe de la manera más sencilla y con un laconismo espantoso: «En la gruta roja hallará el casco dorado.» Parece que... , que quisieran dar a entender que se había de llevar a cabo en seguida.

No pudo seguir aquella discusión, porque, en aquel momento, un individuo, que vestía el uniforme francés, se acercó a la mesa como el viento y se les sentó al lado, de sopetón.

—Traigo noticias extraordinarias —dijo el duque de Valognes—. Vengo de ver a nuestro coronel. Está haciendo las maletas para marcharse y nos ruega que presentemos sus excusas *sur le terrain*.

—¿Cómo? —gritó Flambeau, con acento de incredulidad—. ¿Que lo excusemos?

—Sí —contestó el duque, ásperamente—, entonces, y allí mismo, ante todos, cuando ya estén desenvainadas las espadas. Y usted y yo hemos de hacer eso mientras él huye.

—Pero, ¿qué significa esto? —gritó Flambeau—. ¿Es posible que tenga miedo de ese enclenque de Hirsch? ¡Diablo! —exclamó con indignación—. ¡Nadie puede temer a Hirsch!

—¡Creo que debe de ser una intriga! —profirió Valognes—: Alguna intriga de los judíos francmasones. Esto redundará en honor y gloria de Hirsch... .

El rostro del padre Brown era vulgar, pero expresaba una curiosa satisfacción. Brillaba tanto en la ignorancia de una cosa como en la comprensión; pero siempre lo iluminaba un resplandor cuando se le caía la máscara de la estupidez para ser sustituida por la de la inteligencia, y Flambeau, que conocía a su amigo, sabía que en aquel momento lo había comprendido todo. Sin decir nada, Brown acabó finalmente el plato de

pescado.

—¿Dónde ha visto usted, últimamente, a nuestro lindo coronel? —preguntó Flambeau, muy enojado.

—En el Hotel Saint Louis, cerca del Elíseo, donde lo dejamos. Le repito que está haciendo las maletas.

—¿Cree usted que estará aún allí? —preguntó Flambeau, con cara sombría.

—No creo que se haya marchado aún —contestó el duque—. Se está preparando para emprender un largo viaje. . .

—No —atajó el padre Brown, simplemente, pero levantándose resuelto—, para un viaje muy corto. Mejor dicho: para el más corto de los viajes. Pero aún podemos atraparlo si montamos en un automóvil.

Ni una palabra más pudieron arrancarle hasta que el coche torció por la esquina del Hotel Saint Louis, donde se apearon, para meterse, por indicación del sacerdote, en una calle estrecha, envuelta en la oscuridad. Cuando el duque preguntó, en su impaciencia, si Hirsch era o no culpable de traición, contestó casi distraído:

—No, sólo de ambición, como César. —Y luego añadió de una manera incoherente—: Lleva una vida muy retraída y solitaria; se lo ha de hacer todo él mismo.

—Pues si es ambicioso, ahora quedará satisfecho —observó Flambeau, con cierta amargura—. Todo París lo proclamará, ahora que el maldito coronel se marcha con el rabo entre las piernas.

—No hable usted tan fuerte —dijo el padre Brown, bajando la voz—; porque su maldito coronel está a la vista.

Todos se aplastaron contra las sombras de la pared, viendo, en efecto, que el robusto coronel caminaba por la calle contigua con una maleta en cada mano. Ofrecía el mismo aspecto estrafalario que cuando lo vieron por vez primera, aun cuando había sustituido sus polainas por unos pantalones corrientes. No podía negarse que se escapaba del hotel.

Lo siguieron por una de esas calles angostas y tristes que dan la impresión del reverso de las cosas o del interior de los escenarios. A un lado se alargaba una pared incolora, rota de vez en cuando por puertas macizas y sucias de barro y de polvo, muy bien cerradas y sin más ornamento que el grotesco dibujo trazado con yeso por algún muchacho transeúnte. Por encima de la tapia asomaban, de vez en cuando, las copas de los árboles, detrás de los cuales podía barruntarse alguna que otra galería perteneciente a grandes edificios parisienses, relativamente cercanos, aunque parecían tan inaccesibles como escarpadas montañas de mármol. Al otro lado de la calleja corría la alta y dorada verja de un parque oscuro.

Flambeau miraba todo aquello con especial curiosidad.

—Sabe usted —observó— que noto una particularidad en esta calle que...

—¡Hola! —exclamó el duque—. Ese tipo ha desaparecido. ¡Se ha desvanecido como un maldito duende!

—Tiene una llave —explicó el clérigo—. No ha hecho más que entrar por una de esas puertas.

Y aún hablaba cuando oyeron el golpe de una pesada puerta al cerrarse casi frente a ellos. Flambeau se acercó corriendo a la puerta que así se cerraba en sus propias narices y se detuvo, atusándose el negro bigote con furiosa curiosidad. De pronto se

encogió como un gato, y dando un brinco se subió a la tapia, donde su corpulencia se destacó negra como la copa de un árbol.

El duque se volvió al sacerdote.

—La fuga de Dubosc es más complicada de lo que pensábamos —le dijo—; pero supongo que huye de Francia.

—Huye de todas partes —contestó el padre Brown.

Relumbraron los ojos de Valognes, pero bajó la voz al preguntar:

—¿Cree que va a suicidarse?

—En todo caso no se encontrará el cadáver —replicó el otro.

De lo alto de la pared les llegó una exclamación ahogada de Flambeau, que dijo en francés:

—¡Dios mío! ¡Ahora sé dónde estamos! En la parte de atrás de la casa donde vive Hirsch. Reconocería cualquier casa viéndola por detrás, como a un hombre por la espalda.

—¡Y Dubosc se ha metido ahí! —gritó el duque, golpeándose las caderas—. ¡Después de todo se encontrarán! —con la pronta decisión de un francés saltó la tapia y se sentó con la pierna colgando, presa de viva agitación. El sacerdote se quedó solo abajo contemplando, pensativo, el parque que tenía delante.

Aunque el duque era de suyo curioso, tenía el instinto de un aristócrata y más deseaba mirar la casa que espiar lo que allí pasaba; pero Flambeau, que tenía el instinto de un ladrón escalador de viviendas y de un detective, ya se había colgado de la horca de una rama, por la que trepó hasta muy cerca de la única ventana iluminada, tras la cual se había corrido una

cortina encarnada, pero no tan completamente que no dejase un resquicio a un lado por el que, inclinándose un poco sobre una rama delgada que apenas podía sostenerlo, pudo ver al mismísimo coronel Dubosc en el momento en que entraba a un dormitorio tan lujoso como alumbrado. Y a pesar de que Flambeau estaba muy cerca de la casa, oía la conversación que sus dos compañeros sostenían, en voz baja, junto a la tapia.

—Bien, después de todo, se encontrarán.

—No se encontrarán nunca —replicó el padre Brown—. Hirsch tenía razón al decir que para solventar asuntos como éste, los principales promotores nunca se encuentran. ¿No ha leído usted una historia eminentemente psicológica de Henry James sobre dos personas que por casualidad nunca se encontraron y que acabaron por temerse mutuamente, pensando que aquel era su destino? Éste es un caso parecido, pero más curioso.

—Hay gente en París que los curará de esas fantasías de locos —opuso Valognes, con acento de venganza—. Verá usted cómo se encuentran si los atrapamos y obligamos a batirse.

—No se encontrarán ni en el día del juicio —dijo el sacerdote—. Aunque el Dios Todopoderoso los llamase a juicio y San Miguel tocara la trompeta para que cruzaran las espadas, si se presentaba uno, el otro dejaría de acudir.

—¿Pero qué significa ese misterio? —exclamó el duque, impaciente—. ¿Por qué no se han de encontrar como otra gente cualquiera?

—Porque son opuestos entre sí —contestó el padre Brown, con una sonrisa bondadosa—. Se contradicen mutuamente. Se aniquilan, por decirlo así.

Y siguió mirando a la oscuridad de los árboles, mientras Va-

lognes volvía la cabeza al oír una ahogada exclamación de Flambeau. Éste, que no quitaba la vista de la habitación alumbrada, acababa de ver cómo el coronel, después de dar unos pasos, procedía a quitarse la chaqueta. Flambeau creyó, de momento, que se trataba de una lucha que iba a empezar; mas pronto comprendió que era otra cosa. La robustez y reciedumbre torácica de Dubosc no era más que rellenos de guata, que desaparecieron con la prenda de vestir. En camisa y pantalones como un esbelto caballero, se dirigió al cuarto de baño sin más propósito hostil que el de bañarse. Se acercó a un lavabo, se secó su cara y manos goteantes y volvió a la zona de luz, que le dio de lleno en el rostro. El color moreno de su piel había desaparecido, el bigote negro había desaparecido; su cara estaba rasurada y palidísima; del coronel no quedaban más que sus brillantes ojos de halcón. Al pie de la tapia, el padre Brown seguía cavilando como en un soliloquio:

—Esto es lo que yo decía a Flambeau. Estos elementos tan opuestos no se dan, no actúan, no luchan. Si es blanco en vez de negro, sólido en vez de líquido, y así hasta agotar la lista, algo va mal, *monsieur*, algo va mal. Uno de esos hombres es rubio y el otro moreno, uno recio y el otro delgado, uno fuerte y el otro débil. Uno tiene bigote sin barba y no se le puede ver la boca, el otro lleva barba y no se le pueden ver las mejillas. Uno lleva el pelo cortado al rape, pero también un pañuelo grande que le cubre el cráneo, y el otro lleva caído el cuello de la camisa, pero también el pelo largo que le cubre el cráneo. Todo eso es demasiado limpio y correcto, *monsieur*, para que haya algo malo. Las cosas tan opuestas no pueden reñir. Cuando la una sale, la otra entra. Como la cara y la máscara, como la cerradura y la llave. . .

Flambeau no apartaba un momento la vista del interior de la

casa y estaba blanco como la cera. El ocupante de la habitación estaba de espaldas a él, pero delante de un espejo, y se había encajado una barba rubia de pelo desordenado, que le daba la vuelta a la cara y le dejaba al descubierto una boca burlesca. Reflejada en el espejo, parecía la cara de Judas, riendo horrendamente entre las llamas del fuego del infierno. Por un momento vio el atónito Flambeau cómo se movían las rubias cejas para quedar ocultas en unas gafas azules. Y envuelta en una bata negra, aquella figura diabólica desapareció por la parte delantera de la casa. Momentos después, un estruendo de aplausos llegados de la calle paralela al callejón anunciaba que el doctor Hirsch había aparecido otra vez en el balcón.

EL POZO SIN FONDO

En un oasis o verde isla de los mares de arena, rojos y amarillos, que se extienden más allá de Europa en dirección a Oriente, se puede hallar un contraste un tanto fantástico, que no es menos típico de un lugar como aquél porque los tratados internacionales hayan hecho de él un puesto avanzado de la ocupación británica. El sitio es famoso entre los arqueólogos por algo que no es precisamente un monumento, sino un simple agujero en el suelo. Pero es un agujero redondo como el de un pozo, y probablemente perteneció a unas grandes obras de irrigación de fecha remota y discutida, tal vez lo más antiguo de aquel antiguo país. Hay una orla verde de palmas y chumberas alrededor de la negra boca del pozo; pero nada queda de la mampostería exterior, salvo dos piedras voluminosas y maltratadas que se levantan como jambas de un portal que a ningún sitio conduce y en las cuales algunos de los arqueólogos más idealistas, en ciertos momentos del amanecer o de puesta de sol, se figuran descubrir borrosas líneas de figuras o facciones de una monstruosidad más que babilónica; mientras que arqueólogos más racionalistas, en las horas más racionales de la plena luz, no ven nada más que dos rocas informes. Se puede haber observado, sin embargo, que no todos los ingleses son arqueólogos.

Muchos de los reunidos en aquel lugar por razones militares y oficiales tenían otras aficiones que la arqueología. Y es un hecho positivo que los ingleses consiguieron hacer en este desierto oriental, con arena y cuatro hierbas verdes, un pequeño terreno de golf que tenía un cómodo club en un extremo y, en el otro, este monumento primitivo. No hacían servir este arcaico abismo como *bunker*, porque por tradición era insondable y hasta, para todo efecto práctico, insondado. Cualquier proyectil deportivo que fuera a parar allí podía considerarse literalmente como una bala perdida. Pero a menudo se paseaban a su alrededor, en sus momentos de descanso, conversando o fumando cigarrillos, y uno de ellos acababa de ir allí desde el club para encontrar a otro que miraba un tanto pensativo al interior del pozo.

Ambos ingleses llevaban ropas ligeras y cascos blancos y *put-garees*; pero aquí terminaba casi enteramente el parecido. Y ambos, simultáneamente, dijeron la misma palabra; pero la dijeron en dos tonos completamente distintos.

—¿Ha oído usted la noticia? —preguntó el hombre que venía del club—. ¡Es espléndido!

—Es espléndido —respondió el que se hallaba junto al pozo.

Pero el primero pronunció la palabra como podía hacerlo un joven hablando de una mujer; y el segundo como podía hacerlo un viejo hablando del tiempo; no sin sinceridad, pero, indudablemente, sin fervor.

Y, en esto, el tono de los dos hombres era suficientemente característico de ellos. El primero, un cierto capitán Boyle, era de un estilo amuchachado y decidido, moreno y con una especie de fuego natural en el rostro que no pertenecía a la atmósfera del Oriente, sino más bien al ardor y a las ambiciones del

Occidente. El otro era un hombre de más edad y, ciertamente, un residente más antiguo: un oficial civil llamado Horne Fisher; y sus párpados caídos y su caído bigote rubio expresaban toda la paradoja del inglés en Oriente. Tenía demasiado calor para ser otra cosa que frío.

Ninguno de ellos creyó necesario mencionar qué era lo que denominaban espléndido. Hubiera sido, en efecto, una conversación superflua sobre algo que todo el mundo conocía. La notable victoria sobre una amenazadora coalición de turcos y árabes, obtenida por tropas al mando de Lord Hastings, el veterano de tantas victorias notables, no sólo era conocida de esta pequeña guarnición tan cercana al campo de batalla, sino que los periódicos la habían divulgado ya por todo el Imperio.

—Ninguna otra nación del mundo podía haber hecho una cosa así —exclamó el capitán Boyle con entusiasmo.

Horne Fisher seguía mirando al pozo silenciosamente; un momento después respondió:

—Tenemos, ciertamente, el arte de deshacer errores. En esto es en lo que se engañaron los pobres prusianos. Ellos sólo saben cometer errores y adherirse a ellos. Hay realmente cierto talento en deshacer errores.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Boyle—. ¿Qué error?

—Todo el mundo sabe que esto fue morder más de lo que se podía mascar —respondió Horne Fisher. Era una peculiaridad de Fisher la de que siempre dijera que todo el mundo sabía cosas que sólo a una persona entre un millón era permitido conocer—. Y fue, ciertamente, una gran suerte que Travers llegara tan a punto. Es curioso lo a menudo que la cosa acertada la hace el segundo jefe hasta cuando el primero es un gran

hombre, como Colborne en Waterloo.

—Esto debería añadir toda una provincia al Imperio —observó el otro.

—Bien; supongo que los Zimmern habían insistido que se llegara hasta el canal —observó Fisher pensativo—, aunque todo el mundo sabe que hoy día el anexionar provincias no siempre resulta un negocio.

El capitán Boyle frunció las cejas ligeramente desconcertado. No teniendo la menor idea de haber oído hablar de los Zimmern en toda su vida, sólo pudo responder impasible:

—Bien; uno no puede ser un pequeño *engländer*.

Horne Fisher sonrió con una sonrisa agradable.

—Aquí todos somos pequeños *engläners* —dijo—. Todos quisiéramos hallarnos de vuelta en la pequeña Inglaterra.

—Me parece que no sé de qué está usted hablando —dijo el joven, un poco receloso—. Se creería que usted no admira a Hastings... ni a nada.

—Lo admiro infinitamente —respondió Fisher—. Es, con mucho, el más capacitado para este puesto; comprende a los musulmanes y puede hacer de ellos lo que quiere. Por esta razón yo no soy partidario de excitar contra él la animosidad de Travers sólo por lo ocurrido en este asunto.

—Verdaderamente, no comprendo adonde va usted a parar —dijo el otro con franqueza.

—Tal vez no valga la pena comprenderlo —repuso Fisher con despego—; y, por otra parte, no necesitamos hablar de política. ¿Conoce usted la leyenda árabe, acerca de este pozo?

—Temo no estar muy versado en leyendas árabes —dijo Boyle algo picado.

—Es una lástima —repuso Fisher—, especialmente desde el punto de vista de usted. El mismo Lord Hastings es una leyenda árabe. Tal vez sea esto lo verdaderamente importante en él. Si su reputación se desvaneciera, esto nos debilitaría en toda el Asia y el África. Bien; la historia acerca de este agujero en el suelo, que llega hasta nadie sabe dónde, siempre me ha fascinado un poco. Es mahometana por la forma; pero no me extrañaría que fuese más antigua que Mahoma. Se refiere a un llamado sultán Aladino; no nuestro amigo de la lámpara, por supuesto, pero un poco parecido a él en lo de tener que ver con genios y gigantes y cosas por el estilo. Dicen que ordenó a los gigantes que le construyeran una especie de pagoda que se elevara y se elevara hasta por encima de las estrellas. Lo más alto posible, como decía la gente que construía la torre de Babel. Pero los que erigieron la torre de Babel eran gente modesta y casera, una especie de ratoncillos, si se les compara con el viejo Aladino. Sólo querían una torre que llegara al cielo, una pura bagatela. El quería una torre que *pasara* del cielo, que se elevara por encima de él y continuara creciendo siempre. Y Alá lo abatió con un rayo, que penetró en la tierra, abriendo un agujero cada vez más profundo, hasta que hizo un pozo que no tiene, como la torre no debía tener, remate. Y, por aquella torre invertida de tinieblas, el alma del orgulloso sultán está cayendo sin cesar.

—¡Qué estrafalario es usted! —dijo Boyle—. Habla como si uno pudiera creer estas fábulas.

—Tal vez crea en la moraleja y no en la fábula —respondió Fisher—. Ahí viene Lady Hastings; creo que la conoce usted.

El club del campo de golf servía, naturalmente, para muchas otras cosas a más del golf. Era el único centro de reunión de la guarnición, aparte de las oficinas estrictamente militares; tenía una sala de billar y un bar, y hasta una excelente biblioteca técnica para los oficiales que fueran lo bastante depravados para tomar en serio su profesión. Entre éstos se contaba el general en persona, cuya cabeza plateada y cuyo rostro moreno, como el de un águila de bronce, se encontraban a menudo inclinados sobre los mapas e infolios de la biblioteca. El gran Lord Hastings creía en la ciencia y en el estudio, como en otros austeros ideales de vida, y había dado sobre este punto muchos consejos paternales al joven Boyle, cuyas visitas a aquel lugar eran un poco más intermitentes. De una de estas rachas de estudio acababa de salir el joven por una puerta de cristales de la biblioteca que daba al campo de golf. Pero, por encima de todo, el club estaba dispuesto para satisfacer las necesidades sociales de las damas, tanto por lo menos como las de los caballeros; y Lady Hastings lo mismo podía representar su papel de reina en aquellas reuniones que en su propio salón. Estaba eminentemente dotada para desempeñar este papel y, como decían algunos, eminentemente inclinada a ello. Era mucho más joven que su marido; una dama atractiva y, a veces, peligrosamente atractiva; y Mr. Horne Fisher la contempló con expresión algo burlona, mientras se alejaba majestuosamente con el joven militar. Después, su mirada melancólica se desvió hacia la verde y espinosa vegetación que rodeaba el pozo; vegetación de aquella curiosa forma de cactus en que una hoja gruesa nace directamente de otra sin tallo ni pecíolo. Esto daba a su espíritu imaginativo la siniestra impresión de una proliferación ciega, sin forma ni objeto. Una flor o un arbusto de Occidente crece hasta dar la flor, que es su corona y contenido. Pero esto era como si unas manos salieran de otras

manos o unos pies salieran de otros pies, en una pesadilla.

—Siempre añadiendo una provincia al Imperio —dijo con una sonrisa; y agregó más tristemente—: Pero no sé, después de todo, si he tenido razón.

Una voz fuerte y cordial interrumpió sus meditaciones; y él levantó la vista y sonrió al ver el rostro de un antiguo amigo. La voz resultaba más cordial que el rostro, que, a primera vista, era decididamente hosco. Era una cara típica de leguleyo con mandíbulas y cejas hirsutas; y pertenecía a un personaje eminentemente legal, aunque entonces se hallara agregado en una calidad semimilitar a la Policía de aquel salvaje distrito. Cuthbert Grayne era acaso más un criminólogo que un jurisconsultor o un policía; pero en aquellos medios semisalvajes había acertado a convertirse en una combinación práctica de las tres cosas. Contaba en su haber el descubrimiento de toda una serie de extraños crímenes orientales; pero, como pocas personas entendían en esta rama del saber o sentían afición por ella, su vida intelectual resultaba algo solitaria. Entre las pocas excepciones contaba a Horne Fisher, quien tenía una curiosa facilidad para hablar de casi todo con casi todo el mundo.

—¿Está usted estudiando botánica o arqueología? —preguntó Grayne—. Nunca sabré dónde termina su interés, Fisher. Yo diría que lo que usted no sabe no vale la pena de ser sabido.

—Se equivoca usted —respondió Fisher con una sequedad y hasta una acritud muy desusadas en él—. Es lo que sé lo que no merece la pena de ser conocido. Todo el lado peor de las cosas; todas las razones secretas y los móviles corrompidos y el soborno y el chantaje que llaman política. No puedo estar tan orgulloso de haber bajado a esta sentina que vaya a jactarme de ello con los muchachos de la calle.

—¿Qué significa esto? ¿Qué le pasa a usted? —preguntó su amigo—. Nunca lo había visto tomar así las cosas.

—Estoy avergonzado de mí mismo —respondió Fisher—. Acabo de echar un jarro de agua fría sobre los entusiasmos de un muchacho.

—Esa explicación me parece insuficiente —observó el criminólogo.

—Claro está que el entusiasmo era una pura mentecatez periódica —continuó Fisher—; pero yo debería saber que a esa edad las ilusiones pueden ser ideales. Y siempre valen más que la realidad. Y hay una responsabilidad muy grande en desviar a un joven de la rutina del ideal más idiota.

—Y ¿cuál puede ser?

—Lo expone uno a empujar con una nueva energía en una dirección mucho peor —respondió Fisher—. Una dirección sin objeto, un abismo sin fondo, como el pozo sin fondo.

Fisher no volvió a ver a su amigo hasta quince días después, cuando se encontraba en el jardín detrás del club, en el lado opuesto al campo de golf. Era un jardín fuertemente coloreado y perfumado de plantas semitropicales a la luz de un ocaso en el desierto. Otros dos hombres estaban con él, siendo el tercero el ahora célebre segundo jefe, conocido de todos como Tom Travers, un hombre moreno y flaco que parecía más viejo de lo que era realmente, con un surco en la frente y un algo saturnino en la forma misma de su negro bigote. Acababa de servirles el café el árabe que ahora oficiaba temporalmente como camarero del club, aunque ya era una figura familiar y hasta famosa como antiguo criado del general. Se llamaba Said y era notable entre otros semitas por esa monstruosa longitud

de su cara amarilla y esa altura de su estrecha frente que se da a veces entre ellos, y producía una impresión irracional de algo siniestro, a pesar de su agradable sonrisa.

—Nunca me ha parecido tener confianza en este individuo —dijo Grayne cuando el hombre se hubo marchado—. Es muy injusto, ya lo sé, porque, indudablemente, es muy adicto a Hastings y le salvó la vida, según dicen. Pero los árabes muchas veces son así: leales a un solo hombre. No puedo evitar el pensar que sería capaz de desollar a cualquier otra persona, y hasta de hacerlo a traición.

—Bien —dijo Travers con una sonrisa un poco agria—; mientras no haga daño a Hastings, al mundo no le importaría gran cosa.

Hubo un silencio un tanto embarazoso, lleno de recuerdos de la gran batalla, y, entonces, Horne Fisher dijo lentamente:

—Los periódicos no son el mundo, Tom. No se apure usted por lo que dicen. En el mundo de usted todos conocen la verdad.

—Me parece que vale más que no hablemos del general ahora —observó Grayne—, porque acaba de salir del club.

—No viene hacia aquí —dijo Fisher—; no hace más que acompañar a su mujer al automóvil.

Efectivamente, mientras hablaban, la dama apareció a la puerta del club, seguida de su marido, quien entonces se le adelantó rápidamente para abrir el portillo del jardín. Mientras lo hacía, ella se volvió y dijo unas palabras a un hombre solitario sentado en una silla de bambú a la sombra del portal, el único hombre que quedaba en el desierto club, aparte de los tres que estaban en el jardín. Fisher escudriñó un momento en la sombra y vio que se trataba del capitán Boyle.

Un instante después, con cierta sorpresa por parte de los del grupo, el general reapareció y, volviendo a subir los escalones, dijo a su vez una o dos palabras a Boyle. Entonces hizo un signo a Said, quien acudió corriendo con dos tazas de café, y los dos hombres entraron otra vez en el club llevando cada uno una taza en la mano.

Inmediatamente, un destello de luz blanca en la creciente oscuridad mostró que se habían encendido las luces eléctricas en la biblioteca.

—Café e investigación científica —dijo Travers torvamente—. Todos los lujos del saber y de la teoría. Bien; he de irme, porque yo también tengo mi trabajo.

Y se levantó un tanto demasiado rígido, saludó a sus compañeros y desapareció en la oscuridad.

—Yo sólo deseo que Boyle se limite a la investigación científica —dijo Horne Fisher—. No estoy muy tranquilo acerca de él. Pero hablemos de otra cosa.

Hablaron de otra cosa mucho más tiempo de lo que probablemente se imaginaban, hasta que llegó la noche tropical y una espléndida luna plateó todo el paisaje; pero, antes de que fuera lo bastante clara para que permitiera ver los objetos, Fisher había observado ya que las luces de la biblioteca se apagaban de pronto. Estuvo esperando que los dos hombres salieran por la puerta que daba al jardín, mas no vio a nadie.

—Habrán ido a dar un paseo por el campo de golf —dijo.

—Es muy posible —respondió Grayne—. Va a hacer una noche magnífica.

Acababa de decir esto cuando oyeron una voz que los llamaba

desde la sombra proyectada por el club, y se sorprendieron al percibir a Travers, que corría hacia ellos gritando:

—Necesito la ayuda de ustedes. Ha ocurrido algo muy grave en el campo de golf.

Al instante se hallaron todos corriendo a través del fumador y de la biblioteca del club en medio de una completa oscuridad material y mental. Pero Horne Fisher, a pesar de su afectación de indiferencia, era persona de una curiosa y casi sobrenatural sensibilidad para las atmósferas, y ya había sentido la presencia de algo más que un accidente. Tropezó con un mueble de la biblioteca y casi se estremeció al choque; porque la cosa se movió como él no se había imaginado que pudiera moverse un mueble. Pareció moverse como algo vivo que cediera y, no obstante, devolviera el golpe. Un momento después Grayne encendió las luces, y Fisher pudo ver que lo ocurrido era únicamente que había tropezado con una estantería giratoria, la cual, al oscilar, había vuelto a chocar con él; pero el sobresalto experimentado le reveló su propia subconciencia de algo misterioso y monstruoso. Había varias de estas estanterías giratorias esparcidas por la biblioteca; sobre una de ellas se veían dos tazas de café y sobre otra, un gran libro abierto. Era la obra de Budge sobre jeroglíficos egipcios, con láminas en color de extraños pájaros y dioses: y, en el mismo momento de pasar corriendo, Fisher sintió que había algo extraño en el hecho de que fuera este libro y no un tratado de ciencia militar el que se hallara abierto en aquel sitio y en aquella ocasión. Hasta percibió el hueco en el bien ordenado estante de donde había sido sacado, y le dio la impresión de algo horrible, como un boquete en la dentadura de un rostro siniestro.

Una carrera los llevó en pocos minutos al otro extremo del campo, delante del pozo sin fondo; y a pocas yardas de éste,

iluminado por un claro de luna tan fuerte como la luz del día, vieron lo que habían ido a ver.

El gran Lord Hastings yacía de cara al suelo, en una postura extraña y violenta, con un codo erecto sobre su cuerpo, el brazo doblado y su mano grande y huesuda asiendo la espesa hierba. Pocos pasos más allá, estaba Boyle, casi igualmente inmóvil, pero puesto a gatas y contemplando fijamente el cadáver. Podía no haber sido únicamente obra de la sorpresa o del azar; había algo torpe y siniestro en la postura cuadrúpeda y en el rostro abstraído. Era como si la razón lo hubiera abandonado. Detrás de él sólo se veía el brillante cielo azul, y el principio del desierto, aparte de las dos grandes piedras rotas de enfrente del pozo. Y era a esta luz y en esta atmósfera como los hombres podían imaginar que veían en ellas caras enormes y espantosas que los estaban mirando.

Horne Fisher se inclinó, tocó la fuerte mano que todavía se agarraba a la hierba y la halló fría como una piedra.

Hubo un silencio angustioso; y luego Travers observó secamente:

—Esto es de su incumbencia, Grayne; usted se encargará de interrogar al capitán Boyle. Yo no entiendo nada de lo que dice.

Boyle se había rehecho y se había levantado; pero su semblante continuaba ofreciendo un terrible aspecto que lo hacía parecer una máscara nueva o la cara de otro hombre.

—Estaba mirando el pozo —dijo— y, al volverme, vi que se había caído.

Grayne tenía una expresión extremadamente sombría.

—Como dice usted, esto es cosa mía —indicó—; ante todo, he de pedirles que me ayuden a llevar al general a la biblioteca y que me dejen examinar las cosas a fondo.

Una vez depositado el cadáver en la biblioteca, Grayne se volvió a Fisher y dijo con una voz que había recobrado su naturalidad y su confianza:

—Voy a encerrarme y a hacer primero un reconocimiento completo. Cuento con usted para mantener el contacto con los demás y someter a Boyle a un interrogatorio preliminar. Yo le hablaré más tarde. Y telefonee usted a la comandancia para que manden un policía; hágalo venir en seguida aquí y que aguarde hasta que yo lo llame.

Sin decir más, el gran investigador criminal entró en la biblioteca iluminada, cerrando la puerta tras de sí; y Fisher, sin replicar, se volvió y se puso a hablar sosegadamente con Travers.

—Es curioso —dijo— que esto haya ocurrido precisamente delante de aquel sitio.

—Sería realmente curioso —respondió Travers—, si el sitio hubiera tenido en esta ocasión algún papel en ello.

—Me parece —dijo— que el papel que no ha tenido es más curioso todavía.

Y con estas palabras, aparentemente sin sentido, se volvió al agitado Boyle y, agarrándolo del brazo, se puso a hacerle pasear a la luz de la luna, hablando en voz baja.

Había ya despuntado el día cuando Cuthbert Grayne apagó las luces de la biblioteca y salió al campo de golf. Fisher se paseaba solo, con aire indolente; pero el mensajero policía que

había mandado llamar permanecía cuadrado a cierta distancia.

—He mandado a Boyle con Travers —observó Fisher con indiferencia—; él lo vigilará y, de todos modos, vale más que duerma.

—¿Le ha sacado usted algo? —preguntó Grayne—. ¿Le dijo lo que estaban haciendo él y Hastings?

—Sí —respondió—; me hizo un relato bastante claro de todo. Dijo que, después de que Lady Hastings se hubo marchado en el automóvil, el general lo invitó a tomar café con él en la biblioteca para examinar un punto de arqueología local. Boyle empezaba a buscar el libro de Budge en una de las estanterías giratorias cuando el general lo encontró en una de las adosadas a la pared. Después de mirar algunas láminas, salieron, al parecer un poco precipitadamente, al campo de golf y se encaminaron al pozo; y, mientras Boyle miraba dentro de él, oyó detrás de sí un baque, y, al volverse, encontró al general como lo hallamos nosotros. Se puso de rodillas para examinar el cadáver, y entonces se sintió paralizado por una especie de terror y no pudo acercarse a él ni tocarlo. Pero yo no le doy importancia a esto: a las personas afectadas por la conmoción de una sorpresa se las encuentra a veces en las posturas más raras.

Grayne esbozó una torva sonrisa de atención, y dijo, tras un breve silencio:

—Bien; no le ha dicho a usted demasiadas mentiras. Realmente, es una relación estimablemente clara y coherente de lo ocurrido, que sólo deja fuera todo lo importante.

—¿Ha descubierto usted algo ahí dentro? —preguntó Fisher.

—Lo he descubierto todo —respondió seriamente Grayne.

Fisher guardó un silencio un tanto sombrío, mientras el otro proseguía su explicación en un tono reposado y firme.

—Tenía usted razón, Fisher, al decir que el joven estaba en peligro de lanzarse a un abismo. Tuviera o no tuviera que ver con ello, como usted se imagina, el menoscabo que usted causó al concepto que él tenía del general, lo cierto es que desde hace algún tiempo no se ha estado portando bien con él. Es un asunto desagradable, y no quiero extenderme en explicaciones; pero está bien claro que la mujer del general tampoco se portaba bien con su marido. Yo no sé hasta qué punto llegó la cosa, pero en todo caso llegó hasta el punto de obrar a escondidas; porque cuando Lady Hastings habló con Boyle fue para decirle que había ocultado una nota en el libro de Budge en la biblioteca. El general lo oyó, o de algún modo se enteró de ello, y se fue directamente al libro y encontró el papel. Lo puso ante Boyle y, naturalmente, tuvieron una escena. Y Boyle se encontró ante otra cosa también; se encontró ante una pavorosa alternativa, en la cual la vida del hombre significaba la ruina, y su muerte significaba el triunfo y hasta la felicidad.

—Bien —observó Fisher al cabo—. No lo censuro por no haberle contado a usted la parte de la mujer en esta historia. Pero ¿cómo se ha enterado usted de lo de la carta?

—La hallé sobre el cadáver del general —respondió Grayne—; pero he encontrado algo peor que esto. El cadáver había adquirido la rigidez peculiar de ciertos venenos asiáticos. Entonces examiné las tazas de café, y entiendo lo bastante en cuestión de química para reconocer la presenecia del veneno en el poso de una de ellas. Ahora bien: el general se fue directamente a la librería, dejando su taza de café sobre la estantería que había en medio de la habitación. Mientras estaba vuelto de espaldas y Boyle fingía buscar en la estantería, éste se quedó solo con

las dos tazas. El veneno tarda diez minutos en obrar; y un paseo de diez minutos podía llevarlos al pozo sin fondo.

—Sí —observó Horne Fisher—. Y, ¿qué me dice usted del pozo sin fondo?

—¿Qué tiene que ver el pozo sin fondo con esto? —preguntó su amigo.

—No tiene nada que ver —respondió Fisher—. Eso es lo que yo encuentro absolutamenete desconcertante e increíble.

—Y, ¿por qué razón había de tener algo que ver con el asunto ese agujero en el suelo?

—Es un agujero en la argumentación de usted —dijo Fisher—. Pero ahora no quiero insistir en ello. Por cierto que hay otra cosa que debería decirle a usted. Le indiqué que había puesto a Boyle bajo la custodia de Travers. No le engañaría si dijera que puse a Travers bajo la custodia de Boyle.

—¿No quería usted decir que sospecha de Travers? —exclamó el otro.

—Estaba mucho más airado contra el general de lo que pudiera estar Boyle —observó Horne Fisher con curiosa indiferencia.

—Usted no dice lo que piensa —exclamó Grayne—. Le he dicho que encontré veneno en una de las tazas de café.

—Por supuesto, siempre hay que contar con Said —añadió Fisher—, ya sea por odio o a sueldo de otro. Convinimos en que era capaz de casi todo.

—Y convinimos en que era incapaz de hacer daño a su amo —replicó Grayne.

—Bien, bien —dijo Fisher amablemente—, me atrevo a decir

que usted tiene razón, pero me gustaría dar un vistazo a la biblioteca y a las tazas de café.

Pasaron adentro, mientras Grayne se volvía al policía que estaba aguardando y le tendía una nota para que la telegrafiaran desde la comandancia. El hombre saludó y se fue precipitadamente; y Grayne, siguiendo a su amigo, entró en la biblioteca y lo encontró al lado de la estantería de en medio de la estancia sobre la cual se hallaban situadas las tazas vacías.

—Aquí es donde Boyle buscó el libro de Budge, o fingió buscarlo, según usted —dijo.

Mientras hablaba, Fisher se puso en cuclillas, para mirar los libros de la estantería giratoria; porque todo el mueble no era mucho más alto que una mesa corriente. Un momento después se enderezaba de un salto, como si lo hubieran picado.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

Pocas personas habían visto, si es que lo había visto alguna, a Horne Fisher conducirse como se condujo entonces. Lanzó una mirada a la puerta, vio que la ventana abierta estaba más cerca, la salvó de un salto, como si fuera una valla y echó a correr tras el policía que se perdía de vista. Grayne, que se quedó mirándolo, vio pronto reaparecer su figura alta y desmadejada que había recobrado toda su flojedad e indolencia habituales. Iba abanicándose despacio, con una hoja de papel: el telegrama que tan violentamente había interceptado.

—Afortunadamente detuve esto —observó—. Hemos de mantener secreto este asunto. Hastings tiene que haber muerto de apoplejía o de síncope.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó el otro investigador.

—Lo que pasa —dijo Fisher— es que dentro de unos días nos hallaremos en una agradable alternativa: la de ahorcar a un inocente o mandar al infierno el Imperio británico.

—¿Quiere esto significar —preguntó Grayne— que este infernal crimen ha de quedar sin castigo?

Fisher lo miró fijamente.

—Ya está castigado —dijo.

Y después de un breve momento de silencio continuó:

—Usted ha reconstruido el crimen con admirable habilidad, amigo mío, y casi todo lo que ha dicho usted es verdad. Dos hombres con dos tazas de café entraron en la biblioteca y pusieron las tazas sobre la estantería, y fueron juntos hasta el pozo, y uno de ellos era un asesino y había vertido veneno en la copa del otro. Pero esto no fue hecho mientras Boyle estaba buscando en la estantería giratoria. El buscó en ella el libro de Budge, que contenía la nota; pero me imagino que Hastings ya lo había trasladado a los estantes de la pared. Formaba parte de aquel horrendo juego el que fuera él quien lo encontrara primero. Ahora bien, ¿qué hace un hombre para buscar en una estantería giratoria? Generalmente no anda dando saltos a su alrededor acurrucado en la actitud de una rana. Le da sencillamente un impulso y el mueble gira sobre sí mismo.

Miraba ceñudamente al suelo mientras hablaba, y había bajo sus pesados párpados una luz que no se veía allí con frecuencia. El misticismo que yacía sepultado bajo todo el cinismo de su experiencia estaba despierto y se movía en lo profundo de su alma. Su voz tomaba giros e inflexiones tales como si fueran dos hombres los que estaban hablando.

—Esto es lo que Boyle hizo; tocó apenas el mueble y éste giró

con la misma facilidad con que gira la Tierra; porque la mano que lo hizo girar no fue la suya. Dios, que hace girar la rueda de todas las estrellas, tocó aquella rueda y le hizo dar media vuelta a fin de que su terrible justicia se cumpliera.

—Empiezo a tener —dijo Grayne— una vaga y horrible idea de lo que usted quiere decir.

—Es muy sencillo —dijo Fisher—; cuando Boyle se levantó de su postura agachada, había ocurrido algo de que él no se había dado cuenta, de que su enemigo no se había dado cuenta, de que no se había dado cuenta nadie. Las dos tazas de café habían cambiado exactamente de lugar.

La cara pétrea de Grayne pareció haber soportado un choque en silencio; ni una de sus líneas se alteró, pero al hablar, su voz salió inesperadamente débil.

—Comprendo lo que quiere decir —dijo—, y, como ha dicho usted, cuanto menos se hable de ello mejor. No fue el amante quien trató de desembarazarse del marido, sino al revés. Y una historia como ésta sobre un hombre como éste nos arruinaría aquí. ¿Tuvo usted alguna presunción de ello al principio?

—El pozo sin fondo, como le dije —respondió Fisher—. Eso fue lo que me intrigó desde el principio. No porque tuviera algo que ver con ello. Porque no tenía nada que ver con ello.

Permaneció un momento callado, como meditando por dónde empezaría, y después continuó:

—Cuando un asesino sabe que su enemigo estará muerto al cabo de diez minutos y lo lleva al borde de un abismo insondable es que se propone echar allí su cadáver. ¿Qué otra cosa cabría? Un tonto de nacimiento tendría el sentido de hacerlo; y Boyle no es un tonto de nacimiento. Bien, ¿por qué no lo

hizo Boyle? Cuanto más pensaba en ello, más sospechaba que había habido algún error en el crimen, por decirlo así. Alguien había llevado a alguien allí para echarlo dentro; y, no obstante, no lo había echado. Yo tenía una idea impresa y horrenda de alguna sustitución o inversión de papeles; entonces me bajé a hacer girar la estantería por casualidad, y al instante lo vi todo, porque vi las dos tazas girar otra vez, como lunas en el cielo.

Después de una pausa, Cuthbert Grayne dijo:

—¿Y qué diremos a los periódicos?

—Mi amigo Harold March llega hoy de El Cairo —repuso Fisher—. Es un periodista hábil y brillante. Pero, a pesar de esto, es un hombre de honor; de manera que no debe usted decirle la verdad.

Media hora después, Fisher volvía a pasear de un lado a otro, delante del club, con el capitán Boyle, este último ahora con un aire muy abrumado y aturdido, tal vez el de un hombre más triste y avisado.

—Y respecto a mí, ¿qué? —decía—. ¿Estoy justificado? ¿No se me va a justificar?

—Creo y espero —respondió Fisher— que no se va a justificar. No debe haber sospecha alguna contra él y, por consiguiente, tampoco ninguna contra usted. Cualquiera sospecha contra él, por no decir cualquier historia contra él, nos echaría por el suelo desde Malta a Mandalay. El era un héroe a la vez que un santo terror para los musulmanes. De hecho, casi podría usted llamarlo un héroe musulmán al servicio de Inglaterra. Por supuesto, él se entendía bien con ellos a causa de su pequeña dosis de sangre oriental; le venía de su madre, la bailarina de

Damasco; todo el mundo lo sabe.

—¡Oh! —repitió maquinalmente Boyle, mirándolo con unos ojos muy abiertos—. ¡Todos lo saben!

—Yo diría que había un rasgo de ella en sus celos y en su feroz venganza —continuó Fisher—. Pero, a pesar de esto, el crimen nos arruinaría entre los árabes, con mayor motivo por cuanto fue algo como un crimen contra la hospitalidad. Ha sido odioso para usted y es bastante terrible para mí. Pero hay algunas cosas que no se pueden hacer, y, mientras yo viva, ésta es una de ellas.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Boyle, mirándolo con curiosidad—. ¿Por qué usted, precisamente, ha de mostrarse tan apasionado en esto?

—Supongo —dijo el otro— que es porque soy un pequeño *en-gländer*.

—Nunca he podido entender qué quería usted significar con eso —respondió Boyle.

—¿Piensa usted que Inglaterra es tan pequeña —dijo Fisher, con calor en su fría voz—, que no puede detener un hombre a través de unos pocos miles de millas? Usted me quiso dar una lección de patriotismo teórico, mi joven amigo, pero ahora se trata, para usted y para mí, de patriotismo práctico, y sin mentiras para ayudarlo. Usted hablaba como si todo marchara bien para nosotros en el mundo entero, en un crescendo triunfal que culminaba en Hastings. Yo le dije que todo había ido mal aquí para nosotros, excepto Hastings. Su nombre era el único que nos quedaba como conjuro; y éste no debe perderse también. ¡No, por Dios! Ya es bastante malo que una banda de infernales judíos nos haya plantado aquí, donde no hay ningún

interés británico que servir y sí todo un infierno desencadenado contra nosotros, sólo porque el Narigudo Zimmern ha prestado dinero a la mitad del ministerio. Ya es bastante malo que un viejo prestamista de Bagdad nos haga librar sus batallas; no podemos luchar con la mano derecha cortada. Nuestro único tanto era Hastings y su victoria, que en realidad era la victoria de otro. Tom Travers tiene que sufrir, y usted también.

Después, tras un silencio, señaló al pozo sin fondo y dijo en un tono más tranquilo:

—Ya le dije que no creía en la filosofía de la Torre de Aladino. No creo en el Imperio que cree tocar el cielo; no creo en la *Union Jack* subiendo eternamente como la Torre. Pero, si usted cree que voy a dejar que la *Union Jack* se hunda eternamente como el pozo sin fondo, en la derrota y en la irrisión entre las befas de los judíos que nos han chupado los huesos. . . Yo no haré esto, se lo digo categóricamente: no, aunque el Canciller sufra el chantaje de veinte millones con sus periódicos indecentes; no, aunque el Primer Ministro se case con veinte judías yanquis; no, aunque Woodville y Carstairs tengan acciones en veinte minas trucadas. Si la cosa está realmente tambaleándose, no debemos ser nosotros, ¡Dios nos valga!, los que le demos el empujón.

Boyle lo estaba mirando con un azoramiento que casi era miedo y que tenía hasta un algo de repugnancia.

—Parece haber algo espantoso —dijo— en las cosas que sabe usted.

—Sí —respondió Horne Fisher—, y no es que esté muy complacido con mi pequeño caudal de conocimientos y reflexiones. Pero, como éste ha contribuido en parte a evitar que a usted lo ahorcaran, no veo por qué tiene que quejarse de él.

Y, como si se avergonzara de su exaltación, volvió la espalda al joven y se alejó hacia el pozo sin fondo.

EL PUÑAL ALADO

Hubo un período en la vida del padre Brown durante el cual le resultaba muy difícil colgar el sombrero de una percha sin advertir ligeros escalofríos. Esta actitud tenía su origen en un detalle encuadrado por circunstancias mucho más complejas; pero debe de ser éste, con seguridad, el único que de ellos persistió por largo tiempo en su agitada vida. Para hallar su origen, preciso es remontarse al momento en que el doctor Boyne, médico forense, tuvo necesidad de pedir su parecer en una mañana muy fría de diciembre.

El doctor Boyne era un irlandés corpulento y curtido, uno de aquellos irlandeses desconcertantes de los que hay algunos ejemplares diseminados por el mundo que disertan a troche y moche sobre el escepticismo científico, sobre el materialismo y el cinismo, pero que ni por asomo intentan aludir a nada que tenga que ver con el ritual religioso, como no sea de la religión tradicional de su país. Sería tarea ardua dilucidar si sus creencias son sólo barniz exterior o si, por el contrario, constituyen un substrato fundamental de su ser; aunque lo más probable sea que algo haya de ambas cosas, con su buen tanto por ciento de materialismo. De todas formas, cuando pensó que en aquel caso podía haber algún punto tocante a su

credo rogó al padre Brown que fuera a visitarlo, sin admitir, con todo, en su conversación, que ni asomara la posibilidad de aludir a las creencias.

—No estoy seguro aún de que necesite de usted —fue su saludo—. No estoy seguro de nada. ¡Que me cuelguen si puedo afirmar que sea éste un caso propio de policía, médico o sacerdote!

—Pues bien, dado que usted es a la vez policía y doctor, quedo yo entre la minoría —dijo el padre Brown sonriendo.

—Así es, en efecto. Y no obstante usted es lo que los políticos llaman una minoría especializada —repuso el doctor—; yo lo he convocado porque sé que usted toca un poco nuestros asuntos, sin dejar los que le son propios. Pero es terriblemente difícil decir si este caso le concierne a usted, o simplemente a los tribunales de locos. Acabamos de recibir la carta de un hombre que vive en la vecindad, en aquella casa blanca sobre la colina, pidiendo auxilio contra una persecución homicida. Hemos ventilado la cuestión en la mejor forma... aunque creo será preferible, tal vez, comenzar la narración de lo sucedido desde un principio.

»Un caballero apellidado Aylmer, rico propietario del Oeste, casó, ya bastante entrado en años, y tuvo tres hijos: Philip, Stephen y Arnold. Cuando soltero, pensando no tener sucesión, adoptó a un chico en quien creía ver cualidades muy brillantes y prometedoras, que llevaba el nombre de John Strake. Su cuna parece tenebrosa; se dice que procedía de un hospicio y otros sostienen que era gitano. Yo creo que lo último ha sido una invención de la gente, debida en parte a que Aylmer, en sus últimos tiempos, se ocupó en toda clase de ocultismos, incluso la quiromancia y astrología; y sus tres hijos aseguran que

Strake azuzaba tal pasión, amontonando sobre ésta otras muchas acusaciones: que Strake era un sinvergüenza sin límites y, sobre todo, un mentiroso cabal; que tenía ingenio vivísimo para urdir ficciones improvisadas, con tal maña, que despistarían a cualquier detective. Sin embargo, tales asertos pudieron explicarse tal vez como natural consecuencia de lo que aconteció. Quizá usted se lo ha imaginado ya, poco más o menos. El viejo dejó casi toda su herencia al hijo adoptivo y, a su muerte, los hijos legítimos impugnaron el testamento. Sostenían que su padre había hecho aquella cesión de bienes por efecto de graves amenazas y, además, como dato final, alegaron que el hijo adoptivo lo había llevado a una total e importante idiotez. Dijeron que Strake tenía una manera peculiarísima y siempre nueva de llegarse a él, a despecho de la familia y enfermeras, y atemorizarlo en su propio lecho de muerte. Sea de ello lo que quiera, algo pudieron probar, al parecer, acerca del estado mental del enfermo, por lo que el tribunal declaró nulo el testamento y los hijos heredaron. Se dice que Strake reclamó en la forma más descompuesta imaginable, y que juró que había de matar a sus tres hermanos, uno tras otro, y que nada los libraría de su venganza. Se trata ahora del tercero y último de los hermanos, Arnold Aylmer, que pide protección a la Policía.

—¿El tercero y último? —preguntó el sacerdote con gravedad.

—Sí —dijo Boyne—, los otros dos están muertos. —Antes de proseguir, hizo una pausa—. Ahí comienzan las dudas. No hay ninguna prueba de que hayan sido asesinados, pero tampoco hay razón suficiente para creer que no lo fueran. El mayor de los hermanos se hizo juez de paz y se supone que se suicidó en su jardín. El segundo se dedicó a la industria y una máquina de su propio taller le golpeó la cabeza; de la misma manera que podría haber puesto un pie en falso y caído. Pero si fue

Strake el que los mató, es, por cierto, muy hábil en su manera de trabajar y desaparecer luego. Por otra parte me parece más probable que todo esto sea una mera presunción fundada en algunas coincidencias. Mire usted; lo que pretendo es esto: que alguien, dotado de un poco de sentido común y que no sea agente oficial, obtenga una entrevista con Mr. Arnold Aylmer, y se forme impresión acerca de él. Usted conoce de sobra cómo es un hombre loco y el rostro de un hombre cuando dice la verdad. Quiero que usted sea el inspector antes de que tomemos en nuestras manos el asunto.

—Me parece raro —dijo el padre Brown— que no se hayan preocupado del asunto antes, pues, de haber algo en todo esto, me parece que ya dura mucho tiempo. ¿Hay alguna razón para que los mande a buscar a ustedes precisamente ahora, y no antes o después?

—Lo había ya pensado, como usted puede imaginarse —dijo el doctor Boyne—; alegó, efectivamente, una razón, pero debo confesarle que es una de las cosas que me hace pensar que en el fondo de todo este asunto no haya más que la manía de un cerebro medio trastornado. Nos dice que todos sus criados se han declarado en huelga, abandonándolo, de suerte que se ve precisado a acudir a la Policía para que guarde su casa. Yo he hecho indagaciones y he venido a cerciorarme de que realmente ha habido una emigración de criados en la casa de la colina; el pueblo está lleno de chismorreos que, he de confesar, son muy parciales. La versión que aquéllos dan es que su amo había llegado a un punto completamente insoportable en sus temores, inquietudes y exigencias; que quería que guardasen su casa como centinelas y que no se acostaran, como si se tratara de enfermeras en un hospital, y que no tenían un momento para estar solos, ya que siempre debían hacerle compañía. Y

así todos dijeron a voz en grito que era un maniático y se marcharon. Naturalmente que esto no prueba que sea un maniaco, pero es ya bastante, para hoy día, que un hombre quiera hacer de su ayuda de cámara o doncella un guardián.

—Y ahora —dijo el sacerdote riendo— quiere que un policía haga las veces de doncella, porque su doncella no quiere hacer las de policía.

—También he pensado yo que era esto un poco extraño —corroboró el médico—; pero no puedo negarme rotundamente, sin haber intentado antes un arreglo, y usted va a ser el mediador.

—Muy bien —dijo el padre Brown—. Iré ahora, si usted quiere.

El paisaje que se extendía alrededor del pueblo estaba sellado y cubierto por la escarcha, y el cielo era claro y frío como el acero, excepto en la parte nordeste, por donde las nubes empezaban a subir ostentando halos cárdenos. Contra tales oscuros y más siniestros colores se recortaba la casa de la colina con una hilera de pálidas columnas formando un pequeño pórtico a la manera clásica. Un camino sinuoso llevaba hasta ella subiendo la cuesta, y pasando por una masa de oscuros setos. Ante éstos, le pareció que el aire se hacía más y más frío, como si se acercara a una fábrica de hielo o al Polo Norte. Sin embargo, como era persona altamente práctica, no dejó que tales pensamientos tomaran mayores proporciones que las de una fantasía. Levantó únicamente los ojos hacia la grande y espeluznante nube que subía por detrás de la casa y dijo con vivacidad:

—Va a nevar.

Se introdujo en el jardín por una verja de hierro no muy alta,

con dibujos italianizantes, y se encontró en un espacio donde imperaba la desolación típica de los lugares que, habiendo estado ordenados, se han sumido después en el abandono. Frondosidades verde oscuro adquirirían ahora un tono gris por efecto del leve polvo de la escarcha, largos hierbajos contorneaban los arriates cual dos flequillos, y la casa permanecía inmutable en la cima de un bosque enano de hierbajos y matas. La mayor parte de la vegetación consistía en plantas de hoja perenne o muy resistente, y aun siendo tan oscura y abundante era de un tipo demasiado nórdico para convenirle el epíteto de exuberante. Se podía describir como una selva ártica. Algo análogo sucedía con la casa misma que, con su columnata y clásica fachada, podía haber mirado sobre el Mediterráneo, aunque en realidad pareciera marchitarse ahora bajo el viento del mar del Norte. Adornos clásicos dispersos acá y allá acentuaban el contraste; cariátides y máscaras de la comedia o tragedia vigilaban desde los ángulos del edificio sobre la gris confusión de los senderos, pero incluso sus caras parecían haberse helado. Y era también posible que las volutas de los capiteles se hubiesen retorcido por efecto del frío.

El padre Brown subió los peldaños herbosos hasta llegar a un pórtico cuadrado, que flanqueaban gruesas columnas, y llamó a la puerta. Cuatro minutos después volvió a llamar, y desde entonces estuvo de espaldas a la puerta, observando el paisaje que poco a poco iba ensombreciéndose. La causa del oscurecimiento era la gran mole de sombra de la nube que declinaba hacia el Norte y, al fijar la mirada en las columnas del pórtico, que le parecieron altas y macizas en la semioscuridad, pudo apreciar el opaco ribete de la gran nube asomar por encima del tejado y descender hacia el pórtico como si fuera una colcha. La colcha gris, con sus bordes ligeramente coloreados, parecía pesar más y más sobre el jardín hasta que del cielo, que hasta

entonces había sido de un color claro y pálido propio del invierno, no quedaron más que algunas vetas de plata y jirones como de una débil puesta de sol. El padre Brown continuaba aguardando, sin que oyera, procedente del interior, ningún ruido. Al cabo, bajó rápidamente los peldaños y dio la vuelta a la casa para buscar otra entrada. Halló una, auxiliar, en la pared desprovista de luces y, como en la delantera, volvió a golpear y a esperar. Finalmente intentó abrirla, aunque renunció a hacerlo al darse cuenta de que la puerta estaba cerrada o atrancada por un medio u otro y, cerciorado de ello, continuó su ronda pensando si el excéntrico señor Aylmer no se habría encerrado con demasiadas precauciones y le era imposible oír a quienes llamaran; o si estaría aún encerrándose más por suponer que la llamada proviniera del vengativo Strake. Cabía asimismo la de que los emigrantes criados hubiesen sólo abierto una puerta aquella mañana y que su amo la hubiera cerrado después; pero, en todo caso, era inverosímil que, en la forma en que había ido todo, hubiesen tenido la precaución de mirar con interés la defensa de su dueño. Prosiguió, pues, en su ronda del edificio. No era de grandes proporciones, aunque sí algo presuntuoso, y pronto observó que le había dado una vuelta completa. Mirando a su alrededor halló lo que suponía y buscaba; una ventana semioculta entre enredaderas que, por descuido, estaba abierta; encaramándose por ella, se encontró en una habitación central, amueblada con cierto lujo, aunque algo pasada de moda, una escalera a un lado y una puerta al otro, y frente a él otra puerta con cristalillos rojos, cuyo aspecto chocaba un poco con el gusto de la época; daba la impresión de una figura vestida de rojo y recortada en vidrio de color. Sobre una mesa redonda, a su derecha, había un recipiente lleno de agua verde, dentro del cual se movían algunos peces y otras cosas parecidas, como si estuvieran en un estanque: frente por

frente, había una planta de la especie de las palmeras, con hojas verdes muy grandes. Tenía un carácter tan polvoriento y Victoriano que el teléfono, visible en la alcoba oculta por unos cortinajes, resultaba una sorpresa.

—¿Quién va? —resonó una voz algo fuerte y alterada hasta cierto punto, que provenía de detrás de la puerta de cristales.

—¿Podría saludar a Mr. Aylmer? —preguntó el sacerdote, excusándose.

La puerta se abrió y un señor, envuelto en una bata de color verde loro, apareció con rostro inquisitivo. Su cabello era bastante hirsuto y descuidado, como si hubiera estado en cama o viviendo en un constante desasosiego, pero sus ojos, sin embargo, no sólo estaban despiertos, sino alerta, y determinadas personas los habrían podido calificar de alarmados. El padre Brown sabía de sobra que tal expresión podía darse en cualquier hombre que, bajo la amenaza o aprensión de un peligro, se hubiese arruinado. Tenía un bello rostro aguileño, cuando se lo miraba de perfil, pero en cuanto se lo miraba de frente sugería la sensación de desorden, aumentado incluso por el descuido peculiar de su barba color castaño.

—Yo soy Mr. Aylmer —dijo—, pero he perdido ya la costumbre de esperar visitantes.

Algo en la incierta mirada que le dirigía Mr. Aylmer hizo que el sacerdote atacara su cometido sin preámbulo, pensando en que, si la persecución de aquel hombre era sólo una monomanía, no se iba a mostrar ofendido.

—Estaba justamente preguntándome —dijo el padre Brown con suavidad— si sería cierto que usted no esperaba nunca a nadie.

—No anda usted equivocado —contestó el dueño de la casa sin titubear—, espero siempre una visita. Y, en caso de llegar, pudiera muy bien ser la última.

—Confío en que no llegue nunca —dijo el padre Brown—; por lo menos, me alegra pensar que yo no me parezco en nada a él.

Mr. Aylmer se estremeció con sarcástica sonrisa.

—Verdaderamente no se parece —dijo.

—Mr. Aylmer —manifestó el padre Brown con franqueza—, he de comenzar por pedir excusas de haberme tomado esta libertad, pero algunos amigos míos me han dicho que se hallaba usted en un apuro y me han rogado que subiera, por si podía ayudarlo. La verdad es que tengo una cierta experiencia en asuntos como el presente.

—Carece de semejanza con cualquier otro —dijo Aylmer.

—¿Quiere usted decir que las tragedias que han tenido lugar en su desgraciada familia no han sido muertes naturales?

—Quiero decir más; que ni los asesinos fueron normales —contestó el otro—. El hombre que nos está acorralando hacia la muerte es un lebrél infernal y su poder emana de Satanás.

—El mal tiene un solo origen —afirmó el sacerdote con gravedad—. Pero, ¿cómo sabe usted que no eran asesinos normales?

Aylmer contestó con un ademán, ofreciéndole que se sentara, y luego lo hizo él en otra silla, frunciendo el entrecejo y apoyando sus manos sobre las piernas. No obstante, cuando levantó el rostro, la expresión que se reflejaba en él era más suave y pensativa, y su voz tenía un tono cordial y controlado.

—Señor —dijo—, no quiero que me tenga, ni por un momento, por persona que no se halla en su cabal juicio. He llegado a las conclusiones precedentes por estricto razonamiento, pues, desgraciadamente, la razón nos conduce a este resultado. He leído bastante acerca de las aludidas cuestiones, pues soy el único que ha heredado las nociones de mi padre en tan oscuros sucesos e incluso su biblioteca. Sin embargo, lo que voy a decirle no se basa en mis lecturas, sino en lo que yo mismo he visto.

El padre Brown asentía, y el otro continuó su relato como quien elige con cuidado las palabras:

—En el caso de mi hermano mayor, tuve mis dudas. No había señales ni huellas en el lugar donde se lo encontró muerto con la pistola a su lado. Pero acababa de recibir una carta amenazadora de nuestro enemigo, sellada con un puñal alado, lo cual constituye uno de sus emblemas cabalísticos e infernales. Y un criado afirmó que había visto moverse algo por la pared del jardín y que era sin duda demasiado grande para tratarse de un gato. Ya no sé más; todo lo que puedo decir es que en caso de ser el asesino, no dejó trazas de su venida. Pues bien, cuando murió mi hermano Stephen, todo ocurrió de manera distinta y desde entonces no me queda ya lugar a dudas. La máquina trabajaba al aire libre bajo la torre de la fábrica, a la que yo mismo subí después que él hubo sucumbido bajo el martillo de hierro que le golpeó la cabeza; no vi que lo tocara otra cosa, pero también puedo decirle que vi lo que vi.

»Una gran humareda de la chimenea de la fábrica me ocultó la torre y, sin embargo, a través de un claro pude distinguir una forma humana cubierta por una capa negra. A continuación vino otro golpe de humo y, cuando se hubo desvanecido, miré hacia la chimenea y no vi a nadie. Soy un hombre racional

y quiero preguntar, a todos los que lo son, cómo aquél pudo alcanzar con sólo el poder humano tales alturas inescalables, y cómo bajó de ellas.

Se quedó mirando entonces al sacerdote con un aire de reto y, al cabo de un corto silencio, continuó bruscamente:

—Los sesos de mi hermano anduvieron por los suelos, pero su cuerpo no sufrió graves daños, y en su bolsillo encontramos uno de aquellos mensajes que lo prevenía, con fecha del día anterior, y que ostentaba el sello con el mencionado puñal alado.

»Estoy seguro —prosiguió con gravedad— de que el símbolo alado no es algo meramente arbitrario o accidental; nada hay en aquel hombre aborrecible que sea casual. Todo en él tiene una intención; aunque hay que reconocer que es una de las intenciones más oscuras e intrincadas que concebirse pueda. Su mente se rige no sólo por planes complicadísimos, sino por toda suerte de lenguas secretas, signos y mudas señales, y por imágenes sin nombre que representan cosas que no pueden nombrarse. Se trata de la peor clase de hombres que el mundo conoce; es el místico malvado. No pretendo penetrar de momento todo lo que semejante imagen entraña; pero parece inequívoco que algo tiene que ver con lo más digno de mención, incluso con lo increíble de los movimientos con que ha acechado siempre a mi familia ¡Dígame si no hay conexión entre la idea de un puñal alado y la misteriosa manera como Philip fue asesinado en su propio jardín sin que la más leve huella indicase su paso por encima del polvo o hierba! ¡Y dígame si no hay conexión entre un puñal con plumas, volando como una saeta emplumada, y aquella figura suspendida en la más alta de las chimeneas, que llevaba una capa con alas!

—Luego, ¿cree usted —dijo el padre Brown, pensativo— que se halla en continuo estado de levitación?

—Simón Mago —contestó Aylmer— lo alcanzó, y es una de las predicaciones más extendidas respecto de los oscuros tiempos venideros, la de que el Anticristo podrá volar. Como quiera que sea, apareció el signo de la daga sobre la carta y si podía volar o no, lo ignoramos, aunque por lo menos podía herir.

El rostro imperturbable rompió a reír.

—Usted mismo lo verá —dijo Aylmer molesto—, pues cabalmente acabo de recibir uno esta mañana.

Estaba ahora echado hacia atrás en su silla, con sus largas piernas extendidas ante sí asomando de la bata, un poco demasiado corta para su talla, dejando descansar un barbudo mentón sobre el pecho. Sin perder esta actitud introdujo una mano en el bolsillo de la bata y sacó un pedacito de papel, que tendió con brazo rígido al clérigo. Toda su actitud denotaba una especie de parálisis con algo a la vez de rigidez y de colapso.

Pero la observación formulada por el clérigo tuvo el poder sorprendente de despertarlo.

El padre Brown estaba mirando a su peculiar manera el papel que le había entregado. Era un papel grueso, pero no vulgar, del que acostumbran a emplear los artistas para hacer apuntes; en él aparecía, dibujada con habilidad, con tinta, una daga provista de alas, como el caduceo de Hermes, con la leyenda:

«La muerte te llegará mañana, al igual que a tus hermanos.»

El padre Brown tiró el papel al suelo, y se irguió en su asiento mientras decía:

—No debe usted consentir que esas necedades lo reduzcan a la impotencia —formuló con decisión—; esos diablos intentan siempre reducirnos a la impotencia arrebatándonos incluso la esperanza.

Con gran sorpresa suya, las palabras pronunciadas parecieron operar una fuerte reacción en la postrada figura de su interlocutor, que se levantó de la silla como si acabase de despertar de un letargo.

—¡Tiene usted razón, tiene usted razón! —exclamó Aylmer con vivacidad un poco insegura—. Ya se apercibirán, al cabo, de que no estoy tan indefenso ni tan desesperado. Es posible que tenga mis razones para abrir el espíritu a la espera, y mejor ayuda de la que usted mismo puede suponer.

Permanecía de pie ante el sacerdote, frunciendo el entrecejo y con las manos en los bolsillos. El padre Brown tuvo unos momentos de duda, creyendo que la amenaza de aquel constante peligro podía haber trastornado el cerebro del hombre. Pero cuando se dispuso a hablar, Aylmer lo hizo en forma muy reposada.

—Creo que mis desgraciados hermanos sucumbieron porque usaron un arma completamente inútil. Philip llevaba un revólver, y por eso dijeron que su muerte había sido un suicidio. Stephen se rodeó de policías, pero, al ver que resultaba un tanto ridículo, no pudo admitir que un policía lo acompañase por la escalera de mano hasta una pequeña plataforma donde sólo debía permanecer unos segundos. Ambos eran unos irreverentes, reaccionando con escepticismo frente al extraño fervor místico de mi padre en sus últimos tiempos. Yo, en cambio, creía siempre que había en mi padre más de lo que ellos podían comprender. Es verdad que por sus estudios sobre la

magia acabó creyendo en las angosturas de la magia negra: la magia negra de ese sinvergüenza de Strake. Pero mis hermanos se equivocaron en el antídoto. El antídoto de la magia negra no es el soez materialismo y sabiduría mundana. El antídoto de la magia negra es la magia blanca.

—Todo depende de lo que usted entienda por magia blanca —dijo el padre Brown.

—Me refiero a la magia de plata —dijo el otro en voz baja y misteriosa, como si revelara un secreto—. ¿Sabe usted lo que quiero decir cuando hablo de magia de plata? Perdóneme un instante.

Se volvió, abrió la puerta vidriera, desapareció por un pasillo. La casa tenía menos profundidad de la que Brown había supuesto; en lugar de abrirse aquella puerta en habitaciones interiores, desembocaba en un pasillo que, por lo que el sacerdote pudo ver, terminaba en otra puerta que se abría al jardín. La puerta de una de las habitaciones daba a dicho pasillo; y el clérigo no dudó en tenerla por la correspondiente a la habitación del dueño, ya que precipitadamente había salido de ella con la bata puesta. No había en aquel lienzo de pared nada más que un insignificante paragüero, con su acostumbrado cúmulo de sombreros viejos y sobretodos; pero al otro lado había algo más interesante: un estante de caoba oscura, con algunos objetos de plata, sobre el que colgaba una panoplia llena de antiguas armas. Arnold Aylmer se paró ante ella, levantó los ojos, escogió una pistola larga y vieja, con el cañón en forma de campana.

La puerta que daba al jardín estaba entreabierta y por la rendija entraba un haz de luz blanquísima. El clérigo poseía un instinto muy agudo sobre los fenómenos naturales, y algo en

la inusitada luz le dijo lo que había sucedido fuera. No era más que lo que había anticipado al acercarse a la casa. Pasó rápidamente ante su sorprendido compañero y abrió la puerta para encontrarse con algo que era una llamarada y una fría extensión. Lo que había visto brillar a través de la rendija no era sólo la blancura negativa de la luz solar, sino la más positiva blancura de la nieve. Todo el paisaje se hallaba cubierto por aquel pálido brillo, tan atrevido e inocente a la vez.

—Aquí por lo menos tenemos magia blanca —dijo el padre Brown alegremente, y al volverse hacia el salón murmuró—: y también magia de plata, supongo —pues el haz de luz que entraba por la puerta dio sobre los objetos de plata, encendiéndolos con singular esplendor e iluminando algunas partes de las enmohecidas armas. La desaliñada cabeza de Aylmer pareció rodearse de un halo de lumbre argéntea mientras se volvía, con su rostro recatado en la sombra y la ridícula pistola en su mano.

—¿No sabe usted por qué razón he escogido esta anticuada pistola? Porque puedo cargarla con esa bala.

Tomó una cucharita de las que tienen en el mango un Apóstol repujado y con destreza quitó la figura.

—Vamos a la otra habitación —dijo—. ¿No ha oído usted hablar nunca de la muerte de Dundee? —preguntó cuando hubieron vuelto a sentarse. Y se hallaba ya repuesto del agobio que le había producido la inquietud del sacerdote—. Graham de Claverlause, ¿sabe?, el que persiguió a los firmantes del pacto escocés de la reforma religiosa y que tenía un caballo negro que podía subir por las breñas de un precipicio, ¿no sabe usted que únicamente podía sucumbir a causa de una bala de plata, pues se había vendido al diablo? Por lo menos sabe usted cosas del

diablo para creer en él.

—¡Oh, sí! —contestó el padre Brown—, y creo en el diablo. Pero en quien no creo es en el tal Dundee. Quiero decir, en el supuesto Dundee de las leyendas de la reforma religiosa y en la maravilla de su caballo negro. John Graham era sólo un soldado profesional del siglo XVII y bastante más notable que la mayor parte de los otros. Y si combatió como dragón, era por ser Dragón, pero no un dragón. Ahora bien: mi experiencia me enseña que no es esta clase de calaveras matasietes los que se venden al diablo. Los adoradores de Lucifer que he conocido son de otra clase. No voy a citar nombres, que podrían causar un revuelo social, sino que me limitaré, por ejemplo, a un hombre del tiempo de Dundee. ¿Ha oído usted hablar de Dalrymple de Stair?

—No —contestó el otro amoscado.

—A pesar de todo conocerá usted de oídas lo que hizo, y que fue mucho peor que todo lo que llegó a hacer Dundee; gracias debe dar al olvido por haberlo librado de la infamia. El fue el autor de la matanza de Glencoe. Era un personaje muy culto y un abogado conocido, un hombre de Estado con vastas y profundas ideas de Gobierno, un hombre reposado, con facciones refinadamente intelectuales. Son de esta clase los hombres que se venden al diablo.

Aylmer se levantó casi de la silla con entusiasmo para corroborar el aserto del clérigo.

—¡Por Cristo, y cuánta razón tiene usted! —exclamó—. Un rostro refinadamente intelectual. ¡Así es el rostro de John Strake!

Se levantó y fijó la mirada en la cara del sacerdote con especial

concentración.

—Si tiene la bondad de aguardar aquí unos instantes —dijo—, le enseñaré algo.

Salió por la puerta vidriera, cerrándola tras de sí, y se dirigió, en opinión del sacerdote, hacia el viejo estante o a su aposento. El padre Brown permaneció sentado, mirando distraídamente la alfombra, en la que brillaba un pequeño reflejo rojo de la puerta vidriera. Una vez pareció encenderse como un rubí y volvió a apagarse como si el sol de aquel tempestuoso día hubiese pasado de una nube a otra. Nadie se movía, salvo los seres acuáticos, que flotaban de acá para allá en el recipiente verde. El padre Brown se sumió en intensas meditaciones.

No habían transcurrido aún dos minutos cuando se levantó, dirigiéndose sin hacer ruido a la alcoba, donde había visto el teléfono, para llamar a su amigo el doctor Boyne.

—Lo llamo para hablarle del asunto Aylmer; es una historia muy rara, pero me parece que en ella algo hay de verdadero. Si yo estuviera en su puesto mandaría aquí a cuatro o cinco de sus hombres para que guardasen la casa, pues, si sucede algo, creo que va a ser en forma de fuga.

Colgó el aparato y volvió a sentarse en el mismo lugar donde estuviera; continuó observando la alfombra y vio de nuevo encenderse un brillo sanguíneo que procedía de la puerta vidriera. Algún detalle de aquella luz filtrada le trasportó de golpe su mente hacia campos lejanos, en los confines del pensamiento que, cual la primera luz del día, antes de asomar la aurora, se muestra alternativamente luminoso o velado, adoptando formas simbólicas de ventanas y puertas.

Un aullido inhumano, producto de una voz humana resonó al

otro lado de la puerta, casi al mismo tiempo que el ruido de un pistoletazo. Sin que los ecos del mismo se hubieran desvanecido por completo, la puerta fue abierta con violencia inaudita y el dueño entró tambaleándose en la habitación, con su bata desgarrada y la anticuada pistola echando humo. Parecía que todos sus miembros temblaban, aunque el temblor procedía de unas carcajadas siniestras.

—¡Gloria a la magia blanca! —exclamó—. ¡Gloria a la bala de plata! El sabueso infernal ha salido de caza demasiadas veces y llegó por fin la hora en que mis hermanos quedarán vengados.

Se dejó caer en una silla y la pistola resbaló de sus manos al suelo. El clérigo se levantó precipitadamente, abrió la puerta de cristales y se fue por el pasillo. Puso la mano sobre el pomo de la puerta de habitación, como si intentase entrar, se agachó, como si quisiera examinar algo, y luego se abalanzó a la puerta que comunicaba con el jardín y la abrió de par en par.

Sobre el campo nevado, cuya superficie había sido lisa y blanca hacía unos instantes, aparecía un objeto negro. A primera vista semejaba un enorme murciélago. Una segunda mirada convencía de que era una figura humana caída de bruces, con la cabeza cubierta por un ancho sombrero de color negro, que tenía algo de sudamericano. La impresión de alas procedía de las anchas mangas del sobretodo, extendidas a uno y otro lado en toda su amplitud. Las manos quedaban ocultas, pero el padre Brown creyó deducir la posición de una de ellas y, muy cerca, bajo el pliegue del gabán, discernió el brillo de un arma blanca. El conjunto era exactamente el de una de estas fantasías de la Heráldica; parecía un águila negra sobre campo blanco. Pero andando a su alrededor y levantando por fin el sombrero vio la cara, que tenía en realidad los trazos refinadamente intelectuales con visos de aséptica y austera: era sin

duda, el rostro de John Strake.

—¡Estamos arreglados! —refunfuñó el padre Brown—. Parece, por cierto, un vampiro que se haya abatido como un ave.

—¿Y de qué otra manera podía haber venido? —exclamó una voz procedente de la puerta; y el padre Brown vio a Aylmer que lo miraba fijamente desde el zaguán.

—¿No pudo haber venido caminando?

Aylmer extendió el brazo hacia las próximas veredas y dijo:

—Mire usted la nieve; está intacta, tan pura como la magia blanca a que usted mismo hace poco la ha comparado. ¿Hay por ventura otra mancha que la de ese lodo caído ahí? No hay otras huellas que las de usted y mías; no hay ninguna que se aproxime a la casa.

Miró al sacerdote con una peculiar y concentrada expresión, y dijo:

—Le voy a advertir algo más aún. El abrigo que utiliza para volar es demasiado largo para haberse podido servir del mismo normalmente. No era un hombre muy alto; y por tal razón habría arrastrado la prenda tras de él como una cola real. Extiéndalo usted sobre su cuerpo y verá.

—¿Y qué hubo entre ustedes dos? —preguntó el padre Brown, de pronto.

—Fue demasiado rápido para poderlo describir —contestó Aylmer—. Yo había salido para mirar fuera y, al volver la espalda, sentí algo semejante a un remolino de viento junto a mí y como si el remolino me zarandeara en medio del aire. Me las compuse para dar la vuelta, tiré sin saber dónde y vi lo mismo que usted ve. Estoy seguro de que, en caso de no haber tenido la pistola

cargada con la bala de plata, no lo vería usted donde lo ve ahora. El que yacería en su lugar sería otro.

—Perdone que lo interrumpa: ¿quiere usted dejarlo ahí en la nieve o prefiere que lo llevemos a su habitación? Supongo que es su habitación la que da al pasillo.

—No, no —contestó Aylmer con presteza—. Debemos dejarlo ahí hasta que la Policía lo haya visto. Tengo ya bastante de este asunto por de pronto y, suceda lo que suceda, voy a tomar un trago. Después pueden ahorcarme si les place.

En el salón, entre la palmera y el acuario, Aylmer se dejó caer en una silla; estuvo a punto de volcar el recipiente cuando entró en la habitación, pero acabó por hallar una botella de coñac después de haber mirado muchos armarios y rincones. No se mostraba como una persona metódica, pero también es cierto que en aquel instante parecía haber llegado al colmo de su agitación. Sorbió un largo trago y empezó a hablar con apresuramiento, cual si quisiera llenar con sus palabras el silencio.

—Veo que no está aún convencido, a pesar de haberlo visto con sus propios ojos. Créame, había algo más que la simple pelea entre el espíritu de Strake y el de la casa Aylmer. Además, que a usted no le sienta nada bien ser un incrédulo. Usted debiera ponerse al lado de todas esas cosas que las personas estúpidas llaman supersticiones. Vaya de una vez y para siempre, ¿no cree que hay mucha verdad en lo que dicen las comadres acerca de la suerte, encantos y otras cosas, incluyendo las balas de plata? ¿Qué opina usted de esto, como católico?

—Pues le digo que soy agnóstico —contestó el padre Brown sonriendo.

—Tonterías —pretendió Aylmer impaciente—, usted no debe hacer nada más que creer cosas.

—Pues naturalmente que creo algunas cosas —concedió el padre Brown—, y por ello, como es natural, dejo de creer en otras.

Aylmer había adelantado su cuerpo y lo estaba mirando con la fuerza de los que pretenden hipnotizar.

—Usted lo cree —dijo—. Usted lo cree todo. Todos creemos en todo aunque lo neguemos. Los que niegan creen. ¿No siente usted en su corazón que estas contradicciones no se contradicen? ¿Que hay un cosmos que lo contiene todo? El alma gira sobre una rueda estrellada y todo vuelve de nuevo; podría ser que Strake y yo hubiésemos luchado en otra forma, bestia contra bestia, pájaro contra pájaro, a lo mejor seguiremos así luchando por toda una eternidad. Y desde el momento en que nos buscamos y somos imprescindibles el uno para el otro, entonces incluso este odio eterno se convierte en un eterno amor. El bien y el mal giran sobre una rueda que es una sola cosa y no varias. ¿No acepta usted en su ser más interno, no cree usted a pesar de todas sus creencias, que hay una sola verdad y que nosotros somos únicamente sombras de ella; y que todas las cosas no son más que aspectos de una cosa única, un centro en el cual los hombres se funden en el Hombre y el Hombre en Dios?

—No —dijo el padre Brown.

En el exterior, el crepúsculo comenzaba a declinar, en esa fase de las tardes nevadas en la cual parece la tierra más brillante que el cielo. En el pórtico principal el padre Brown pudo distinguir a través de una ventana velada por una cortina la figura bastante corpulenta de un hombre. Miró luego a la ven-

tana por la que había entrado y vio ante ella la silueta de otros dos hombres inmóviles. La puerta interior con los cristales rojos estaba entornada y pudo vislumbrar en el corredor los extremos de dos largas sombras, exageradas y deformes por la luz horizontal de la puerta; ambas podían tomarse aún por la caricatura de unos hombres. El doctor Boyne había obedecido a su llamada telefónica. La casa estaba guardada.

—¿De qué le sirve a usted decir que no? —insistió el dueño con la misma mirada hipnotizadora—. Usted mismo ha visto parte del eterno drama. Usted ha visto a John Strake amenazar de muerte a Arnold Aylmer por la magia negra, Usted ha visto a Arnold Aylmer matar a John Strake por la magia blanca. Usted ve a Arnod Aylmer vivo y conversando con usted mismo. Y a pesar de todo esto usted sigue sin creer.

—No, no lo creo —dijo el padre Brown, levantándose como el que está dispuesto a poner fin a una entrevista.

—¿Y por qué no? —preguntó el otro.

El sacerdote levantó algo más la voz, que resonaba cual toque de trompeta por toda la sala.

—Porque usted no es Arnold Aylmer —dijo—, y porque sé de sobra quién es. Su nombre es John Strake; y acaba usted de asesinar al último de sus hermanos, que yace ahí en la nieve.

Un círculo blanco se dibujó alrededor de la pupila de aquel individuo, que parecía hacer un esfuerzo postrero para hipnotizarlo. Después se apartó a un lado y, al moverse, se abrió la puerta que tenía a su espalda y dos policías en traje de calle le pusieron una mano sobre los hombros. La otra mano colgaba a su lado, empuñando un revólver. Miró desesperado a su alrededor y pudo ver que no había salida posible.

Aquella noche el padre Brown tuvo una larga conversación con el doctor Boyne sobre la tragedia de los Aylmer. No quedaba ya lugar a dudas sobre el punto principal de la misma, puesto que el propio Strake había confesado su identidad y, lo que es más, sus crímenes, aunque estaría más cercano de la verdad decir que se había vanagloriado de sus victorias, haciendo gala de haber coronado la obra de su vida con la muerte del último Aylmer; todo lo demás, incluyendo su propia existencia, parecía indiferente.

—El hombre parece un monomaniaco —dijo el padre Brown—, pues no le interesa ningún otro asesinato, y esta observación tuve que repetírmela diversas veces, esta tarde, para calmar mis temores. Pues, como sin duda se le habrá ocurrido a usted, le hubiera sido más fácil pegarme un tiro y largarse guapamente, que entretenerse inventando toda esta ingeniosa máquina sobre vampiros y balas de plata. Le aseguro que tal idea me ha perseguido con verdadera insistencia.

—¿Y por qué no lo hizo? —observó Boyne—. No lo comprendo, pero en realidad no comprendo aún nada. Sin embargo, ¿por dónde lo descubrió usted y qué es lo que ha descubierto?

—Usted mismo me armó una información preciosísima —contestó el padre Brown con modestia—; justamente me dijo usted lo que para mí ha tenido un valor imponderable. Usted afirmó que Strake era un embustero de gran imaginación y que tenía un gran aplomo al decir sus embustes. Esta tarde se vio precisado a usar de su habilidad y estuvo a la altura de las circunstancias; y creo que su única falta constituyó en escoger una historia demasiado sobrenatural; creía que porque yo era un clérigo estaba dispuesto a tragarme cualquier cosa. Hay muchas personas que se equivocan en este mismo punto.

—No puedo aún ver el principio y el fin; debe usted empezar por lo primero —dijo el doctor.

—Lo primero fue la bata, fue un disfraz realmente bueno. Cuando uno entra en una casa y se encuentra con un hombre con la bata no titubea en considerarlo el dueño. Esta misma reflexión me hice yo, pero después comenzaron a suceder cosas, pequeños detalles, algo raros. Cuando escogió la pistola, la amartilló primero, como lo haría el que quiere asegurarse de si está o no cargada; yo imaginé que él debía de saber si las pistolas de su propia casa estaban cargadas. Tampoco me gustó la manera como se puso a buscar el coñac, ni cómo al entrar en la habitación estuvo a punto de volcar el acuario; pues el hombre que tiene un objeto tan frágil habitualmente en su habitación adquiere un hábito mecánico de evitarlo. Con todo, estas anomalías podían haber sido mera imaginación. En la primera cosa en que vale la pena fijarse es en lo siguiente: salió de un pasillo que tenía una puerta a cada lado y en el pasillo mismo sólo había una que daba a una habitación; yo deduje que era el dormitorio de donde acababa de salir el dueño. Me acerqué a la puerta e intenté abrirla, pero vi que estaba cerrada. Me pareció raro, miré por la cerradura y vi que la habitación estaba vacía, sin cama ni mueble alguno. Por lo tanto no había salido de ninguna habitación, sino de la casa. Y cuando vi esto me lo imaginé ya todo.

»El pobre Arnold Aylmer dormía sin duda y vivía tal vez en el primer piso; había bajado en bata y pasado por la puerta de cristales rojos. Al final del pasillo, recortado en negro, contra la luz invernal, vio al enemigo de la casa. Vio a un hombre alto, con barba, con un sombrero negro de ala ancha y un gran abrigo negro. Me parece que poca cosa vio el pobre Arnold de este mundo. Strake se abalanzó sobre él, clavándole un puñal

o ahogándolo; no podemos asegurarlo hasta que no esté hecho el informe. Después, Strake, en el estrecho pasillo, entre el paragüero y el viejo zócalo, mientras miraba triunfalmente al último de sus enemigos, oyó algo que no había esperado: oyó pasos en el salón. Era yo, que acababa de entrar por la ventana.

»Su disfraz fue un milagro de presteza. No sólo hacía las veces de disfraz, sino que surtía un efecto novelesco. Se quitó su gran sombrero negro y abrigo y se puso la bata del muerto. Después hizo una cosa espantosa, algo que para mí es más espeluznante que lo demás. Colgó el cadáver, como si fuera un gabán, de una de las perchas. Lo tapó con su largo abrigo que advirtió colgaba bastante por debajo de los pies y cubrió su cabeza con el ancho sombrero que llevaba. Era ésta la única manera posible de esconderlo en aquel estrecho pasillo con una puerta cerrada; pero he de decir que fue una manera muy ingeniosa de hacerlo. Yo mismo pasé por delante de él sin darle más importancia que la que se da a un paragüero. Me parece que esta inconsciencia mía me producirá siempre escalofríos.

»Podía haberlo dejado como estaba, pero quedaba aún el peligro de que yo lo descubriera, y un cadáver colgado de esta forma estaba pidiendo explicaciones. Optó, pues, por lo más atrevido; descubrirlo y explicarlo por sí mismo.

»Entonces, en la extraña y espeluznante fertilidad de su mente, tomó cuerpo la posibilidad de invertir los papeles. El mismo optó por la forma y nombre de Arnold Aylmer; ¿y por qué no hacer que el muerto representara a John Strake? Debió de haber algo, en el intercambio de personalidades que gustó a la macabra fantasía de aquel hombre. Era como si los dos enemigos tuvieran que ir a un monstruoso baile de máscaras, disfrazados el uno del otro. Sólo que el baile de máscaras iba a convertirse en una danza de la muerte; y uno de los bailarores

debía aparecer muerto. Por eso imagino que le agradó y puedo imaginármelo sonriendo.

El padre Brown miraba al vacío con sus grandes ojos grises que, cuando no permanecían ocultos por su manía de cerrar los párpados, eran la única cosa notable de su rostro. Continuó hablando con sencillez y seriedad.

—Todas las cosas nos provienen de Dios; y, muy especialmente, la razón y la imaginación, que son los grandes dones hechos al alma. Son buenos en sí mismos, y no debemos olvidar su origen, aun cuando se haga mal uso de ellos. Ahora bien: este hombre poseía una calidad muy propia para ser pervertida; el poder de inventar historias. Era un gran novelista; sólo que había desviado sus aptitudes hacia un fin práctico y perverso: engañar a los hombres con argumentos falsos en lugar de verdaderos. Empezó seduciendo al viejo Aylmer con complicados argumentos y mentiras ingeniosamente razonadas; pero, al principio, fueron sólo mentirijillas y cuentos de un niño que con la misma facilidad puede decir que ha visto al rey de Inglaterra que al rey de las Hadas. Tal vicio se reforzó en él a través del que exagera y perpetúa a todos los demás: el orgullo. Fue enorgulleciéndose más y más de su presteza en producir historias, de su originalidad y de la sutileza con que las desarrollaba. A esto se referían los Aylmer cuando dijeron que podía haber embaucado a su padre; y era cierto. Se trata del mismo sortilegio que el narrador usó con el tirano de Las Mil y Una Noches. Y hasta al fin atravesó el mundo con el orgullo del poeta; y con el falso, aunque inconmensurable brío que posee el embustero. Se veía aún con mayor aptitud para producir cuentos fantásticos, cuando tenía la cabeza en peligro. Y hoy la tenía.

»Pero estoy seguro de que ha disfrutado haciéndolo como si

fuera una fantasía y a la vez una conspiración. Se propuso contar la verdadera historia, aunque al revés: tratando al muerto como vivo y al vivo como difunto. Se había ya puesto la bata de Aylmer e iba ahora camino de ponerse su cuerpo y su alma. Miraba al cadáver que yacía en la nieve como si fuera el suyo propio. Al fin, extendió el abrigo de manera que sugiriera el aterrizaje de un ave de presa, y no sólo procuró encubrirlo bajo su propia prenda de vestir, oscura y holgada, sino también inventando un cuento de hadas acerca del pájaro negro que sólo podía sucumbir a una bala de plata. Ignoro si fue el brillo de los objetos de plata sobre el estante o la nieve que brillaba en la campiña lo que sugirió a su extraordinario temperamento de artista el tema de la magia blanca y el metal blanco que se usa contra los magos. Pero sea cual fuere su origen, lo desarrolló como un poeta, improvisándolo como hombre práctico que era. Remató el intercambio y sustitución de las partes tirando el cadáver sobre la nieve como si fuera el cuerpo de Strake. Hizo lo mejor que pudo para presentar a Strake como una figura espeluznante, como algo que estuviera rondando por el aire, como una arpía de alas veloces y garras de muerte, para explicar la ausencia de huellas sobre la nieve y otras cosas. Como ejemplo de bellaquería artística lo admiro intensamente. Al presentarse una contradicción la utilizó como argumento; y dijo que, siendo el abrigo del cadáver demasiado largo para él, probaba que jamás había andado por el suelo como los demás mortales. Pero me miró con tal intensidad al decirlo que algo me indujo a pensar que intentaba hacer prevalecer una gran impostura.

El doctor Boyne parecía pensar.

—¿Había usted descubierto la verdad por entonces? —preguntó—. Algo hay muy raro y que los nervios delatan con terrible

exactitud, pienso yo, siempre que nos encontramos frente a algún caso que afecta a la identidad. No sé si será más fatal llegar a adivinarlo de esta manera tan rápida o por etapas. Me gustaría saber cuándo le entró la sospecha y cuándo estuvo seguro.

—Me parece que empecé a sospechar con algún fundamento cuando le telefoneé. Y lo que me dio pie para ello no fue otra cosa que el reflejo rojo de la puerta vidriera sobre la alfombra encendiéndose y apagándose. Parecía una mancha de sangre que al pedir venganza se encendiera. ¿Por qué razón sufría esos cambios? Estaba seguro de que el sol no había salido; y podía sólo atribuirse a que la puerta que daba al jardín se abriera y se volviese a cerrar. Si entonces hubiese descubierto a su enemigo habría chillado, y fue únicamente unos minutos después cuando ocurrió la crisis. Empezó a ganarme la sensación de que había salido a hacer algo... a preparar algo... Pero cuándo adquirí la completa seguridad, eso ya es otra cosa. Sabía que al final intentaba hipnotizarme con el negro arte de sus ojos, actuando de talismanes y con su voz, que surtía el efecto de un sortilegio. Con seguridad que esto era lo que hacía con el viejo Aylmer. Pero no sólo era la manera como lo hacía, sino lo que decía. Era su religión y su sistema filosófico.

—Me temo que soy un hombre muy práctico —dijo el médico un poco molesto— para preocuparme demasiado por la religión y la filosofía.

—Pues bien, nunca llegará a ser usted un hombre práctico hasta que se preocupe de ello —dijo el padre Brown—. Mire, doctor; usted me conoce lo bastante para saber que yo no soy un fanático. Usted sabe que no desconozco que hay toda clase de hombres en todas las religiones, buenos en las malas y malvados en las buenas. Pero existe un pequeño hecho que

he aprendido debido a que soy un hombre práctico, un hecho totalmente práctico aprendido por experiencia, como las juguetas de un animal o el sabor peculiar a un buen vino. Casi nunca he encontrado a un criminal que no filosofase; que no filosofase sobre las huellas del orientalismo, reencarnación y reaparición, sobre la rueda del destino y la serpiente que se muerde su propia cola: la práctica me ha enseñado que una maldición pesa sobre los servidores de aquella serpiente; sobre sus abdómenes andarán y del polvo comerán; y no he visto nunca un sinvergüenza o disipado que no discurriera sobre espiritualidades semejantes. Pudiera no haber sido así en sus verdaderos orígenes religiosos; pero en nuestro mundo actual ésa es la religión de los malvados; y así comprendí que estaba hablando con uno de ellos.

—¿Y cómo? —dijo Boyne—. Yo creía que un malvado podía profesar la religión que le viniera en gana.

—Sí —asintió el otro—. Podría profesar cualquier religión; podría acatar la forma religiosa que le pluguiera, si todo fuese mera suposición. Si fuera sólo hipocresía y nada más, sin duda entonces podía aparentarlo con un mero proceso hipócrita. Un rostro cualquiera puede cobijarse bajo la máscara que esconde. Todo el mundo puede aprender ciertas palabras o afirmar aquéllas que son sus puntos de vista. Yo mismo puedo salir a la calle y sostener que soy un metodista wesleyano, o sandemiano, aunque me temo que lo haría sin gran fuerza. Pero estamos hablando de un artista; y para que un artista pueda disfrutar, necesita que la máscara que se ponga esté poco más o menos moldeada según su rostro. Lo que quiere aparentar debe corresponder a algo que siente; sólo puede moldear sus acciones con materiales de su propia alma. Supongo que él podía también haber afirmado que era un metodista wesleyano,

pero nunca habría resultado un metodista tan elocuente como pudo llegar a ser un elocuente místico y fatalista. Estoy hablando del ideal que los hombres de esa clase imaginan, si es que realmente intentan ser idealistas. Todo su afán, cuando hablaba conmigo, tendía a aparecer lo más idealista posible; y siempre que esa clase de hombres se afanan por conseguirlo hallaremos en general que están moldeados según este ideal. Pueden siempre, aunque estén chorreando sangre, decir con toda sinceridad que el budismo es mejor que el cristianismo. Más aún, dirán con toda sinceridad que el budismo es más cristiano que el cristianismo. Esto por sí solo, basta para comprender su idea de cristianismo.

—¡Por vida mía! —exclamó el médico riendo—. No sé aún si lo está denunciando o lo defiende.

—Decir que un hombre es un genio no es defenderlo —dijo el padre Brown—. Antes al contrario. Es sólo un hecho psicológico que un artista tiene siempre algo de sinceridad. Leonardo da Vinci no habría dibujado si no hubiese tenido la capacidad para hacerlo. Aunque lo intentase sería siempre una parodia muy fuerte de una cosa muy débil. Este hombre habría convertido el metodismo wesleyano en algo terrible y maravilloso.

Cuando el sacerdote salió y se encaminó a su casa, el frío se había hecho más intenso y a pesar de todo era embriagador. Los árboles parecían candelabros de plata dispuestos a celebrar una Candelaria de la Purificación increíblemente fría. Era penetrante aquel frío, como la espada de plata del más puro dolor que una vez atravesó el corazón mismo de la pureza. No era, a pesar de ello, un frío mortal, salvo en que parecía matar cuantos obstáculos mortales se oponen a nuestra inmortal o inconmensurable vitalidad. El cielo verde pálido del anochecer, en el cual brillaba una sola estrella, como la de Belén, semejava,

por alguna extraña contradicción, un portal de claridad. Era como si pudiera existir una verde llamarada de frío que tuviera el poder de comunicar a las cosas igual vitalidad que el calor, y cuando más se hundieran en esos fríos y cristalinos colores tanto más se sentirían ligeros como seres alados y transparentes, como un cristal de color. Resplandecía con la luz de la verdad y deslindaba cual hoja de hielo la verdad de error; todo cuanto sobrevivía a la prueba jamás se había sentido tan lleno de vitalidad. Era como si la encarnación de la felicidad fuera una alhaja escondida en el corazón de un iceberg. El clérigo no podía llegar a comprender lo que le sucedería al hundirse más y más en aquella verde llamarada, sorbiendo cada vez con mayor intensidad aquella virginal vivacidad del aire. Parecía que, tras de sí, dejaba enmarañados problemas y morbideces, o, mejor, que la nieve los borrara como lo había hecho con las huellas del criminal. Y, al acercarse a su casa, moviendo con pena los pies sobre la nieve, murmuró para sí: «No se equivoca al decir que hay una magia blanca. ¡Si supiera tan sólo dónde buscarla!».

LA CANCIÓN DEL PEZ VOLADOR

El espíritu de Mr. Pilgrim Smart vivía dando vueltas alrededor de cierto objeto que poseía y de una broma que gastaba. Tal vez se tenga por una broma poco sabrosa, pues consistía sólo en preguntar a la gente si habían visto sus peces dorados. Tal vez se la tenga también por una broma cara y, sin embargo, cabe preguntarse si no le atraía más la broma que gastaba que el valor del objeto que poseía. Hablando con sus vecinos del pequeño grupo de casas nuevas que habían surgido alrededor del antiguo prado comunal del pueblecillo, no perdía tiempo en hacer recaer la conversación sobre su tema favorito. Fue a propósito de Mr. Burdock, un biólogo de fama creciente, de mentón decidido y cabello planchado hacia atrás como el de un alemán, que introdujo el tema. «¡Ah! ¿Está usted interesado en la historia natural? ¿Conoce usted mis peces de oro?» Para un evolucionista tan ortodoxo como Mr. Burdock la Naturaleza era un todo; pero a primera vista la trabazón entre una cosa y otra no se le hizo muy patente porque él era un especialista que se había dedicado por entero a los antepasados de la jirafa. En cambio, cuando hizo lo propio con el padre Brown, cura de

una iglesia de la ciudad vecina, llenó la conversación con los siguientes tópicos: «Roma —San Pedro— Pescador —pez— peces de oro.» Hablando con Mr. Imlack Smith, director de un Banco, hombre delgado y pálido, afectado en el vestir, pero de porte mesurado, tocó el tema del patrón oro y de éste a los peces de oro medió sólo un paso. Con el brillante explorador de Oriente, profesor conde Yvon de Lara, cuyo título era de origen francés y cuyo rostro se parecía al de los rusos o, mejor, al de los tártaros, el hábil conversador demostró un gran interés por el Ganges y el Océano Indico, yendo a parar, como era natural, en si cabía la posibilidad de que hubiera peces dorados en aquellas aguas. De Harry Hartopp, hombre muy rico, pero no menos vergonzoso y callado, que acababa de llegar de Londres, logró por fin la aseveración de que no estaba interesado en la pesca, pero el hombre halló la manera de poder decir:

—¡Ah, hablaba de pesca! ¿Ha visto usted mis peces dorados?

Lo que tales peces dorados tenían de particular era que estaban hechos de oro y formaban parte de un juguete excéntrico, pero caro, del que se decía que había sido construido para recreo de algún acaudalado príncipe oriental. Mr. Smart lo había adquirido en alguna tienda de ocasiones o antigüedades, casas que visitaba con frecuencia para llenar la suya de objetos únicos e inservibles. Desde el extremo opuesto de la habitación en donde se hallaba el objeto, esta friolera no presentaba otras características que las de una bola de cristal desmesuradamente grande, en la que había unos peces desmesuradamente grandes para vivos; mas acercándose a ella, se apercibía uno de que era una hermosa burbuja de vidrio veneciana teñida con suaves y delicadas nubes de colores iridiscentes, bajo cuyo velo se replegaban, enormes y grotescos, los peces de oro con rubíes por ojos. El conjunto debería valer objetivamente mucho y, si se

daba en pensar en el capricho de los coleccionistas, ¿a cuánto no ascendería su valor? El nuevo secretario de Mr. Smart, un joven llamado Francis Boyle y que a pesar de ser irlandés no se distinguía por precavido, se sorprendió cándidamente de que su dueño hablara con tanta libertad de sus tesoros a un grupo de personas, no muy bien conocidas, quienes se habían reunido de una manera *nómada* y fortuita en aquel vecindario; los coleccionistas son reservados en general y algunas veces ocultistas. A medida que fue aprendiendo su oficio pudo ver que no era el único en adoptar aquella opinión, sino que había quien la sostenía con marcado vigor.

—Es una maravilla que no le hayan cortado la cabeza —opinó Harris, el criado de Mr. Smart, con cierto gusto imaginativo, casi como si lo hubiese dicho de una forma puramente artística—. Es una lástima.

—Es extraordinaria la manera como descuida las cosas —dijo el jefe de oficina de Mr. Smart, Jamerson, que había venido de la oficina para asistir al nuevo secretario—. Ni siquiera pone esas desvencijadas barras detrás de su desvencijada puerta.

—No hay nada que objetar respecto al padre Brown o al doctor —dijo el ama de llaves con la vaguedad de tono con que solía expresar sus opiniones—. Pero por lo que a los extraños se refiere, yo creo que es tentar a la Providencia. Tampoco pensaría mal del conde, pero aquel señor del Banco me parece demasiado amarillo para que sea inglés.

—Hartopp es tan inglés que sólo sabe guardar silencio —dijo Boyle con buen humor.

—Así piensa más —replicó la mujer—. Quizá no sea extranjero, pero desde luego no es tan tonto como parece. Exótico es el que exóticamente se comporta —añadió con misterio.

La fuerza de sus convicciones se hubiera acrecentado de haber oído la conversación que se desarrollaba en el salón de su dueño, motivada por los peces de oro, y gracias a la cual el ofensivo extranjero iba colocándose en primer plano, no por lo que hablara, que no era mucho, sino porque su silencio tenía algo de elocuente. Si parecía algo más regordete era debido a que se hallaba sentado sobre un montón de cojines y, en la creciente oscuridad, su ancho rostro mogólico quedaba ligeramente iluminado cual la luna. Quizás el ambiente que lo rodeaba hiciera resaltar lo que en él había de asiático, pues la habitación era un caos de curiosidades caras, entre las que podían verse las atrevidas curvas y brillantes colores de innumerables armas orientales, pipas y cacharos, instrumentos musicales y manuscritos con dibujos, objetos todos de procedencia oriental. Sea como fuere, a medida que iba transcurriendo el tiempo, Boyle sentía más y más que la figura sentada sobre los almohadones, oscura al contraluz, era exactamente igual a una estatua gigantesca de Buda.

La conversación tomó un carácter bastante general, pues estaba presente toda la pequeña sociedad del lugar. La costumbre de pasar la tarde unos en casa de otros había llegado a generalizarse y, en esta época, constituía un pequeño club, compuesto, en su totalidad, por los habitantes de las cuatro o cinco casas que había alrededor del Prado. De entre éstas, la de Pilgrim Smart era la más antigua, grande y pintoresca; corrían sus muros por todo un lado de la plaza, dejando tan sólo el lugar suficiente para una pequeña villa que habitaba un coronel retirado llamado Varney, quien, al parecer, estaba imposibilitado y a quien, en verdad, no se veía salir nunca. Formando ángulo recto con ambas casas, se levantaban dos o tres tiendas que suministraban lo necesario para los habitantes del lugar y, frente por frente a éstas, quedaba la posada del «Dragón Azul», en

la que vivía el forastero de Londres, Míster Hartopp. En el lado opuesto había tres casas, una alquilada al conde Lara, otra al doctor Burdock y sin inquilinos la tercera. En el cuarto lado estaba el edificio del Banco, con su chalet adyacente para el director, y un solar cercado, aún por construir. Era éste un conjunto que podía obrar con cierta independencia, y la extensión del terreno, relativamente desierto, que los rodeaba y sus considerables dimensiones, los hacía sentirse más y más unidos. Aquella tarde se había inmiscuido en el grupo un nuevo personaje; era un hombre de cara de halcón, con tres temibles copetes rubios, dos por cejas y uno por bigote, y tan mal vestido, que debía de ser un millonario o un duque, si como se decía, tenía que hablar de negocios con el viejo coleccionista. En el «Dragón Azul» pasaba, no obstante, por Mr. Hamer.

Se le habían explicado las glorias de los peces de oro y las críticas que sufría Mr. Smart por su manera de custodiarlos.

—La gente me dice siempre que debería guardarlos con mayores precauciones —dijo Mr. Smart lanzando una mirada por encima de su hombro al empleado que estaba detrás de él con un pliego de papeles en las manos. Smart era un hombre de rostro redondo y cuerpo rechoncho, cuyo conjunto producía el efecto de un loro calvo—. Jamerson, Harris y todos los demás me instan a que ponga barras en las puertas de la casa, como si esto fuera una fortaleza medieval. Aunque yo creo, en realidad, que estos impedimentos son demasiado medievales para estorbar hoy día la entrada a nadie. Prefiero confiar en la Providencia y en la Policía local.

—No son siempre las mejores cerraduras las que impiden entrar a la gente —dijo el conde—; todo depende de quién sea el que pretende forzarlas. Había un antiguo ermitaño hindú que vivía desnudo en una cueva y que, pasando a través de los

tres ejércitos que protegían al mogol, sustrajo el gran rubí del turbante del tirano para demostrar a los poderosos cuan sumamente insignificantes son las leyes del tiempo y del espacio.

—Si nos ponemos a estudiar las insignificantes leyes del tiempo y del espacio logramos, por lo general, saber cómo se realizan esos trucos —replicó el doctor con sequedad—. La ciencia occidental ha prestado mucha luz sobre la magia de Oriente. Sin duda, el hipnotismo y la sugestión pueden hacer mucho, por no citar ya los juegos de manos.

—El rubí no estaba en la tienda real —observó el conde con un gesto impreciso—, sino que se hallaba en una de las cien tiendas que la rodeaban.

—¿No podría explicarse por la telepatía? —preguntó el doctor con viveza.

La pregunta resultó tanto más viva en contraste con el silencio profundo que la siguió: parecía que el ilustre viajero se hubiese echado a dormir sin prestar atención a los demás.

—Perdonen ustedes —dijo volviendo en sí con súbita sonrisa—. Olvidaba que estábamos hablando con palabras. En Oriente hablamos con pensamientos y así no sufrimos equívocos. Me admira el modo que tienen ustedes de cuidar las palabras y cómo éstas los satisfacen. ¿Qué más da, para la cosa en sí, llamarla telepatía o bobería, como lo llamó usted antes? Si un hombre sube hacia el cielo escalando una higuera de Bengala, ¿de qué manera quedará modificado el hecho si se dice que eso es levitación o que se trata de una mentira? Si una brisa medieval hubiese movido su varita y me hubiese convertido en un mandril azul me dirían que era atavismo.

El primer ademán del doctor fue el de afirmar que el cambio no

hubiera sido muy notable a fin de cuentas. Pero antes de que su irritación pudiese hallar salida, el hombre que se llamaba Hamer interrumpió malhumorado:

—Es realmente cierto que esos magos indios pueden llegar a hacer cosas curiosísimas, pero yo veo que, por lo general, sólo se hace en la India. Tal vez tengan muchos ayudantes o se deba a una psicología de la masa. Me parece que estas jugarretas no se han efectuado jamás en un pueblecito inglés y me atrevería a opinar que los peces dorados de nuestro amigo están a buen recaudo.

El conde Ivon tomó la palabra seguidamente:

—Les explicaré una cosa ocurrida, no en la India, sino en un cuartel inglés del barrio más moderno de El Cairo. Había un centinela en la parte interior de una verja de hierro montando guardia ante una puerta cerrada, también de hierro. De pronto, compareció ante la verja un hombre harapiento que parecía del país y que le habló en un inglés cuidadísimo, de un documento de sumo interés guardado allí, para mayor seguridad. El soldado contestó, como era natural, que el hombre no podía entrar, a lo que aquél replicó sonriendo: «¿Qué entiende usted por estar dentro o por estar fuera?» El soldado lo seguía mirando con menosprecio a través de los barrotes, cuando notó que, a pesar de no haberse movido ni él ni la puerta, él, el centinela, se hallaba en la calle mirando al patio, donde estaba el pordiosero sonriente e inmóvil. En cuanto éste se volvió de espaldas y se dirigió hacia el edificio, el soldado dio un grito de alerta a los otros soldados para que detuviesen al pordiosero detrás del recinto. «Aunque haya entrado, no saldrá de quí», exclamó vengativo. A lo que el pordiosero replicó con voz transparente: «¿Qué significa dentro y qué fuera?» Y el soldado, que continuaba mirando a través de los mismos ba-

rrotes, vio que volvían a hallarse entre él y la calle, en la que se hallaba el pordiosero con un papel en la mano.

Mr. Imlack Smith, el director del Banco, que contemplaba el suelo con mirada perdida, dijo hablando por primera vez:

—¿Le sucedió algo al papel?

—Sus instintos profesionales no lo han engañado —repuso el conde con afabilidad—. Era un papel de considerable importancia financiera. Sus consecuencias fueron internacionales.

—Espero que no ocurran con frecuencia estas cosas —dijo el joven Hartopp, sombrío.

—No voy a meterme con el lado político de la cuestión —dijo el conde con serenidad—, sino con el filosófico. Esto nos enseña cómo el hombre sabio puede prescindir del tiempo y del espacio, volver las corrientes de los mismos, de manera que el mundo dé vueltas ante sus ojos. Pero para ustedes es muy difícil llegar a comprender que las potencias espirituales son más fuertes que las materiales.

—Bien —dijo el viejo Smart con despreocupación—; yo no puedo ponerme como modelo de autoridad en las cosas espirituales. ¿Qué dice usted, padre Brown?

—El padre Brown es un filisteo —dijo Smith sonriendo.

—Tengo cierta afinidad con esa tribu —contestó el aludido—. Filisteo es aquel hombre que está en lo cierto, aun sin saber por qué.

—Todo esto es demasiado elevado para mí —dijo Hartopp con sinceridad.

—Tal vez —dijo el padre Brown sonriendo— le gustaría a us-

ted eso de hablar sin palabras a que se refirió el conde. Comenzaría a hablar de una manera intencionada y usted replicaría con una explosión de taciturnidad.

—Se podría intentar algo con la música —murmuró el conde, soñoliento—. Sería mejor que todas las palabras.

—Sí, tal vez me fuera más fácil comprender eso —contestó el joven en voz baja.

Boyle seguía la conversación con interés porque algo había en el comportamiento de más de uno de los presentes que le pareció significativo e incluso extraño. No bien la conversación se desvió hacia la música, aludiendo al director del Banco, que era un aficionado de cierto mérito, el joven secretario se acordó de pronto de sus deberes y recordó a su dueño que el jefe de la oficina estaba impaciente con los papeles en la mano.

—¡Oh! No se preocupe por eso en estos momentos, Jamerson —dijo Smart algo confuso—. Es algo sobre mi cuenta. ¡Ah! Ya hablaré con el señor más tarde. Decía usted que el violonchelo...

Pero el hábito helado de los negocios había dispersado el vaho de la conversación trascendental, y, uno tras otro, los invitados comenzaron a despedirse. Únicamente permaneció Mr. Imlack Smith, director del Banco y músico, que entró, junto con Mr. Smart, en la habitación donde estaban los peces de oro.

La casa era larga y estrecha, con una galería cubierta alrededor del primer piso. Este estaba ocupado en su mayor parte por las habitaciones de su dueño: el dormitorio, el cuarto de vestir y una habitación interior en la que se almacenaban, algunas noches, sus tesoros más preciados. Esta galería, así como la puerta con los cerrojos descorridos, era otra de las

preocupaciones del ama de llaves, del jefe de la oficina y de todos aquellos a quienes tenía admirados la despreocupación del coleccionista. La verdad es que este perspicaz vejete era más precavido de lo que daba a entender. No tenía gran confianza en los anticuados cerrojos de su casa, por lo que el ama de llaves se dolía viendo cómo enmohecían a causa de permanecer en desuso, y sí la tenía en la estrategia. Guardaba cada noche sus favoritos peces de oro en la habitación interior y él dormía frente a ella con un revólver debajo de la almohada. Boyle y Jamerson estaban aguardando a que su jefe volviera de la entrevista. Cuando lo vieron, llevaba en sus brazos la enorme bola de cristal con la misma reverencia que si se tratase de la reliquia de un santo.

En el exterior, los últimos rayos del sol poniente, doraban aún dos ángulos de la pradera, pero en la casa fue necesario encender una bujía y, en la confusión de las dos luces, el globo coloreado relucía cual una joya monstruosa y las fantásticas siluetas de los fogosos peces parecían comunicarle el atractivo de un talismán. Por encima del hombro del viejo, el rostro aceitunado de Imlack Smith aparecía perplejo como el de una esfinge.

—Voy a marcharme a Londres esta noche, Mr. Boyle —dijo el viejo Smart con mayor gravedad que de costumbre—. Mr. Smith y yo vamos a tomar el tren de las siete menos cuarto. Preferiría que usted, Jamerson, se quedara a dormir en mi habitación esta noche. Ponga usted esto en la habitación interior, como siempre, y estará completamente seguro. Piensen que nada puede suceder.

—Por todas partes y en todo momento puede pasar algo —dijo sonriente Smith—. Yo creo que, por lo general, pone usted un revólver en la cama. Quizá fuera mejor que lo dejara en casa

esta vez.

Pilgrim Smart lo dejó sin respuesta y salieron ambos de la casa hacia la avenida que circundaba el prado.

El secretario y el jefe de la oficina durmieron aquella noche en la habitación de Mr. Smart. Para decirlo con mayor precisión, Jamerson, el jefe de la oficina, durmió en una cama en el cuarto de vestir, pero la puerta quedó abierta y las dos habitaciones resultaban prácticamente una sola. El dormitorio tenía un balcón que daba a la galería y una puerta que comunicaba con la habitación interior, donde guardaron los peces para mayor seguridad. Boyle hizo rodar su cama hasta colocarla de través ante aquella puerta, puso el revólver debajo de su almohada y se desvistió para acostarse, consciente de que había tomado todas las precauciones posibles contra un acontecimiento improbable e imposible. No alcanzaba a imaginar por qué razón iba a tener lugar un robo en la forma acostumbrada; y por lo que se refería a los procedimientos espirituales del conde de Lara, si llegó a pensar en ellos, no fue sino cuando estaba ya para dormirse, pues su contenido era propio de un ensueño. Así es que pronto derivaron en tales, y quedó dormido, soñando a intervalos en ellos. El viejo jefe de oficina estaba algo más inquieto, como de costumbre, y después de dar algunas vueltas por la habitación y de repetir algunas de sus máximas y lamentaciones usuales, se echó en la cama e intentó dormirse. El resplandor de la luna se intensificó y volvió a amortiguarse sobre el prado verde y los bloques de piedra gris de las casas, en una soledad y silencio que parecían no tener ningún testimonio humano; y fue cuando los rayos blanqueanos de la aurora irrumpieron en el cielo cuando sucedió la cosa.

Boyle, por ser joven, era de entre los dos, indudablemente, el que disfrutaba de mejor salud y sueño. A pesar de ser diligente,

una vez despierto, tenía que hacer un esfuerzo antes de poder pensar. Además, tenía sueños de esos que se empeñan en aferrarse a la mente humana como si fueran unos pulpos. Soñaba un conjunto confuso de cosas, incluyendo la imagen que viera al acostarse, de las cuatro calles grisáceas y el prado verde. Pero la disposición de ellas cambiaba y se tornaba imprecisa, dando vueltas de una manera mareadora al son de un ruido sordo, parecido al de un molino, ruido que hacía pensar en un río subterráneo, aunque tal vez no fuera otra cosa que los ronquidos del viejo Jamerson en el cuarto de vestir. En la mente del soñador todos los murmullos y pensamientos se ligaban a las palabras del conde de Lara, cuando decía que una inteligencia privilegiada podía gobernar el sentido del tiempo y del espacio y trabucar el mundo. La impresión que producía en el sueño era de que hubiese una verdadera máquina subterránea que fuera presentando nuevos panoramas de acá para allá, haciendo que las partes más remotas del mundo apareciesen en el jardín de un hombre, o bien que fuera este mismo jardín el que quedara desterrado al otro lado del mar.

Las primeras impresiones cabales que tuvo fueron las palabras de una canción acompañadas de un sonido metálico; la cantaban con un acento extranjero y la voz, sin embargo, parecía familiar, aunque un poco extraña. No llegaba a convencerse de que no fuera él el que estuviera componiendo versos en su sueño.

*Atravesando tierras y mares
los peces voladores volverán a mí.
Pues la nota no es del mundo que los despierta,
sino es...*

Logró ponerse en pie y vio que su compañero de guardia estaba ya fuera de la cama. Jamerson miraba por la gran ventana

hacia el balcón y llamaba con viveza a alguien que estaba en la calle.

—¿Quién va? —gritaba—. ¿Qué quiere usted?

Se volvió agitado hacia Boyle y dijo:

—Hay alguien que se está paseando por ahí fuera. Ya sabía yo que no estaba seguro esto. Voy a echar el cerrojo a esa puerta, dígame lo que se quiera.

Corrió hacia abajo con grandes prisas y Boyle pudo oír el ruido del correr de las barras; pero Boyle no se contentó con ello, sino que salió al balcón y miró hacia la larga avenida gris que conducía a la casa, imaginándose que soñaba aún.

En la avenida que cruzaba el prado solitario y el pequeño villorrio, apareció una figura que podía haber salido de la selva virgen o de una feria; un personaje de uno de los cuentos fantásticos del conde, o de *Las mil y una noches*. La luz un tanto espectral que comienza a dibujarlo todo y, al mismo tiempo, a quitar color a todo, cuando la luz en Oriente ha dejado de ser localizada, comenzó a levantarse cual un velo de gasa gris y destacó una figura envuelta en una vestimenta inusitada. Un chal de color azul de mar, rarísimo, grande y voluminoso, se arrollaba alrededor de su cabeza como un turbante y luego bajaba hasta el cuello produciendo el efecto total de una capucha; por lo que al rostro se refería, hacía las veces de una máscara, pues el pedazo de tela que colgaba de la cabeza quedaba cerrado como un velo. Tenía la cabeza doblada sobre un instrumento musical hecho de plata o de acero, al que se había imprimido la forma de un violín deforme o torcido. Lo tocaba con algo parecido a un peine de metal y las notas que se oían eran particularmente penetrantes y agudas. Antes que Boyle pudiera abrir la boca, el mismo acento enajenador salió de de-

bajo del turbante o albornoz, profiriendo palabras cantadas de la misma suerte.

*Así como los pájaros de oro vuelven al árbol
mis peces dorados vuelven a mí.
Vuelven...*

—No tiene usted ningún negocio aquí —exclamó Boyle exasperado, sin saber lo que decía.

—Tengo derecho sobre los peces de oro —dijo el extranjero, hablando y más como si fuera el rey Salomón que un beduino descalzo con un raído capote azul—. Y ellos vendrán conmigo... ¡Venid...!

Se produjo una cascada de sonido que parecía inundar la mente, a la que siguió otro sonido más débil, como una respuesta, un siseo. Venía de la habitación interior en donde se hallaban los peces de oro en su prisión de cristal.

Boyle volvió el rostro hacia dicho aposento y, al hacerlo, el siseo se convirtió en un prolongado tintineo parecido al de un timbre eléctrico y, finalmente, en un crujido suave. Mas con todo, no habían pasado sino unos pocos segundos desde que Jamerson retara al hombre de la calle desde el balcón; volvía a encontrarse otra vez allí jadeando un poco, pues era ya un hombre entrado en años.

—He cerrado la puerta ahora, por si acaso —dijo.

—La puerta del establo —dijo Boyle desde la habitación del fondo.

Jamerson lo siguió y vio que estaba mirando al suelo. Éste se hallaba cubierto por una gran cantidad de cristales, como los pedazos curvos de un hermoso arco iris.

—¿Qué quiere usted decir con la puerta del establo? —comenzó a decir Jamerson.

—Quiero decir que el caballo ha sido robado —contestó Boyle—. Los caballos voladores. Los peces voladores a quien nuestro amigo árabe acaba de silbar haciéndolos obedecer como si fueran perritos del circo.

—Pero, ¿cómo pudo? —preguntó el viejo dependiente como si esas cosas no fueran lo bastante decentes para hablar de ellas.

—Bueno, no sé, pero ya no están —dijo Boyle con sequedad—. El recipiente de cristal está aquí hecho añicos. Costaba abrirlo, pero en un segundo ha sido hecho pedazos. Los peces han desaparecido. Dios sabe cómo. Me gustaría preguntárselo a nuestro amigo.

—Estamos perdiendo el tiempo, deberíamos ir tras él —añadió el desconcertado Jamerson.

—Mejor será que telefoneemos a la Policía. Deberían localizarlo en un momento con sus teléfonos y coches, que van mucho más aprisa de lo que lo haríamos nosotros corriendo por el pueblo en pijama. Pero quizá se trate de algo que ni los coches ni los cables puedan alcanzar. . .

Mientras Jamerson hablaba por teléfono con la Policía, Boyle salió de nuevo al balcón y consideró con mirada atenta el rosado panorama del alba. No había ninguna señal del hombre del turbante azul y no se percibía otro signo de vida que aquel que un experto hubiese adivinado como proviniendo del «Dragón Azul». No obstante, en el alma de Boyle tomó cuerpo una idea que hasta entonces sólo había notado inconscientemente. Era como una realidad pugnando por alcanzar su nivel apropiado en su distraída mente. No era otra cosa sino que el panorama

mortecino no había sido nunca de un único tono; había un puntito dorado entre las vetas pálidas del cielo, una lámpara encendida en una de las casas, al otro lado del prado. Algo, tal vez puramente físico, le dijo que aquella luz había estado ardiendo durante toda la noche y que ahora empalidecía con la primera claridad diurna. Contó las casas y el resultado pareció corresponder a algo que ya había formulado previamente, sin saber a punto fijo lo que era. Según todas las trazas, se trataba de la casa del conde Yvon de Lara.

El inspector Pinner acababa de llegar con varios policías y había hecho varias cosas con aire rápido y resuelto, pues estaba dominado por la impresión de que, dada la trascendencia de los valiosos objetos, iba a dedicársele a su labor mucho espacio en los periódicos. Lo examinó todo, tomó las medidas de todo, así como las huellas digitales de todo el mundo, hizo que todos se mantuvieran erguidos y, al final, se encontró cara a cara con un hecho al que no podía dar crédito. Un árabe había salido por la alameda del pueblo, deteniéndose ante la casa de Mr. Pilgrim Smart, donde había un recipiente de cristal que encerraba varios peces de oro, el cual estaba metido en una habitación interior; entonces el árabe cantó una canción o recitó un poema y el recipiente explotó cual una burbuja de jabón y los peces se evaporaron.

No sirvió para calmar al inspector el hecho de que un conde extranjero le dijese con voz blanda y melosa que los límites de la experiencia iban ensanchándose.

Realmente, la actitud de cada uno de los miembros del pequeño grupo fue bien característica. Pilgrim Smart regresó de Londres a la mañana siguiente al tener noticia de la pérdida. Se sintió sorprendido, como es natural, pero sus reacciones eran siempre vivas y decididas y su manera de actuar sugería

la del gorrión, demostrando mayor vivacidad en la resolución del problema que depresión por la pérdida. Al hombre llamado Hamer, que había venido al pueblo con la intención de comprar los peces dorados, podía perdonársele el que se mostrara un poco quisquilloso al saber que ya no podía adquirirlos. Su bigote y cejas agresivos parecían brillar por retener el conocimiento de algo más palpable que el desengaño, y los ojos con que vigilaba a los reunidos relucían atentamente, casi podía haberse dicho suspicazmente. El rostro enjuto del director del Banco daba la impresión de usar de sus ojos como de brillantes y movedizos magnetos. De las dos figuras restantes de la original reunión, el padre Brown permanecía silencioso si no se le dirigía la palabra y el joven Hartopp hacía incluso lo propio, a veces, cuando se le preguntaba algo.

El conde no era hombre para dejar pasar sin comentario cosa alguna que pudiera servir para apoyar sus puntos de vista. Sonreía ante el racionalismo de su rival, el médico, con la sonrisa del que sabe continuar siendo amable.

—Tendrá que admitir por lo menos, doctor —dijo—, que algunas de las historias que ayer le parecían inverosímiles, han tomado hoy visos de mayor probabilidad. Cuando un hombre vestido de harapos, como el que ayer describí, pueda, con solo pronunciar una palabra, romper un recipiente encerrado dentro de cuatro paredes, entonces empezaré a considerarlo como ejemplo de lo que dije sobre el poder espiritual y las barreras materiales.

—Y también podría tomarse como ejemplo para ilustrar lo que yo dije —replicó el doctor con viveza—. Basta un pequeño conocimiento científico para saber cómo se hacen estas jugarretas.

—¿Lo cree usted así, doctor? —preguntó Smart un poco excitado—. ¿Que usted nos podría dar un poco de luz científica sobre este misterio?

—Puedo poner en claro lo que el conde da en llamar misterio —repuso aquél—, pues no es ningún misterio. Esa parte es bastante clara. Un sonido no es más que una onda vibratoria, y ciertas vibraciones pueden romper el cristal, si el sonido es de cierta clase y el cristal también. El hombre no se quedó en la calle pensando, según el método ideal que, según nos dice el conde, emplean los orientales cuando quieren hacer una pequeña trapisonda. Este cantó lo que quiso y sacó de su instrumento una nota aguda. No era otra cosa que un experimento más para ilustrar que un vidrio de cierta composición se ha roto por medio de un sonido.

—Sí, sí, un experimento según el cual ciertos pedazos de oro macizo han dejado de existir súbitamente.

—Aquí viene el inspector Pinner —dijo Boyle—. Me parece que consideraría la explicación científica del doctor con los mismos ojos que lo sobrenatural del conde. Posee una inteligencia muy escéptica y, especialmente, por cuanto a mí se refiere: me parece que sospecha de mí.

—Me parece que se sospecha de todos nosotros —dijo el conde.

Movido por la sospecha que sentía pesar sobre sí, fue en busca del consejo personal del padre Brown. Unas horas más tarde, paseaban los dos por el prado del pueblo y el padre Brown, que hasta entonces había estado mirando ceñudamente al suelo mientras escuchaba, se detuvo de pronto.

—¿Ve usted aquello? —preguntó—. Alguien ha lavado la acera frente a la casa del coronel Varney. ¿Quién sabe si fue ayer?

El padre Brown continuó mirando con detenimiento la casa, que era alta y estrecha, y en cuyas ventanas había hileras de toldos a rayas vivas, un poco descoloridas ya. Lo que se aperci-bía del interior de la casa, a través de las rayas de una abertura, parecía tanto más oscuro por cuanto contrastaba con la parte exterior, dorada por la luz del sol poniente.

—No lo he visto siquiera. No creo que nadie lo haya visto — contestó Boyle— a excepción del doctor Burdock, y me parece que el doctor le hace sólo las visitas indispensables.

—Bueno, pues voy a verlo unos minutos —dijo el padre.

La gran puerta de entrada se abrió y se tragó al pequeño sacer-dote, y su amigo se quedó en una actitud irracional y atónita, como si dudara de que volviera a abrirse. Sin embargo, se abrió efectivamente al cabo de pocos minutos, el padre Brown emer-gió, sonriendo aún, y continuó su marcha reposada y trabajosa alrededor del prado. Algunas veces parecía que hubiese olvida-do el asunto que traía entre manos, pues hacía observaciones de carácter histórico o social, o de los progresos que se pro-ducían en el barrio. Su mirada, contemplando la casa, se posó en la tierra acumulada con el fin de dar principio a una nueva calle, cerca del Banco, y miró hacia el pueblo con una vaga impresión.

—Tierra comunal. Me figuro que la gente traería siempre a pacer sus gansos y cerditos aquí, si tuviesen algunos de esos animales; sin embargo, me parece que ahora no sirven para otra cosa que para criar cerdos y ortigas. ¡Qué lástima que lo que debía de haber sido un gran pasto se haya convertido en un asqueroso yermo! Precisamente ésta es la casa del doctor Burdock, ¿verdad?

—Sí —contestó Boyle, casi abrumado por aquel inesperado

párrafo.

—Muy bien —contestó el padre Brown—; así es que me parece que volveré a meterme en casa.

Abrieron la puerta de la casa de Smart y, mientras subían por las escaleras, Boyle repitió a su acompañante muchos de los detalles del suceso, ocurrido al salir el sol.

—¿No volvería a dormirse, supongo, dando tiempo a que alguien escalara el balcón mientras Jamerson fue a asegurar la puerta?

—No —dijo Boyle—, estoy seguro de ello. Me desperté al oír a Jamerson llamar al individuo desde el balcón; luego lo oí bajar las escaleras y colocar las barras y, en menos tiempo del que se necesita para dar dos pasos, me hallaba ya en el balcón.

—¿No podía haber entrado por otro lado? ¿No hay otra entrada, salvo la de la puerta delantera?

—En apariencia, no —respondió Boyle con gravedad.

—Mejor sería asegurarse de ello, ¿no cree? —dijo el padre Brown con amabilidad, dirigiéndose de nuevo hacia abajo. Boyle se quedó mirando hacia donde había desaparecido con una expresión indefinida en el rostro.

Tras de un lapso relativamente corto, el rostro redondo y un poco ordinario del sacerdote volvió a surgir de nuevo por la escalera, sugiriendo el espectro de un nabo con una sonrisa vaga en el rostro.

—No. Me parece que con esto queda clara la cuestión de las entradas —dijo ahora alegremente el nabo fantasmal—. Y me parece que habiéndolo puesto ya todo en claro, por decirlo así, podemos comenzar a atar cabos con lo que tenemos. Es un

asunto bastante curioso.

—¿Cree usted —preguntó Boyle— que el conde, el coronel o alguno de esos viajeros de Oriente tiene algo que ver con esto? ¿Cree usted que fue... preternatural?

—Voy a adelantarle esto —dijo el sacerdote con gravedad—. Si fue el conde, el coronel o alguno de los otros vecinos los que vinieron aquí disfrazados de árabe al amparo de la oscuridad... , entonces sí que *fue* algo preternatural.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Por qué, entonces?

—Porque el árabe no dejó huellas —replicó el padre Brown—. Los que están más cerca son el coronel por un lado, y el banquero por el otro. Entre ustedes y el Banco media la arena roja en la que hubieran quedado las marcas de los pies y se hubiera adherido a sus plantas, dejando huellas de aquel color. Me aventuré contra el genio explosivo del coronel para verificar si habían lavado la acera hoy o ayer; estaba lo bastante húmeda para haber mojado los pies del que pasara, dejando luego la impresión de los mismos por la calle. Ahora bien, si el visitante hubiese sido el conde o el doctor —ambos viven en las casas de enfrente—, podían haber venido por el prado; pero habían de hallarlo muy incómodo yendo descalzos, pues como ya le he dicho está lleno de ortigas, espinas y cardos. Tal vez se hubieran pinchado y alguna señal de su paso habría quedado. A no ser que fuera, como usted dice, un ser sobrenatural.

Boyle se quedó mirando con fijeza el rostro grave e indescifrable de su amigo.

—¿Quiere usted decir que lo era? —preguntó por fin.

—No hay que olvidar una verdad de tipo general —dijo el padre Brown tras una pausa—. A veces, una cosa está demasiado

cerca para que la veamos, así un hombre no puede verse a sí mismo. Una vez hubo un hombre que tenía una mosca en el ojo; se puso a mirar por el telescopio y vio que había un dragón increíble en la luna. Y también me han dicho que si un hombre escucha la reproducción exacta de su voz no le parece la suya propia. De la misma manera, si algo de lo que nos rodea en nuestra vida cotidiana no cambia de sitio, casi no nos apercibimos de ello, y si se colocara en un lugar imprevisto, llegaríamos a creer que venía de un lugar desconocido. Salga usted un momento conmigo. Quiero que lo mire desde otro punto de vista.

Diciendo estas palabras se levantó y bajaron las escaleras sin dejar de hablar. El cura continuó sus observaciones de una manera entrecortada como si estuviera pensando en voz alta.

—El conde y el ambiente asiático tienen que ver con el caso, porque todo depende de la preparación de la mente. Un hombre puede llegar al punto de creer, hallándose en ese estado, que un ladrillo, cayendo de lo alto, es un ladrillo babilónico con inscripciones cuneiformes y que se ha desprendido de los jardines colgantes de Babilonia, y llegará hasta el punto de no ver que el ladrillo es uno de su propia casa. Ése es su caso. . .

—¿Qué significa esto? —exclamó Boyle mirando fijamente hacia la entrada y señalando la puerta—. ¿Qué maravilla es ésa? La puerta vuelve a estar cerrada.

Estaba mirando la puerta por la cual no hacía más que unos minutos que acababan de entrar y que se hallaba cruzada por las enmohecidas barras de hierro de las que él había dicho que «habían atrancado la puerta del establo demasiado tarde». Había algo sorprendente y calladamente irónico en esas antiguas cerraduras que se cerraban tras ellos como si obedecieran a

impulso propio.

—¡Ah, eso! —dijo el padre Brown casualmente—. Yo mismo acabo de correrlas. ¿No me oyó usted?

—No, no oí nada.

—Pues casi me imaginé que así sería —dijo el otro sin inmutarse—. No hay ninguna razón por la cual deba oírse desde arriba cómo se corren las barras. Una especie de gancho se mete con facilidad dentro de esta especie de agujero. Si uno está cerca oye un pequeño «clic» y eso es todo. Lo único que se podría oír desde arriba es esto.

Y cogió la barra, sacándola de la ranura y la dejó caer al lado de la puerta.

—Realmente se oye algo si se abre la puerta —continuó el padre Brown—, incluso si se hace con cuidado.

—No querrá decir...

—Quiero decir —dijo el padre Brown— que lo que usted oyó arriba fue a Jamerson descorriendo las barras y cerrojos en lugar de atrancarlos. Abramos ahora la puerta y salgamos fuera.

Una vez en la calle y debajo del balcón, el sacerdote reemprendió sus explicaciones con la misma precisión que si se tratase de una lección de química.

—Estaba diciendo —replicó— que un hombre puede hallarse en tal estado de ánimo que busque algo muy lejano, y no vea que es algo igual a una cosa que tiene muy cerca de sí, y tal vez muy parecido a él mismo. Fue algo exótico y extraño lo que usted vio en la calle, mirando desde el balcón. Supongo que no se le ha ocurrido pensar en lo que el beduino vio cuando miró hacia el balcón.

Boyle miró silenciosamente hacia el sitio indicado.

—Usted creyó que era algo muy maravilloso y exótico que una persona anduviera por la civilizada Inglaterra descalza. Usted no se acordaba que iba así.

Boyle halló por fin palabras para salir de su asombro y repitió palabras ya dichas anteriormente.

—Jamerson abrió la puerta —dijo mecánicamente.

—Sí —corroboró su amigo—. Jamerson abrió la puerta y salió a la calle con su ropa de dormir, igual que salió usted al balcón. En su camino tomó dos cosas que usted había visto cientos de veces, un trozo de cortina que arrolló alrededor de su cabeza y un instrumento oriental de música que estaba usted cansado de ver. Lo restante fue obra del ambiente y de su actuación, realmente buena, como refinado artista del crimen.

—Jamerson, ese soso pelmazo que ni siquiera tomé en consideración —exclamó Boyle, incrédulo.

—Precisamente —dijo el sacerdote—, precisamente por eso era un artista. Si podía hacer de brujo o trovador durante seis minutos, ¿no cree usted que haría de empleado durante varias semanas?

—No veo su interés —dijo Boyle.

—Ya había alcanzado el objeto de su interés —contestó el padre Brown— o lo había casi alcanzado. Ya había robado los peces, como podía haberlo hecho veinte veces antes. Pero creando la figura de un mago del otro lado del mundo, consiguió que la imaginación de todos vagara desde la India a la Arabia hasta parecerle a usted que todo lo ocurrido era demasiado palpable para no ser cierto.

—Si eso es verdad —dijo Boyle—, corrió un peligro terrible y tuvo que arriesgarse mucho. Verdad es que yo no oí jamás la voz del hombre a quien Jamerson llamaba desde el balcón, por lo que me imagino que todo fue un engaño. Y supongo que es verdad que tuvo tiempo de salir antes que yo me hubiese despertado del todo y que saliese al balcón.

—Todo crimen depende de que alguien no caiga en la cuenta o no se despierte lo bastante pronto —replicó el padre Brown—. Yo mismo me he despertado demasiado tarde, pues me imagino que habrá marchado minutos antes o minutos después de que tomasen las huellas digitales.

—De todas maneras ha caído en la cuenta antes que nadie —dijo Boyle— y yo no habría despertado nunca en este sentido. Jamerson era tan correcto y pasaba tan inadvertido, que me olvidé de él.

—¡Ah! Cuidado con el hombre que dejas olvidado —contestó el padre Brown—. Es el que te tiene a su entera merced. Pero yo no había sospechado de él hasta que me explicó usted que le había oído cerrar la puerta.

—Bien, mas todo se lo debemos a usted —dijo Boyle con efusión.

—No, se lo deben a la señora Robinson —replicó el padre Brown, sonriendo.

—¿La señora Robinson? —preguntó el sorprendido secretario—. ¿El ama de llaves de Mr. Smart?

—Se ha de tener mucho cuidado con la mujer y no olvidarla —dijo el sacerdote—. Este hombre era un criminal de primera clase; había sido un actor buenísimo y por lo tanto, un buen psicólogo. Un hombre como el conde no se apercibe de otras

palabras que de las suyas propias; pero este hombre sabía escuchar, cuando todos se habían olvidado de que estaba allí, y supo recoger los elementos necesarios para su ardid y para lanzarlos fuera del camino de la verdad. Sólo sufrió una equivocación grave y fue en la psicología de la señora Robinson, el ama de llaves.

—No comprendo qué papel ha jugado ella en todo esto —manifestó Boyle.

—Jamerson no esperaba que las puertas estuvieran cerradas —dijo el padre Brown—: Sabía que muchos hombres, especialmente hombres descuidados como usted y su patrón, pueden ir diciendo, durante días y más días, que hay que hacer tal o cual cosa sin hacerla nunca. Pero si se dice delante de una mujer que se debiera hacer algo, siempre se corre el peligro de que lo haga inmediatamente.

LA CASA DEL PAVO REAL

El hecho ocurrió hace algunos años en una soleada y desierta calle de los suburbios formada por villas y jardines, por la que caminaba un hombre joven todavía. Era un muchacho vestido con ropas estrafalarias y un sombrero casi prehistórico; acababa de llegar a Londres procedente de un remoto y soñoliento pueblecillo de las regiones del Oeste. No había en él digno de llamar la atención más que lo que le ocurrió, lo cual fue realmente extraordinario, pero no decir lentamente. Corriendo calle abajo venía un hombre entrado ya en años, jadeante, descubierta la cabeza, pero en traje de fiesta, que precipitándose sobre él lo agarró por las solapas de su anticuada chaqueta y lo invitó a cenar. Podría decirse con justeza que le imploró casi que fuese a cenar. Como el provinciano no conocía ni a aquel hombre ni a nadie en muchas leguas a la redonda, la cosa le pareció singular; pero interpretando que debía ser una hospitalaria costumbre peculiar de la ciudad de Londres, donde las calles estaban pavimentadas de oro, finalmente aceptó. Fue, pues, a la hospitalaria mansión, que estaba sólo algunas puertas más abajo; y no volvió a ser visto jamás en el mundo de los vivos.

Ninguna de las explicaciones naturales pareció adaptarse al ca-

so. Los dos hombres no se conocían en absoluto. El provinciano no llevaba ningún documento importante, ni valores, ni dinero digno de mención; ni su aspecto era para inducir a nadie a creer que los llevase. Por el contrario, su huésped ostentaba los más visibles signos de una casi ofensiva prosperidad; un borde de satén adornaba sus ropas, las piedras preciosas relucían en sus gemelos y botones, un cigarro parecía perfumar la calle. Hubiera sido difícil atribuir a aquel hombre el acostumbrado móvil del robo ni forma alguna de fraude. Y realmente el móvil que le indujo a obrar de aquel modo era uno de los más extraños del mundo; tan extraño que un hombre podría hacer mil suposiciones antes de dar con él.

Es dudoso incluso que nadie hubiese conseguido jamás descubrirlo de no ser el raro toque de excentricidad que caracterizaba a otro muchacho que pasó casualmente por la misma calle un par de horas después, siguiendo la misma calle soleada. No hay que suponer, sin embargo, que aportase al problema ninguna de las hábiles sutilezas de un detective y menos aún de habitual detective de novela, que revuelve los problemas mediante un minucioso examen de todos los detalles y gracias a su rápida agilidad mental. Hubiera sido más justo decir que algunas veces resolvía los problemas por una ausencia mental. Un objeto aislado cualquiera en el que fijaba la vista quedaba impreso en su mente como un talismán, y clavando en él sus ojos seguía mirándolo hasta que le hablase como un oráculo. Una piedra, una estrellamar, un canario habían fijado así en otras ocasiones su mirada y respondido al parecer a sus preguntas. En esta ocasión el objeto fue menos trivial y salía un poco de lo ordinario; pero transcurrió bastante tiempo antes de que su punto de vista fuese ordinario. Así fue bajando, pues, por aquella humilde calle soleada, saboreando el soñoliento placer de ver los codesos dibujar líneas de oro sobre el verde y los

espinos rojos y blancos destacarse sobre los rincones sombreados, porque el sol iba encaminándose a su ocaso. Pero en la mayoría de los casos se contentó con admirar los verdes semicírculos que se repetían en los jardines como un dibujo de verdes lunas, porque no era hombre para quien la repetición fuese meramente monotonía. Sólo una vez, al dirigir la mirada a la puerta del jardín de una casa particular, tuvo la agradable sensación, o casi sensación, de que una nueva nota de color se destacaba sobre aquella verdura. Era algo de un verde mucho más azulado, que parecía convertirse en azul vivo y pertenecía a un objeto que se movía ágilmente bajo sus miradas, haciendo girar una diminuta cabeza en lo alto de su largo cuello. Era un pavo real. El ardiente tono azul del plumaje del cuello le recordaba un fuego azul. Y el fuego azul evocó en él una extraña fantasía sobre los demonios azules, antes de que se diese plena cuenta de que lo que estaba mirando era un pavo real. Pero pensó en mil cosas antes de pensar en lo más obvio.

Y la cola, que arrastraba como una especie de manto con ojos, encaminó sus errantes fantasías hacia aquellos sombríos, pero divinos monstruos del Apocalipsis, cuyos ojos se multiplicaban como sus alas antes de decirse que un pavo real, incluso en el terreno práctico, era un animal raro de ver en aquel ambiente de vulgaridad.

Porque Gabriel Gale, que tal era el nombre del joven, era un poeta menor, si bien un pintor mayor; y en categoría de tal, y debido a su amor al paisaje, había sido invitado con frecuencia a aquellos pintorescos jardines de la acomodada aristocracia, donde los pavos reales, como animales domésticos, no son cosa inusitada. El mero recuerdo de estas casas despertó en su memoria la imagen de una de ellas, abandonada y lamentablemente comparada con la mayoría, pero que tenía para él

la inefable belleza de un paraíso perdido. Por un instante le pareció ver de pie sobre la reluciente hierba una figura más majestuosa que un pavo real, cuyas ropas, de un azul ardiente, irradiaban una viva tristeza que podía perfectamente simbolizar un demonio azul. Pero cuando todas sus intelectuales fantasías y emotivos recuerdos se hubieron desvanecido, sólo quedó ante él una perplejidad más racional. Después de todo un pavo real no era una cosa muy frecuente de ver en el jardincillo de una modesta casa de los suburbios. Parecía demasiado grande para aquel lugar, y daba la sensación de que si abría la cola derribaría los arbolitos. Era como ir a visitar a una vieja solterona en un piso en el que era de suponer que tuviese un pájaro y se encontrase uno con que tenía un avestruz.

Todas estas reflexiones de orden práctico pasaron por su mente antes de llegar a la más práctica de todas: la de que, desde hacía cinco minutos, estaba apoyado contra la puerta de una casa desconocida con el aire de autoridad y reposo de un rústico apoyado sobre su propio portillo. Si hubiese salido alguien, se habrían suscitado sin duda comentarios, pero nadie salió. Al contrario, entró alguien. Al ver al pavo real girar de nuevo su diminuta corona y alejarse arrastrando la cola en dirección a la casa, el poeta abrió con alma la puerta del jardín y avanzó sobre la hierba siguiendo el rastro del ave. El crepúsculo, que iba oscureciendo, enriquecía el jardín con macizos de rojo espino, y la casa adquiría un aspecto más vulgar y banal que el terreno que la rodeaba. Al parecer no estaba terminada o se hacían reparaciones, porque, apoyada contra la pared, podía verse una escalera, que permitía, sin duda, a los obreros, el acceso al primer piso. Había, además, síntomas de haber sido cortados algunos arbustos, sin duda para permitir algún nuevo plan de edificación. Rojas ramas de espino cortadas de los arbustos adornaban el antepecho de la ventana, y algunos

pétalos caídos sobre la escalera delataban que habían sido llevados por aquel camino. Mientras permanecía perpleja al pie de la escalera, la mirada de Gale se fue fijando en estas cosas. Vio el contraste entre la casa, al parecer sin terminar, con la escalera apoyada contra la pared, y el bello jardín con el pavo real. Daba la sensación de que aquella aristocrática ave y aquellos arbustos hubiesen estado allá antes que los vulgares ladrillos y el mortero.

Gale poseía una curiosa inocencia que, a veces, podía parecer impudicia. Como otros seres humanos, era perfectamente capaz de obrar mal a sabiendas y avergonzarse después. Pero mientras no tuviese intención de hacer algo mal hecho, jamás se le ocurrió que pudiese haber de qué avergonzarse. A su modo de ver, meterse en una casa ajena significaba robo; pero hubiera sido capaz de meterse por una chimenea que diese al dormitorio de un rey, siempre que no tuviese intención de robar. La invitación de aquella escalera y aquella ventana abierta era demasiado tentadora para que pudiese ser llamada siquiera una aventura. Comenzó, pues, a subir los peldaños como si subiese por la escalera principal de un hotel. Pero al llegar a los travesaños superiores se detuvo frunciendo el ceño, y acelerando la ascensión se metió rápidamente por la ventana.

La penumbra de la habitación era casi oscuridad comparada con el resplandor del jardín bañado por el sol de la tarde; y transcurrieron algunos segundos antes de que la luz exterior, reflejada en un espejo ovalado, le permitiese darse cuenta de los detalles del interior. La habitación tenía un aspecto polvoriento y abandonado; los cortinajes, de un verde azulado, mostraban el dibujo de un pavo real, como si conservasen el mismo plan decorativo del jardín, pero formando, sin embargo, un fondo de colores muertos; y al fijarse en el espejo vio que

estaba rajado. Sin embargo, la descuidada habitación estaba, al parecer, preparada para alguna fiesta, porque en el centro había una larga mesa lujosamente puesta para una cena. Al lado de cada plato había una serie de copas para los vinos correspondientes; los diversos platos y los jarrones azules de la mesa y de la chimenea estaban adornados con las mismas flores rojas y blancas del jardín que había visto en el antepecho de la ventana. Aquella mesa daba, sin embargo, la sensación de tener algo extraño, y su primer pensamiento fue que había habido una lucha, durante la cual el salero voló por el aire, partiendo la luna del espejo. Después se fijó en los cuchillos que adornaban la mesa, y un resplandor de comprensión comenzaba a aparecer en su mirada cuando la puerta se abrió y entró en la habitación un hombre grueso de cabello gris.

Esta aparición le devolvió el sentido de la realidad, como un hombre arrojado por la borda de un barco al establecer brusco contacto con el mar. Recordó súbitamente dónde estaba y cómo había llegado allí. Era característico en él que, al darse cuenta, un poco tarde, de un punto esencial, quizá demasiado tarde, incluso lo veía con toda lucidez y con todas sus lógicas consecuencias. Nadie admitiría que tuviese motivos justificados para entrar en una casa por la ventana en lugar de llamar a la puerta. Además, en este caso, no tenía motivo justificado alguno, o de tenerlo hubiera sido necesaria una conferencia preliminar sobre poesía o filosofía para explicarlo. Se dio cuenta incluso del grave detalle de que en aquel momento tenía en la mano unos cuchillos y que la mayoría eran de plata. Después de un momento de vacilación, dejó los cuchillos sobre la mesa y se quitó el sombrero.

—En fin —dijo finalmente con inoportuna ironía—; si yo estuviese en su lugar no gritaría; pero supongo que va usted a

mandar por la policía.

El recién llegado, el dueño de la casa al parecer, adoptó de momento una actitud de profunda perplejidad. Al abrir la puerta sufrió un violento sobresalto, y abrió la boca como para gritar, pero la cerró de nuevo, como si no tuviese siquiera intención de hablar. Era un hombre de rostro enérgico y no mal parecido, pero afeado por unos ojos saltones que le daban una expresión de perpetua protesta. Pero por alguna razón inexplicable no era en los acusadores ojos de aquel hombre que los azules y soñolientos ojos del poeta-ladrón se fijaban en aquel momento.

Aquella extravagancia por la cual su mirada se fijaba con frecuencia en el objeto más trivial lo inducía ahora a fijarla en el botón de la pechera del anciano caballero, constituido por un luminoso ópalo de dimensiones inusitadas.

—¿Es usted un ladrón? —preguntó, por fin, el dueño de la casa.

—A fin de poner las cosas bien en claro —respondió Gale—, le diré que no lo soy. Pero si me pregunta usted qué soy, pues le diré que no lo sé.

El dueño dio rápidamente la vuelta a la mesa, dirigiéndose a él, con un gesto de ofrecerle la mano, e incluso las dos manos.

—Desde luego es usted un ladrón —dijo—, pero no me importa. ¿Quiere quedarse a cenar?

Y después de una agitada pausa, repitió:

—Vamos, debe usted quedarse a cenar; tiene el cubierto puesto.

Gale dirigió una mirada a la mesa y contó el número de cubiertos dispuestos para la cena. El número desvaneció las últimas

dudas que pudieran quedarle sobre aquella cadena de excentricidades. Supo por qué el dueño de la casa llevaba un ópalo en la pechera; por qué el espejo había sido roto deliberadamente; por qué la sal estaba vertida, y por qué los cuchillos brillaban sobre la mesa dispuestos en cruz; por qué aquel hombre excéntrico traía espino rojo a la casa; por qué la decoraba con plumas de pavo real, e incluso por qué tenía un pavo real en el jardín. Comprendió que la escalera no estaba en aquella posición para permitir subir hasta la ventana, sino para que se pudiese pasar por debajo de ella al dirigirse a la puerta. Y vio también que sería el decimotercer invitado que se sentaría a la mesa.

—Van a servir en seguida —dijo el hombre del ópalo con una amabilidad afectuosa—. Voy abajo a buscar a los demás comensales. Los encontrará usted de una agradable compañía, se lo aseguro; nada de tonterías con ellos; son gente culta, aguda, que no cree en supersticiones absurdas. Mi nombre es Crundle, Humphrey Crundle, y soy muy conocido en el mundo de los negocios. Creo que tengo que presentarme yo mismo, a fin de poderlo presentar a los demás.

Gale tuvo la vaga intuición de haber fijado más de una vez su distraída mirada sobre este nombre, asociado al de una marca de jabón, unos comprimidos o una pluma estilográfica; y aunque era poco ducho en esos asuntos, comprendió que el hombre que anunciaba de aquella forma, aunque viviese en aquella modesta villa, podía permitirse tener pavos reales en su jardín y servir cinco clases de vino en la comida. Pero otras ideas oprimían su imaginación, y con aire sombrío se asomó al jardín donde estaba el pavo real, y en el que el sol iba muriendo sobre el césped.

Cuando llegaron los miembros del Club de los Trece, subiendo

en tropel la escalera, parecían dispuestos, cuando menos, a sentarse a cenar. La mayoría de ellos daba, muestras de gran animación, que en algunos casos llegaban hasta la forma más viva de vulgaridad. Los pocos que eran jóvenes, probablemente funcionarios o empleados, daban muestras de un intenso nerviosismo, como si considerasen todo aquello excesivamente osado. Dos de ellos se destacaban sobre los demás por la singularidad de su aspecto visiblemente distinguido. Uno era un viejecito reseco, cuyo rostro constituía un verdadero laberinto de arrugas, en lo alto de las cuales llevaba colocada una peluca de color castaño que no dejaba lugar a dudas. Fue presentado como Sir Daniel Creed, y había sido, al parecer, un abogado de fama en sus tiempos, si bien estos tiempos eran ya un poco lejanos. El otro, que fue presentado meramente como Mr. Noel, parecía más interesante; era un hombre alto, corpulento, de edad indefinible, pero de indudable inteligencia, que se revelaba en la primera mirada de sus ojos. Tenía unas facciones bellas, pero de forma agrandada; los hoyos de sus sienes y las órbitas de sus ojos hundidos le daban una expresión de fatiga mental, pero no física. La sutil intuición de Gale le dijo que la apariencia no era engañosa; que aquel hombre que asistía a aquella extraña reunión había asistido ya a muchas otras no menos extrañas, en las que buscaba probablemente algo más extraño, que no había encontrado jamás.

Debido a la animación y locuacidad del dueño de la casa, transcurrió bastante tiempo antes de que ningún invitado pudiese dar pruebas de su calidad. Mr. Crundle debía sin duda considerar su deber de presidente del Club de los Trece pronunciar trece palabras por docena. En todo caso, durante algún tiempo habló por toda la concurrencia, agitándose en su silla con visible satisfacción, como el hombre que ha conseguido por fin alcanzar la más extravagante visión de la felicidad. En la ale-

gría y vivacidad de aquel comerciante de cabeza gris había, en efecto, un algo casi anormal, y parecía alimentado por una fuente interior que nada debía a las circunstancias de aquella fiesta. Las observaciones con que hostigaba a sus invitados eran con frecuencia fuertes, pero siempre producían en él un ruidoso regocijo. Gale se preguntaba en qué estado se encontraría cuando hubiese vaciado las cinco copas que tenía delante. Pero el destino quiso que se mostrase bajo más de un extraño aspecto antes de que las copas estuviesen vacías.

Fue después de una de las repetidas veces en que afirmó que todas estas historias de mala suerte no eran más que absurdas tonterías, cuando la voz aguda, pero temblorosa, del viejo Creed, tomó la palabra desde un extremo de la mesa.

—En esto, mi querido Crundle, tengo que hacer una distinción —dijo en estilo legal—. Son absurdas tonterías, pero no todas son del mismo género de tontería. Bajo el punto de vista de la investigación histórica, tengo que diferir de una forma en cierto modo singular. El origen de algunas supersticiones es obvio; el de otras es bastante oscuro. La superstición del viernes y trece tiene probablemente una base religiosa; pero ¿cuál puede ser, por ejemplo, el origen de creer que las plumas de pavo real traen mala suerte?

Crundle contestó, riéndose ruidosamente, que debía ser una idiotez cualquiera; y Gale, que había tomado asiento al lado del llamado Noel, intervino en tono ameno.

—Creo poder aportar un poco de luz sobre este punto. Me parece haber encontrado rastro de ello en los viejos manuscritos iluminados de los siglos nueve y diez. Hay un dibujo muy curioso, en el rígido estilo bizantino, que representa los dos ejércitos celestiales disponiéndose a la lucha por el cielo. Pero

así como san Miguel entrega lanzas a los ángeles buenos, Satán arma a los ángeles rebeldes con hermosas plumas de pavo real.

Noel volvió sus hundidos ojos hacia el orador.

—Es realmente interesante —dijo—. ¿Cree usted que no es una alegoría de la antigua creencia teológica de la maldad del orgullo?

—Pues en el jardín tienen ustedes un pavo real entero, para desplumarlo, si alguno de ustedes quiere ir a luchar contra los ángeles —dijo Crundle soltando la carcajada.

—No son armas muy eficaces —dijo Gale gravemente—, y supongo que esto fue lo que los artistas de las Edades Sombrías de la superstición quisieron simbolizar. A mí me parece que en el contraste de las armas hay algo que hiere al falso imperialismo; es decir, que el bando legítimo se arma para una batalla real y por lo tanto dudosa mientras el usurpador se provee ya, por decirlo así, de las palmas de la victoria. Es imposible vencer a nadie con las palmas de la victoria.

Mientras esta conversación tenía lugar, Crundle daba muestras de una curiosa inquietud, y su vivacidad fue menos radiante que la de hasta entonces. Su penetrante mirada parecía dirigir preguntas a los comensales; cerraba y abría la boca, y sus dedos tamborileaban sobre la mesa. Finalmente estalló:

—¿Qué significa todo esto? Cualquiera diría que los que ponen una cara larga son partidarios de todas estas tonterías. . .

—Perdóneme usted —respondió el abogado, insistiendo sobre el punto lógico—; mi explicación ha sido muy sencilla. He hablado de causas, no de justificaciones. He dicho que la causa de la leyenda del pavo real, es menos aparente que la mala suerte del viernes.

—¿Cree usted que el viernes es un día aciago? —preguntó Crundle, como el hombre que se siente acorralado, dirigiéndose a Gale.

—No; yo creo que es un día favorable —respondió el poeta—. Todo el pueblo cristiano, cualesquiera que sean sus supersticiones, cree que el viernes es un día feliz. De lo contrario, no se hubiera hablado de Viernes Santo.

—¡Oh, los cristianos...! —comenzó Mr. Crundle, acalorado, siendo interrumpido por el tono de la voz de Noel, que pareció convertir su violencia en un mero balbuceo.

—Yo no soy cristiano —dijo Noel con una voz dura como la piedra—. Sería inútil ahora discurrir sobre si me gustaría serlo o no; pero creo que el punto de vista de Mr. Gale es perfectamente lógico; una religión como ésta tiene forzosamente que contradecir una tal superstición. Y me parece que la verdad puede ser hallada más lejos todavía. Si yo creyese en Dios, no creería en un dios que hace depender la felicidad de un salero o una pluma de pavo real. Cualquier cosa que enseñe el cristianismo, presumo que no enseña que el Creador estaba loco.

Gale asintió pensativo, como asintiendo parcialmente, y respondió, como si estuviese dirigiéndose sólo a Noel en medio de un desierto:

—Bajo este punto de vista, desde luego tiene usted razón. Pero creo que hay algo más que decir sobre eso. Como ya he dicho, creo que la mayoría de la gente se toma estas supersticiones a la ligera, quizás más a la ligera que usted mismo. Y creo que en este mundo de fortuitas circunstancias en que piensan, y que está más relacionado con los duendes que con los ángeles, se refieren principalmente a los demonios más ligeros. Pero, después de todo, los cristianos admiten más de una especie de

ángeles, y algunos de ellos son ángeles caídos, como la gente que cree en las plumas de pavo real. Y tengo la sensación de que tiene realmente algo que ver con las plumas de pavo real. De la misma manera que los espíritus inferiores gastan trucos con mesitas y tamboriles, pueden gastarlos igualmente con cuchillos y saleros. Es indudable que nuestras almas no dependen de un espejo roto; pero nada le gustaría tanto a un espíritu inferior como hacérselo creer. Que lo consiga o no, depende del estado de espíritu con el cual lo rompemos. Y me es fácil imaginar que romper un espejo en un cierto estado de espíritu moral, como, por ejemplo, el estado de espíritu de desprecio e inhumanidad, puede ponerlo a uno en contacto con influencias inferiores. Imagino perfectamente que sobre la casa donde se haya realizado este acto se cierna una nube, y que los espíritus del mal se reúnan en ella.

Reinó un silencio singular; un silencio que dio al orador la sensación de que se extendía por las calles y jardines. Nadie hablaba; el silencio fue puntuado al fin por el estridente grito del pavo real.

Entonces le tocó el turno a Humphrey Crundle de asombrarlos a todos con su intervención. Hasta entonces había estado mirando al orador con los ojos salientes; finalmente, cuando recobró la voz, ésta era tan seca y penetrante, que la primera tonalidad era apenas más humana que el grito del pavo real. Parecía vacilar, tartamudear, aturdirse con rabia, y sólo al final de la primera frase llegó a ser apenas inteligible.

—... venir aquí a decir asquerosas vaciedades, y beberse mi borgoña como un marqués; y hablar de esta manera contra... , contra lo primero que... ¿Por qué no nos tiran de la nariz también? ¿Eh? ¿Por qué demonios no nos tiran ustedes de la nariz?

—¡Vamos, vamos! —intervino Noel en tono tajante—; se está usted poniendo fuera de la razón, Crundle. Tengo entendido que este caballero ha venido por su propia invitación para sustituir a otro de nuestros amigos.

—Me parece que Arthur Bailey mandó un telegrama diciendo que no podía venir —observó con mayor precisión el abogado—. Mr. Gale ha ocupado su sitio.

—Sí —dijo secamente Crundle—, le pedí que tomase asiento aquí para ocupar la silla número trece, y esto solo echa por tierra su superstición, porque, teniendo en cuenta la forma como vino, debe considerarse feliz de gozar de buena comida.

Noel intervino de nuevo con una observación; pero Gale se había puesto ya de pie. No parecía contrariado, sino más bien distraído; y se dirigió a Noel y a Creed, olvidando a su excitado huésped.

—Les estoy a ustedes muy agradecido, caballeros —dijo—; pero pienso que lo que debo hacer es marcharme. Es cierto que fui invitado a esta cena, pero no podría decir lo mismo respecto a la casa; en fin, no puedo evitar llevarme una curiosa sensación de todo esto. . .

Jugueteó por un momento con los cuchillos cruzados sobre la mesa y, mirando en dirección al jardín, añadió:

—Lo cierto es que no tengo tanta seguridad de que el decimotercer invitado haya sido tan afortunado como yo, de todos modos. . .

—¿Qué quiere usted decir? —gritó el dueño de la casa con violencia—. ¿Es que se atrevería usted a negar que le he dado una buena cena? No pretenderá usted que lo he envenenado.

Gale seguía mirando a través de la ventana, y sin hacer el menor movimiento, dijo:

—Yo soy el invitado catorce y no he pasado por debajo de la escalera.

Era característico en el viejo Creed ser sólo capaz de seguir un argumento lógico de una forma literal, y le pasó desapercibido el símbolo de la metáfora espiritual creada por estas palabras, que Noel, más sutil, había ya comprendido. Por primera vez el viejo abogado de roja peluca tenía un aspecto senil. Guiñó el ojo a Gale y le dijo en tono batallador:

—¿No me va usted a decir que se toma la molestia de observar estos trucos de las escaleras y demás tonterías?

—No sé si me tomaría la molestia de observarlos —respondió Gale—, pero sé que no me tomaría la molestia de infringirlos. Cuando uno empieza infringiéndolos, infringe al parecer muchas otras cosas. Hay muchas cosas tan fáciles de romper como un espejo. —Hizo una pausa y continuó, como excusándose—: Hay los Diez Mandamientos, ya lo sabe usted.

Se produjo otro impresionante silencio, durante el cual Noel se dio cuenta de que estaba escuchando con una irracional rigidez la fea voz de la bella ave del jardín. Pero no dijo nada. Tenía la subconsciente y todavía más inexplicable sensación de que había sido estrangulada en la oscuridad.

Entonces el poeta volvió por primera vez su rostro hacia Humphrey Crundle, fijando su mirada en sus protuberantes ojos al decir:

—Los pavos reales pueden no traer mala suerte, pero el orgullo sí. Y fue con arrogancia y desprecio que comenzó usted a pisotear las tradiciones o locuras de hombres más humildes, y

así ha llegado usted a pisotear finalmente una cosa más sagrada. Los espejos quebrados pueden no traer mala suerte, pero los cerebros quebrados sí; y se ha vuelto usted loco a fuerza de razón y sentido común, hasta llegar a ser el criminal loco que es hoy. El rojo puede no traer mala suerte, pero hay algo más rojo y de más mala suerte, y hay manchas de ello en el antepecho de la ventana, en los travesaños de la escalera. Yo mismo las tomé por pétalos rojos.

Por primera vez durante aquella inquieta hora de hospitalidad el hombre que presidía la mesa permanecía absolutamente inmóvil. Algo en su pétrea inmovilidad pareció dar vida a los demás, y todos se pusieron de pie en medio de un confuso rumor de protestas y perplejidad. Sólo Noel parecía conservar la cabeza, en medio de aquella impresión.

—Mr. Gale —dijo con firmeza—, ha dicho usted demasiado o no lo suficiente. Mucha gente diría que ha estado usted diciendo una cantidad de tonterías sin sentido, pero tengo la vaga idea de que lo que suele usted decir no siempre carece de tanto sentido como puede parecer. Pero dejar las cosas en este estado sería simplemente una calumnia sin fundamento. Hablando claro, dice usted que aquí se ha cometido un crimen. ¿A quién acusa usted de él, o es que tenemos que acusarnos todos mutuamente?

—No lo acuso a usted —respondió Gale—, y la prueba es que si la cosa tiene que ser comprobada, usted mismo la puede comprobar. Sir Daniel Creed es abogado y puede acompañarlo. Vaya usted y fíjese atentamente en las manchas de la escalera. Encontrará un rastro de ellas sobre la hierba, al pie de la misma, que lleva hacia el cajón de la basura que hay en el fondo del jardín. Creo que sería conveniente también que abriese el cajón de la basura. Puede ser el final de sus investigaciones.

El viejo Crundle seguía sentado, inmóvil como una estatua funeraria, y los comensales tuvieron la sensación de que sus abultados ojos miraban hacia dentro. Parecía estar dándole vueltas a un enigma que lo cegaba y aturdía, como si aquella extravagante escena pasase desapercibida para él. Creed y Noel salieron de la habitación y todos oyeron sus pasos bajar la escalera, antes de oírlos hablar en voz baja al pie de la ventana. Después, las voces se alejaron hacia el cajón de la basura, mientras el anciano huésped seguía inmóvil, con su ópalo en la pechera; inmóvil, como un ídolo oriental, con su sagrada gema. De repente pareció dilatarse y brillar como si una monstruosa lámpara acabase de encenderse dentro de él. Se puso de pie, levantó su copa como para brindar y la volvió a dejar con tal fuerza que se quebró, y el vino, al desparramarse, formó sobre el mantel como una estrella roja de sangre.

—¡Ya lo tengo, estaba en lo cierto! —gritó con una especie de exaltación—. Tenía razón; al final estaba en lo cierto. ¿No lo ven ustedes? ¿No lo ven? Aquel hombre no era el número trece. Era el número catorce, y este hombre que está ahí es el quince. Arthur Bailey es el verdadero número trece, pero no está aquí. No ha venido a esta casa; pero ¿puede acaso esto importar? ¿Por qué diablos tiene que importar? Es el socio número trece del club, ¿no es eso? No puede haber ningún otro número trece, ¿no es verdad? Todo lo demás me tiene sin cuidado; no me importa lo que ustedes piensen de mí ni lo que hagan. Digo que todas estas tonterías poéticas que ha dicho este hombre no tienen valor alguno, porque el hombre que hay en el cajón de la basura no es el número trece, y reto a cualquiera a . . .

Noel y Creed acababan de aparecer en la puerta con expresión grave, mientras el dueño de la casa seguía hablando con ate-

rradora volubilidad. Cuando una vez se atragantó, abriendo la boca ahogado por el alud de sus propias palabras, Noel, con una voz de acero, dijo:

—Siento tener que confesar que tenía usted razón.

—Es la cosa más horrible que he visto en mi vida —dijo el viejo Creed, desplomándose sobre la silla y llenando una copa de coñac con mano temblorosa.

—El cuerpo de un desgraciado, con la garganta seccionada, ha sido ocultado en el cajón de la basura —prosiguió Noel con una voz sin vida—. Por la marca de sus ropas, que son bastante anticuadas para un hombre relativamente joven, parece venir de Stoke-under-Ham.

—¿Cómo era? —preguntó Gale súbitamente animado. Noel lo miró con curiosidad.

—Muy alto y demacrado, con el cabello como de estopa —respondió—. ¿Por qué lo pregunta usted?

—He supuesto que se parecía un poco a mí —respondió el poeta.

Crundle se había vuelto a desplomar sobre su silla después de su última y extraña explosión, pero no hizo tentativa alguna de explicarse ni escapar. Seguía moviendo los labios, como si hablase consigo mismo, demostrando con creciente lucidez que el hombre que había asesinado no tenía derecho a ser el número trece. Sir Daniel Creed parecía en aquel momento tan aturrido e impresionado como él, pero fue quien rompió el silencio. Levantando la abovedada cabeza con su grotesca peluca, dijo súbitamente:

—Esta sangre clama justicia. Soy viejo, pero la vengaría en la

persona misma de mi hermano.

—Voy a telefonar a la policía —dijo Noel pausadamente—. No veo motivo de vacilación.

Su voluminosa figura y sus facciones parecían menos lánguidas y en sus ojos hundidos había un cierto resplandor. Un hombre vivaracho llamado Bull, con aspecto de viajante de comercio, que había estado hablando animadamente en el extremo opuesto de la mesa, comenzó a ocupar la escena como el presidente de un jurado. Era típico en él que hubiese esperado que otros de mejor educación dirigiesen el debate, y ahora se dispuso a dirigirlo él.

—No hay motivo de vacilación. No hay caso de sentimentalismo —trompeteó como un elefante—. Es un asunto doloroso, desde luego; un socio del club y todo aquello que se dice. . . Pero ya he dicho que nada de sentimentalismo; y el que ha hecho esto merece ser ahorcado. No hay la menor duda de quién ha sido. Lo hemos oído prácticamente confesarlo hace un momento mientras estos caballeros estaban fuera de la habitación.

—Siempre pensé que era un mal sujeto —dijo uno de los funcionarios que quizá tenía también alguna vieja cuenta a su cargo.

—Soy de opinión de obrar inmediatamente —dijo Noel—. ¿Dónde está el teléfono?

Gabriel Gale se acercó a la desplomada figura de Crundle y se volvió hacia el grupo que avanzaba.

—¡Deténganse! —gritó—; déjenme decir una palabra.

—¿Qué pasa? —preguntó Noel pausadamente.

—No me gusta jactarme de nada —dijo el poeta—; pero, des-

graciadamente, la discusión no puede tomar otra forma. Soy un sentimental, como diría Mr. Bull; soy por naturaleza un sentimental; un mero escritor de canciones sentimentales. Ustedes son gente sensata, racional, fuerte, que se ríe de las supersticiones; son ustedes gente práctica y hombres de sentido común. Pero su sentido común no ha descubierto el cadáver. Sin mí hubieran ustedes fumado tranquilamente su cigarro después de tomarse su grog, y marchándose después sonrientes a casa, sin haberles importado un comino el cajón de la basura. Ustedes no descubrieron nunca hasta dónde el camino de escéptico racionalismo puede llevar a un hombre, como ha llevado a este pobre desgraciado idiota que está en esta silla. Un sentimental, un soñador de la luna lo ha descubierto en su lugar por cuenta de ustedes; quizá porque era un sentimental. Porque en realidad también yo llevo en mí uno de estos rayos de luna que ha descarriado a este hombre; por esto pude seguir sus pasos. Y ahora el sentimental feliz tiene que decir dos palabras en defensa del desgraciado.

—¿Querrá usted decir del criminal? —preguntó Creed, con su voz cascada.

—Sí. Yo lo he descubierto, y yo lo defenderé.

—De modo que defiende usted a los asesinos, ¿verdad? —preguntó Bull.

—Algunos asesinos —respondió Gale con calma—. Este era un tipo de asesino verdaderamente único. En el fondo no estoy siquiera muy seguro de que lo fuese. Pudo haber sido un accidente. Pudo haber sido una especie de acción mecánica, casi como un autómatas.

La irradiación de aquellos interrogatorios desde tanto tiempo olvidados apareció en los cansados ojos de Creed, y su voz

aguda no temblaba ya.

—¿Pretende usted acaso —comenzó— que Crundle recibió un telegrama de Bailey, se dio cuenta de que habría una vacante, salió a la calle, invitó al primer desconocido, lo trajo aquí, buscó una navaja o un instrumento similar, lo degolló, bajó el cuerpo por la escalera y lo ocultó cuidadosamente en el cajón de la basura, y todo esto por accidente, como un gesto automático?

—Muy bien expuesto, Sir Daniel —respondió Gale—. Y ahora permítame que le haga una pregunta con la misma lógica. En su lenguaje legal, ¿cuál es el móvil? Dice usted que no se puede asesinar a un desconocido por accidente; pero, ¿por qué asesinaría este hombre a un desconocido, sin motivo? ¿Con qué móvil? No solamente no le era útil para ninguno de sus proyectos, sino que destruía todos los que tuviese. ¿Por qué quiere usted que deseara dejar un hueco en esta cena del Club de los Trece? ¿Por qué, en nombre del cielo, quiere usted que hiciese del decimotercer hombre un monumento del desastre? Su crimen era contrario a su credo, o demente duda, o negación, como quiera usted llamarlo.

—Eso es verdad —dijo Noel—, y ¿cuál es el significado de todo esto?

—No creo que pueda decírselo nadie más que yo —dijo Gale—. ¿No se han dado ustedes cuenta de cuan llena de extravagantes actitudes está la vida? Se podrían hacer instantáneas. Las nuevas y feas escuelas de arte moderno nos lo están demostrando; figuras rígidas e inclinadas, sosteniéndose sobre un solo pie, apoyando sus inconscientes manos sobre objetos incongruos. Es la tragedia de las posiciones extrañas. Yo puedo comprenderlo porque esta tarde misma me he encontrado también en

una extraña posición.

»Acababa de trepar por la ventana simplemente por mera curiosidad, y me encontraba de pie al lado de la mesa poniendo derechos los cuchillos. Llevaba todavía el sombrero puesto, pero, cuando entró Crundle, hice un gesto para quitármelo con el cuchillo en la mano; entonces enmendé mi gesto y dejé primero el cuchillo sobre la mesa. Ya saben ustedes lo que son estos vagos gestos instintivos que uno hace. Crundle, al verme de repente, y antes de acercarse a mí, se estremeció como si yo fuese Dios Todopoderoso, o el verdugo aguardándolo en el comedor, y creo saber por qué. Soy alto y delgado y tengo el pelo de estopa también; y estaba de pie contra la luz de la ventana como el otro había estado también. Debió tener la impresión de que el cadáver se había levantado del cajón de la basura trepando nuevamente por la escalera, situándose allá como un fantasma. Pero entretanto, mi gesto de irresolución, con el cuchillo medio levantado, me dijo algo. Me dijo lo que realmente había ocurrido.

»Cuando aquel pobre patán del Somerset entró en esta habitación, quedó como probablemente ninguno de nosotros puede quedar, es decir, escandalizado. Venía de algún lugar apartado y era uno de estos tipos del campo que creen en presagios. Acababa de agarrar uno de los cuchillos y ponerlo derecho cuando su mirada tropezó con la sal vertida. Acaso creyese que fue su gesto lo que la vertió. En aquel momento crucial Crundle entró en la habitación, aumentando la confusión de su invitado y acelerando su rápido intento de hacer dos cosas a la vez. El infortunado huésped, con el mango del cuchillo agarrado todavía entre los dedos, tomó un poco de sal y trató de arrojarla por encima de su hombro. Con la rapidez del relámpago del fanático, que estaba en el umbral, saltó sobre él como una

pantera y lo agarró por la muñeca levantada.

»En aquel instante todo el universo de enajenación de Crundle se tambaleaba. Ustedes que hablan de supersticiones, ¿se han fijado en que esta casa está llena de sortilegios? ¿No saben ustedes que está atestada de hechizos y ritos mágicos, sólo que están dispuestos al revés, como las brujas dicen la Oración del Señor? ¿Son ustedes capaces de imaginar cuál sería la reacción de una bruja si dos palabras saliesen casualmente por orden? Crundle se dio cuenta de que aquel rústico patán estaba contrarrestando todos los sortilegios de su magia negra. Si de nuevo arrojaba sal por encima del hombro, su gran obra podía quedar contrarrestanda. Con toda la fuerza que pudo pedir al infierno agarró la mano que tenía el cuchillo, sin otra intención que la de impedir que cayese al suelo un grano más de sal.

»Sólo Dios sabe si fue un accidente. No digo esto como vana frase. Aquella sola fracción de segundo y todo lo que había de oculto en él se abre delante de Dios amplio y luminoso como una eternidad. Pero yo soy hombre y él lo es también; y no llevaré un hombre al patíbulo, si puedo evitarlo, por un acto que puede haber sido automático o accidental, e incluso de legítima defensa. Pero si alguno de ustedes quiere tomar un cuchillo y un pellizco de sal y colocarse en la misma posición que ocupaba el desgraciado, verán ustedes exactamente lo que ocurrió. Lo único que digo es esto: que en ninguna ocasión, ni en forma alguna quizá, las cosas hubieran podido desarrollarse de aquella forma, ni el filo del cuchillo se hubiera hallado tan cerca de la garganta sin mala intención de ninguna de las dos partes, de no ocurrir el extraordinario embrollo de triviales circunstancias que han sido causa de esta tragedia. Produce un efecto extraño asociar a este pobre rústico que vino de su

alejado pueblecillo del Somerset con su buen acopio de leyendas, con este excéntrico maniático que salió precipitadamente de su villa impulsado por su obsesión, para terminar en esta extraña agarrada; la lucha entre dos supersticiones.

El hombre desplomado en el extremo de la mesa había sido olvidado como si fuese un mueble más; pero Noel se volvió hacia él, y fría y pacientemente, como si se dirigiese a un chiquillo exasperante, le dijo:

—¿Es verdad todo esto?

Crundle se puso en pie de un salto, moviendo los labios, y un poco de espuma apareció en la comisura de los labios.

—Lo que quiero saber... —comenzó con voz sonora.

Pero las palabras se secaron en su garganta, y después de haberse tambaleado un par de veces, cayó sobre la mesa en medio de los restos del vino y la copa de cristal.

—No sé si se necesitará un policía —dijo Noel—, pero tendremos que mandar a buscar un doctor.

—Para lo que hay que hacer con él, se necesitarán dos —dijo Gale, dirigiéndose hacia la ventana por la que había entrado.

Noel se encaminó con él hacia la puerta del jardín, pasando al lado del pavo real sobre el verde césped, que a la luz de la luna parecía casi azul como el ave. Una vez el poeta estuvo del otro lado de la puerta, se volvió y dijo la última palabra:

—Es usted Normal Noel, el gran viajero, creo. Me interesa usted más que este desgraciado monomaniático, y quisiera hacerle una pregunta. Perdóneme usted si hago suposiciones sobre usted; es una costumbre que tengo. Ha estudiado usted supersticiones por todo el mundo, y ha visto cosas compara-

das con las cuales todas estas tonterías de la sal y el cuchillo son juego de niños. Ha estado usted en selvas sombrías en las cuales el vampiro parece más grande que un dragón; o en las montañas donde residen los licántropos; allí donde los hombres dicen que en el rostro de la esposa o del amigo pueden ver la expresión de un animal feroz. Ha conocido usted gente que tiene verdaderas supersticiones; supersticiones negras, enormes, terribles; ha vivido usted entre esta gente y quisiera hacerle una pregunta acerca de ellos.

—Por lo visto también usted sabe algo respecto a ellos —dijo Noel—, pero le contestaré las preguntas que quiera.

—¿No son más felices que usted?

Hizo una pausa después de la pregunta y prosiguió:

—¿No cantan en realidad más canciones, no bailan más danzas y no beben más cantidad de vino con más sincera alegría? Es porque creen en el mal. En los malos hechizos, quizás, en la mala suerte, en el mal, bajo toda clase de estúpidos e ignorantes símbolos; pero siempre en algo contra lo que hay que luchar. Ellos, por lo menos, ven las cosas en blanco y negro, y la vida como el campo de batalla que en realidad es. Pero usted es desgraciado porque no cree en el mal y cree filosófico verlo todo bajo el mismo manto gris. Y hablo de esta forma con usted esta noche, porque esta noche se ha despertado. Ha visto usted algo digno de ser odiado y se ha sentido feliz. Un mero asesinato no hubiera conseguido hacerlo. Si se hubiese tratado de un mero ciudadano, aunque fuese un hombre joven, no habría jamás hecho vibrar sus nervios. Pero he comprendido sus sensaciones; vio usted algo vergonzoso hasta lo indecible en la muerte de aquel pobre patán campesino.

Noel asintió.

—Creo que ha sido la forma de sus faldones —dijo.

—Así lo creo —respondió Gale—. En fin, aquí tenemos el camino hacia la realidad. Buenas noches.

Y siguió su camino por aquella carretera apartada que bajo la luz de la luna iba tomando una entonación de hierba. Pero no vio ningún pavo real más; y puede darse probablemente por descontado que no tenía el menor deseo de verlos tampoco.

LA RÁFAGA DEL LIBRO

El profesor Openshaw perdía siempre la calma con un fuerte puñetazo dado sobre cualquier parte, si alguien lo llamaba espiritista o creyente en espiritismo. Pero esto, sin embargo, no agotaba sus explosivas facultades; porque también perdía la calma si alguien lo llamaba incrédulo en espiritismo. Tenía el orgullo de haber dedicado toda su vida a la investigación de los fenómenos físicos. También se enorgullecía de no haber dado nunca a entender que fueran realmente físicos o meramente fenoménicos. No había nada que lo complaciese más que sentarse en un círculo de devotos espiritistas y hacer minuciosas descripciones de cómo él había puesto en evidencia médium tras médium y fraude tras fraude; porque, realmente, era un hombre de talento detectivesco y claridad de ideas una vez que había fijado su vista en un objeto, y siempre la había fijado en un médium como en un objeto altamente sospechoso. Existía una historia de cómo él había reconocido a un mismo charlatán espiritista bajo tres disfraces distintos: con vestido de mujer, con barba blanca de anciano y como un brahmán de brillante color de chocolate. Estos relatos dejaban a los verdaderos creyentes más bien sin reposo, cuando en realidad era lo que intentaban alcanzar. Pero apenas podían quejarse, ya

que los espiritistas no niegan la existencia de médiums fraudulentos; sólo que las desbordantes narraciones del profesor parecían indicar que todos los médiums eran fraudulentos.

El profesor Openshaw, de figura flaca, pálida y leonada cabellera e hipnóticos ojos azules, permaneció cambiando algunas palabras con su amigo el padre Brown en la escalera del hotel, donde habían desayunado después de haber dormido aquella noche. El profesor había regresado algo tarde de uno de sus grandes experimentos con la consabida exasperación general. Y permanecía agitado aún por la lucha que sostenía solo contra ambos bandos.

—¡Oh! Usted no cuenta —dijo, riendo—. No creo en ello ni cuando es verdad. Pero todas esas gentes están preguntándome perpetuamente qué es lo que estoy tratando de probar. Parecen no comprender que yo soy un hombre de ciencia. Un hombre de ciencia no está tratando de probar nada; trata de descubrir lo que se pruebe por sí mismo.

—Pero no lo ha descubierto todavía —dijo el padre Brown.

—Bien; yo tengo mis propias ideas, que no son tan completamente negativas como la mayoría de las gentes creen —contestó el profesor después de un instante de ceñudo silencio—. Sea como fuere, he empezado a maliciar que, si hay algo que descubrir, ellos lo buscan por un camino equivocado. Todo es demasiado teatral; exhibiendo el brillante ectoplasma con trompetas, voces y todo lo demás. Todo ello según el modelo de los viejos melodramas y cenagosas novelas históricas acerca de la Familia de los Espíritus. Si se hubieran dirigido a la historia en lugar de a las novelas históricas, empiezo a creer que hubieran encontrado algo. Pero no apariciones, desde luego.

—Después de todo —dijo el padre Brown—, apariciones son

sólo apariencias. Supongo que ha dicho usted que la Familia de los Espíritus está adelantándonos sólo apariencias.

La mirada del profesor, que tenía comúnmente un carácter fino y abstracto, se fijó, concentrándose como si tuviera ante sí un médium dudoso. Tenía un poco el aire de un hombre atornillando una fuerte lente amplificadora ante sus ojos. No es que pensara que el sacerdote era, al fin y a la postre, un médium dudoso. Pero es que estaba alerta ante el pensamiento de su amigo, que parecía seguir tan de cerca al suyo.

—Apariencias —murmuró, sinuoso—, pero es extraordinario que usted lo haya dicho justamente ahora. Cuanto más aprendo, más me doy cuenta de que pierden el tiempo yendo detrás de las apariencias. Ahora bien, si ellos se fijaran un poco en lo contrario. . .

—Sí —dijo el padre Brown—, después de todo, los verdaderos cuentos de hadas, ¿qué eran sino leyendas acerca de las apariciones de famosas hadas? Llamando a Titania o mostrando a Oberón a la luz de la luna. Pero no tenían final de leyendas, de gentes desaparecidas. Porque eran secuestradas por hadas. ¿Está usted siguiendo la pista de Kilmeny o de Tomás el *Rimador*?

—Estoy tras la pista de vulgares gentes modernas, de las que usted ha leído en los periódicos —contestó Openshaw—. Puede mirarme con asombro, pero éste es mi juego ahora. Y he estado tras él largo tiempo. Francamente, creo que un gran número de apariencias físicas pueden ser explicadas ya del todo. Son las desapariciones lo que no puedo explicar, a menos que sean físicas. Esas gentes citadas en los periódicos que desaparecen y nunca son encontradas. . . Si usted conociera los detalles como yo. . . Esta misma mañana tuve la confirmación. Una

carta extraordinaria de un viejo misionero, un respetable anciano. Ahora va a venir a verme a mi despacho. Tal vez cuando comamos juntos le cuente el resultado confidencialmente.

—Gracias, con mucho gusto. A menos que las hadas me hayan secuestrado para entonces.

Con esto se separaron y Openshaw dobló la esquina hacia la pequeña oficina que tenía alquilada en la vecindad. Principalmente para la publicación de un pequeño periódico de noticias físicas y psíquicas, de la más escueta y más agnóstica clase. Tenía un solo empleado, que se sentaba en el pupitre del despacho anterior, amontonando figuras y hechos para los propósitos de la relación impresa. El profesor se detuvo un momento para preguntar si Mr. Pringle había llegado. El empleado contestó mecánicamente que no y continuó ordenando grabados. Y el profesor siguió hacia el cuarto interior, que era el estudio.

—¡Oh! A propósito, Berridge —dijo sin volverse—, si Mr. Pringle viene, mándemelo en seguida. No es necesario que deje su trabajo. Desearía que esas notas estuvieran listas para esta noche, si es posible. Puede dejarlas en mi mesa, por la mañana, si me retraso.

Se fue a su despacho particular, pensando en el problema que Pringle había suscitado o que quizás había ratificado y confirmado en su inteligencia. Aun el más perfectamente equilibrado de los agnósticos es parcialmente humano y es muy posible que la carta del misionero tuviera el mayor valor, con la esperanza de ser el soporte de su particular tentativa de hipótesis. Se sentó en su ancho y cómodo sillón, frente a un grabado que representaba a Montaigne, y leyó una vez más la breve carta del reverendo Luke Pringle, anunciando su visita para aquella mañana. Nadie conocía mejor que el profesor Openshaw las

señales de la carta de un chiflado: los detalles amontonados, el manuscrito como una tela de araña, la innecesaria extensión y las repeticiones. No había nada de esto en aquella carta. Sólo, sí, una breve y adecuada escritura a máquina mostrando que el escribiente había encontrado algunos casos oscuros de desapariciones, las cuales parecían caer dentro de la jurisdicción del profesor, como estudioso de problemas físicos. El profesor se sentía favorablemente impresionado. Ni una sola impresión desagradable, a pesar del ligero movimiento de sorpresa, cuando levantó la vista y vio que el reverendo Luke Pringle estaba ya en la habitación.

—Su empleado me dijo que podía entrar sin anunciarme — dijo Mr. Pringle, como excusándose, pero con una ancha y casi agradable mueca, que quedaba parcialmente enmascarada por masas de barba y bigotes de un gris rojizo. Una perfecta selva de barba, como les crecen, a veces, a los hombres blancos que viven en las selvas. Pero los ojos, por encima de su chata nariz, no eran de ningún modo salvajes o rústicos. Openshaw había vuelto instantáneamente hacia ellos aquella concentrada mota de luz o cristal ardiente cargado de escrutador escepticismo que solía dirigir contra muchos hombres, para ver si se trataba de charlatanes o de un maniático. Y en este caso tuvo una inusitada sensación de seguridad. La barba salvaje podía proceder de una chifladura, pero los ojos contradecían completamente la barba; estaban colmados de esa franca y amistosa risa que nunca se encuentra en los semblantes de los que son unos far-santes serios o unos serios lunáticos. Esperaba a un hombre con ojos de filisteo, dé escéptico, de persona que se expresara sin recato, con un desprecio trivial, aunque sincero, hacia los fantasmas y los espíritus. Pero, desde luego, ningún embaucador no profesional podía lograr un aspecto tan trivial como aquél. El hombre llevaba una capa raída, abotonada hasta el

cuello y sólo su ancho sombrero flexible delataba al clérigo. Pero los misioneros procedentes de tierras salvajes no siempre se preocupan de vestir como clérigos. —Probablemente piensa usted que todo esto es un engaño —dijo Mr. Pringle, con una especie de complacencia abstracta— y espero que querrá perdonarme por mi risa ante su, después de todo, natural aire de desaprobación. Pero lo mismo da; necesito explicar la historia a alguien que la comprenda, toda vez que es verdad. Y, bromas aparte, es tan trágica como verdadera. Bien; resumiendo, yo era misionero en Nya-Nya, una estación de África occidental, en el seno de los bosques, donde el único blanco aparte de mí era el oficial que gobernaba el distrito, el capitán Wales. El y yo intimamos. No es que a él le gustaran las misiones. Era uno de esos hombres de acción que apenas tienen necesidad de pensar. Esto es lo que lo hacía más singular. Un día volvió a su tienda del bosque, después de una corta ausencia, y contó que había pasado por una extraña experiencia que no sabía cómo resolver. Y mostraba un libro rústico y viejo, encuadernado en cuero, que dejó sobre la mesa, al lado de su revólver y de una vieja espada árabe que probablemente guardaba como una curiosidad. Dijo que aquel libro pertenecía a un hombre del barco que acababa de dejar. El hombre juraba y perjuraba que nadie debía abrir el libro o mirar en él, porque sería arrebatado por el diablo, o desaparecería, o algo así. Wales contestó que todo aquello era un desatino y, naturalmente, disputaron. Pero parece que al final el otro, tildado de cobarde o de supersticioso, miró dentro del libro e instantáneamente lo soltó. Se dirigió hacia la borda. . .

—Un momento —dijo el profesor, que había tomado una o dos notas—. Antes de seguir adelante contésteme a esto: ¿aquel hombre dijo a Wales dónde había encontrado el libro o a quién había pertenecido originariamente ?

—Sí —replicó Pringle, con entera gravedad—. Parece que dijo que se lo llevaba al doctor Hankey, explorador oriental, en aquellos días en Inglaterra, a quien primeramente había pertenecido el libro y quien le advirtió sus extrañas propiedades. Bien: Hankey es un hombre capaz, y más bien áspero y burlón, lo cual hace más extraño el caso. Pero el final de la historia de Wales es muy sencillo. Aquel hombre que había mirado en el libro desapareció por encima del costado del barco y no se lo ha vuelto a ver más.

—¿Usted lo cree? —preguntó Openshaw después de una pausa.

—Sí, lo creo —replicó Pringle—. Lo creo por dos razones. Primera, porque Wales era enteramente un hombre sin imaginación. Y añadió un detalle que sólo un imaginativo podía añadir. Dijo que el hombre había salido por encima del costado del barco en un día quieto y en calma. Pero que no se habían levantado salpicaduras.

El profesor miró sus notas en silencio durante algunos segundos. Y entonces dijo:

—¿Y su otra razón?

—Mi otra razón —contestó el reverendo Luke Pringle— es que yo lo vi con mis propios ojos.

Hubo un silencio hasta que el reverendo continuó hablando de la misma manera realista que hasta entonces. Tuviera lo que tuviese, desde luego, carecía de la vehemencia con la que el chiflado, y aun el incrédulo, tratan de convencer a los demás.

—Le expliqué ya que Wales había dejado el libro sobre la mesa, al lado de la espada. La tienda tenía una entrada solamente. Y sucedió estando yo en ella y en el momento en que, vuelto de espaldas a mi compañero, miraba al exterior. El estaba junto

a la mesa regañando y murmurando acerca de lo sucedido, diciendo que era una tontería en pleno siglo veinte asustarse de abrir un libro y preguntándose por qué diablos no lo podía abrir. Algo instintivo me movió a decirle que no lo hiciese y que aún sería mucho mejor devolvérselo al doctor Hankey.

»—¿Qué puede ocurrir? —dijo, inquieto—. ¿Qué puede pasar?

»—¿Qué le pasó a su amigo en el barco? —le contesté obstinado.

»No me respondió. Realmente, no sabía qué podía responderme y tomé mi ventaja, por mera vanidad.

»—Si a esto hemos llegado —dije—, ¿cuál es su versión de todo lo que realmente pasó en el barco? —No me respondió; miré a mi alrededor y vi que ya no estaba.

»La tienda, vacía. El libro, abierto sobre la mesa, como si, al marcharse, él lo hubiera dejado así. Pero la espada estaba en el suelo, al otro lado de la tienda. Y la tela mostraba un gran corte, como si alguien se hubiese abierto camino a través de ella con aquella espada. La rasgadura sólo dejaba ver la negra oscuridad del bosque. Y cuando miré a través de la rotura no pude cerciorarme de si la maraña de altos tallos había sido separada ni el subsuelo hundido. Sólo descubrí algunas huellas de pisadas. Y desde aquel día no he vuelto a ver al capitán Wales ni he oído hablar de él.

»Envolví el libro en el papel marrón, teniendo cuidado de no mirar en él y me lo traje a Inglaterra con el propósito de devolvérselo al doctor Hankey tan pronto como pudiera. Entonces vi en su periódico algunas notas sugiriendo una hipótesis acerca de estos casos y decidí retrasar la devolución y poner el asunto bajo su competencia, ya que tiene usted fama de ser

equilibrado y poseer un criterio abierto.

El profesor Openshaw dejó la pluma y miró fijamente al misionero, a través de la mesa, concentrando en una sola mirada su larga experiencia de conocedor de aquellos tipos de embaucadores, enteramente distintos entre sí, y entre los que solía haber aún algunos excéntricos y otros extraordinariamente honestos. Corrientemente, el profesor hubiera empezado con la saludable hipótesis de que aquella historia era una sarta de mentiras. En el fondo, se inclinaba a asegurar que podía serlo. Y aun así, le era difícil ajustar el hombre a la historia. No podía ver a esta clase de mentirosos contando aquellas mentiras. El hombre no trataba de parecer honesto en la superficie, como muchos impostores suelen hacer. Más bien parecía una cosa distinta, ya que el hombre era honesto, a pesar de que algo estaba sencillamente en la superficie. Pensó que se trataba de un hombre con una inocente desilusión. Pero una vez más los síntomas no eran los mismos. Era una especie de viril indiferencia, como si no le importara mucho la desilusión, si es que la tenía.

—Mr. Pringle —dijo secamente y como un funámbulo que da un ágil salto—, ¿dónde está su libro ahora?

La mueca reapareció en el barbudo semblante, que se había vuelto grave durante la narración.

—Lo dejé ahí fuera —dijo Mr. Pringle—. Quiero decir en el primer despacho. Tal vez era peligroso traerlo aquí. De este modo evito que los dos corramos un riesgo.

—¿Qué quiere decir usted? —preguntó el profesor—. ¿Por qué no lo trajo directamente aquí?

—Porque —contestó el misionero— sabía que tan pronto como usted lo viera lo abriría. . . antes de que hubiese oído la historia.

Creí que sería posible que usted lo pensara dos veces antes de abrirlo después de haberla oído.

Entonces, luego de un silencio, añadió:

—No había nadie ahí fuera más que su empleado, y tenía un aspecto de estólida firmeza, sumergido en sus cuentas.

Openshaw dijo con naturalidad.

—¡Oh!, Babbage —dijo—: sus volúmenes mágicos están a salvo con él, se lo aseguro. Su nombre es Berridge, pero a menudo lo llamo Babbage porque es tan exacto como una máquina de calcular. No hay ser humano, si él puede ser llamado ser humano, que sea menos capaz de abrir paquetes del prójimo, ni envueltos en papel pardo. Bien, podemos ir a buscarlo y traérselo, aunque le aseguro que consideraré muy seriamente el uso que debemos hacer de él. Francamente le digo —y miró al hombre otra vez— que no estoy del todo seguro de si debemos abrirlo aquí, ahora, o mandárselo al doctor Hankey.

Los dos habían salido del despacho interior y entraron en el otro. Al mismo tiempo que hacían esto, Mr. Pringle, dando un grito, corrió hacia el pupitre del empleado. Sobre el pupitre estaba el viejo libro con tapas de cuero, fuera de su envoltorio pardo, cerrado, pero como si acabara de ser abierto. La mesa del empleado estaba situada ante la ancha ventana que daba a la calle. Y la ventana destrozada con un enorme y desigual agujero en el vidrio, como si un cuerpo humano hubiese sido lanzado, a través de ella, al espacio. No quedaba otra señal de Mr. Berridge.

Los dos hombres permanecieron durante unos instantes como estatuas. Y fue el profesor el que poco a poco volvió a la vida. Hasta parecía más juicioso, como nunca en su vida lo había

parecido. Se volvió lentamente y le tendió su mano al misionero.

—Mr. Pringle —dijo—, le pido perdón. Perdón no sólo por los pensamientos que he tenido, sino por los casi pensamientos. Pero nadie puede llamarse un hombre de ciencia si no sabe afrontar un hecho como éste.

—Supongo —repuso Pringle con aire de duda— que debiéramos hacer algunas pesquisas. ¿Puede usted llamar a su casa para saber si ha ido allí?

—No sé que tenga teléfono —contestó Openshaw algo ausente—. Vive en alguna parte, en dirección a Hampstead, creo. Pero es de suponer que, si una familia o sus amigos lo echan de menos, alguien preguntará aquí.

—¿Podemos dar una descripción del empleado —preguntó el otro— si la Policía la requiere?

—La Policía. . . —contestó el profesor, saliendo de sus sueños—. Una descripción. . . Bien, su fisonomía es terriblemente parecida a la de cualquier otro, excepto para uno de esos linceos. Uno de esos sujetos bien rasurados. Pero la Policía. . . óigame. . . , ¿qué debemos hacer nosotros en este insensato asunto?

—Yo sí sé lo que debo hacer —dijo el reverendo Mr. Pringle con firmeza—. Voy a llevar este libro, ahora mismo, a su punto de origen, al doctor Hankey, y preguntarle qué diablos es todo esto. Vive no muy lejos de aquí. Luego volveré a darle cuenta de lo que él dice.

—¡Oh!, muy bien —dijo el profesor al tiempo que se sentaba con visible aspecto de preocupación, aunque quizá un poco aliviado, por el momento, de su responsabilidad.

Pero aun mucho después de que los pasos vigorosos y pesados del misionero se hubiesen perdido en el fondo de la calle, el profesor permanecía sentado en la misma posición, mirando al vacío como en éxtasis.

Estaba todavía en la misma actitud cuando los mismos pasos vigorosos se oyeron sobre el pavimento del exterior. Entonces entró el misionero. Esta vez, según se aseguró de una ojeada, con las manos vacías.

—El doctor Hankey —dijo Pringle, gravemente— quiere tener el libro durante una hora y considerar el caso. Me ha pedido que después lo visitemos los dos y nos comunicará su decisión. Especialmente desea, profesor, que se sirva usted acompañarme en esa segunda visita.

Openshaw continuaba mirando en silencio; después dijo bruscamente:

—¿Qué diablos es el doctor Hankey?

—Sus palabras suenan como si quisiera decir que él es un diablo —dijo Pringle, sonriendo—. Me figuro que algunas gentes lo han pensado así. Tiene una reputación en el mismo sentido que usted, pero la ganó principalmente en la India, estudiando la magia local y otras cosas por el estilo. Tal vez por esto no es tan conocido aquí. Es un diablo amarillo y flaco, con una pierna coja y un carácter incierto, pero parece que posee una ordinaria y respetable práctica en estas cosas, y no conozco nada definitivamente malo acerca de él... , a menos que sea malo ser la única persona que posiblemente puede saber algo referente a todo este asunto.

El profesor Openshaw se levantó pesadamente y fue al teléfono. Llamó al padre Brown, cambiando para la hora de la cena la

cita que tenía para la del almuerzo. Necesitaba estar libre para la expedición a la casa del doctor angloindio. Después de esto se sentó de nuevo, encendiendo un cigarro, y se sumió una vez más en sus insondables pensamientos.

El padre Brown fue al restaurante, donde estaba citado para la hora de la cena. Se paseó un rato por el vestíbulo lleno de espejos y tiestos con palmeras. Le habían informado de que Openshaw tenía un compromiso para aquella tarde y, como ésta se cerraba, oscura y tempestuosa, alrededor de los espejos y de las verdes plantas, adivinó que había sucedido algo imprevisto e indebidamente prolongado. Hasta llegó a temer por un momento que el profesor no apareciera. Pero cuando el profesor se presentó, creyó descubrir que sus conjeturas habían sido justificadas. Porque era un profesor de mirada inquieta y desordenada cabellera aquel que, inesperadamente, regresó con Mr. Pringle de la expedición al norte de Londres, donde los suburbios están todavía orillados de baldíos de brezos y tierras comunales, apareciendo más sombrío bajo la tempestuosa puesta de sol. Sin embargo, aparentemente encontraron la casa entre las otras dispersas. Comprobaron la placa de cobre con la inscripción: J. I. Hankey. M. D. M. R. C. S.¹ Pero no encontraron a J. I. Hankey, M. D. M. R. C. S. Encontraron tan sólo lo que el cuchicheo de la pesadilla había ya subconscientemente preparado: una corriente sala de recibir con el maldito volumen en la mesa, como si hubiese sido leído en aquel momento. Más allá, una puerta violentamente abierta y una débil traza de pasos que subía un pequeño trecho, hasta una calle del jardín que ningún hombre cojo podía subir con facilidad. Pero un hombre con la pierna lisiada era el que lo había recorrido, porque entre las huellas había algunas defectuosas y desiguales, con marcas de una especie de bota ortopédica; más

¹Doctor en medicina, misionero rector, jefe de estado mayor. (N. del E.)

lejos, sólo dos marcas de esta bota (como si aquella criatura se hubiese detenido). Después, nada. No cabía averiguar nada más allá referente al doctor J. I. Hankey, aparte de que él había tomado una decisión. Había leído el oráculo y recibido el castigo.

Cuando ambos entraron en la sala bajo las palmeras, Pringle puso rápidamente el libro sobre la mesa, como si le quemara los dedos. El sacerdote lo miró con curiosidad; sobre la cubierta sólo había unas rudas inscripciones con este estribillo:

*Los que este libro miren
el Terror Volador tocarán.*

Y debajo, como más tarde descubrió, similares avisos en griego, latín y francés. Los otros dos, siguiendo su impulso natural, se dirigieron al mostrador, agotados y aturcidos, y Openshaw llamó al camarero, que les llevó cócteles en una bandeja.

—Comerá usted con nosotros —dijo el profesor al misionero, pero Mr. Pringle rehusó amablemente.

—Si me lo permite —dijo—, voy a salir y a pensar con reposo en este libro y en este asunto por mí mismo. ¿Podría hacer uso de su oficina por una hora?

—Me temo que esté cerrada —repuso Openshaw, con cierta sorpresa.

—¿Ha olvidado que hay una abertura en la ventana?

Luke Pringle hizo la más amplia de todas sus amplias muecas y desapareció en la oscuridad.

—Después de todo, es un sujeto bien extraño —dijo el profesor ceñudamente.

Le sorprendió un poco encontrar al padre Brown hablando con el camarero que había servido los cócteles, aparentemente acerca de los asuntos privados de aquél, ya que oyó que mencionaban a un chiquillo que estaba fuera de peligro. El profesor comentó el hecho con alguna sorpresa, preguntándose cómo el sacerdote conocía a aquel hombre; pero aquél le contestó:

—¡Oh, yo como aquí cada dos o tres meses y he hablado con él cada vez!

El profesor, que comía alrededor de cinco veces por semana, estaba seguro de no haber cambiado nunca ni una sola palabra con él. Pero estas consideraciones fueron cortadas por la llamada del timbre y el requerimiento del teléfono. La voz dijo ser Pringle: era muy apagada, pero podía muy bien ser que resultara así debido a la maraña que formaban su barba y sus bigotes. El mensaje fue suficiente para establecer su identidad.

—Profesor —dijo la voz—: No puedo seguir así ni un momento más. Yo mismo voy a abrir el libro. Hablo desde su oficina y el libro está ante mí. Por si algo me sucede, le digo adiós. ¡No...! Es inútil tratar de detenerme. No llegaría a tiempo. Estoy abriendo el libro ahora. Yo...

A Openshaw le pareció oír un escalofriante y sordo estallido. Entonces gritó el nombre de Pringle una y otra vez, pero ya no oyó nada más. Colgó el auricular, se irguió con soberbia calma académica —tal vez era la calma de la impotencia—, y volvió a su sitio en la mesa. Y entonces con la misma frialdad que si estuviera describiendo el fracaso de algún pequeño truco insignificante, en una *séance*², le contó al sacerdote cada detalle de su monstruoso misterio.

—Cinco hombres han desaparecido por este increíble medio

²En francés en el original. Significa sesión.

—dijo—. Cada uno de los casos es extraordinario, y uno de ellos, sobre todo, no puedo entenderlo; es el de mi empleado Berridge. Precisamente porque era la menos curiosa y más tranquila de las criaturas, el caso se me hace raro.

—Sí —replicó el padre Brown—, era una cosa muy extraña para hacerla Berridge. Era terriblemente concienzudo. Siempre tan atento en separar los asuntos de la oficina de usted y las bromas. Porque nadie supo nunca que era un gran humorista en su casa y...

—¡Berridge! —gritó el profesor—. Pero, ¿de qué está usted hablando? ¿Lo conocía?

—¡Oh, no! —repuso el padre Brown—. Sólo como al camarero. Algunas veces tuve que esperar en la oficina a que usted volviera. Y, naturalmente, pasaba el rato con el pobre Berridge. Era un poco excéntrico. Recuerdo que una vez me dijo que le gustaría coleccionar cosas de valor, como los coleccionistas hacen con cosas tontas que ellos creen valiosas. Usted conoce la historia de la mujer que coleccionaba cosas de valor.

—No estoy seguro de entender de qué está usted hablando —contestó Openshaw—. Pero aunque mi empleado fuera un excéntrico (de todo el mundo lo hubiera pensado antes), no me explicaría lo sucedido a los demás.

—¿A quiénes? —preguntó el sacerdote.

El profesor lo miró fijamente y le habló recalcando cada palabra como si se lo dijera a un niño.

—Mi querido padre Brown, cinco hombres han desaparecido.

—Mi querido profesor Openshaw: ningún hombre ha desaparecido.

El padre Brown lo miró con la misma fijeza y le habló con la misma claridad. No obstante, el profesor requirió que le repitiera las palabras, y le fueron repetidas distintamente.

—Digo que ningún hombre ha desaparecido.

—Me imagino que la cosa más difícil es convencer a alguien de que $0 \text{ más } 0 \text{ más } 0$ es igual a 0 . Los hombres creen en las cosas más extrañas si se dan así en serie; por eso Macbeth creyó las tres palabras de las tres brujas, aunque la primera era algo que supo por sí mismo y la última algo que sólo él podía contar de sí mismo. Pero en su caso el término medio es el más flojo de todos.

—¿Qué quiere usted decir?

—Usted no vio desaparecer a nadie. No vio desaparecer al hombre del barco ni tampoco al desaparecido de la tienda. Todo se apoya en la palabra de Mr. Pringle, a quien no quiero discutir por ahora. Pero usted va a admitirme esto: usted no hubiera aceptado su palabra si no la hubiese visto confirmada por la desaparición del empleado. Como Macbeth no hubiera creído nunca que sería rey si no se lo hubiese confirmado la predicción de que sería señor de Cawdor.

—Esto puede ser verdad —dijo el profesor, moviendo lentamente la cabeza—. Pero cuando fue confirmado, supo que era verdad. Dice que no vi nada por mí mismo. Pero algo vi; vi a mi propio empleado desaparecer. Berridge desapareció.

—Berridge no desapareció —dijo el padre Brown—, sino todo lo contrario.

—¿Qué diablos quiere dar a entender con «sino todo lo contrario»?

—Quiero decir —dijo el padre Brown— que nunca desapareció. Apareció.

Openshaw miró con insistencia a su amigo, pero su mirada se había alterado, como pasaba siempre que se encontraba con una nueva complicación del problema. El sacerdote prosiguió:

—Apareció en su estudio, disfrazado con una greñuda barba roja y abotonado hasta el cuello con una burda capa y anunciándose como el reverendo Luke Pringle. Usted no se había fijado nunca bastante en él para poder reconocerlo ni aun estando tan burda y apresuradamente disfrazado.

—Cierto —convino el profesor.

—¿Podría describirlo a la Policía? —preguntó el padre Brown—. No. Probablemente sabía que iba pulcramente rasurado y llevaba lentes de color. Y quitándose los lentes quedaba mejor disfrazado que poniéndose cualquier cosa. Usted no había visto mejor sus ojos que su alma; ¡sus risueños ojos! Guardó su libro y todas sus propiedades; después rompió el cristal con calma, se puso la barba y la capa y entró en su despacho, sabiendo que usted no lo había mirado nunca.

—Pero, ¿por qué me jugaría esa insensata broma? —preguntó Openshaw.

—Porque. . . , porque no lo había mirado en su vida —contestó el padre Brown, y agitó su mano ligeramente, como si trazara ondas con ella. Después la cerró, como si fuera a golpear la mesa, si él hubiese sido dado a hacer esto—. Lo llamaba la máquina de calcular porque era en eso en lo que lo empleó siempre. No supo descubrir en él lo que cualquier extraño, pasando por su despacho y en cinco minutos de charla, hubiera descubierto: que tenía un carácter, que era un gran bromista,

que tenía toda clase de puntos de vista acerca de usted, de sus teorías y de su reputación en poner en «evidencia» a las gentes. Puede comprender su excitación probando que no podía hacerlo con su propio empleado. Tenía toda clase de ideas insensatas. Coleccionar cosas inútiles, por ejemplo. ¿No conoce la historia de la mujer que encontró las dos cosas más inútiles: la placa de cobre de un viejo doctor y una pierna de palo? Con esas dos cosas, su ingenioso empleado creó al extraordinario doctor Hankey, con tanta facilidad como al capitán Wales. Introduciéndolos en su propia casa. . .

—¿Quiere usted decir que el lugar que visitamos más acá de Hampstead era la propia casa de Berridge? —preguntó Openshaw.

—¿Conocía usted su casa o aun su propia dirección? —replicó el sacerdote—. Óigame, no creo que esté hablando irrespetuosamente de usted o de su trabajo. Es usted un gran servidor de la verdad y sabe que no podría ser irrespetuoso con eso. Ha descubierto a muchos mentirosos cuando puso su inteligencia en ello. Pero no mire exclusivamente a los embusteros. Hágalo, aunque ocasionalmente, con los hombres honrados. . . como el camarero.

—¿Dónde está Berridge ahora? —preguntó el profesor, después de un largo silencio.

—No tengo la más pequeña duda —dijo el padre Brown— de que ha vuelto a la cocina. En realidad, estaba allí en el preciso momento en que el reverendo Luke Pringle leía el terrible volumen y desaparecía en el vacío.

Openshaw rió, con la risa de un gran hombre que es bastante grande para parecer pequeño. Dijo de pronto:

—Creo que me lo merezco, por desconocer al más próximo ayudante que tengo. Pero debo admitir que la acumulación de incidentes era formidable. *¿Nunca* se sintió amedrentado, ni por un momento, por el imponente tomo?

—¡Oh...! —dijo el padre Brown—. Lo abrí tan pronto como lo tuve a mi alcance. Estaba en blanco. Vea usted, yo no soy supersticioso.

Gilbert Keith Chesterton (1874-1936).

La cruz azul y otros cuentos (antología).

Diseño (L^AT_EX 2 ϵ): sw.

Comentarios, correcciones, sugerencias, etc.:

magodeox328@yahoo.es.

Visita:

<http://ar.groups.yahoo.com/group/librosgratis/>